JOSEPHINE ANGELINI

PREDESTINADOS



ESPA PDF

Helen Hamilton se ha pasado sus 16 años de vida intentando esconder lo diferente que es, una tarea nada fácil en una isla tan pequeña como Nantucket. Sobre todo porque lo último que ha hecho es intentar asesinar a un compañero por los pasillos del instituto: el guapísimo chico nuevo, Lucas Delos. Claro que lo que ninguno de los dos sabe es que están destinados a enfrentarse y convertirse en los últimos protagonistas de una historia que no ha cesado de repetirse durante milenios, desde que la Helena original, la de Troya, fue la causante de una guerra. Una historia que enfrenta a sus dos familias y que parece imposible que tenga un final feliz…



Josephine Angelini

Predestinados

El despertar - 1

ePub r1.0
Titivillus 05.09.17

Título original: *Starcrossed*
Josephine Angelini, 2011
Traducción: María Angulo Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

1

—Pero si me compraras ahora un coche, podría ser tuyo cuando acabara el instituto, dentro de un par de años. Estaría prácticamente nuevo —dijo Helena con optimismo.

Desafortunadamente, su padre no era tan fácil de engañar.

—Lennie, solo porque el estado de Massachusetts crea que los adolescentes de dieciséis años pueden conducir… —empezó Jerry.

—Casi diecisiete —le recordó Helena.

—… No significa que esté de acuerdo —finalizó. Jerry llevaba ventaja, pero ella se resistía a darlo todo por perdido.

—Ya sabes que el *Cerdo* solo aguantará un año más, dos como mucho —insistió Helena refiriéndose al viejo Jeep Wrangler que su padre conducía y que sospechaba que podría haber estado aparcado en el castillo donde se firmó la Carta Magna—. Piensa en todo el dinero en gasolina que nos ahorraríamos si compráramos un híbrido, o incluso un coche eléctrico, papá.

—Ajá… —Fue todo lo que dijo su padre.

Ahora sí había perdido definitivamente.

Helena Hamilton refunfuñó para sí misma y desvió la mirada hacia la verja del transbordador que la iba a llevar de nuevo a Nantucket. Un año más se repetía la misma historia; iría al instituto en bicicleta y en noviembre, cuando la capa de nieve fuera demasiado gruesa, se vería obligada a pedirle a alguien que la llevara o, peor aún, a coger el autobús. Con solo pensarlo le daban escalofríos, de modo que intentó quitarse ese recuerdo de la cabeza. Algunos de los turistas que habían ido a pasar el Día del Trabajo[1] a la isla la observaban con detenimiento, lo cual era bastante habitual. Intentó mirar hacia otro lado de la forma más sutil y discreta que pudo. Cuando se miraba

en el espejo, lo único que veía era lo básico: dos ojos, una nariz y una boca, pero todas las personas que no eran de la isla tendían a quedarse embobadas, incapaces de apartar la vista de Helena, lo cual le resultaba tremendamente molesto.

Por suerte para ella, la mayoría de los turistas que la acompañaban en el transbordador estaban ahí por las vistas y el increíble paisaje de la isla a finales de verano, y no para inmortalizar su retrato. Estaban tan decididos a admirar esa belleza que parecía que se veían obligados a exclamar «oohhh» y «aahhh» ante cada maravilla del océano Atlántico, aunque Helena no lograba comprenderlo. En su opinión, crecer en una isla diminuta era una lata, todo un fastidio, y no veía el día de irse a la universidad y salir de esa isla, de Massachusetts y de toda la costa Este de los Estados Unidos.

No es que despreciara su vida familiar, de hecho, se llevaba a las mil maravillas con su padre. Su madre los había abandonado cuando ella no era más que un bebé, pero Jerry enseguida aprendió a prestar la cantidad exacta de atención a su hija. No merodeaba a su alrededor constantemente, aunque siempre estaba allí cuando le necesitaba.

Aunque en esos momentos estaba resentida por la discusión sobre el coche, sabía que no podría tener un padre mejor.

—¡Hola, Lennie! ¿Qué tal va ese sarpullido? —preguntó una voz familiar.

Era Claire, la mejor amiga de Helena. Apartaba de su camino a los turistas, vacilantes e inseguros por el movimiento de las olas, con unos empujones dignos de admiración y con una astucia verdaderamente artística.

Los excursionistas, de apariencia ridícula y algo bobalicona, viraban con brusquedad cuando ella pasaba por su lado, como si se tratara del *quarterback* de un equipo de fútbol y no de una delicada y diminuta chica con aspecto de elfo que se aguantaba con elegancia y delicadeza sobre unas sandalias de plataforma.

Claire serpenteó con relativa facilidad entre los diversos traspiés y tropiezos que ella misma había ocasionado y se deslizó junto a Helena, que estaba frente a la verja.

—¡Risitas! Ya veo que tú también has ido a comprar cosas para la vuelta al cole —saludó Jerry mientras señalaba las abarrotadas bolsas de Claire.

Claire Aoki, alias *Risitas*, era tan excepcional que incluso podía resultar intimidante. Cualquiera que echara un vistazo a su frágil y quebradiza silueta y a sus rasgos asiáticos sin reconocer un espíritu luchador innato corría el riesgo de sufrir terriblemente a manos de una oponente a menudo demasiado subestimada. El apodo era su cruz personal. La llamaban así desde que era un bebé. En defensa de sus amigos y su familia, cabe decir que resultaba imposible resistirse a ese mote. Claire tenía, sin duda alguna, la mejor risa del universo. Jamás forzada ni estridente, era ese tipo de carcajada que hace que cualquiera que esté alrededor sonría tímidamente.

—Desde luego, queridísimo padre-de-mi-mejor-amiga-para-siempre —respondió Claire. Abrazó a Jerry con un cariño genuino, ignorando por completo el hecho de que había utilizado el apodo que ella tanto detestaba—. ¿Podría tener unas palabras con tu hija en privado? Siento ser tan grosera, pero es un asunto confidencial, *top-secret*. Te lo diría… —empezó Claire.

—Pero entonces te verías obligada a matarme —concluyó Jerry, sabiamente. Se alejó arrastrando los pies hacia un puesto de comida rápida, donde compró un refresco azucarado aprovechando que su hija, que siempre controlaba todo lo que comía, como si se tratara de una policía alimentaria, no miraba.

—¿Qué te has comprado? —preguntó Claire. Agarró rápidamente las bolsas de Helena y empezó a revolver el interior—. Unos tejanos, una chaqueta de punto, una camiseta y ropa… ¡Guau! ¡Te has ido de compras de ropa interior con tu padre!

¡Bah!

—¡No es que tenga elección, la verdad! —se quejó Helena mientras le arrebataba la bolsa repleta de ropa interior—. ¡Necesitaba sujetadores nuevos! De todas formas, mi padre se esconde en la librería mientras me las pruebo. Pero créeme, incluso a sabiendas de que está en la otra punta de la calle, comprar ropa interior es insoportable —admitió al fin algo ruborizada y sonriendo con timidez.

—No puede ser tan bochornoso. Y no nos engañemos, tú tampoco vas a comprarte algo *sexy*. Por el amor de Dios, Lennie, si te vistes igual que mi abuela —comentó Claire mientras sujetaba un par de braguitas blancas de algodón.

Helena le arrancó de las manos esas bragas de abuelita y las metió de nuevo en el fondo de la bolsa mientras su mejor amiga esbozaba su magnífica sonrisa.

—Lo sé, soy tan pazguata que creo que se ha convertido en algo vírico —replicó Helena, perdonando así las burlas de su amiga, como siempre—. ¿No te asusta que pueda contagiarte y te transformes en una perdedora como yo?

—Para nada. Soy tan formidable que me considero inmune. De todas formas, los pazguatos sois los mejores. Sois todos deliciosamente corruptibles. Y me encanta ver cómo te ruborizas cada vez que menciono tu ropa interior.

De repente, dos parejas que querían fotografiarse se entrometieron entre las dos amigas. Claire, valiéndose de los balanceos de la cubierta, empezó a dar codazos a los turistas que entorpecían su camino con tan solo uno de sus movimientos de equilibrio de ninja. Tambaleándose a trompicones y riéndose sobre el «mar picado», ni siquiera advirtieron que Claire los había rozado. Helena jugueteaba con el colgante en forma de corazón del collar que siempre llevaba y aprovechó la oportunidad para encorvarse ligeramente hacia la verja y estar más a la altura de su amiga.

Por desgracia para la tímida Helena, era una adolescente llamativa, puesto que medía más de metro ochenta, y subiendo.

Había rogado a Jesús, a Buda, a Mahoma y a Vishnú para dejar de crecer, pero todavía notaba esos dolorosos calambres que le recorrían los músculos de los brazos y piernas cada noche. Se prometió a sí misma que si alcanzaba los dos metros escalaría la verja de seguridad del faro de Siasconset y se lanzaría desde la cima al vacío.

Las dependientas de las tiendas de ropa siempre le recordaban la suerte que tenía, pero lo cierto era que no lograba encontrar unos pantalones que le sentaran a la perfección. Helena ya se había resignado a la idea de que si quería comprarse unos tejanos asequibles que fueran lo bastante largos tendría que escoger unos de varias tallas más grandes, pero si prefería que no se le cayeran, no tendría más remedio que pasar frío en los tobillos. Helena estaba bastante segura que las vendedoras «perversamente celosas» no iban por ahí con los tobillos congelados.

O enseñando el culo.

—Ponte derecha —ordenó de forma automática Claire al ver que su mejor amiga se encorvaba.

Helena obedeció de inmediato. Su amiga estaba obsesionada con eso, algo que solía atribuir a su madre japonesa, extremadamente correcta, y a su abuela, que siempre lucía un kimono y que incluso era aún más correcta.

—¡De acuerdo! Vayamos al grano —anunció Claire—: ¿recuerdas aquella gigantesca y millonaria parcela propiedad de un jugador de los New England Patriots?

—¿La que está en Sconset? Claro que sí. ¿Qué ha pasado? —preguntó Helena mientras se imaginaba la playa privada de aquella mansión. Al recordar que su padre jamás ganaría bastante dinero para comprar una casa cerca del mar, la muchacha se sintió aliviada.

Cuando no era más que una niña, Helena estuvo a punto de ahogarse y, desde ese mismo instante, se convenció, en secreto, de que el océano Atlántico estaba decidido a asesinarla. Siempre había preferido no compartir esa pequeña paranoia con nadie…, sobre todo porque seguía siendo una pésima nadadora. A decir verdad, era capaz de mantenerse a flote durante varios minutos, pero le desagradaba sobremanera aquella sensación. Al final, siempre se hundía como si de una piedra sólida se tratara, sin importar sus esfuerzos por agitar los pies e independientemente de la cantidad de sal marina que contenía el océano.

—Al fin se ha vendido a una familia muy numerosa —informó Claire—. Puede que se trate de dos familias. No sé muy bien cómo va la cosa, pero supongo que los dos padres son hermanos. Los dos tienen hijos, así que imagino que deben de ser primos, ¿verdad? —comentó Claire arrugando la frente—. Bueno, da igual. Lo importante es que sea quien sea quien se ha mudado allí tiene un montón de niños. Y todos rondan más o menos la misma edad. De hecho, hay un par de chicos que irán a nuestro mismo curso.

—Y déjame adivinar —interrumpió Helena del todo inexpresiva—, has echado las cartas del tarot y has visto que los dos se van a enamorar perdidamente de ti y que tarde o temprano se enzarzarán en una pelea de vida o muerte por tu amor.

Claire le atizó una suave patada en la espinilla.

—No, tonta. Hay uno para cada una. Helena se acarició la pierna, para

fingir que le había hecho daño. Pero aunque su amiga le hubiera golpeado con todas sus fuerzas, jamás sería lo bastante fuerte como para dejarle un moretón.

—¿Uno para cada una? Eso es demasiado poco dramático para ti, Claire —bromeó Helena—. Es demasiado sencillo. No me lo creo. ¿Qué te parece esto? Las dos nos enamoramos del mismo chico, o del chico equivocado, o del que jamás nos amará, y entonces tú y yo nos enfrentamos a un duelo a vida o muerte.

—¿Se puede saber a qué viene tanto parloteo? —preguntó con dulzura Claire mientras contemplaba sus uñas, fingiendo así no entender los comentarios de Helena.

—Por favor, Claire, eres demasiado predecible —explicó Helena entre carcajadas—. Cada año desempolvas esa baraja de cartas que compraste en Salem aquella vez que fuimos de excursión y siempre predices que algo asombroso y alucinante nos va a ocurrir. Pero cada año lo único que me asombra y alucina es que no hayas caído en un coma de aburrimiento antes de Navidad.

—¿Se puede saber por qué te resistes a creerlo? —protestó Claire—. Sabes que en algún momento nos ocurrirá algo maravilloso. Tú y yo somos demasiado fabulosas para ser normales y corrientes.

Helena se encogió de hombros.

—Yo soy feliz siendo normal y corriente. De hecho, creo que mi mundo de vendría abajo si, para variar, predijeras algo que se cumpliera.

Claire inclinó la cabeza hacia un lado y clavó la mirada en su amiga durante unos instantes. Helena se despeinó de tal manera que los mechones de cabello le taparon el rostro. Odiaba que la contemplaran fijamente.

—Lo sé. Pero para serte sincera no creo que «normal y corriente» funcione contigo —confesó Claire con aire pensativo.

Helena cambió de tema en un abrir y cerrar de ojos. Estuvieron charlando sobre los horarios de clases, de atletismo y de si deberían o no cortarse el flequillo. Ella deseaba un cambio, pero Claire se oponía en rotundo a que Helena tocara su maravillosa cabellera rubia con unas tijeras. De repente, las dos amigas se percataron de que estaban merodeando muy cerca de lo que la gente denominaba la «zona de pervertidos» del transbordador, así que de

inmediato retrocedieron a toda prisa.

Las dos detestaban esa zona, aunque Helena era mucho más susceptible. Le recordaba a aquel tipo repulsivo y espeluznante que estuvo persiguiéndola durante todo un verano, hasta que un día desapareció, sin más. En vez de sentirse aliviada al saber que jamás volvería a encontrárselo, tenía la vaga sensación de haber hecho algo mal. Jamás se lo había confesado a Claire, pero, en un momento dado, cuando se acercó a ella saltó una especie de relámpago muy brillante y pudo percibir el inconfundible hedor de cabello quemado. Después, el tipo desapareció sin dejar ni rastro. Cada vez que pensaba en aquel episodio de su vida, se estremecía, pero intentaba tomárselo con humor, como si aquello hubiera sido una broma pesada. Se obligó a esbozar una sonrisa y permitió que Claire la arrastrara hacia otra parte del transbordador.

Cuando llegaron al muelle, Jerry se unió a ellas y los tres desembarcaron. Claire se despidió y prometió que, si podía, iría a ver a Helena al trabajo al día siguiente, lo cual era bastante improbable, teniendo en cuenta que era el último día de las vacaciones de verano.

Helena trabajaba unos días a la semana para su padre, que era copropietario de una de las tiendas tradicionales de la isla, de esas de toda la vida. Además del periódico matutino y de una taza de café caliente y humeante, la tienda también ofrecía caramelos de sal marina, golosinas por un penique, caramelos y dulces que ocupaban jarras de cristal y cordones de regaliz que vendían en el astillero. Siempre había flores frescas recién cortadas, tarjetas de felicitación elaboradas a mano, regalos divertidos y trucos mágicos, cachivaches típicos para los turistas y una nevera con alimentos básicos, como leche o huevos.

Unos seis años atrás, la tienda había expandido sus horizontes y había adquirido Kate’s Cake’s. Desde entonces, el negocio subió como la espuma. Kate Rogers era simple y llanamente una maestra de la repostería. Con cualquier cosa era capaz de hacer una tarta, un pastel, un panecillo, una galleta o una magdalena.

Incluso las verduras menos apetecibles, como las coles de Bruselas o el brócoli, sucumbían a las artimañas de Kate para convertirse en un relleno de cruasán que causaba furor. A sus treinta y pocos años seguía siendo creativa

y astuta.

Cuando se asoció con Jerry modernizó la parte posterior de la tienda y la convirtió en un paraíso para los escritores y artistas de la isla. De alguna forma se las había arreglado para conseguir un resultado que no incluía el «factor esnob». Kate era extremadamente cuidadosa y siempre procuraba que todos aquellos que apreciaran la repostería y un buen café, desde altos ejecutivos hasta poetas, pasando por los trabajadores isleños y los tiburones empresariales, se sintieran cómodos sentados en su mostrador leyendo el periódico. Sabía perfectamente cómo conseguir que todo el mundo se sintiera bienvenido. Helena la adoraba.

Cuando Helena fue a trabajar al día siguiente se encontró a Kate intentando colocar una entrega de harina y azúcar. A decir verdad, Kate era muy blandengue.

—¡Lennie! Gracias a Dios que has llegado. ¿Podrías ayudarme…? —balbuceó mientras señalaba los sacos de veinte kilos.

—Ya está, lo tengo. No tires de la esquina así o te harás daño en la espalda —advirtió Helena mientras se apresuraba a detener los jalones en vano de Kate. Alzó el primer saco y lo colocó fácilmente sobre su hombro—. ¿Por qué no te ha ayudado Louis con esto? ¿No trabajaba esta mañana? —preguntó Helena, aludiendo a uno de los trabajadores que también tenía el turno de mañana.

—¿Cómo lo haces? Dios, ojalá fuera tan fuerte como tú —deseó Kate—. El pedido llegó después de que Louis acabara su turno. He intentado aparcarlo hasta que llegaras tú, pero un cliente casi se tropieza y lo mínimo que podía hacer era fingir que iba a mover esos malditos sacos.

—¡Menuda tragedia! —exclamó Helena mientras se dirigía caminando hacia su puesto de trabajo.

Abrió el saco y vertió un poco de harina en un envase de plástico que Kate tenía en la cocina. Mientras la joven apilaba con sumo cuidado el resto del pedido en el almacén, Kate le sirvió una limonada rosa burbujeante. A Helena le encantaba ese refresco típico de Francia, uno de los muchos lugares desconocidos que se moría por visitar.

—Lo que me resulta extraño no es tu asombrosa fortaleza, teniendo en cuenta tu delgadez. Lo que me tiene alucinada —dijo mientras troceaba unas

cerezas y unos tacos de queso como tentempié para Helena—, es que parece que nunca te cansas. Jamás te he visto jadear ni sudar. Ni siquiera con este calor tan sofocante.

—Sí que jadeo —mintió Helena.

—Suspiras, que es distinto.

—Sencillamente tengo los pulmones más grandes que los tuyos.

—Pero al ser más alta, necesitarías más oxígeno, ¿o no?

Brindaron con sus respectivos vasos y probaron la deliciosa limonada, olvidando aquella conversación. Kate era un poco más bajita y regordeta que Helena, aunque eso no la convertía en una mujer rechoncha en absoluto. Cuando la veía, le venían a la cabeza las palabras «rellenita» y «curvilínea», lo cual venía a ser lo mismo que «curvas sensuales». Sin embargo, jamás lo mencionó, pues temía que Kate se lo tomara mal.

—¿Te reúnes con el club de lectura esta noche? —quiso saber Helena.

—Así es. Aunque dudo que alguien quiera debatir sobre Kundera —admitió Kate con una sonrisita mientras hacía tintinear los cubitos de hielo de su copa.

—¿Por qué? ¿Cotilleos calentitos?

—Recién sacados del horno. Se ha mudado una familia más que numerosa a la isla.

—¿A ese lugar de Sconset? —preguntó Helena.

Al ver que Kate asentía, la joven puso los ojos en blanco.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué ocurre? ¿Son demasiado buenos como para mezclarse con nosotros? —se burló Kate mientras sacudía el agua condensada de su copa y salpicaba a Helena.

Ella soltó un chillido y después dejó sola a Kate para que pudiera telefonear a un par de clientes. Cuando acabó las transacciones, regresó y retomó la conversación justo donde la había dejado.

—No es eso. Simplemente creo que no es tan raro que una familia tan numerosa adquiera una propiedad de esas dimensiones. Sobre todo si piensan quedarse por aquí al menos un año. A decir verdad, eso es mucho más sensato que el hecho de que una pareja anciana y adinerada compre una casita de verano tan gigantesca que incluso se pierdan de camino al buzón.

—Tienes razón —acordó Kate—, aunque pensé que mostrarías más

interés por la familia Delos. Si no me equivoco, te graduarás con alguno de sus hijos.

De forma inesperada, Helena se levantó mientras el nombre Delos seguía retumbando en su cabeza. Aquel nombre no significaba absolutamente nada para ella, pero en algún rincón de su cerebro, la palabra «Delos» resonaba sin cesar.

—¿Lennie? ¿Adónde vas? —preguntó Kate.

Sin embargo, antes de que Helena pudiera contestar, los primeros miembros del club de lectura empezaron a llegar, ansiosos y preparados para una sesión de especulación salvaje.

El pronóstico de Kate era cierto. *La insoportable levedad del ser* no podía competir con la llegada de los nuevos vecinos, sobre todo desde que el hervidero de rumores había desvelado que se mudaban desde España. Aparentemente, eran de Boston, pero se habían trasladado a Europa hacía tres años para poder estar más cerca de su familia. Sin embargo, ahora habían decidido, de forma repentina, volver al continente americano. La parte «de forma repentina» era lo que había causado más sensación entre los isleños. La secretaria de la escuela había insinuado a algunos de los miembros del club de lectura que habían matriculado a los niños fuera del plazo establecido, así que prácticamente tuvieron que sobornar al colegio además de acordar todo tipo de pactos especiales para poder enviar su mobiliario de forma que llegara a tiempo. Al parecer, la familia Delos había abandonado España a toda prisa y todo el club de lectura estaba de acuerdo en que, sin duda, se habrían peleado con sus primos. Lo único que Helena sacó en claro de todo aquel chismorreo fue que la familia Delos era muy poco convencional. Estaba formada por dos padres que eran hermanos entre sí, su hermana menor, una madre (el otro hermano era viudo) y cinco criaturas. Y todos vivían bajo el mismo techo. Por lo visto, aquella familia era elegante a rabiar, hermosa y acaudalada. Helena ponía los ojos en blanco cada vez que escuchaba ciertos episodios de todas aquellas habladurías que enaltecían al clan Delos a dimensiones míticas. De hecho, no podía soportarlo.

Trató de permanecer detrás del mostrador para así ignorar los alborotados murmullos, pero era imposible. Cada vez que oía mencionar a un miembro de la familia Delos por su nombre, sentía una especie de atracción, como si

alguien hubiera gritado ese nombre en voz alta, lo cual la fastidiaba sobremanera.

Salió del mostrador y se dirigió hacia la estantería donde estaban colocadas las revistas y comenzó a ordenarlas, simplemente para mantener las manos ocupadas. Pero incluso así, no podía evitar oír los chismes del club de lectura, cuyos miembros ahora se mostraban escandalizados tras descubrir que Cassandra, de tan solo trece años, asistiría a un curso por encima del que le correspondía. Al parecer, era una niña excepcional y brillante, pero, en general, el club de lectura no aprobaba que los niños pudieran adelantar un curso, probablemente porque ninguno de sus hijos jamás lo lograría.

«No les gusta estar separados —pensó Helena—. Es más seguro si están juntos. Esa es la verdadera razón de por qué Cassandra ha adelantado un curso.»

No tenía la menor idea de dónde había extraído esa conclusión, pero sabía, sin duda alguna, que era la verdad. También sabía que debía alejarse lo más posible de aquellos chismorreos o en cualquier momento empezaría a gritar a todos los amigos y amigas de Kate. Necesitaba estar ocupada, distraerse.

Mientras sacaba brillo a las estanterías y llenaba los tarros de caramelos, hacía una lista mental de los hijos de la familia Delos. «Héctor es un año mayor que Jasón y Ariadna, que por cierto son gemelos. Lucas y Cassandra son hermanos y primos de los otros tres».

Cambió el agua de las flores y telefoneó a algunos clientes.

«Héctor no asistiría al primer día de clase porque aún estaba en España con su tía Pandora, aunque nadie del pueblo conocía el motivo.»

Helena se enfundó un par de guantes de caucho que le llegaban hasta el hombro, un delantal hasta los pies y empezó a escarbar en la basura para separar todo lo que se podía reciclar.

«Lucas, Jasón y Ariadna estarán en mi mismo curso. Así que estoy rodeada.»

Se dirigió hacia la parte trasera de la cocina y puso en marcha el lavaplatos industrial. Barrió y fregó el suelo y finalmente empezó a contar el dinero.

«Lucas, qué nombre tan estúpido. ¿A quién se le ocurre? Llama

demasiado la atención.»

—¿Lennie?

—¡Qué! ¡Papá! ¿Acaso no ves que estoy contando? —replicó Helena al mismo tiempo que golpeaba las manos contra el mostrador con tal dureza que un puñado de monedas saltaron.

Jerry alzó las manos en un gesto apaciguador.

—Mañana es el primer día de instituto —le recordó en su tono de voz más cariñoso.

—Lo sé —respondió ella con la mirada vacía. Inexplicablemente, todavía estaba molesta, pero intentó con todas sus fuerzas no pagarlo con su padre.

—Son casi las once, cariño —dijo Jerry.

Kate salió de la trastienda para comprobar de dónde provenía todo ese ruido.

—¿Aún estás aquí? Lo siento muchísimo, Jerry —se disculpó Kate, perpleja—. Helena, te dije que cerraras con llave y te fueras a casa hace un par de horas.

Ambos se quedaron mirando fijamente a Helena, que ya había colocado cada factura y cada moneda en su lugar.

—Me distraje —respondió Helena de forma poco convincente.

Después de lanzar una mirada de preocupación a Jerry, Kate relevó a la joven en el recuento de monedas y los envió a ambos a casa. Todavía aturdida, la chica se despidió con dos besos e intentó explicarse cómo había perdido las últimas dos horas de su vida.

Jerry acomodó la bicicleta de su hija en el maletero del *Cerdo* y puso en marcha el coche sin pronunciar una sola palabra.

Le echó varios vistazos de camino a casa, pero hasta que aparcó el coche en el garaje no se decidió a hablar con ella.

—¿Has cenado? —le preguntó con cierta dulzura mientras arqueaba las cejas.

—No… ¿Sí? —respondió de modo dubitativo.

Lo cierto es que no tenía la menor idea de qué ni cuándo había comido por última vez. Lo único que recordaba, y de forma muy vaga e imprecisa, era que Kate le había preparado un plato con cerezas.

—¿Estás nerviosa por el primer día de clase? El penúltimo año de

instituto es muy importante.

—Supongo que sí —comentó Helena algo abstraída de la conversación.

Jerry observó a su hija y se mordió el labio inferior. Tomó aire antes de hablar.

—He estado pensando que quizá deberías hacerle una visita al doctor Cunningham y pedirle unas pastillas para esa fobia, ya sabes, esa en que la gente se angustia cuando está rodeada de multitud de personas… ¡Fobia social! Ese es el nombre —exclamó al recordarlo—. ¿Crees que podrían ayudarte?

Helena esbozó una tierna sonrisa mientras jugueteaba con el colgante de su collar.

—No lo creo, papá. No tengo miedo a los desconocidos, sencillamente soy tímida.

Sabía que mentía. No solo era tímida. Cada vez que se erguía y llamaba la atención, aunque fuera de manera fortuita, sentía un dolor horrible en el estómago, similar a los retortijones típicos de la menstruación o a la tortura de una gastroenteritis. Sin embargo, antes se quemaría el cabello con una cerilla que confesárselo a su padre.

—¿Y no te importa? Ya sé que nunca me lo pedirías, pero ¿necesitas ayuda? Porque creo que tu timidez te está reprimiendo… —anunció Jerry, empezando así la discusión de siempre.

Pero Helena enseguida le cortó.

—¡Estoy bien! De verdad. No deseo hablar con el doctor Cunningham y no quiero tomar ningún tipo de medicación. Lo único que me apetece es entrar en casa y comer algo —dijo apresuradamente mientras salía de la furgoneta.

Su padre la observó con una pequeña sonrisa mientras ella descargaba su bicicleta, pasada de moda y muy pesada, del portaequipajes del todoterreno para después apoyarla en el suelo. Tocó el timbre del manillar con garbo y desenvoltura y le dedicó una amplia sonrisa a su padre.

—¿Lo ves? Estoy la mar de bien —afirmó.

—Si supieras lo difícil que es para una chica de tu edad hacer lo que tú acabas de hacer, entenderías a lo que me refiero. Tú no eres como las demás, Helena. Lo intentas, pero no lo eres. De hecho, eres idéntica a ella.

Por enésima vez, Helena maldecía a aquella madre que no lograba recordar y que le había roto el corazón a su padre. ¿Cómo alguien era capaz de abandonar a un tipo como su padre sin tan siquiera despedirse? ¿Sin dejar una fotografía para que pudiera recordarla?

—¡Está bien, tú ganas! No soy como las demás, soy especial, al igual que lo es todo el mundo —bromeó Helena, que estaba ansiosa por subir el ánimo a su padre. Al pasar junto a él, empujando su bicicleta, le dio un suave golpe con la cadera y añadió—: Bueno, ¿qué tenemos para cenar? Me muero de hambre y esta semana te toca a ti pringar en la cocina.

2

Todavía sin coche propio, Helena tuvo que ir a la escuela en bicicleta a la mañana siguiente. A las ocho menos cuarto solía hacer una temperatura agradable, aunque a veces, si soplaba la brisa marina, podía incluso refrescar. Pero en cuanto se despertó, pudo sentir el aire caliente y húmedo sobre su cuerpo, como si de un abrigo de pieles se tratara. En mitad de la noche se había destapado, empujando las sábanas con los pies hasta el suelo, se había quitado la camiseta con cierta dificultad, se había bebido el vaso de agua de un sorbo y aun así se levantó exhausta por el bochorno. Aquel clima era muy poco habitual. Helena no quería levantarse e ir a la escuela, bajo ningún concepto.

Pedaleó con lentitud en un intento de evitar pasar el resto del día oliendo a sudor. Lo cierto era que, en general, no acostumbraba a sudar mucho, pero se había despertado con tal letargo aquella mañana que no lograba recordar si se había echado desodorante. Agitó los codos, como si fuera una gallina, para comprobar su olor sin dejar de dar pedaladas y se sintió aliviada al percibir un perfume afrutado. El aroma era apenas perceptible, lo cual significaba que era de ayer; lo único que necesitaba era que no se evaporara hasta la hora de entreno de atletismo, justo después de las clases, lo cual sería un milagro, pero qué más podía hacer.

Mientras avanzaba por la calle Surfside, notó que los cabellos más cortos se le escurrían de la goma de pelo por el viento y se le enganchaban en las mejillas y en la frente. A decir verdad, el camino de su casa al instituto no era muy largo, pero con aquella humedad su cabello, peinado con máximo esmero para el primer día de clase, se había alborotado por completo; cuando al fin aparcó la bicicleta en el armazón, ya era un absoluto desastre. Tenía la

costumbre de ponerle el candado únicamente en la estación más turística, puesto que era más que evidente que nadie de la escuela se dignaría robarla. Además, el candado era malísimo y cualquiera podría abrirlo.

Se quitó todas las horquillas y gomas de pelo e intentó desenredarse el cabello peinándolo con los dedos. Al final, se lo ató con una sencilla y aburrida coleta. Soltó un suspiro de resignación y se colgó la mochila con los libros de un hombro y la bolsa de deporte del otro. Agachó ligeramente la cabeza y se dirigió hacia la entrada del instituto caminando con los hombros caídos.

Llegó justo un segundo antes que Lindsey Clifford, así que tuvo que sujetarle la puerta abierta.

—Gracias, bicho raro. ¿Intentarás no arrancar la puerta de sus bisagras? —se burló la chica con aires de superioridad al pasar junto a ella.

Helena se quedó como una estúpida en las escaleras, manteniendo la puerta abierta mientras otros estudiantes pasaban ante ella sin tan solo dirigirle la palabra. Nantucket era una isla pequeña, de modo que todos conocían cada detalle de la vida de los demás; a veces, sin embargo, deseaba con todas sus fuerzas que Lindsey supiera menos cosas sobre ella. Habían sido grandes amigas hasta quinto de primaria, cuando cierto día, mientras Lindsey, Helena y Claire estaban jugando al escondite en casa de la primera, Helena arrancó la puerta del baño accidentalmente.

Había intentado pedirle perdón, pero al día siguiente empezó a mirarla de forma extraña y a llamarla «bicho raro». Desde entonces, le daba la sensación de que Lindsey invertía todos sus esfuerzos en amargarle la vida. Tampoco ayudaba mucho que ahora se juntara con los chicos más populares del instituto, mientras Helena se refugiaba entre los cerebritos de la clase.

Ansiaba contestarle con desprecio, espetarle algo ingenioso, tal y como Claire haría, pero no conseguía que las palabras salieran de su garganta. Así pues, se limitó a deslizar la cuña para mantener la puerta abierta para el resto de los alumnos. Oficialmente, había empezado un año más de pasar desapercibida entre la multitud.

El tutor de Helena era el señor Hergeshimer, jefe del Departamento de Inglés, y a decir verdad tenía un estilo un tanto loco para un tipo que rondaba los cincuenta años. Lucía pañuelos de seda cuando hacía calor, bufandas de

cachemir de colores chillones y horteras en invierno, y conducía un descapotable Alpha Romeo de estilo *vintage*. Era millonario y no necesitaba trabajar, pero, aun así, ejercía como profesor. Según él, lo hacía porque no quería estar obligado a tratar con paganos analfabetos allá por donde fuera. O eso decía, quién sabe. Sin embargo, Helena creía que lo que sucedía era que le encantaba su trabajo. Muchos alumnos le detestaban y argumentaban que era un aspirante a esnob británico, un quiero y no puedo, pero Helena creía que era el mejor profesor que jamás había tenido.

—Señorita Hamilton —saludó con una sonrisa al ver entrar a Helena al mismo tiempo que sonaba el timbre del instituto—. Tan puntual como siempre. No me cabe la menor duda de que se sentará junto a su cohorte, pero antes déjeme advertirle de que si observo cualquier demostración del talento por el cual se ha ganado el sobrenombre de Risitas las separaré de inmediato.

—De eso ni se preocupe, Hergie —contestó Claire con desparpajo.

Helena se deslizó hacia el pupitre y vio que Hergie ponía los ojos en blanco ante la falta de respeto afable de su amiga, aunque parecía contento.

—Resulta gratificante saber que al menos una de mis alumnas sabe que «sobrenombre» es sinónimo de «apodo», sin tener en cuenta la impertinencia de su contestación. Bien, alumnos, otra advertencia. Como este año se preparan para el SAT, la prueba de aptitud para los alumnos que dentro de dos años irían a la universidad, espero que todos traigan la definición de una nueva e interesante palabra cada mañana.

Todos los alumnos se quejaron. Tan solo el señor Hergeshimer podría ser lo bastante sádico como para mandarles deberes para la clase de tutoría. Iba en contra del orden natural.

—¿Podría ser la palabra «impertinencia» la que aprendamos para mañana? —preguntó Zach Brant con cierta ansiedad.

Zach siempre se mostraba ansioso por alguna cosa, incluso cuando estaba en la guardería. Junto a él se sentaba Matt Millis, que miró de reojo a Zach y sacudió la cabeza como diciendo:

«Yo en tu lugar no lo intentaría».

Matt, Zach y Claire eran los alumnos más avanzados del aula y asistían a clases especiales. Habían sido amigos desde la infancia, pero a medida que fueron creciendo se dieron cuenta de que solo uno de ellos podría obtener el

título de El Mejor de la Promoción y entrar en Harvard. Helena prefirió mantenerse alejada de esa competición porque Zach no le daba buena espina.

Desde que a su padre lo nombraron entrenador del equipo de fútbol y empezó a presionarlo para ser el número uno tanto en la cancha como en el aula, se había convertido en alguien tan competitivo que Helena apenas soportaba estar cerca de él.

Una parte de ella sentía lástima por Zach. Le habría compadecido aún más si él no se comportara de un modo tan hostil hacia ella. El chico parecía que tenía que serlo todo: presidente de tal club, capitán del equipo y el tipo que conocía todos los rumores que circulaban por el instituto. Sin embargo, tampoco parecía disfrutarlo. Claire estaba convencida de que Zach estaba enamorado en secreto de Helena, pero ella jamás lo creyó; de hecho, en ciertas ocasiones sentía que la menospreciaba, y eso le molestaba. De pequeños, Zach solía compartir sus galletas de animales durante el recreo con Helena y ahora buscaba cualquier oportunidad para emprender una discusión con ella.

¿Cuándo empezaron a complicarse tanto las cosas? ¿Y por qué no podían ser simplemente amigos, como lo habían sido en primaria?

—Señor Brant —articuló el señor Hergeshimer—, usted puede utilizar «impertinente» como palabra si lo desea, pero de alguien con sus facultades mentales esperaría algo más. ¿Qué le parece escribir una redacción sobre un ejemplo de impertinencia en la literatura inglesa? —preguntó. Después asintió y añadió—: Sí, cinco páginas sobre cómo Salinger utiliza la impertinencia en su controvertida obra *El guardián entre el centeno*. Para el lunes, por favor.

Zach aceptó la tarea en silencio y con las palmas sudorosas.

La capacidad de Hergie para mandar lecturas adicionales a los estudiantes más competentes era legendaria y, por lo visto, estaba decidido a castigar ejemplarmente a Zach el primer día de clase. Helena agradeció a su angelito de la guarda no haber sido ella la escogida.

Sin embargo, la alegría duró muy poco. Después de que el señor Hergeshimer entregara los horarios, llamó a Helena para que se acercara a su escritorio. Comentó al resto que podían charlar libremente y, de inmediato, todos se lanzaron a cuchichear sobre el primer día de clase. Hergie colocó

una silla para Helena junto a la suya para evitar hablar con el escritorio en medio de ambos. Al parecer, no quería que ningún alumno escuchara su conversación, lo cual la calmó momentáneamente.

—He visto que ha decidido no matricularse en ninguna clase avanzada este año —anunció mirándola por encima de sus gafas de lectura—. Pensé que no podría con todo el trabajo extra —farfulló mientras colocaba las manos bajo los muslos para disimular cómo le temblaban—. Creo que usted es perfectamente capaz de hacer mucho más de lo que está dispuesta a admitir —prosiguió Hergie frunciendo el ceño—. Sé que no es una holgazana, Helena. También soy consciente de que es una de las estudiantes más brillantes de su clase. ¿Qué le impide aprovecharse de todo lo que nuestro sistema educativo pone a su disposición?

—Tengo que trabajar —respondió indecisa mientras se encogía de hombros—. Necesito ahorrar dinero para ir a la universidad.

—Si asistiera a las clases avanzadas y se aplicara para el SAT, tendría más oportunidades de conseguir suficiente dinero para la universidad gracias a una beca que trabajando a cambio de un sueldo ridículo en la tienda de su padre.

—Mi padre me necesita. No somos ricos, como el resto de la población de la isla, así que tenemos que ayudarnos mutuamente —contestó un tanto a la defensiva.

—Y eso merece toda mi admiración —admitió Hergie con tono serio—, pero usted está a punto de acabar el instituto y es momento de pensar en su propio futuro.

—Lo sé —admitió Helena asintiendo con la cabeza. El rostro arrugado por la expresión preocupada de su profesor le demostraba que hablaba en serio, que intentaba ayudarla—. Creo que podré conseguir una buena beca gracias al atletismo. Lo cierto es que soy más rápida que el año pasado. De verdad.

El señor Hergeshimer contempló el semblante serio de su alumna, rogándole que dejara el tema y, al final, se dio por vencido.

—De acuerdo. Pero si siente que necesita más retos académicos, sepa que es más que bienvenida a unirse a mi clase avanzada de inglés en cualquier momento del semestre.

—Gracias, señor Hergeshimer. Si al final decido asistir a las clases avanzadas, se lo comunicaré de inmediato —contestó ella, agradecida de que su tutor dejara el tema en paz.

De repente, mientras se dirigía hacia su pupitre se le ocurrió que debía mantener a Hergie y a su padre alejados entre ellos a toda costa. No quería que se pusieran a comparar notas hasta decidir que necesitaba asistir a clases especiales para competir por una mención especial. Solo de pensarlo le dolía el estómago. ¿Por qué no podían dejarla en paz y ya está?

En secreto, siempre se había sentido distinta a los demás, pero estaba convencida de que se las había apañado bastante bien para disimularlo toda su vida. Al parecer, sin darse apenas cuenta, había dejado entrever ciertas pistas que evidenciaban el bicho raro que habitaba en su interior. Mantenía la cabeza agachada en todo momento, pero ahora comenzaba a preguntarse cómo podría seguir haciéndolo si seguía creciendo cada maldito día.

—¿Qué ocurre? —preguntó Claire en cuanto Helena se acomodó en la silla.

—Solo era otra charla de motivación de Hergie. Opina que no me esfuerzo mucho en las clases —respondió Helena del modo más jovial que pudo.

—Y no te esfuerzas. De hecho, nunca haces los deberes —protestó Zach más ofendido de lo que debería.

—Cierra el pico, Zach —espetó Claire cruzando los brazos de manera agresiva. Después, se giró hacia Helena y, con un tono de disculpa, agregó—: Aunque tiene razón, Lennie. Nunca haces los deberes.

—Sí, sí. Cerrad el pico los dos —dijo entre risas para zanjar el tema.

El timbre sonó y Helena recogió sus cosas. Matt Millis le dedicó una sonrisa, pero enseguida se apresuró a salir de clase.

Con una sensación de culpabilidad, Helena se percató de que aún no le había saludado. No había sido su intención ignorarle y mucho menos el primer día de clase.

Según Claire, todo el mundo sabía que Matt y Helena supuestamente estaban juntos. Matt era inteligente, atractivo y capitán del equipo de golf, aunque a veces se comportaba como un cretino. Además, Helena era considerada una paria desde que Lindsey empezó a difundir rumores sobre

ella, así que debía tomarse como un cumplido que todos pensaran que era lo bastante buena para alguien como Matt.

Desafortunadamente, nunca sintió algo especial por él. Ni un mínimo hormigueo en el estómago. La única vez que habían estado solos fue en una fiesta, cuando algunos compañeros los encerraron en un armario para que se besaran y el resultado fue catastrófico. A Helena le dio la sensación de estar besando a su hermano y Matt se sintió rechazado. Después de aquel episodio, él se había mostrado dulce y comprensivo, y siempre bromeaba sobre el tema para quitarle hierro al asunto. Sin embargo, se creó una extraña tensión entre ellos desde entonces.

Helena le echaba muchísimo de menos, pero temía que si se lo decía, él pudiera tomárselo del modo equivocado. «Parece que todo lo que hago últimamente me sale mal», pensó.

Durante el resto de la mañana, estuvo deambulando de aula en aula de forma automática. No conseguía concentrarse en nada; cada vez que intentaba centrarse, lo único que lograba era irritarse.

Había algo que no cuadraba. Todo el mundo la incordiaba, empezando por sus profesores preferidos y acabando por sus pocos amigos, a los que, por cierto, debería haberse alegrado de ver.

Además, cada dos por tres sentía que estaba en el interior de un avión a miles de metros de altura; se le tapaban los oídos, de forma que todos los sonidos se amortiguaban, y sentía que en cualquier momento la cabeza le iba a estallar. Entonces, con la misma repentina rapidez con la que había empezado, ese malestar se desvanecía. Pero incluso entonces podía notar una presión, una especie de energía eléctrica, como si estuviera a punto de descargarse una tormenta, pero el cielo estaba azul y despejado.

A mediodía la situación empeoró. Desgarró a toda prisa el envoltorio de su bocadillo porque estaba convencida de que el dolor de cabeza se debía a un nivel bajo de azúcar, pero estaba equivocada. Jerry le había preparado su bocadillo favorito, pavo ahumado, manzana verde y queso *brie* en pan de baguete; sin embargo, en cuanto probó el primer bocado, lo escupió con disgusto.

—¿Tu padre te ha preparado otra birria asquerosa? —preguntó Claire.

Cuando Jerry se asoció con Kate se animó y empezó a experimentar con

almuerzos creativos. El desastroso bocadillo de extracto de levadura y pepino de primer año de instituto se había convertido en una leyenda en su mesa.

—No, es el número tres de siempre. Simplemente no puedo comer —admitió Helena envolviéndolo otra vez.

Con cierto regocijo, Claire lo recogió y se lo zampó.

—Mmm, está buenísimo —farfulló con la boca llena—. ¿Qué te pasa?

—Es solo que no me encuentro bien —contestó Helena.

Claire dejó de masticar y miró a su amiga con preocupación.

—No estoy enferma. Así que puedes tragártelo —le aseguró. Entonces vio a Matt acercándose y le saludó con un alegre «¡Hola!» en un intento de enmendar el no haberle dirigido la palabra en toda la mañana.

Él estaba inmerso en una conversación con Lindsey y Zach y no respondió, pero aun así se acomodó, como de costumbre, en la mesa de los pazguatos. De hecho, tanto Lindsey como Zach estaban tan absortos en lo que comentaban que ni siquiera se dieron cuenta de que estaban merodeando por el territorio de los marginados.

—Oí que eran estrellas de cine en Europa —explicaba Zach.

—¿Dónde lo has oído? —preguntó Matt con incredulidad—. Es absurdo.

—También me han llegado noticias de otras dos personas que aseguran que Ariadna era modelo. Y tenemos que admitir que es muy guapa —contestó Zach apasionadamente; odiaba no estar en lo cierto, aunque solo era un vulgar chismorreo.

—Por favor. Está como una foca como para ser modelo —dijo entre dientes Lindsey, implacable. Tragó saliva y añadió—: Por supuesto, estoy de acuerdo en que es guapa, si te gusta el estilo exótico y voluptuoso. Pero no le llega ni a la suela de los zapatos a su hermano gemelo, Jasón. ¡Por no mencionar a su primo! Lucas es de otro mundo, no cabe una explicación diferente —finalizó con efusividad.

Los chicos se lanzaron una mirada cómplice, acordando, en silencio, que estaban en desventaja y que lo más sensato era dejar pasar el tema.

—Jasón es incluso demasiado guapo —resolvió con solemnidad Claire después de unos instantes de reflexión—. Lucas, sin embargo, está cañón. De hecho, es posible que sea el chico más atractivo que jamás he visto. Y Ariadna es un bombón, Lindsey. Lo que pasa es que tienes envidia.

Lindsey se enfurruñó y posó el puño sobre la cadera.

—Como si tú no la tuvieras —fue lo único que respondió.

—Por supuesto que sí. Estoy casi tan celosa de ella como de Lennie.

Helena advirtió que Claire se giraba para ver su reacción, pero la joven tenía los codos apoyados sobre la mesa y se masajeaba las sienes.

—¿Lennie? —llamó Matt tras acomodarse junto a ella—. ¿Te duele la cabeza?

El chico alargó el brazo para rozarle el hombro, pero Helena se puso en pie de repente, murmuró una excusa y se apresuró a salir del comedor.

Cuando al fin llegó al baño de chicas, ya se sentía mucho mejor, pero igualmente se mojó el rostro con agua fría por si acaso. En ese instante se acordó de que se había aplicado máscara de pestañas por la mañana en un intento de arreglarse. Cuando se miró en el espejo parecía un mapache y no pudo evitar explotar a reír. Sin duda, este era el peor primer día de escuela de toda su vida.

Superó como pudo las últimas tres horas de clase. Cuando al fin sonó el último timbre, Helena se dirigió hacia el vestuario femenino para cambiarse de ropa y prepararse para el entreno.

La entrenadora Tar parecía estar entusiasmada. Dio un lamentable discurso lleno de optimismo que avergonzó a todas las presentes; habló sobre las posibilidades de ganar carreras esta temporada y les repitió varias veces cuánto creía en ellas, como atletas y como jovencitas. Y entonces se dirigió a Helena.

—Hamilton, esta temporada competirás con el equipo masculino —dijo con rotundidad. Al resto les ordenó que se pusieran en marcha.

Helena permaneció sentada en el banquillo durante unos instantes, considerando sus opciones, mientras el resto del equipo desfilaba por la puerta. No quería montar un escándalo, pero aquella idea la mortificaba. De repente, los músculos de la parte inferior de su abdomen empezaron a contraerse.

—¡Ve a hablar con ella! No permitas que te toree —le aconsejó Claire antes de irse, mostrando así su indignación.

Algo confundida y asustada, Helena asintió con la cabeza y se puso en pie.

—¿Entrenadora Tar? ¿No podemos seguir como hasta ahora? —comentó. La mujer se detuvo y se giró para escucharla, pero no parecía estar muy contenta con la idea. Helena continuó—: Me refiero a que… ¿por qué no puedo entrenar con el resto de las chicas? Yo soy una chica —finalizó de modo poco convincente.

—Hemos decidido que debes empezar a esforzarte más —respondió la entrenadora Tar con tono serio. Siempre había tenido la sensación de no caerle demasiado bien a la entrenadora, pero ahora no tenía la menor duda.

—Pero no soy un chico. No es justo que me obliguen a correr por todo el país con ellos —intentó discutir Helena mientras se apretaba el vientre.

—¿Retortijones? —preguntó la entrenadora Tar con un ápice de compasión en su voz. La joven dijo que sí con la cabeza—. El entrenador Brant y yo nos hemos fijado en un detalle interesante sobre tus tiempos, Helena. Da igual con quién compitas ni lo rápidas o lentas que sean tus oponentes, siempre acabas segunda o tercera. ¿Cómo puede ser? ¿Tienes una respuesta para ello?

—No. No lo sé. Simplemente corro, ¿vale? Intento hacerlo lo mejor posible.

—No, no lo intentas —la interrumpió la entrenadora con brusquedad—. Y si quieres una beca, vas a tener que empezar a ganar carreras. He tenido una pequeña charla con el señor Hergeshimer…

Helena dejó escapar un quejido, pero la entrenadora Tar siguió impertérrita.

—Es una escuela pequeña, Hamilton, así que acostúmbrate. El señor Hergeshimer me ha comentado que esperas obtener una beca de atletismo, pero si de veras la quieres, vas a tener que ganártela. Quizá competir con los chicos te enseñe a tomarte tu talento con seriedad.

Helena temía esos los retortijones, así que empezó a tener un pequeño ataque de pánico y comenzó a balbucear.

—Lo haré, lo prometo, ganaré carreras, pero, por favor, no me aíslen de esta manera —suplicó. Articulaba las palabras a una velocidad increíble mientras aguantaba la respiración para contener el dolor.

La entrenadora Tar era estricta e inflexible, pero no era cruel.

—¿Estás bien? —preguntó un tanto angustiada mientras acariciaba la

espalda de Helena—. Coloca la cabeza entre las rodillas.

—Estoy bien, son solo nervios —contestó apretando los dientes. Tras recuperar el aliento, añadió—: Si juro ganar más carreras, ¿podré correr con las chicas?

La entrenadora estudió la expresión de desesperación de Helena y asintió, un tanto conmocionada tras haber sido testigo del ataque de pánico. Dejó que fuera con el resto del equipo, pero le advirtió que esperaba victorias. Y no solo unas pocas.

Mientras corría por la pista, Helena no podía separar la mirada del suelo. Una beca académica sería genial, pero eso significaría competir con Claire en las notas y eso no entraba en absoluto en sus planes.

—¡Eh, Risitas! —La llamó adelantando a su amiga. A estas alturas, Claire ya estaba jadeando y sudando.

—¿Qué ha pasado? Dios mío, ¡qué calor! —exclamó casi sin aliento.

—Creo que todo el profesorado está intentando comprobar hasta dónde pueden tensar la cuerda.

—Bienvenida a mi vida —resolló Claire—. Los niños japoneses… japoneses… crecen así… Te acostumbrarás. —Tras unos momentos aún más fatigosos por intentar seguir el ritmo de Helena, Claire añadió—: ¿Podemos… ir más… despacio? No todos venimos del planeta Krypton.

Helena ajustó el paso a sabiendas de que podría tomar la delantera en los últimos metros de pista. Raras veces se esforzaba cuando corría en la pista, pero sabía, sin tan siquiera haberlo intentado, que podría acabar la primera sin problema alguno.

La idea le aterrorizaba, así que obró como siempre lo hacía cuando aquel asunto de su alarmante velocidad aparecía de repente: lo ignoró y continuó charlando con Claire.

Mientras las dos chicas avanzaban por Surfside y cruzaban los páramos hasta llegar al estanque de Miacomet, Claire no dejó de hablar sobre los chicos de la familia Delos. Le dijo a Helena, al menos tres veces, que Lucas le había sujetado la puerta al final de clase. Esa acción demostraba no solo que era todo un caballero, sino también que estaba enamorado de ella.

Jasón, según decidió Claire, o bien era gay, o bien era un esnob, porque solo le había echado un vistazo y muy fugaz. Y no dejó de alabar su estilo a

la hora de vestir, como si fuera europeo o algo.

—Ha estado viviendo en España unos tres años, Claire. Podríamos decir que es europeo. Y, si no te importa, ¿podríamos dejar de hablar de ellos? Me está dando dolor de cabeza.

—¿Sabes que eres la única persona en todo el instituto que no muestra interés alguno por la familia Delos? ¿No te pica la curiosidad?

—¡No! Y, para ser sincera, me parece patético que todo el mundo se quede paralizado y con la boca abierta, ¡como si no fuéramos más que un puñado de pueblerinos! —gritó Helena.

Claire se detuvo en seco y miró a su amiga. No era muy típico de Helena ponerse a discutir en medio de la calle y menos todavía chillar de esa manera, pero, por lo visto, no podía parar.

—¡Estoy harta de oír hablar de la familia Delos! —continuó a pesar de haber visto la expresión de estupefacción de Claire—. Esta fijación que tenéis todos me pone enferma. ¡Espero no tener que encontrármelos, ni verlos, ni compartir el mismo espacio vital con ninguno de ellos!

Reemprendió la carrera y dejó a su amiga plantada en mitad de la pista. Acabó primera, tal y como había prometido, pero lo hizo demasiado rápido; la entrenadora Tar la miró perpleja al comprobar el tiempo. Helena resopló y se fue a toda prisa hacia el vestuario. Recogió sus cosas y huyó como un rayo sin cambiarse ni despedirse de ninguna de sus compañeras.

De camino a casa, rompió a llorar. Dejó atrás las aceras limpias y pulcras de las casas de tejas grises con sus contraventanas blancas o negras e intentó calmarse. El cielo parecía aposentado sobre una tierra especialmente rasa, como si estuviera presionando los gabletes de los antiguos balleneros e intentara aplanarlos después de varios siglos de desafío persistente.

Helena no podía imaginarse el motivo de su descomunal enfado y no lograba comprender cómo había sido capaz de abandonar a Claire de aquella forma. Necesitaba un poco de paz y tranquilidad.

En Surfside, al parecer, un gigantesco todoterreno había intentado girar hacia una calle secundaria angosta y cubierta por una capa de arena, y al derrapar había dado una vuelta de campana.

Aunque los pasajeros no tenían un solo rasguño, el monstruo playero había bloqueado el tráfico por completo. Aún enojada, Helena sabía

perfectamente que no podría inmiscuirse entre los turistas sin perder los nervios, así que decidió tomar el camino más largo para llegar a casa. Dio media vuelta y se dirigió hacia el centro del pueblo, pasando por la sala de cine, el transbordador y la biblioteca que, con su arquitectura al más puro estilo de templo griego, desentonaba sobremanera en aquel pueblecito, cuyo carácter arquitectónico pretendía ser una oda a la vieja arquitectura puritana.

Y quizá por esa razón a Helena le encantaba. El ateneo parecía un faro de luz cegadora justo en la mitad de una monotonía de colores verdosos, y lo cierto es que Helena se identificaba con ambas cosas. La mitad de la edificación se asemejaba al estilo de Nantucket de los pies a la cabeza, pero la otra mitad consistía en columnas de mármol y una gran escalinata, algo que encajaba poco con el lugar donde las habían puesto.

Al pasar junto al ateneo en bicicleta, Helena alzó la vista y sonrió. Le consolaba saber que había algo que resaltaba más que ella.

Cuando llegó a casa, intentó serenarse y decidió darse una ducha de agua helada antes de telefonear a su mejor amiga para pedirle perdón por lo ocurrido. Claire no contestó a sus llamadas.

Le dejó un mensaje en el contestador culpando a las hormonas, al calor, al estrés y a todo aquello que se le ocurrió en esos momentos, aunque, en el fondo, sabía que nada de aquello era la verdadera razón por la que se había comportado como una auténtica chiflada. Había estado muy quisquillosa todo el día.

El aire en el exterior se notaba pesado e inmóvil. Helena abrió todas las ventanas de su casa de dos plantas decorada al austero estilo Shaker, pero no corría ni una brizna de brisa.

¿Qué le estaba ocurriendo al tiempo? Que no soplara el viento en Nantucket era algo fuera de lo común, tan cerca del océano.

Se vistió con una camiseta de tirantes fina y un par de pantalones muy cortos. Puesto que era demasiado modesta para ir a cualquier sitio tan ligerita de ropa, decidió preparar la cena.

Aunque esta semana le tocaba a su padre pringar en la cocina y, técnicamente, era el responsable de hacer la compra durante unos días más, Helena creyó que necesitaba tener las manos ocupadas o empezaría a subirse por las paredes.

En general, la pasta era su capricho culinario más preciado y la lasaña era la reina de todas las pastas. Si hacía ella misma los tallarines estaría ocupada durante horas, precisamente lo que quería, así que sacó harina y huevos y se puso manos a la obra.

Cuando Jerry llegó a casa lo primero que percibió fue el delicioso aroma de la cena; después, se percató de que hacía un tremendo bochorno en el interior, lo cual era muy poco habitual. Encontró a Helena sentada en la mesa de la cocina, con restos de harina en el rostro sudoroso y en los brazos, jugueteando con el colgante en forma de corazón del collar que su madre le había regalado cuando no era más que un bebé. Jerry miró a su alrededor tensando los hombros y abriendo los ojos de par en par.

—He hecho la cena —informó Helena con voz apagada.

—¿He hecho algo mal? —preguntó su padre con cautela.

—Por supuesto que no. ¿No ves que te he preparado la cena? ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque normalmente cuando una mujer se pasa horas cocinando una cena muy elaborada y se sienta a la mesa con una mirada de fastidio significa que algún chico ha hecho algo muy estúpido —explicó aún un poco asustado —. Ha habido otras mujeres en mi vida, ya lo sabes.

—¿Tienes hambre o no? —preguntó Helena, que sonrió, en un intento de deshacerse de su mal humor.

El hambre ganó esa batalla. Jerry cerró el pico y fue a lavarse las manos. Ella no había comido nada desde el desayuno, así que debería de estar muriéndose de hambre. Cuando probó el primer bocado se dio cuenta de que no sería capaz de comer más. Se esforzaba para escuchar a su padre mientras empujaba su comida favorita a los bordes del plato y Jerry se servía varias veces. Su padre se interesaba por el primer día de clase al mismo tiempo que, con todo el disimulo posible, intentaba ponerse más sal en la comida. Helena se lo impedía, como siempre hacía, pero no tenía energía suficiente para responder a todas sus preguntas con más de un monosílabo.

A eso de las nueve decidió acostarse, mientras su padre veía un partido de los Boston Red Sox en la televisión, pero no consiguió conciliar el sueño. A medianoche, justo cuando el partido acabó y su padre subió las escaleras, ella aún seguía despierta en la cama. Estaba agotada, pero cada vez que empezaba

a adormilarse oía unos susurros.

Al principio pensó que eran reales y que alguien le estaba gastando una broma pesada, así que se encaramó al alféizar de la ventana y trepó hasta el techo para observar entre la oscuridad. Todo estaba en calma, ni siquiera una brisa que agitara los rosales que rodeaban la casa. Se quedó allí sentada durante un rato, contemplando la marea negra que parecía el océano tras las luces del vecindario.

Hacía tiempo que no subía allí. Le embargó una sensación de romanticismo al pensar que las mujeres de épocas pasadas languidecían en estos miradores mientras escudriñaban los mástiles en busca del barco de su marido. Cuando era niña, solía inventarse que su madre estaría en una de esas embarcaciones, volviendo a casa después de que unos piratas, o el capitán Ahab o alguien igual de peligroso y legendario, la hubieran mantenido prisionera. Se había pasado horas y horas en esa terraza, explorando el horizonte en busca de un barco que jamás navegaría hacia el muelle de Nantucket.

Helena se removió incómodamente en el suelo de madera y entonces recordó que aún tenía su pequeño alijo allí arriba. Durante años, su padre se empeñó en convencerla de que un día u otro se caería de allí y se partiría el cuello, así que le prohibió subir al mirador sola. Por muchas veces que la castigara, siempre se escapaba a hurtadillas hasta allí arriba para comer barritas de *muesli* mientras soñaba despierta. Tras unos meses de continuos castigos por la atípica desobediencia de su hija, Jerry finalmente se rindió y le dio permiso para que trepara hasta allí siempre y cuando no se apoyara en la barandilla. Al final, incluso le construyó un baúl impermeable para que pudiera guardar cosas.

Abrió el baúl y extrajo un saco de dormir que solía esconder en su interior y lo extendió sobre las tablas de madera del mirador. Helena distinguió unos barcos navegando a lo lejos, a los que, técnicamente, no debería ser capaz de oír ni ver a tal distancia, pero que sin duda veía y oía. Cerró los ojos y se entregó al placer de escuchar el zarandeo de las velas y el crujir de las tablas de madera de teca de una diminuta embarcación que seguía el ritmo apacible del oleaje nocturno. Completamente sola y sin que nadie pudiera verla, Helena se dejó llevar por unos momentos. Cuando empezó a cabecear,

decidió bajar a su habitación a intentar, por fin, sumirse en un profundo sueño.

Estaba caminando sobre un terreno rocoso y accidentado. El sol que bañaba aquel paisaje era tan abrasador que el aire seco avanzaba serpenteando y se movía en rachas, como si partes del cielo estuvieran fundiéndose. Las piedras y rocas eran de un color amarillo pálido además de muy afiladas; por todas partes se podían distinguir diminutos arbustos que no crecían ni un palmo del suelo y estaban recubiertos de espinas.

Un único árbol con el tronco retorcido se asomaba por una cuesta.

Helena estaba sola. Un segundo más tarde estaba acompañada. Bajo las raquíticas ramas aparecieron tres siluetas. Eran tan esbeltas y diminutas que, en un principio, las confundió con tres niñas pequeñas. Pero entonces observó que sus antebrazos, demacrados y arrugados, colgaban de unos huesos como cuerdas; en ese momento Helena se dio cuenta de que eran tres mujeres muy ancianas. Las tres tenían la cabeza inclinada, y su cabello, negro azabache y muy largo, les cubría el rostro por completo. Lucían vestidos blancos desgarrados y estaban cubiertas por una capa de polvo blanquecino de la cabeza a los pies. De rodillas hacia abajo su piel estaba manchada de barro y mugre, y tenían los pies embadurnados de sangre seca por andar descalzas en este páramo inhóspito y baldío.

A Helena la invadió un miedo transparente y brillante.

Retrocedió, alejándose de ellas de forma compulsiva, cortándose las plantas de los pies y arañándose las piernas con las espinas de los arbustos. Las tres abominaciones dieron un paso hacia delante y empezaron a zarandear los hombros mientras sollozaban en silencio. Gotas de sangre se derramaban de sus cabelleras y recorrían sus vestidos. Susurraban nombres mientras lloraban lágrimas sangrientas.

Helena se despertó con una bofetada. Sentía la mejilla adormecida además de un pitido intenso en el oído izquierdo. Tenía la cara de su padre a pocos centímetros de la suya y, sin duda, reflejaba una preocupación absoluta

que enseguida comenzó a mostrar signos de culpabilidad. Jamás le había puesto la mano encima. Jerry tuvo que tomar aliento varias veces antes de hablar.

El reloj junto a la cama marcaba las 3:16 de la madrugada.

—Estabas gritando. Tuve que despertarte —tartamudeó.

Helena tragó saliva para intentar humedecer la lengua, que súbitamente se le había hinchado, y la garganta, lo cual le produjo un dolor tremendo.

—Está bien. Solo era una pesadilla —murmuró mientras se incorporaba.

Tenía las mejillas húmedas, aunque no sabía si por el sudor o por las lágrimas. Helena se secó los pómulos y esbozó una sonrisa para tratar de tranquilizar a su padre, pero no funcionó.

—¡Qué demonios, Helena! Eso no era normal —confesó con un tono de voz agudo—. Estabas diciendo cosas, cosas realmente espantosas.

—¿Como qué? —dijo con voz ronca. Tenía mucha sed.

—La mayoría eran nombres, listas de nombres. Y luego empezaste a repetir «sangre por sangre» y «asesinatos». ¿Qué narices estabas soñando?

Helena recordó a aquellas tres mujeres, «tres hermanas», pensó, y supo que no podía decirle ni una palabra de eso a su padre. Se encogió de hombros y mintió. Se las apañó para convencer a Jerry que tener pesadillas sobre asesinatos era algo normal y le prometió que jamás volvería a ver películas de miedo sola. Al final consiguió que se fuera a la cama sin rechistar.

El vaso de agua que había dejado sobre la mesita de noche estaba vacío y tenía la boca completamente seca. Balanceó las piernas y decidió ir al baño a llenar el vaso. En cuanto rozó los pies con el suelo de madera, dejó escapar un grito ahogado.

Encendió la lámpara para echar un vistazo a sus pies, aunque ya sabía el panorama que iba a encontrarse.

Las plantas de los pies mostraban cortes profundos y estaban manchadas de barro; además, tenía las espinillas arañadas por lo que parecían espinas.

3

Por la mañana, cuando se despertó, se miró los pies y descubrió que no tenía ningún rasguño. Durante un instante pensó que todo aquello había sido producto de su imaginación, pero entonces se fijó en que las sábanas estaban manchadas de sangre seca y de mugre.

En un intento de poner a prueba su cordura, decidió dejar las sábanas puestas, ir a la escuela y, cuando regresara a casa, comprobar si aún seguían sucias. Si estaban limpias cuando llegara del instituto, todo habría sido una mera ilusión y solo estaría un poco chiflada. Si, en cambio, estaban embarradas e inmundas, significaría que estaba tan rematadamente loca que era capaz de caminar somnolienta por la noche y manchar las sábanas de barro y sangre sin tan siquiera recordarlo.

Helena trató de desayunar un bol de yogur con bayas, pero no pudo ni con la primera cucharada, así que ni se molestó en coger el bocadillo para el almuerzo. Si más tarde le entraba hambre, ya compraría algo más apetitoso, como sopa y galletas.

Pedaleando su bicicleta de camino al instituto, se percató de que hacía un calor y una humedad insoportables por segundo día consecutivo. La única brisa que soplaba era el viento que se desprendía de sus propias ruedas. Cuando por fin ató la bicicleta en el armazón se dio cuenta de que no solo el aire estaba inmóvil y quieto, sino que los sonidos naturales, como el piar de los pájaros o el zumbar de los insectos, se habían evaporado.

Todo estaba demasiado silencioso, como si la isla no fuera más que un barco anclado en medio del vasto océano.

Llegó más pronto que el día anterior, de forma que todos los pasillos estaban atestados de estudiantes. Claire la vio entrar. Tras verla sonreír de

oreja a oreja, supo que la había perdonado. Su amiga se coló entre el tráfico de alumnos y serpenteó hasta llegar a Helena para ir juntas a clase de tutoría.

De repente, mientras las dos amigas se acercaban, Helena empezó a notar que le costaba caminar, de modo que al final se vio obligada a detenerse. Le daba la sensación que todos los alumnos del pasillo se habían esfumado por arte de magia. En el inesperado vacío del instituto, oyó que unos pies descalzos se arrastraban por el suelo acompañados por unos inconsolables sollozos de pena y dolor.

Dio media vuelta justo a tiempo para vislumbrar que una figura blanca y polvorienta, con los hombros encorvados y temblorosos, doblaba una esquina. La joven advirtió que la mujer que se lamentaba acababa de cruzarse con alguien, con una persona real que también se giró para observar a la desconocida. Helena concentró su atención en aquella jovencita de tez cetrina y con el cabello negro recogido en una trenza que se deslizaba sobre un hombro. Sus labios, de un color rojizo luminoso, dibujaron una O de sorpresa.

En ese preciso instante, el sonido volvió a encenderse, como si alguien hubiera pulsado un botón, y el pasillo volvió a abarrotarse de estudiantes con prisas. Helena permanecía inmóvil, entorpeciendo el tráfico; no podía apartar la vista de la deslumbrante trenza que se balanceaba tras la espalda de aquella chica, quien desapareció en un aula.

Sintió un escalofrío por todo el cuerpo; un escalofrío causado por una emoción que tardó unos segundos en reconocer. Era rabia.

—¡Santo Cielo, Len! ¿Vas a desmayarte? —preguntó Claire algo ansiosa.

Helena desvió la mirada hacia su mejor amiga y tomó aire temblorosamente. En ese momento se dio cuenta de que estaba cubierta de sudor frío y tiritaba. Abrió la boca, pero no logró articular palabra.

—Voy a llevarte a ver a la enfermera —anunció Claire. Agarró a Helena por la mano y empezó a tirar de ella, intentando arrastrarla—. Matt —llamó por encima del hombro de su amiga—, ¿me echas una mano con Lennie? Creo que en cualquier momento va a perder el conocimiento.

—No me voy a desmayar —espetó Helena con brusquedad, aunque hasta entonces no se había percatado de lo raro de su comportamiento.

Sonrió con timidez a sus amigos para compensar el resquemor y la rabia

que había desprendido sus palabras. Matt le rodeó la cintura con el brazo, pero ella le apartó suavemente para hacerle saber que no era necesario. El muchacho la observó dudando.

—Estás muy pálida y tienes unas ojeras espantosas —confesó Matt.

—Me he acalorado un poco viniendo en bicicleta.

—No me digas que estás bien —advirtió Claire.

Su amiga tenía los ojos llorosos y parecía frustrada; Matt no tenía mucho mejor aspecto. Helena no podía ignorar lo que acababa de ocurrir y, aunque realmente hubiera perdido la chaveta, sus amigos no tenían que pagar el pato.

—No, tienes razón. Creo que me ha dado una insolación.

Matt asintió con la cabeza, aceptando así su excusa como la única lógica.

—Claire, acompáñala al baño. Le explicaré a Hergie lo ocurrido para que no os ponga retraso. Y deberías comer algo. Ayer no probaste bocado en el almuerzo —le recordó.

Le chocó que su amigo se acordara de ese incidente, pero lo cierto es que Matt era especialista en no olvidar ningún detalle. Quería ser abogado y ella tenía claro que algún día sería uno de los mejores.

Claire empapó a Helena en el baño, vertiéndole agua fría sobre la espalda cuando, en principio, solo debía mojarle ligeramente el cuello. Acabaron enzarzadas en una gigantesca guerra de agua que, al parecer, tranquilizó a Claire, ya que era la primera respuesta normal que obtenía de su íntima amiga en los últimos días. La propia Helena sintió que al fin había cruzado un muro agotador y ahora todo se había vuelto divertido.

Hergie les concedió un permiso y se tomaron su tiempo para asistir a la primera clase. Tener un permiso del señor Hergeshimer era como conseguir uno de los billetes dorados de Willy Wonka: podías ir a cualquier parte y hacer cualquier cosa durante todo el día sin que ningún profesor te dijera nada.

En la cafetería, compraron naranjas para subir los niveles de azúcar de Helena y compartieron una magdalena con virutas de chocolate. Logró darle un bocado y milagrosamente empezó a sentirse mejor. Después, se dirigieron hacia el auditorio y encendieron el gigantesco ventilador para refrescarse, turnándose para cantar frente al aire arremolinado como estrellas del pop mientras vociferaban y se desgañitaban y se reían descaradamente la una de

la otra.

Helena se sentía tan aturdida por haber hecho novillos gracias a la justificación de Hergie y por ingerir azúcar a palo seco teniendo el estómago vacío que ni siquiera era capaz de recordar a qué clase se suponía que debía dirigirse. Las dos amigas estaban por casualidad andando por el pasillo equivocado en el momento equivocado cuando el timbre que marcaba el final de la primera clase sonó. Se miraron y se encogieron de hombros, como queriendo decir: «Bueno, ¿qué se le va a hacer?». Y estallaron a reír. En ese preciso instante, Helena vio a Lucas por primera vez.

Por fin el cielo se desprendió de todo el aire que había estado custodiando durante dos días. Unas ráfagas de viento caliente y viciado se colaron por cada ventana abierta hacia el sofocante interior del instituto. El viento hizo volar hojas sueltas de papel, alzó los dobladillos de las faldas, alborotó las cabelleras de las chicas y atrapó todos los chismes y abalorios que encontró en el camino y los elevó hasta el techo, como los sombreros el día de la graduación. Por un momento, Helena creyó que todo se había elevado, que se había quedado atrapado en el arco de la bóveda, con la misma ingravidez que el espacio.

Lucas estaba delante de su taquilla, a unos seis metros de distancia, con la mirada clavada en Helena mientras el resto del mundo aguardaba el momento en que la gravidez volviera a su lugar. Era alto, sobrepasaba el metro ochenta, y de complexión fuerte, aunque sus músculos eran alargados y delgados en vez de voluminosos. Tenía el cabello corto y un bronceado típico de finales de verano que hacía resaltar su bonita sonrisa blanca y sus ojos azul piscina.

Mirarse a los ojos fue un despertar. Por primera vez en su vida, Helena sintió en sus propias carnes un odio puro, envenenado.

No se dio cuenta de que estaba corriendo hacia aquel chico, pero sin duda sí percibió los sollozos y murmullos de las tres hermanas que poco a poco se transformaron en llantos y lamentos; podía distinguirlas detrás del joven moreno, que «sabía» que era Lucas, y de otro chico más bajito pero también de aspecto bronceado que estaba junto a él. Las hermanas se tiraban del pelo hasta arrancarse mechones dejando un charco de sangre. Señalaban a los dos chicos de modo acusador mientras chillaban una serie de nombres, nombres de personas muertas. De repente, Helena entendió lo que tenía que hacer.

En la fracción de segundo que tardó en alcanzarlos, advirtió que el otro chico se abalanzaba sobre ella, pero Lucas detuvo la embestida; estiró un brazo y el desconocido salió volando hasta chocar con las taquillas que había detrás de ellos. En ese instante, el cuerpo de Helena se paralizó y se quedó en tensión.

—¡Cassandra! ¡Quédate donde estás! —ordenó Lucas por encima del hombro de Helena. Su rostro estaba a tan solo unos milímetros del de Helena. Después, concluyó—: Es muy fuerte.

Helena sentía un terrible ardor en los brazos y notaba que los huesecillos de las muñecas le rechinaban. Entonces se dio cuenta de que Lucas estaba sujetándola por las muñecas para mantenerla alejada de su cuello. Estaban atrapados en un punto muerto, pero si ella alargaba unos pocos milímetros sus dedos podrían alcanzar la garganta de él.

«¿Y ahora qué?», le preguntó una vocecilla en su cabeza. «¡Ahógale hasta que deje de respirar!», respondió otra voz.

Los asombrosos ojos de color índigo de Lucas no daban crédito a lo que estaban presenciando: Helena estaba ganando. La joven rozó la piel que le cubría la arteria principal con una uña y la rasgó. Entonces, antes de poder procesar lo que estaba sucediendo, Lucas la giró y la sujetó contra su pecho, agarrándole los brazos para inmovilizarlos y colocándose entre sus piernas. La postura que habían adoptado desequilibraba a Helena, que no lograba pisar el suelo. No podía moverse.

—¿Quién eres? ¿A qué casta perteneces? —le susurró al oído mientras le atestaba una fuerte sacudida. Pero Helena estaba fuera de sí y no podía entender ni una sola palabra.

Sin poder maniobrar e indefensa por completo, comenzó a chillar furiosa y exasperada. De repente, se calló. Ahora que no lograba atisbar la mirada azul de Lucas empezó a percatarse de que la mitad del profesorado del instituto estaba intentando separarlos. Todo el mundo los estaba observando.

Helena se retorcía agónicamente mientras unos fuertes retortijones le agarrotaban el abdomen. De inmediato, Lucas la soltó, como si se hubiera transformado en una cerilla en llamas. El cuerpo de la joven se convulsionaba de forma espasmódica. Helena se desplomó sobre el suelo.

—¡Señorita Hamilton! Señorita… Helena. Helena, míreme —dijo el

señor Hergeshimer.

Estaba arrodillado en el suelo junto a ella mientras la chica jadeaba e intentaba relajar los músculos. Alzó la vista y observó el rostro sudoroso de su tutor. Estaba completamente despeinado y, al parecer, las gafas habían salido disparadas durante la pelea. Durante un instante se preguntó si habría golpeado a su profesor de literatura. No pudo evitar echarse a llorar.

—¿Qué me sucede? —gimoteó en voz baja.

—Ya ha pasado todo. Cálmese —comentó el señor Hergeshimer con tono más severo—. Todos los demás, vayan a sus clases. ¡Inmediatamente! —gritó a la muchedumbre de alumnos con la boca abierta que se había arremolinado alrededor.

Todos se dispersaron cuando el señor Hergeshimer se levantó y se hizo cargo de la situación.

—Ustedes dos —llamó señalando a Lucas y Jasón—, acompáñenme al despacho del director. ¡Señor Millis! ¡Señorita Aoki! Lleven a la señorita Hamilton a la consulta de la enfermera y después diríjanse directamente a sus clases. ¿Entendido?

Acto seguido, Matt dio un paso hacia adelante y deslizó el hombro por debajo del brazo de Helena, ayudándola así a levantarse. Claire la cogió de la mano y la acarició de modo tranquilizador. Helena levantó la mirada y vio que Lucas se giraba para echarle un rápido vistazo por encima del hombro mientras avanzaba con pesadumbre y lentitud junto al señor Hergeshimer. Otra oleada de aversión se apoderó de ella y los ojos se le humedecieron con lágrimas de odio. Matt la guió hasta la enfermería, acariciándole el pelo mientras ella no dejaba de llorar. Claire, temblando y en silencio, no se separó del lado de su amiga.

—¿Qué te ha hecho, Lennie? —preguntó Matt con vehemencia.

—¡No lo había visto *n-n-nunca* en mi *v-v-vida*! —farfulló Helena entre lágrimas.

—¡Buena idea, Matt! ¡Hazle preguntas! ¿Puedes estarte calladito? —le contestó Claire con rudeza e intentando no perder los nervios.

No volvieron a hablar durante el resto del camino. Cuando al fin llegaron a la enfermería, le explicaron a la señora Crane lo que había ocurrido, sin olvidar el hecho de que Helena había sufrido una insolación por la mañana.

La enfermera la obligó a tumbarse en la camilla y le cubrió la frente con una toalla húmeda. Después, se fue al despacho para llamar por teléfono a Jerry.

—Tu padre está de camino, tesoro. No, no, mantén los ojos cerrados. La oscuridad te ayudará a sentirte mejor —aconsejó la señora Crane al pasar junto a la camilla de su paciente.

La enfermera se apresuró hacia el pasillo para cruzar un par de palabras con alguien durante unos instantes. Después regresó a la enfermería y se sentó tras el escritorio.

Helena permaneció tumbada bajo el frescor de la toalla, agradecida de estar sola. No era capaz de pensar con coherencia, por no hablar de intentar justificar lo sucedido. Lo que más le asustaba era que, por alguna razón, estaba convencida de que su intención era buena, o al menos eso era lo que se esperaba de ella. En el fondo, sabía que debería haber matado a ese chico si hubiera podido y, a decir verdad, no se sentía culpable por pensarlo. Hasta que vio a su padre.

Tenía un aspecto deplorable. La señora Crane le relató lo ocurrido. Le explicó que Helena había sufrido un grave episodio de insolación y que, probablemente, esa fuera la causa de su extraño comportamiento. Él escuchó con paciencia y después le pidió a la señora Crane que le dejara un momento a solas con su hija. La enfermera accedió a su petición.

Al principio, Jerry no dijo nada; únicamente caminaba de un lado al otro de la enfermería. Helena se incorporó y se quedó sentada sobre la camilla, jugueteando con el collar. Al fin, él decidió sentarse a su lado.

—Ahora mismo serías incapaz de mentirme, ¿verdad? —le preguntó en voz baja. Helena negó con la cabeza—. ¿Estás enferma?

—No lo sé, papá. No me encuentro bien, pero no sé exactamente qué me pasa —le contestó de todo corazón.

—Tenemos que ir al médico, ya lo sabes.

—Me lo imaginaba —susurró asintiendo con la cabeza.

Padre e hija se sonrieron y, de repente, ambos se giraron hacia el estruendo de unos pasos apresurados que se dirigían a la enfermería.

Jerry se levantó y se encaminó hacia la puerta, colocándose así enfrente de Helena. Un tipo que rondaba los cuarenta, alto e indescriptiblemente atlético, entró de repente en la habitación. La chica bajó de un brinco de la

camilla y, siguiendo su instinto, escrudiñó la enfermería en busca de otra salida. Pero no la había. Tenía la sensación de que iba a morir. En la esquina de la diminuta sala apareció una de las hermanas compungidas. Estaba en cuclillas, con la cara cubierta por una mata de cabello grasiento, gimiendo nombres y sollozando «sangre por sangre» mientras se golpeaba la frente contra la pared.

Helena se tapó los oídos con las manos. Apartó la vista de aquella horrorosa imagen y reunió el valor suficiente para mirar a los ojos al descomunal hombre que acababa de entrar en la enfermería. Una chispa de reconocimientos los iluminó a ambos. Jamás lo había visto, pero de algún modo sabía que debía temerle. Al principio, su rostro anguloso denotaba determinación, pero enseguida se transformó en desconcierto y, más tarde, en confusión. Su mirada apuntaba directamente a Jerry, pero, de pronto, una expresión casi cómica causada por incredulidad desbarató lo que podría haber sido una pelea terrible.

—¿Usted es…? ¿Usted es el padre de la jovencita que ha atacado a mi hijo? —preguntó con voz titubeante.

Jerry dijo que sí con la cabeza.

—Mi hija, Helena —la presentó señalándola—. Y yo soy Jerry Hamilton.

—Cástor Delos —respondió el gigantesco hombre—. Mi esposa, Noel, no ha podido venir. ¿Y la madre de Helena?

Jerry sacudió la cabeza a modo de negativa.

—Lennie y yo vivimos solos —soltó.

Cástor se fijó en Helena y en su padre y después frunció la boca, como si hubiera entendido algo.

—Perdóname. No era mi intención preguntar por asuntos tan personales. ¿Es posible que tengamos una conversación a solas?

—¡No! —gritó Helena. Se lanzó violentamente hacia su padre y lo agarró por el brazo para alejarle de aquel hombre.

—Pero ¿qué pasa contigo? —chilló Jerry. Intentó apartar a Helena, pero no lo consiguió.

—¡Por favor, no vallas con él a ningún sitio! —rogó Helena con los ojos llorosos. Jerry dejó escapar un soplido, rodeó con los brazos a su hija y la sostuvo en un intento de tranquilizarla.

—No se encuentra muy bien —se excusó ante Cástor, quien contemplaba la historia con cierta compasión.

—Yo también tengo una hija —respondió con amabilidad, como si eso lo explicara todo.

La señora Crane y el director, el señor Hoove, entraron a toda prisa a la enfermería, como si hubieran estado persiguiendo a Cástor.

—Señor Delos —empezó el director con tono irritado, pero el hombre le interrumpió.

—Espero que tu hija se mejore pronto, Jerry. Yo también sufrí una insolación y me dijeron que hice un montón de cosas extrañas. Puede hacerte alucinar, imagínate —comentó dirigiéndose a nadie en particular.

Helena vio que le echaba un último vistazo y que se fijaba en la esquina donde la hermana suplicante todavía seguía balanceándose adelante y atrás. Se preguntó si él también la veía, y si ese era el caso, ¿cómo diablos dos personas podían tener la misma alucinación?

—Bueno…, está bien. ¿Todo solucionado, entonces? —preguntó el señor Hoove, algo inseguro mirando a Cástor y a Jerry.

—Por lo que se refiere a mi hijo y a mí, sí, sin duda. De hecho, estoy más preocupado por ti, jovencita —añadió dirigiéndose educadamente a Helena —. Lucas me dijo que fue, bueno, un poco brusco. ¿Te hizo daño? — inquirió. A primera vista parecía que era un tipo con unos modales más que correctos, pero Helena no se fiaba de él. Intentaba calibrar sus fuerzas.

—Estoy bien —respondió de manera cortante—. Ni un rasguño. Él abrió los ojos como platos. Helena no entendía cómo se había atrevido a provocar a alguien más corpulento y mayor que ella, a un tipo gigantesco en flor de la vida, pero simplemente no pudo evitarlo. En general, detestaba tanto las discusiones que ni siquiera soportaba ver esos programas de debate que emitía la televisión basura, donde los invitados se gritaban y se insultaban entre ellos. En cambio, ya era la segunda vez en menos de media hora que sopesaba la opción den pelearse con alguien mucho más grande y corpulento que ella. Menos mal que las ansias por asesinar a Cástor no eran tan irreprimibles como las de matar a su hijo. Nunca se había encontrado con alguien que la enfureciera tanto como Lucas, aunque no descartaba abollarle el coche a Cástor. Ese impulso la confundió profundamente.

—Me alegro de que estés bien —comentó Cástor con una sonrisa, relajando la situación.

El hombre se volvió hacia el director y le dejó claro que ni él ni su familia creían que Helena se mereciera un castigo. Por lo que a él respectaba, ella se había sentido mal y todo el incidente debía olvidarse. Se marchó tan súbitamente como había llegado.

En cuanto los pasos de Cástor se desvanecieron, la hermana lloroso se esfumó y los susurros de disiparon. Al mismo tiempo, la ira de Helena desapareció. Se derrumbó sobre la camilla como un globo que se deshincha de repente.

—Lo mejor será que la llevas a casa ahora, Jerry —sugirió la señora Crane con un tono de voz suave y una sonrisa reconfortante—. Muchos líquidos, luz tenue y un buen baño de agua fría para bajarle la temperatura, ¿de acuerdo?

—Claro que sí, señora Crane. Muchas gracias —replicó él, convirtiéndose por un momento en el chico adolescente que había visitado hacía tantos años la enfermería de la señora Crane.

Helena se dirigió hacia el aparcamiento con la cabeza agachada, sin apartar la vista del suelo; sin embargo, notaba las miradas de otros estudiantes clavadas en su nuca. Cuando se acomodó en el asiento del acompañante del *Cerdo,* observó la puerta del despacho del director y vio a los chicos Delos, que salían junto a Cástor. La mirada de Lucas buscó rápidamente la de Helena. Su padre se acercó a él y le rodeó el cuello con el brazo, como si quisiera hablarle. Al final, Lucas desvió la mirada de la de Helena y miró a su padre antes de asentir con la cabeza y hundir los ojos en el suelo.

Empezó a llover. Primero una, después dos y después tres gotas enormes de lluvia veraniega rociaron el parabrisas del coche. Un segundo más tarde, empezó a jarrear con más fuerza. Helena cerró la puerta de golpe y miró de reojo a su padre, quién también estaba observando a la familia Delos.

—¿Sobre cuál de ellos te abalanzaste? —preguntó Jerry con una sonrisa maliciosa.

—Sobre el más grande —le respondió Helena con media sonrisa.

Jerry miró a su hija, silbó y arrancó el coche.

—Tienes suerte de que no te hiciera daño —comentó, esta vez sin bromear.

Helena asintió de forma sumisa, pero estaba convencida de que era Lucas quien había tenido suerte. Se sintió sorprendida y aterrada a un tiempo; durante el resto del trayecto a casa, Helena no volvió a abrir la boca.

4

Helena llenó la bañera de agua helada y, con las luces del baño apagadas, se dedicó a escuchar el incesante timbre de su teléfono móvil. No sabía qué decir y cada vez que se acordaba de cómo había atacado a Lucas Delos delante de toda la escuela, gruñía en voz alta, completamente avergonzada. Tendría que abandonar el país, o al menos la isla de Nantucket, porque no había modo alguno de olvidar que había intentado estrangular al chico más apuesto del lugar.

Volvió a dejar escapar un quejido de humillación y se salpicó el rostro, que aún mostraba cierto rubor a pesar de estar sumergida en agua gélida. Ahora que al fin la rabia no le corría por las venas, podía concentrarse y pensar en Lucas de forma objetiva y lúcida; Claire no había exagerado ni un ápice al decir que era el chico más atractivo que jamás había visto. Completamente de acuerdo. Había intentado matarle, pero no estaba ciega. Ese chico era distinto.

Helena llegó a la conclusión que ni su altura ni su bronceado, ni tan siquiera sus músculos, hacía de él un chico tan cautivador. Era su forma de moverse. Solo se había cruzado con él un par de veces, pero estaba segura de que a él le importaba menos su aspecto físico que a todos los que le rodeaban. Su mirada, la más hermosa que había visto nunca, parecía mirar hacia otro lado, y no hacia sí mismo.

Sumergió la cabeza bajo el agua y gritó a pleno pulmón para desfogonarse sin alarmar a su padre. Cuando subió a la superficie, a pesar de sentirse algo mejor, seguía decepcionada. Le daba la impresión de que, de algún modo no era capaz de explicar, ya conocía a Lucas, y eso tenía sus efectos secundarios; estaba empezando a idealizarle, a creerle más perfecto

de lo que humanamente era posible, lo cual le resultaba bastante incómodo, teniendo en cuenta que aún deseaba arrebatarle la vida.

Quitó el tapón de goma con los dedos del pie y contempló en silencio cómo el agua se arrastraba lentamente hasta que el desagüe se tragó la última gota. Helena permaneció desnuda en la bañera vacía, con la mirada fija en sus pies blanquecinos y arrugados hasta notar un cosquilleo doloroso en el trasero. Sabía que, de un momento u otro, tendría que salir de la oscuridad del cuarto de baño y tratar de actuar con normalidad.

Se vistió con ropa de andar por casa y, mientras bajaba las escaleras, se encontró a su padre entrando por la puerta a toda prisa. Había ido a comprar helados para cenar, pero no unos helados cualesquiera, sino los que vendían en una deliciosa heladería italiana a la que Helena le había prohibido acercarse desde que el médico le aconsejó vigilar su dieta.

—Son para bajarte la temperatura —le respondió con inocencia mientras se sacudía las gota de lluvia del pelo.

—¿Ese es tu pretexto? —le preguntó con las manos apoyadas en las caderas.

—Sí, y pienso ceñirme a él.

Helena decidió dejar pasar el tema. Ya habría más tiempo para preocuparse de su colesterol por la mañana. Después de varios días comiendo tan poco, probablemente ingerir un delicioso *gelato* no era la idea más acertada, pero lo cierto es que lo digirió con facilidad. Ambos se acomodaron en el suelo del salón, con el partido de sus queridos Boston Red Sox iluminando en televisor, turnándose el tarro de helado y la cuchara mientras despotricaban de los Yankees. Ninguno de los dos respondía las llamadas de teléfono, que seguían sonando de vez en cuando, y Jerry tampoco presionó a su hija para que le explicara lo sucedido. La madre de Claire jamás hubiera permitido que su hija saliera indemne de algo así. En ciertas ocasiones, haber sido criada por un padre soltero tenía sus ventajas.

Helena tuvo que cambiar las sábanas antes de acostarse. Las manchas de la noche anterior no habían desaparecido, tal y como ella había esperado, pero tenía cosas más importantes de que preocuparse que su sonambulismo. Para empezar, de repente oyó algo o alguien que se movía por el mirador. Los sonidos eran distintos de los de la noche anterior; sin duda, se trataban de

pasos que caminaban por el balcón, justo encima de su habitación, y no sonidos amorfos que provenían de todos lados. Pero tomó la decisión de no subir a comprobar qué estaba sucediendo. Ya había visto bastantes fantasmas por aquel día.

Al día siguiente, Helena fue a la consulta del doctor Cunningham. Después de inspeccionarle la vista con un lápiz óptico de luz intermitente y examinar el pecho con suaves golpecitos, dijo que no parecía sufrir ninguna lesión permanente. Después riñó a Helena por haber sido tan irresponsable de no ponerse un sombrero con el sol que caía. Resultaba inexplicable pero, tras una visita al médico, su pérdida de control junto con su comportamiento violento y agresivo habían quedado reducidos a la imperdonable negligencia de no cubrirse la cabeza. Al menos la revisión médica le permitió no asistir al instituto en todo el día.

Cuándo llegó a casa, encendió el ordenador y perdió varias horas buscando información en Internet sobre las tres mujeres que la asediaban. Se sentía frustrada porque cada búsqueda le ofrecía un millón de posibilidades diferentes y no podía acotarla más, pues ni siquiera era capaz de qué había visto. ¿Eran fantasmas? ¿Demonios? ¿O sencillamente manifestaciones de su propia locura? Era más que probable que todo aquello no fuera más que una alucinación, un mero producto de su mente imaginativa, y, de hecho, empezada a pensar que realmente había sufrido una insolación. Pero no era así.

Por la tarde, Claire vino a darle malas noticias.

—En estos momentos, todo el instituto está convencido de que estás de camino a un manicomio —informó en cuanto se sentaron en el sofá del salón —. Deberías haber asistido hoy a clase.

—¿Por qué? —preguntó Helena con una mueca—. Da lo mismo cuándo vuelva, nadie olvidará lo de ayer.

—Tienes razón. Fue muy fuerte —reconoció Claire. Hizo una pausa antes de volver a intervenir, un tanto apurada—. Ayer me acojonaste, lo sabes, ¿verdad?

—Lo siento —se disculpó Helena con una leve sonrisa—. Y él, ¿ha ido al

instituto hoy? —Por alguna razón necesitaba saberlo, pero no era capaz de pronunciar su nombre en voz alta.

—Sí, y me ha preguntado por ti. Bueno, en realidad no ha hablado conmigo directamente, pero Jasón sí. Y por cierto, tengo que decir que es un imbécil. —Y entonces Claire empezó a parlotear cada vez más enfadada—: ¡Fíjate! Se me acercó a la hora de comer, ¿vale? Y empieza a interrogarme con preguntas sobre ti, que si desde cuando nos conocemos, que si de dónde eres, que si conocí a tu madre antes de que te abandonara…

—¿Te preguntó sobre mi madre? Eso sí que es raro —interrumpió Helena.

—Así que yo he empezado a contestarle con mi estilo habitual de conversación inteligente —aclaró Claire con tono demasiado inocente.

—Traducción: le has insultado.

—Llámalo como quieras. Y entonces el subnormal tiene los huevos de decirme que soy muy «infantil», ¿puedes creerlo?

—Figúrate. Llamarte a ti «infantil» —contestó Helena con aire gracioso —. ¿Y qué le respondiste?

—Pues la verdad. Que tú y yo somos amigas desde que nacimos y que ninguna de nosotras recuerda a tu madre y que además ella no dejó ninguna fotografía ni nada parecido, pero que tu padre siempre anda recalcando su increíble belleza, su gran inteligencia, su talento y bla, bla, bla. No hace falta ser un lumbreras para saber que tu madre debía ser preciosa. A ver, echa un vistazo a tu padre y después mírate a ti —dijo Claire con los ojos brillantes.

Helena, al escuchar el cumplido, hizo una mueca de dolor.

—¿Y ya está? ¿Lucas no ha dicho nada sobre el tema?

Helena cerró los puños. Le costaba una barbaridad pronunciar su nombre sin sentir la tentación de atestar un puñetazo a alguien en la cabeza. Era más que evidente que, o todavía estaba sufriendo los síntomas de la insolación o, simplemente, estaba volviéndose majara.

—Ni una palabra. Pero me ha llegado el rumor de que Zach estaba poniéndote verde y Lucas le mandó a cerrar el pico.

—¿De veras? —Se sorprendió Helena, más animada—. ¿Y qué le dijo?

—Dijo que no permitiría a nadie que hablara mal de ti, eso es todo. Pero ya conoces a Lindsey y a Zach; continuaron cuchicheando sobre ti a sus

espaldas mientras él juraba y perjuraba que padecías una fiebre muy alta cuando él… te hizo eso. Por cierto, ¿cómo lo llamarías tú? ¿Un abrazo de oso por la espalda?

Helena gruñó y se tapó el rostro con las manos.

—Ya ha pasado —le consoló Claire acariciándole la espalda—. Lucas no va a ir por ahí diciendo a todo el mundo que estás como una cabra, así que al menos has tenido la suerte de enfrentarte a un chico la mar de dulce.

Helena volvió a gruñir, esta vez con más intensidad, mientras se acurrucaba en el sofá y Claire se reía de ella.

Esa noche, tuvo otra pesadilla en la que volvía a aparecer el mismo paisaje árido. Cuando se despertó, sentía tal agotamiento que, por un momento, creyó que había estado caminando durante días, tal y como había soñado. Siempre se le había dado bien ignorar las cosas extrañas que solían ocurrirle e intentó convencerse a sí misma de que esta no era una excepción. Pero las manos empezaron a temblarle al comprobar que las sábanas estaban otra vez mugrientas, así que las recogió para llevarlas a lavar.

Se limpió el barro de las piernas en la ducha y procuró concentrar su atención en el instituto, aunque eso tampoco iba a ser un gran consuelo. En cuanto apareciera por la puerta se daría inicio la caza del pazguato, y ella tenía todos los números para ser la víctima.

Seguía lloviendo de forma torrencial, así que Helena fue al instituto con Claire y su madre. Tenía miedo de sentir retortijones incluso antes de apearse del coche y se apretó el vientre con ambas manos. Jamás había logrado entender por qué sentía esos pinchazos en el estómago; lo único que sabía era que, a veces, cuando hacía algo que provocaba el desconcierto y asombro de los demás, notaba unos espasmos en el vientre tan atroces e intensos que se veía obligada a parar lo que estaba haciendo.

—Relájate —le recomendó Claire mientras abrían la puerta principal—. Todo lo que tienes que hacer es superar el día de hoy, Después tendrás todo el fin de semana para… —Su amiga se quedó sin habla durante unos segundos, meditando. Finalmente, añadió—: Ni de Broma. Lo siento, Len, he querido ser optimista, pero el lunes no habrá cambiado nada.

Claire soltó unas ruidosas carcajadas que animaron un poco a Helena, hasta que entraron al instituto.

Fue mucho peor de lo que imaginaba. Unas chicas de un curso debajo del suyo se quedaron literalmente boquiabiertas nada más ver entrar a Helena y se arremolinaron en un corrillo para chismosear. Otro chico con chaqueta negra de cuero lanzó una mirada lasciva a Helena y le susurró «Heladito» al pasar junto a ella. Al girarse, asombrada y confundida, él articuló la palabra «llámame» sin pronunciarla y continuó su camino.

—No creo que pueda sobrevivir a esto —murmuró ella. Claire le puso una mano en la espalda y la empujó.

Cada vez que la mirada de alguno de sus compañeros aterrizaba en ella y la reconocían, Helena sentía que el ataque de pánico estaba cada vez más cerca. ¿Su penúltimo año de instituto iba a ser así de angustioso? Probó de mimetizarse con la sombra de su mejor amiga, pero enseguida se dio cuenta de que si lo buscaba era cobijo, tendría que encontrar amigos más corpulentos que Claire.

—¡Deja de pisarme los talones! —se quejó Claire—. ¿Por qué no te escondes en clase de Hergie mientras cojo tus cosas de la taquilla?

Agradecida, Helena se inmiscuyó en el aula de tutoría y se apoyó sobre su pupitre. El señor Hergeshimer le preguntó si se encontraba mejor y, al oír que estaba bien, la ignoró por completo. Helena le hubiera besado por ese detalle.

Matt la saludó con una mano y se sentó sin dedicarle ni una palabra. Helena adivinó, y no se equivocó, que su mejor amiga había amenazado a Matt, obligándole a actuar como si nada hubiera sucedido; pero el chico no podía reprimirse y la miraba de reojo de vez en cuando, lo cual demostraba que seguía preocupado por ella. Helena le dedicó una cariñosa sonrisa y, al parecer, su amigo se quedó más tranquilo. Zach, en cambio, decidió mirar por la ventana en cuanto se sentó, para evitar mirar a Helena.

Logró sobrevivir el resto de la mañana sin sufrir ningún incidente; hasta la hora del almuerzo. De camino a la cafetería del instituto, se percató demasiado tarde de que estaba muy cerca de la taquilla de Lucas. Estaba a punto de dar media vuelta y tomar otro camino, lo cual era absurdo además de ridículo, ya que para ello tendría que rodear el edificio, pero alguien detectó su incertidumbre.

Lindsey y Zach la vigilaban sin quitarle ojo de encima mientras Helena titubeaba de manera indecisa en la mitad del pasillo. Estaban frente a sus respectivas taquillas que, por casualidad, eran las de al lado de las de Lucas y Jasón. De repente, le vino a la memoria la imagen de Lindsey y de Zach el día anterior, estupefactos y petrificados observándola mientras ella intentaba asfixiar a Lucas. Era lógico que sus taquillas estuvieran juntas, ya que estaban ubicadas por orden alfabético, B de Brant, C de Clifford y D de Delos; sin embargo, Helena maldecía y culpaba a su mala suerte por el hecho de que los estudiantes más populares de su curso hubieran sido testigos de primera mano de su momento de máxima humillación.

No tenía elección: debía pasar por delante de todos ellos. Lindsey y Zach no dijeron ni mu y, a decir verdad, sus caras no mostraron expresión alguna cuando Helena se arrastró a toda prisa por su lado, con los hombros tan encogidos que prácticamente le rozaban las orejas. Al menos Lucas no estaba allí, pensó mientras entraba en la cafetería.

—¡Ponte derecha! ¡Vas a provocarte escoliosis! —la reprendió Claire cuando llegó a su mesa.

—Lo siento, pero es que he tenido que pasar por delante de la taquilla de él —explicó Helena en voz baja. Matt, como respuesta, dejó escapar un sonido de indignación.

—Sosiégate, Lennie —espetó su amigo con brusquedad—. Hoy no han venido al colegio.

—Supuestamente se han tomado el día libre porque la tía, el mayor de los hijos Delos y su padre al fin han aterrizado en la isla esta mañana —aclaró Claire.

—Oh, genial; justo lo que me faltaba —musitó Helena—. Otro más.

—Se llama Héctor. Es estudiante de último curso —añadió su amiga con amabilidad.

Claire no sospechaba que al pronunciar su nombre en voz alta le hacía un flaco favor a Helena, puesto que, por alguna razón inexplicable, su amiga empezó a sentirse irritada y molesta otra vez.

—No se sabe nada de él. Lo más seguro es que Zach me llame con algunas novedades este fin de semana —informó Matt encogiéndose de hombros—. Siempre sabe dónde está todo el mundo y qué está haciendo.

El resto del día pasó sin pena ni gloria, aunque tras saber que no iba a toparse con ninguno de los chicos Delos, ni con ninguna aparición espectral, se sintió aliviada. De hecho, durante el entrenamiento incluso empezó a animarse mientras corría entre la niebla y chapoteaba sobre charcos fangosos con Claire. La entrenadora Tar no hizo comentario alguno sobre la marca tan pobre de Helena, pero sabía que aquello no se alargaría mucho más. Necesitaba ganarse esa beca, y la entrenadora no iba a olvidarse con tanta facilidad.

Había conseguido escabullirse durante todo el día, esquivando miradas y comentarios. Cuando Helena llegó al trabajo por la tarde, mucho más tranquila, se percató de que la tienda estaba repleta de niños del colegio que habían entrado a comprar algún que otro caramelo o una lata de refresco.

—¿Por qué no vas a la trastienda y me echas una mano con el almacén? —le pidió Kate mientras le daba un suave codazo en el brazo—. Dejarán de venir para quedarse embobados y boquiabiertos si creen que te has marchado.

—¿Acaso no tienen nada mejor que hacer un viernes por la noche? —preguntó desesperada.

—Pero, bueno, ¿en qué isla has crecido tú? —le respondió Kate con ironía. Helena apoyó la frente en el hombro de Kate durante unos instantes y después se incorporó—. Deberías hacer también el inventario. Y tómate el tiempo que necesites —añadió Kate mientras Helena se dirigía hacia la trastienda.

Hacer inventario no solía ser la tarea predilecta de Helena, pero sin duda, esta noche se había convertido en su favorita. Estuvo tan ocupada contando cada objeto de la tienda que, antes de que se diera cuenta, ya estaban iniciando el ritual de recoger y echar el cierre.

—Así pues, ¿qué ha pasado exactamente entre tú y ese chico, Lucas? —inquirió Kate sin apartar la vista del montón de facturas que se disponía a clasificar.

—Ojalá lo supiera —suspiró Helena al mismo tiempo que se apoyaba en el mango de la escoba.

—Todo el mundo cuchichea sobre vosotros. Y no solo los niños —agregó Kate con una sonrisa picarona—. Así que dime, ¿qué pasa?

—Mira, si tuviera una explicación para ello, créeme que estaría

pregonándola a los cuatro vientos por las calles. No tengo ni la menor idea de por qué le ataqué —confesó Helena—. Y, por si fuera poco, lo de ayer no es lo peor de todo.

—Oh, vas a tener que explicarme eso, jovencita —dijo Kate apartando las facturas—. Venga, dímelo. ¿Qué es lo peor de todo?

Helena sacudió la cabeza y empezó a barrer la tienda sin ton ni son.

Oía una vocecita en el interior de su cabeza que le murmuraba cosas como «bicho raro», «monstruo» o incluso «bruja». A pesar de silenciarla con destreza, en un momento u otro la voz siempre regresaba.

Descubrir que en realidad era alguna de esas cosas lo que más le aterrorizaba era lo peor de toda aquella historia.

—No es nada —respondió incapaz de alzar la vista.

—Que no hables del asunto no implica que se esfume como si nada, ya lo sabes —insistió Kate.

Helena sabía que tenía razón y que podía confiar en Kate. Además, necesitaba hablar con alguien sobre aquel tema o enloquecería por completo.

—Tengo pesadillas. En concreto, me persigue una que se repite una y otra vez. Parece real, como si me trasladara a otro lugar mientras duermo.

—¿Y adónde vas? —preguntó Kate con tono amable mientras salía de detrás del mostrador e impedía a Helena seguir barriendo la tienda.

La chica evocó aquel mundo desamparado y estéril por el que había merodeado durante las últimas noches.

—Es un lugar árido. Todo es de color blanquecino y anodino. Oigo el murmullo del agua a lo lejos, como si hubiera un riachuelo en alguna parte, pero no puedo alcanzarlo. Es como si intentara encontrar algo, o eso creo.

—¿Conque un paisaje desértico, eh? Es algo muy habitual en el imaginario de los sueños —le aseguró Kate—. Aparece en todos los libros de interpretación de sueños, y todos los países que he visitado narran pesadillas como la tuya.

Helena tragó saliva, algo frustrada, y asintió con la cabeza.

—Sí, pero cuando me levanto por la mañana mis pies…

La joven se frenó rápidamente al darse cuenta de que sonaba como una chiflada. Kate la observó con detenimiento durante un momento.

—¿Eres sonámbula, cielo? ¿Es eso? —le preguntó Kate tomándola por

los hombros para zarandearla, obligándola así a mirarle a los ojos.

Helena levantó las manos y sacudió la cabeza.

—No sé lo que me pasa. Pero me despierto agotada, Kate —admitió mientras unas lágrimas se deslizaban por su rostro—. Aunque consigo conciliar el sueño, me levanto con la sensación de haber estado corriendo durante horas. Creo que me estoy volviendo loca —reconoció antes de dejar escapar una risa nerviosa.

Kate la envolvió en uno de sus abrazos con aroma a bizcocho.

—No te preocupes. Ya lo resolveremos —la alentó con ternura—. ¿Ya has hablado con tu padre sobre esto?

—No. Y tampoco quiero que tú lo hagas —insistió Helena mientras retrocedía para mirar a Kate, quien la observaba con una mirada inquisitiva —. La semana que viene, si aún estoy pirada, se lo contaré, pero creo que ya hemos tenido suficiente dramatismo esta semana.

Kate asintió con la cabeza.

—Cuando decidas que estás preparada para contárselo a tu padre, estaré allí, a tu lado. Mi pequeña *crazy* —bromeó, y ambas esbozaron una sonrisa.

Helena agradecía tener a alguien como Kate, alguien que la escuchara con seriedad cuando lo necesitaba y que dejara esa prudencia a un lado en el momento apropiado.

—Creo que deberíamos marcharnos y dejar el resto como está —añadió antes de volver a estrecharla entre sus brazos—. ¿Lista para irnos? —preguntó mientras guardaba el dinero en la caja fuerte que había detrás del mostrador.

Helena guardó la escoba y se dirigió hacia la puerta trasera de la tienda. Tras apagar las luces, cerró con llave y siguió a Kate, que caminaba por el callejón hacia su coche con las llaves tintineando en la mano.

Ninguna de las dos oyó ruido alguno. De pronto, tras un débil destello de luz azul, Helena comenzó a ver borroso y a percibir un extraño olor. Aquel aroma, una mezcla de cabellos chamuscados y ozono viciado, le resultaba nauseabundo a la vez que familiar. En ese preciso instante, Kate se desplomó sobre el suelo como si de una marioneta a quien le han cortado los hilos se tratara. Siguiendo su instinto, Helena estiró los brazos para intentar evitar que su amiga se hiciera daño al toparse con el suelo, de forma que el agresor,

desde atrás, aprovechó la oportunidad para cubrirle la cabeza a Helena con una bolsa oscura.

Estaba tan sobresaltada que no era capaz de gritar. En el momento en que se apoyó sobre el pecho de su atacante, supo que se trataba de una mujer.

Helena era consciente de su fortaleza: no era la de una chica, sino la de un oso. Flexionó las rodillas y apoyó con seguridad las plantas de los pies en la acera, preparada para darle a su raptora el susto de su vida. Dobló la espalda e intentó deshacerse de los brazos de su atacante, pero cuál fue su sorpresa al averiguar que la mujer desconocida era tan increíblemente fuerte como ella. Helena tenía las de perder.

Las suelas de las zapatillas de deporte se resquebrajaron bajo la presión de los pies de Helena, quien seguía intentando quitarse de encima a su raptora. Dio un paso hacia delante y después otro, avanzando descalza con dificultad mientras arrastraba a la mujer con ella. Helena oyó un grito ahogado y acto seguido la atacante la soltó sin más.

Mientras forcejeaba con la bolsa de terciopelo negro que seguía cubriéndole la cabeza, distinguió una rápida sucesión de bofetadas, golpes secos y jadeos de aturdimiento. Tras una ráfaga de aire y un sonido entrecortado, como si alguien se alejara a gran velocidad, la joven se quitó la capucha y se apartó el cabello de la cara.

Lucas Delos estaba frente a ella, con el cuerpo en tensión y escudriñando el horizonte en busca de algo que Helena, desde su posición, era incapaz de divisar.

—¿Estás herida? —le preguntó con voz temblorosa sin apartar la vista de la lejanía. Tenía el labio manchado de sangre y la camisa hecha jirones. Helena dudó durante unos instantes en decirle que se encontraba bien, pero entonces oyó los susurros de las hermanas lamentándose.

Lucas bajó la vista y en cuanto su mirada gélida se cruzó con la calidez de los ojos castaños de la chica, ella sintió un escalofrío que le recorrió las piernas. Helena se puso de pie de un salto y adoptó una postura de ataque. Los susurros aumentaron hasta transformarse en gemidos; en ese instante, pudo vislumbrar los cuerpos blanquecinos y trémulos y las cabezas inclinadas de las tres hermanas titilando en su campo de visión.

Retrocedió un paso y apretó los párpados de manera voluntaria. La ira y

la rabia eran tan intensas que incluso creía que sus órganos explotarían en cualquier momento.

—Vete, por favor —rogó—. Me has ayudado y te lo agradezco. Pero todavía quiero, ansío con todas mis fuerzas, matarte.

Se produjo un silencio breve y Helena notó como Lucas recobraba el aliento.

—Esto también es difícil para mí, ¿lo sabes? —le respondió con voz entrecortada.

Con los ojos aún cerrados, la joven oyó un sonido deslizante, como si algo raspara el suelo, y sintió una ráfaga de aire. Cuando al fin se atrevió a abrirlos, Lucas había desaparecido por arte de magia y, con él, los espíritus burlones.

Helena se agachó junto a Kate para comprobar si estaba sangrando. Le revisó las manos e inspeccionó cada centímetro hasta las rodillas, pero, por increíble que pudiera parecer, no tenía magulladuras, ni rasguños, ni arañazos de ningún tipo. Respiraba con regularidad, pero aún seguía inconsciente. Helena se arriesgó a recogerla con la esperanza de estar haciendo lo correcto al mover su cuerpo. Con amabilidad y ternura, colocó a Kate en la parte trasera del coche y, mientras marcaba el teléfono móvil de su padre, se acomodó en el asiento del conductor. Al arrancar el motor, escuchó la primera señal de llamada.

—¡Papá! Tienes que venir al hospital —espetó en cuanto él descolgó el teléfono.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estás…? —empezó asustado.

—No es por mí, es por Kate. Estoy de camino a urgencias y estoy conduciendo, así que no puedo hablar mucho por teléfono. Ve hacia allí —ordenó. Después, pulso el botón rojo y lanzó el teléfono en el asiento del copiloto sin esperar la respuesta de su padre.

Ya podía inventarse una mentira de las buenas; y más le valía que fuera rápida, porque el hospital estaba a tan solo unos minutos.

Aparcó frente a la entrada y llamó a la policía. Dijo que habían atacado a una amiga y que estaba en el hospital. Helena titubeó. Se sentía insegura y nerviosa, sin saber cómo debía entrar en la sala de urgencias. No quería abandonar a Kate en el coche, pero tampoco podía cogerla en volandas y

dejar al descubierto su estrafalaria fortaleza delante de tantísimas personas, así que finalmente decidió entrar sola.

—¿Ayuda? —farfulló con timidez a la enfermera encargada de la admisión de pacientes. Su intervención no sirvió para nada en absoluto, así que alzó el tono de voz y se dispuso a saltar—. ¡Ayuda! Mi amiga está afuera, ¡y está inconsciente!

Eso hizo que la gente empezara a correr.

Cuando al fin su padre llegó y ambos se aseguraron de que Kate saldría indemne del ataque, Helena declaró ante la policía. Les contó que una mujer, a la que no tuvo la oportunidad de ver en ningún momento, provocó el desmayo de Kate con una cosa que destellaba una luz azulosa. Cuando Helena advirtió que Kate se desplomaba repentinamente, salió corriendo por el callejón; al parecer, aquello había asustado a la desconocida, por que huyó sin más. Por supuesto, no dijo una palabra sobre el casi estrangulamiento, la lucha libre o el hecho de que Lucas Delos hubiera aparecido de la nada para darle una paliza a *superwoman.* Lo último que necesitaba era complicar esa situación y mucho menos vincularse con Lucas Delos, que, por cierto, ¿qué estaba haciendo allí?

—¿Qué les ha pasado a tus zapatos? —le preguntó el agente de policía. A Helena empezó a palpitarle el corazón. ¿Cómo había podido pasar por alto que iba descalza?

—No los llevaba —afirmó algo precipitada. Después, titubeando añadió —: Antes, mucho antes, se me rompieron…, mientras estaba arreglando el almacén, en la trastienda. Así que me descalcé. Cuando vi que Kate estaba herida los tiré y vine directamente hacia aquí.

«Es la peor mentira del mundo», pensó Helena. Sin embargo, el agente asintió con la cabeza.

—Encontramos un par de zapatillas de deporte rotas en el callejón —confirmó como si Helena le hubiera detallado justo lo que él esperaba.

Le explicó que Kate había recibido el impacto de una pistola eléctrica y que, como la agresora había descargado toda el arma con Kate, se vio obligada a huir al ver llegar a otra persona.

—Una cosa más —dijo el agente antes de dar media vuelta—. ¿Cómo has podido subirla al coche tu solita?

Tanto el agente de policía como su padre se quedaron mirándola durante un instante, con cara de asombro y perplejidad.

—¿Fuerza de voluntad? —respondió de manera poco convincente con la esperanza de que se lo creyeran.

—Ha tenido suerte de tenerte cerca. Has sido muy valiente.

El agente le regaló una sonrisa de aprobación, pero ella no podía soportar que la alabaran por engañar y mentir. Agachó la cabeza y contempló sus pies descalzos, lo cual le recordó lo tonta que había sido por descuidar ese pequeño detalle desde el principio. Tendría que aprender a ser más cuidadosa.

Cuando la policía acabó de interrogar a Kate, la joven y su padre entraron en la sala para ver qué tal estaba. A diferencia de Helena, ella sí tuvo tiempo de echar un vistazo a la desconocida antes de perder el conocimiento.

—Era mayor que yo… Rozaba los sesenta. Tenía el cabello corto con canas. Por su aspecto hubiera jurado que era totalmente inofensiva, pero por lo visto estaba equivocada —comentó algo arrepentida—. ¿Qué demonios? ¿Desde cuándo las ancianas se pasean por ahí disparando pistolas eléctricas?

Kate intentaba quitarle hierro al asunto con sus bromas, pero Helena estaba segura de que aún estaba conmocionada, pues tenía el rostro pálido y los ojos vidriosos, como si estuviera a punto de llorar.

Jerry decidió pasar la noche con Kate y acompañarla a casa cuando recibiera el alta médica. Los médicos aconsejaron que no condujera durante algunos días, así que Helena se ofreció a llevarse su coche y traérselo de vuelta el domingo. Kate le agradeció el gesto, aunque ella tenía sus propios motivos para querer el coche de su amiga. Había un detalle más del que debía ocuparse antes de llegar a casa.

Tras cruzas la isla por la carretera Milestone en dirección a la finca en donde vivía la familia Delos en Siasconset, el miedo empezó a apoderarse de ella. Cuanto más se aproximaba, más intensos eran sus temblores, pero no tenía elección. Debía cerciorarse de que Lucas no abriera la boca y desvelara información sobre el ataque; de lo contrario, estaría metida en un lío horrible. Sin embargo, tenía el presentimiento de que no se lo contaría a nadie. El clan Delos invertía muchísimos esfuerzos en aparentar normalidad, pero Helena sabía que aquella naturalidad no era real. Nadie con una fuerza humana habría sido capaz de impedir que estrangulara a Lucas si se lo hubiera

propuesto. Lucas era igual que ella.

La idea le revolvió las tripas. ¿Cómo podía parecerse a alguien que odiaba de tal manera? Primero, tenía que asegurarse de que el chico no mencionara una sola palabra de todo aquel asunto a la policía; pero tras ese encuentro estaba decidida a despreciarle desde la máxima distancia.

Tenía que concentrarse para conducir entre la niebla. Bajo la tenue luz de la aurora, la joven se adentraba en una propiedad privada, sin saber en qué dirección debería girar el volante. Frenó el vehículo y se apeó de él para caminar sigilosamente hacia el arrullador sonido del océano. Solo había podido disfrutar de las vistas de la finca desde la playa y, en estos momentos, intentaba indagar en su memoria en busca de alguna estatua o elemento decorativo que podría reconocer. Entonces advirtió un traspié, un ruido sordo detrás de ella. Dio media vuelta sobre su talón y avistó a Lucas, que avanzaba con su paso firme hacia ella, acercándose a zancadas largas y enérgicas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Medio ladró, medio susurró.

Helena retrocedió un par de pasos y se detuvo de manera inesperada para no dejarse intimidar por Lucas. Bajo aquel resplandor grisáceo la joven vislumbró los cuerpos blanquecinos de las tres hermanas, que se arrastraban sigilosamente por el césped arenoso, dejando tras de sí una estela de polvo mientras temblequeaban entre sollozos.

—¿Qué hacías allí? ¿Acaso estabas siguiéndome? —le preguntó con voz acusadora.

—Pues sí —le replicó toscamente sin dejar de avanzar hacia ella—. ¿Qué diantres estás haciendo en la finca de mi familia?

Cuando Helena se dio cuenta de que al ir a su casa había cruzado el límite, ya era demasiado tarde. Allí donde antes hubo odio y rencor, ahora había violencia. Esa tensión deformaba los rasgos de Lucas, quien adoptó una postura amenazante hacia Helena. Seguía siendo grácil, pero demasiado cruel para resultar atractivo. «Está bien —se dijo a sí misma—. Hagámoslo de una vez».

Helena bajó los hombros, se acercó y se propulsó como un bólido hacia su pecho; un instante más tarde, ambos estaban dando volteretas por el suelo hasta que él quedo tumbado debajo de ella. Helena se dispuso a endiñarle un puñetazo en la cara, pero él la agarró por los brazos. Ella estaba encima y, en

teoría, atraparla por el brazo hubiera sido imposible, pero jamás se había peleado, ni había golpeado a nadie, así que no tenía experiencia. Él, en cambio, parecía no desperdiciar ninguno de sus movimientos, como si hubiera mantenido luchas como esa toda su vida. Helena notó que hacía algo con las caderas y, de un momento a otro, era él quien estaba encima. Tenía las manos sujetas por encima de la cabeza y los pies inmovilizados; solo podía mover los talones, lo cual le servía para apañarse inútilmente con el suelo. Intentó morderle en la mejilla, pero él la esquivó sacudiendo la cabeza.

—Quédate quieta o te mataré —avisó Lucas apretando los dientes.

Él jadeaba, pero no porque estuviera sin aliento, sino por que estaba procurando controlarse.

—¿Por qué has venido aquí? —le preguntó casi rogándole.

Helena dejó de resistirse y miró su rostro enfurecido. Lucas tenía los ojos cerrados. La joven se percató de que estaba utilizando el mismo truco que ella había empleado en el callejón. Ella también había apretado los ojos y lo cierto es que se sintió un poquito mejor.

—He mentido a la policía. No les he contado que tú también estabas allí —gruñó Helena mientras sentía un peso inhumano sobre el pecho que le impedía respirar—. ¡Me estás aplastando!

—De acuerdo —accedió él mientras desplazaba el peso de forma que Helena pudiera llenar de aire sus pulmones—. ¿Tú también tienes los ojos cerrados? —le preguntó con más curiosidad que rabia.

—Sí. La verdad es que ayuda un poco —respondió enseguida—. Tú también las ves, ¿verdad? A las tres mujeres, me refiero.

—Claro que sí —contestó algo desconcertado.

—¿Qué son?

—Las Euménides. Las furias. Tú no puedes entenderlo, pero… —De pronto, tras escuchar que alguien le llamaba desde lo que Helena supuso que era su casa, Lucas se calló. Instantes más tarde añadió—: Maldita sea. Si te encuentran aquí estás muerta. ¡Vete! —le ordenó. Rodó por el suelo y, tras alzarse de un brinco ágil, desapareció corriendo.

De inmediato, Helena echó a correr como un bólido sin mirar atrás. Sentía cómo las tres hermanas intentaban alcanzarla con sus brazos blancos y pegajosos y sus dedos manchados de sangre, casi rozándole el cuello por

detrás. Huyó aterrada hacia el coche de Kate, se lanzó hacia el interior y condujo a toda velocidad.

Tras un kilómetro, tuvo que frenar para recuperar el aliento. En ese instante se percató de que el aroma de Lucas se había quedado aferrado a su ropa. Un tanto indignada, se quitó la camiseta y condujo el resto del viaje en sujetador. Nadie podría verla y, en caso de que lo hicieran, pensarían que había salido de darse un baño antes del amanecer. Al principio, arrojó la camiseta en el asiento del conductor, pero la esencia de Lucas seguía enturbiando el ambiente, desprendiendo un aroma a hierba fresca, pan recién salido del horno y nieve. En un arranque de impotencia, gritó a pleno pulmón al volante y lanzó la camiseta por la ventanilla.

Cuando llegó a casa estaba tan cansada que lo único que quería era dormir, pero no podía tumbarse en la cama sin ducharse antes. Tenía que deshacerse del olor de Lucas o el hedor la perseguiría en sus sueños. Helena estaba hecha un asco. Tenía los codos y la espalda enfangados y los pies completamente negros.

Mientras observaba cómo la mugre se escurría de las piernas y los tobillos hacia el desagüe, pensó en las tres hermanas y en su eterno sufrimiento. Lucas se había referido a ellas como las furias, y debía admitir que el nombre era más apropiado. En ese instante recordó con vaguedad una charla de Hergie en la que mencionaba ese nombre en algún momento, pero, por mucho que le diera vueltas, no lograba acordarse en qué historia estaban involucradas. Por alguna razón, imaginaba un escenario con togas y armaduras, pero no estaba del todo segura.

Cogió la piedra pómez y raspó cada mota de suciedad antes de cerrar el grifo de la ducha. Después, permaneció entre el vapor de agua y unos segundos; más tarde, se aplicó crema hidratante con un aroma dulzón, dejando que su piel la absorbiese para borrar todo rastro de Lucas. Cuando al fin se derrumbó sobre la cama, todavía envuelta en una toalla húmeda, el sol ya bañaba la isla de Nantucket.

Helena estaba caminando por las mismas tierras desérticas, oyendo el crujido de la hierba marchita con cada paso que daba. Unas diminutas nubes

de polvo se arremolinaban alrededor de sus pies descalzos y se aferraban a la humedad que le bañaba las piernas, como si la inmundicia intentara brincar del suelo para beberse su sudor. Incluso el aire se respiraba arenoso. No oía el zumbido de ningún insecto junto a los matorrales y, hasta el momento, no había avistado a ningún animal merodeando por el páramo. El cielo era de un azul brillante que resultaba cegador, pero no había ni rastro del sol. No soplaba el viento y no había una sola nube; hasta donde la alcanzaba la vista, aquello no era más que un paisaje maldito y rocoso. Sin embargo, su corazón le decía que en algún lugar cercano corría un río, así que Helena continuó caminado, caminando y caminando.

Se despertó unas horas más tarde con los brazos y las piernas entumecidos, con un dolor de cabeza que le amartillaba el cráneo y los pies sucios. Se levantó de un salto de la cama para limpiarse el barro de las piernas, una costumbre nocturna que cada vez era más habitual, y se puso un vestido de tirantes. Después se sentó frente al ordenador para buscar información sobre las furias.

La primera página que apareció le produjo escalofríos. Nada más abrirla vio una sencilla línea que dibujaba un esbozo en el costado de una vasija. Representaba con todo lujo de detalles los tres horrores que habían estado atormentándola durante los últimos días. Leyó con detenimiento el texto que había al pie de la ilustración, que describía con exactitud el aspecto físico de las tres hermanas. Sin embargó, el resto del texto la dejó algo confusa. Según la mitología clásica griega, eran tres *erinyes,* o furias, que lloraban sangre, igual que en las visiones de Helena. No obstante, sus investigaciones le desvelaron que la tarea de las furias era perseguir y castigar a malhechores. Helena sabía que no era perfecta, pero jamás había actuado con maldad y, sin duda, nunca había hecho nada que mereciera una visita de los tres personajes mitológicos que encarnaban la venganza.

A medida que continuaba leyendo, averiguó que las furias hicieron su primera aparición en la *Orestíada,* un ciclo compuesto entorno al personaje de Agamenón. Después de dos horas seguidas esclareciendo y desenmarañando lo que tuvo que ser la primera y más sangrienta telenovela

de la historia, al fin logró entender el hilo de la trama.

Lo esencial era que un pobre niño llamado Orestes fue obligado a asesinar a la madre porque esta había matado a su padre, Agamenón. Sin embrago, la madre había mandado al otro mundo al padre porque este, a su vez, había ejecutado con sus propias manos a su hija, a su querida hermana pequeña de Orestes, Ifigenia. Para rizar aún más el rizo, el padre había matado a su hija porque así se lo habían pedido los dioses, como sacrificio para que el viento soplara y los griegos pudieran llegar hasta Troya para combatir en la guerra de Troya. El pobre Orestes se vio coaccionado a matar a su madre, lo cual no dudó en hacer, y por ese pecado las furias le persiguieron por todo el mundo hasta que él perdió la cordura. Lo irónico del asunto es que jamás tuvo elección. Desde el principio estaba condenado, tanto si cometía el crimen como si no.

Después de leer la tragedia de cabo a rabo, siguió sin tener ni la más remota idea de cómo relacionarla con sus propias circunstancias. Las furias deseaban que matara a Lucas, eso lo tenía claro, pero si lo hacía, ¿la perseguirían por haber cometido un asesinato? Le daba la sensación de que las furias no conocían el significado de «justicia», si rogaban que asesinaras a alguien para después castigarte por cometer tal crimen. Se trataba de un círculo vicioso sin fin, y Helena continuaba sin saber cómo había empezado todo. Las furias habían aparecido sin más en su vida, como si se hubieran trasladado a Nantucket junto con la familia Delos.

De repente, la adrenalina le empezó a correr por las venas. ¿Era posible que los Delos fueran unos asesinos? Había algo que la empujaba a no creérselo. Lucas había gozado de varias oportunidades para arrebatarle la vida y, sin embargo, no lo había hecho. Incluso se había enfrentado a una desconocida para salvarla. A Helena no le cabía ninguna duda de que él ansiaba matarla, pero el hecho era que jamás le había levantado la mano. Si en algún momento le había hecho daño, había sido en defensa propia. Helena apagó el ordenador y bajó al comedor en busca de su padre. Al no encontrarle en casa, corrió hacia el coche y cogió el teléfono móvil del asiento del copiloto. Jerry le había enviado un mensaje de texto diciendo que aún estaba en casa de Kate. Helena comprobó la hora, eran las tres de la tarde. ¿Qué demonios estaba haciendo aún allí? Se le ocurrió una idea fantástica, aunque

le resultaba un poquito repugnante.

Tendría sentido que Jerry y Kate empezaran a salir. Se lo pasaban en grande en mutua compañía, trabajaban en armonía juntos y resultaba más que evidente que se preocupaban el uno por el otro. Kate era más joven que su padre y, sin duda alguna, podría conseguir a cualquier chico que se propusiera, pero no creía que pudiera encontrar a un hombre más bueno que su padre. Y, definitivamente, Jerry se merecía empezar de nuevo y pasar página. La madre de Helena le había tratado como a un perro y él jamás lo había superado, lo cual hacía que se sintiera mal.

Acarició el colgante de su collar favorito. Por enésima vez en su vida estaba considerando seriamente quitárselo, pero sabía que no lo haría. Cada vez que había intentado salir a la calle sin el collar, no podía evitar obsesionarse con él, imaginándoselo sin parar. Al final siempre acababa rindiéndose y volvía a atárselo alrededor del cuello para recuperar su paz y tranquilidad mental. Helena se dio cuenta de que a lo mejor eso significaba que quizá sufría algún trastorno maternal grave, pero comparado con el resto de las cosas que no acababan de encajar, aquel era el menor de sus problemas. De repente, emergió una imagen en su cabeza: el rostro de Lucas a menos de un palmo del suyo, con los ojos cerrados y ambos rodeados de una oscuridad absoluta. Tenía que inventarse algo que hacer para distraerse antes de empezar a arrojar objetos al suelo, así que decidió que iría al supermercado.

El término oficial de «esclavo de la cocina», acuñado por la propia Helena, consistía en un sistema de semanas alternas que empezó en cuanto ella cumplió la edad mínima para cocinar y, aunque su turno comenzaba el domingo por la mañana, la nevera estaba vacía. Confeccionó una lista, cogió el dinero destinado a los gastos de la casa del bote de galletas y condujo hasta el supermercado en el coche de Kate. Le llamó la atención el gigantesco y lujoso todoterreno del aparcamiento y meneó la cabeza con desaprobación. La isla estaba repleta de personas que se paseaban con vehículos que ni tan siquiera cabían por los antiguos callejones de adoquines, pero, por alguna razón que desconocía, aquel vehículo le provocaba aún más fastidio. A pesar de ser un coche híbrido y a sabiendas de que no contaminaba en exceso el medioambiente, se sentía irritada.

Cogió un carrito de la compra y lo empujó hacia el interior de la tienda. En cuanto saludó con la mano a unos compañeros del instituto que se ganaban un dinero extra trabajando como cajeros del supermercado, empezó a oír los murmullos de las tres hermanas. Se planteó la opción de salir corriendo de allí, pero, a estas alturas, todo el instituto creía que estaba como una cabra. Si desaparecía del supermercado como si hubiera visto un fantasma, los rumores sobre ella jamás cesarían.

De modo que continuó empujando el carrito sin alzar la mirada, evitando así observar a las furias, aunque nada pudo hacer para impedir escuchar sollozos. Debía moverse con velocidad y comprar las cosas que necesitaba lo más rápido posible. Dedicó un solo instante a compadecerse por lo injusta que era su situación. No se merecía que alguien la atormentara de tal manera. No era justo. Se deslizó con brío por el supermercado, cogiendo tan solo alimentos que necesitaba para un par de días. De repente, el frenesí de pensamientos fue interrumpido por voces, voces humanas, que provenían del pasillo lateral.

—Ella no debería estar aquí —dijo una voz joven aunque muy seria.

Helena supuso que era Cassandra.

—Lo sé —respondió una voz masculina que Helena adivinó que pertenecía a Jasón—. Tenemos que encontrar el modo de llegar a ella. No creo que Lucas pueda soportarlo mucho más tiempo.

Helena se quedó paralizada. ¿Qué quería decir con lo de «llegar a ella»? Permaneció inmóvil en mitad del pasillo, pensando a cámara lenta, hasta que se dio cuenta de ambos estaban doblando la esquina, adentrándose en su pasillo. En un intento de pasar desapercibida, Helena se escondió detrás de un hombre que estaba justo a su lado. El llanto de las furias era tan atronador que incluso resultaba doloroso.

Dio media vuelta y, tras echar la cabeza hacia atrás para no colisionar con ese muro de musculatura, se dio cuenta que estaba frente a un descomunal pecho masculino. Bajo unos rizos dorados, una mirada azul brillante taladró la de Helena. A la jovencita se le antojó que aquel extraño fácilmente podía confundirse con la versión rubia del *Adán* de Miguel Ángel, que hasta entonces había decorado la cúpula de la Capilla Sixtina y que ahora merodeaba en tres dimensiones por el mundo. Jamás le había tenido tanto

pavor a nadie en su vida.

De manera automática, dio un paso atrás y salió escopeteada sin dejar de empujar el carrito de la compra. El aire apenas le llegaba a los pulmones y, casi sin aliento, dio un traspié; el miedo había entorpecido todos sus movimientos. Entonces se produjo un destello momentáneo de luz trémula y el joven se alejó de ella a toda prisa mientras su cuerpo se convulsionaba con espasmos.

Helena olisqueó la combinación repugnante de cabello quemado y ozono que siempre le hacía pensar que había actuado mal. Mientras escudriñaba al monstruo rubio que se erguía ante ella, se le pasó por la mente la imagen del transbordador de Nantucket e intentó recuperar del olvido qué había sucedido aquel día exactamente. Tras unos instantes de aturdimiento, el extraño se recuperó y se inclinó hacia Helena esbozando una sonrisa maligna y demoniaca en su rostro angelical. Estaban tan cerca que incluso notó el calor que desprendía su cuerpo.

—¡Héctor! —ordenó una voz familiar.

Helena solo contó un segundo para certificar que se trataba de Lucas, quien, de inmediato, la agarró por el hombro para arrastrarla lejos del Goliat que estaba hecho su primo. De forma instantánea, el miedo se convirtió en ira. Helena rodeó a Lucas y sacudió el brazo hasta soltarse.

—No me toques —bufó, algo mareada—. ¿Se puede saber por qué no puedes mantenerte alejado de mí?

—¿Se puede saber por qué no puedes quedarte en casa? —le contestó—. ¿No te divertiste suficiente en el callejón anoche?

—¡Tengo que hacer recados! No creerás que voy a quedarme escondida en mi habitación el resto de mi vida mientras unas mujeres… —En ese instante, Helena se dio cuenta de que había empezado a chillar, así que hizo una breve pausa y bajó el tono de voz antes de continuar—. ¿Todavía me persigues?

—Tienes suerte de que siga haciéndolo. Ahora, vete a casa —gruñó tras agarrarla por el brazo otra vez.

—Ten cuidado, Luke —advirtió Héctor, pero Lucas solo sonrió.

—Aún no puede controlarlo —contestó.

—¿Controlar el qué? —Escupió Helena, furiosa; estaba llegando al límite

de su paciencia.

—Ahora no es el momento. Ni el lugar —susurró Jasón con voz entrecortada.

Lucas asintió, demostrándole así que estaba de acuerdo, y empujó a Helena hacia la puerta. La chica volvió a liberarse con violencia de Lucas. Sin inmutarse, el joven la cogió de la mano y la sujetó con fuerza. Helena tenía dos opciones. Podía iniciar otra pelea delante de toda la tienda, y de sus clientes y trabajadores, o podía salir tranquilamente de allí cogida de la mano del chico más despreciable y vil del mundo libre. Se sentía tan frustrada que le daba la sensación de que un grito reprimido le retorcía los pulmones, pero no tenía elección.

Lucas arrastró a la fuerza a la joven por toda la tienda, pasando por delante de una belleza con cabello castaño que Helena suponía era su otra prima, Ariadna, quien, al verla, le dedicó una sonrisa de compasión. A ella las furias también le ponían los pelos de punta, de eso Helena no tenía la menor duda. Durante un instante, pensó en responderle con el mismo gesto, pero no gozaba del mismo autocontrol que Ariadna. Estaba demasiado enfadada como para manejar aquella situación. Si aquella chica era capaz de ser amable en un momento tan crítico, sin duda alguna debía de ser la persona más agradable del mundo.

—Ni te atrevas a mirar a mi hermana —rugió Lucas apretando los dientes mientras jalaba con brutalidad la mano de Helena al pasar junto a la pequeña Cassandra.

La niña abrió la boca para decirle algo a su hermano, pero rápidamente la cerró y se dio media vuelta.

—No tengo comida en casa. ¿Qué se supone que tengo que hacer para cenar? —gruñó Helena con la garganta reseca.

—¿Acaso te parece que me importa? —respondió mientras la sacaba a rastras de la tienda.

—No puedes tratarme así —dijo Helena mientras avanzaban por el aparcamiento—. Nos odiamos. De acuerdo. Entonces, ¿por qué no nos mantenemos alejados y punto?

—¿Y cómo es que eso no ha funcionado hasta ahora? —preguntó Lucas con frustración en vez de sarcasmo—. ¿Acaso siempre vienes a este

supermercado a la misma hora todo los sábados o, sencillamente, hoy te has acercado porque se te ha antojado?

—Nunca vengo el sábado porque hay demasiada gente. Pero necesitaba comprar comida —se justificó Helena.

Lucas, incrédulo, soltó unas carcajadas y apretó el brazo de la chica con más fuerza todavía.

De repente, ella reparó en la cantidad de acontecimientos casuales y de impulsos que habían marcado sus decisiones en los últimos días. Al pensar sobre ello sintió que hacía días que no pensaba por sí misma, como si alguien estuviera eligiendo por ella.

—Las furias no permiten que nos rehuyamos —confesó Lucas con voz adormecida.

—Entonces podemos elaborar una especie de horario o algo parecido… —empezó Helena. Pero enseguida advirtió que era una sugerencia poco convincente, así que prefirió callarse antes de que él aprovechara la oportunidad de humillarla.

Una fuerza ancestral y sobrenatural la empujaba a matar a Lucas. Lo más probable era que algo tan prosaico como un horario no disuadiera ese impulso.

—Mi familia todavía no ha tomado una decisión respecto a esto, respecto a ti. Pero estaremos en contacto —informó Lucas.

Cuando llegaron al coche, Lucas arrojó a Helena contra la puerta del conductor, como si no pudiera evitar hacerle daño una última vez.

—Ahora vete a casa y quédate allí —le ordenó. El chico no se movió hasta que Helena encontró las llaves del vehículo.

Durante un momento, mientras echaba marcha atrás con el coche de Kate, consideró la idea de acelerar el motor y atropellar a Lucas, pero lo último que quería era echar a perder la capa nueva de pintura del coche de Kate. En cuanto abandonó el aparcamiento, unas lágrimas de ira le brotaron de los ojos y no dejó de llorar durante todo el trayecto. Cuando al fin llegó a casa, fue directo a la cocina y se refrescó la cara.

Se sentía completamente avergonzada. Parte de esa humillación se la había causado ella misma, al atacar a Lucas en la escuela, aunque, por lo visto, él estaba decidido a denigrarla todavía más. Ni siquiera podía ir al

supermercado de la isla a comprar comida. ¿Cómo iba a explicárselo a su padre?

Pensó en largarse de allí, pero al pensar en Jerry… Era evidente que sus enemigos la superaban en número y, a no ser que estuviera dispuesta a renunciar a su padre y a abandonarle por el resto de sus días, tenía que esperar a que los chicos Delos decidieran qué hacer con ella. Se inclinó sobre el fregadero de la cocina y miró fijamente los cuchillos que estaban sobre la encimera. Si tuviera a Lucas acorralado, tal y como él había apabullado, seguramente ya habría escogido con qué cuchillo le atravesaría el corazón. Seguía sin conocer por qué sentía ese irreprimible impulso por asesinarlo. ¿Por qué se odiaban de tal manera? ¿Qué propósito podía tener esa ira?

De repente se acordó de Héctor, de su sonrisa, y se le puso la piel de gallina. Si alguna vez se encontraban a solas, él no dudaría un segundo en quitarle la vida. No solo la acosaría, como había hecho hasta ahora su primo, sino que la mataría con regocijo.

Media hora más tarde, cuando su padre llegó a casa, Helena seguía frente al fregadero. Se quedó inmóvil en la entrada de la cocina mientras echaba una rápida ojeada a su alrededor.

—¿He vuelto a hacer algo mal? —preguntó con los ojos como platos.

—¿Por qué me preguntas eso continuamente? —resopló Helena.

—Porque desde hace días cuando llego a casa me miras como si hubiera olvidado tu cumpleaños o hubiera hecho algo igual de imperdonable.

—Bueno, ¿lo has hecho?

—¡No! ¡No he hecho nada! Nada malo, me refiero —reafirmó con el rostro serio, aunque el rubor que enrojecía las mejillas le delataba.

—¿Debería preguntarte qué hay entre Kate y tú o sería demasiado grosera?

—Eh. No hay nada entre nosotros. Solo somos buenos amigos —contestó con gestos adusto.

Helena sabía que había algo detrás de esas palabras, pero en aquel momento no le interesaba seguir por ese camino.

—Allá tú —dijo Helena mientras se encogía de hombros para demostrar su falta de interés.

Jerry alzó la cabeza enseguida, algo asombrado por el resentimiento que

destilaba la voz de su hija. —Antes no eras tan mezquina, Helena.

Ella se cruzó de brazos y miró hacia su izquierda, donde no había absolutamente nada, pero estaba demasiado avergonzada como para mirar a su padre a la cara. Podía controlar el miedo de ser perseguida por espíritus vengativos del Hades, pero no estaba dispuesta a tolerar que ese terror la convirtiera en una arpía. Fuera cual fuera la decisión del clan Delos, solo esperaba que la tomaran rápido. Empezó a balbucear una disculpa, pero alguien llamó a la puerta y se libró. Jerry fue a abrir la puerta y, después de unos segundos, llamó a su hija.

—¿Quién es? —quiso saber mientras se disponía a salir de la cocina. En la puerta principal había un repartidor cargado con bolsas y más bolsas de comida.

—Aquí dice que son tuyas —informó Jerry, quien sujetaba una nota con el nombre de Helena escrito.

—Pero yo no he encargado comida —notificó Helena al repartidor.

—El encargo se realizó a nombre de la señora Noel Delos, que nos pidió que se entregara a la señorita Helena Hamilton. Está todo pagado —añadió con ganas de marcharse.

Jerry le dio algo de propina al chico, agarró las bolsas de comida y las llevó a la cocina mientras Helena leía la nota.

> Señorita Hamilton:
>
> Te ruego que disculpes a mi hijo por el vergonzoso comportamiento que ha mostrado hacia ti en el supermercado esta tarde. Si no puedes aceptar una disculpa, por favor, acepta estas pocas cosas que te he enviado. Sé lo que es intentar preparar la cena sin tener los alimentos necesarios, aunque, por lo que parece, mi Lucas no lo entiende.
>
> NOEL DELOS

Helena se quedó mirando la nota aun después de haberla leído un par de veces. El gesto le llegó al corazón. Le daba la impresión de que Noel Delos era distinta al resto de la familia, pero no sabía qué la diferenciaba.

—¿A qué se refiere con lo de «vergonzoso comportamiento», Lennie? —preguntó Jerry, que revisaba la nota por encima de su hombro. Helena conocía a la perfección ese tono de voz, entre indignado y enfurecido—. ¿Qué te ha hecho Lucas esta vez?

—No, papá, no ha pasado nada. Noel está exagerando —mintió Helena para quitar hierro al asunto.

—No podemos aceptar el regalo. Hay más de cien dólares en esas bolsas —discutió.

—Oh, ¡por el amor de Dios, papá! —protestó mirando al techo. Inspiró profundamente y dio una explicación—. De acuerdo, tú ganas. Lucas y yo hemos vuelto a pelearnos hoy en el supermercado, pero esta vez no hemos llegado a las manos. En fin, el caso es que él empezó la discusión y no pude comprar todas las cosas que necesitaba, y lo más probable es que uno de sus hermanos o primos le haya contado a su madre que no he podido hacer la compra, y por eso me ha enviado todas estas bolsas repletas de comida. Es más que evidente que es una bellísima persona, así que no quiero le digas nada al respecto. Y ahora, ¿podemos, por favor, por favor, dejar el tema?

—¿Qué demonios os pasa? —preguntó Jerry, atónito tras unos instantes de silencio absoluto—. ¿Estáis saliendo juntos? —preguntó aterrorizado.

Helena soltó unas risotadas.

—No, no estamos saliendo. Estamos intentando no matarnos. Y lo cierto es que, de momento, no está funcionando demasiado bien —respondió Helena confiando en que la verdad sería tan inconcebible que su padre se lo tomara a broma. Y desde luego, así fue.

Parecía afligido.

—Nunca has tenido novio. ¿Quizás ha llegado el momento de tener una charla sobre lo que hacen un hombre y una mujer cuando se aman?

—En absoluto, papá —respondió Helena, convencida.

—Bien —contestó más aliviado. De repente, se produjo un silencio extraño e incómodo—. Entonces… Podemos comernos todo eso, ¿verdad?

—Desde luego.

Helena dio media vuelta y se dirigió hacia la cocina mientras su padre de apresuraba hacia el comedor para sintonizar el canal de deportes, que jamás le decepcionaba. Helena preparó unas deliciosas *bruschettas* con sabrosa

mozzarella de búfala, tomate fresco, perejil y unas gotas del exquisito aceite de oliva español que la señora Delos había incluido en las bolsas. Entonces pensó en su padre, en cómo ignoraba las fuerzas que estaban destruyendo la vida de su hija. Con todo lo que estaba sucediéndoles en aquellos momentos, sabía que, probablemente, no podría disfrutar de más noches de cena casera y partido de béisbol, aunque lo cierto era que la idea no le perturbaba tanto como hacía unos días. Si la familia Delos quería a Helena, vendrían a buscarla. Estaba harta de estar enfadada todo el tiempo. Luchar y matar o luchar y morir, la verdad es que no le importaba. Siempre y cuando pudiera mantener a su padre alejado de toda esa tragedia griega absurda, se enfrentaría a todo lo que se le cruzara en su camino.

5

Asistir al instituto la semana siguiente fue una tortura. El lunes, Helena procuró mantenerse lejos de la familia Delos, pero cada esfuerzo que hacía para evitar cualquier tipo de contacto parecía conducirla directamente hacia ellos. Llegó a la escuela más pronto de lo habitual para asegurarse de entrar antes que ellos, pero al asomarse por el aparcamiento avistó a los Delos apeándose del gigantesco todoterreno oscuro que había visto en el supermercado. Se apresuró en poner el candado a su bicicleta y coger las mochilas, pero las prisas solo le sirvieron para toparse con Jasón y Héctor. La joven aminoró el paso para dejar que ellos se adelantaran y, de forma casual, se colocó junto a Lucas, que estaba ayudando a su hermana pequeña a sacar el violonchelo del maletero. Helena dio un paso hacia delante y enseguida se encaminó hacia su bicicleta, donde se quedó esperando hasta que todos ellos hubieron desaparecido por la puerta de entrada de la escuela.

Ese mismo día consiguió un permiso que le autorizaba a almorzar fuera del comedor y cuál fue su sorpresa al encontrarse con Cassandra practicando en silencio con su violonchelo en el patio. Al dar media vuelta para deshacer el camino, se topó de frente con Ariadna. Tras el roce físico, Helena notó un extraño picor en todo el cuerpo, como si se tratara de una reacción alérgica y, a pesar de pretender ser agradable y esbozar una sonrisa a modo de disculpa, Ariadna apretó los puños sin dejar de sujetar el estuche en el que guardaba su violín. Helena se tropezó en un intento de alejarse de ella mientras las dos murmuraban disculpas.

—A Cass y a mí nos han dado un permiso especial para salir al patio a ensayar. Estaremos aquí fuera a la hora del almuerzo los próximos días —explicó velozmente Ariadna evitando cualquier tipo de contacto visual

mientras se distanciaba de Helena.

—Gracias —replicó Helena con los dientes apretados. Después volvió al interior de la cafetería para localizar a Claire.

—¿No íbamos a almorzar en el patio? —preguntó encaminándose hacia la salida. Reconoció a Ariadna y a Cassandra allí fuera y se giró hacia Helena con una expresión incrédula en el rostro—. ¿Lo dices en serio? No tenemos que sentarnos en la misma mesa que ellas.

—Lo sé. Pero no quiero estar cerca de esas chicas. —Se defendió Helena mientras jugueteaba con el cierre de su fiambrera. Claire puso los ojos en blanco.

—Eh —saludó Matt cuando las alcanzó—. Pensé que salíamos hoy al patio. Hay muchas mesas libres… —Se quedó en silencio tras ver a las chicas Delos ensayando.

El chico se contuvo para no soltar un silbido dedicado al pronunciado escote de Ariadna, el cual impresionaba bastante teniendo en cuenta que la joven Delos lucía una camiseta de tirantes y estaba agachada en ese preciso instante. Helena sabía que estaba arruinando un momento de máximo placer visual para su amigo Matt, además de privar a Claire de tomar el sol, pero no era capaz de tomar el sol, tan cerca de ellas.

—Salid vosotros, chicos. Está bien —dijo Helena mientras les dejaba plantados en la puerta y se encaminaba sola hacia la cafetería.

—¡Lennie! ¿Qué demonios? —gritó Claire, algo frustrada—. ¿Podrías dejar de pensar con el culo?

La voz de Claire dobló la esquina y llegó hasta Helena. La palabra «*culo*» retumbó en los pasillos en el mismo instante en que Helena se encontró de frente con Héctor y Jasón, en las taquillas. Estaban charlando con Lindsey y una chica de último curso que era miembro del equipo de animadoras: Amy Heart.

Las dos adolecentes estaban utilizando la artillería pesada para conquistar a los chicos Delos. Lindsey y Amy cruzaron sus miradas y después se giraron a la vez para mirar a Helena con expresión de asco. Las furias empezaron a sollozar. Helena inspiró hondamente e intentó silenciar sus lamentos.

—Hola, Helena —saludó Héctor, con su voz optimista y con una mirada vacía, lo cual resultaba inquietante.

Notó que inclinaba su cuerpo ligeramente hacia delante, como si no pudiera evitar querer llegar hasta ella para agarrarla. En broma, Jasón golpeó a su hermano en el pecho con muchísima más fuerza de la que personas normales como Amy y Lindsey pudieran imaginar.

—No seas maleducado.

—Solo estaba diciéndole hola a Helena. Hola, Helena. Helena Hamilton, hola. ¿Has estado hace poco por Sconset? —Se burló.

—No, no ha estado por allí —respondió de manera inesperada Lucas, que acababa de aparecer detrás de ella. Helena dio media vuelta y le fulminó con la mirada—. De lo contrario, yo lo sabría —añadió con un susurro tan suave que habría pasado desapercibido por cualquier mortal, pero Helena lo oyó alto y claro.

De repente, decidió que ya había tenido suficiente intimidación por un día. Acosada por las furias, dio un pequeño paso hacia Lucas, quien, en ese instante, inhaló profundamente para aguantar la respiración. Fue en ese preciso momento cuando Helena entendió que a Lucas también le había costado un esfuerzo tremendo deshacerse del perfume de ella después de sus pequeñas volteretas y retozos en el jardín de la mansión de los Delos. La idea la alegró tanto que incluso estuvo tentada a soltar una carcajada.

—Dile a Noel que el aceite de oliva que me envió es el mejor que jamás he probado —agradeció Helena con una sonrisita perversa.

Lucas abrió los ojos de par en par, dejando al descubierto su miedo y, sin saberlo, demostrando a Helena que estaba en lo cierto. Su madre era distinta al resto de la familia.

—Dile que si quiere probar mi deliciosa *bruschetta* está más que invitada.

Luca hizo un amago de aproximarse a la chica, pero, de una manera inexplicable, Jasón apareció junto a ella y la empujó con sumo cuidado hacia un lado al mismo tiempo que arrastraba por la fuerza a Lucas hacia las taquillas. Helena no dudó en aprovechar la oportunidad para escapar de allí, pero no sin antes lanzar un último disparo.

—Saluda a tu tía de mi parte —murmuró Helena imitando el tono amenazador que había utilizado Héctor.

No se paró ni para escuchar la respuesta. Mientras caminaba con tranquilidad por el pasillo, la joven Hamilton podía notar las miradas de los

chicos Delos clavadas en su espalda, pero lo cierto era que aquello no la ponía ni un poquito nerviosa. Estaba tan orgullosa de sí misma que incluso olvidó caminar con los hombros caídos y sin apartar los ojos del suelo.

El martes no fue mucho mejor, pero al menos Helena dejó de alterar sus horarios para evitar a los Delos. En cambio, ellos modificaron sus agendas para esquivarla durante todo el día y, al igual que había sucedido el día anterior, no funcionó en absoluto. Daba la sensación de que cada vez que doblaba la esquina de un pasillo tenía que chocar con alguno de ellos. Para empeorar aún más las cosas, sus amigos empezaban a mostrar cierto recelo hacia ella. Claire opinaba que su mejor amiga se comportaba como una blandengue sin carácter. Matt adoptaba un semblante huraño y enfurruñado al comprobar que Helena se estremecía casa vez que miraba a Lucas.

El miércoles, el clan Delos cambió de estrategia. A primera hora de la mañana, Helena fue hacia su taquilla y se sorprendió al descubrir a Jasón apoyado en la pared como si le hubieran colocado allí para decorar el pasillo. Estaba esperándola. El cuerpo de aquel chico parecía estar hecho para holgazanear, como si fuera capaz de desperezarse y echar una cabezadita en cualquier momento del día, como si fuera un gato. Lucía una figura más esbelta que su hermano y que su primo; de hecho, cuando estaban los tres juntos, él parecía un enclenque, de la misma forma en que una pantera aparenta ser pequeña al compararse con un león o un toro. Sin embargo, ahora que no estaba rodeado de sus familiares, parecía enorme. Helena no se amedrentó y continuó su trayecto hacia las taquillas. Cuando Jasón la miro, se percató que tenía las pestañas más largas que jamás había visto en un chico.

—¿Tienes un segundo? —le preguntó un tanto rígido pero con buenos modales.

Helena advirtió que el joven Delos estaba concentrado, posiblemente para intentar silenciar con todas sus fuerzas a las furias, que no cesaban sus lamentos.

—De acuerdo —aceptó sin apartar la mirada del suelo.

Los alumnos que tenían sus taquillas cerca de la de Helena estaban tomando su tiempo para recoger el material que necesitaban. Helena deseaba con todas su fuerzas que se largaran de allí, pero ningún estudiante del

instituto Nantucket dejaría pasar la oportunidad de disfrutar de una posible pelea.

—Algunos de nosotros consideramos que sería buena idea limar asperezas —explicó rápidamente, como si quisiera terminar la conversación lo antes posible. Helena meditó la respuesta durante unos instantes.

—¿Algunos de vosotros? ¿Insinúas que todavía no habéis tomado una decisión unánime? Respecto a mí, claro —apuntó Helena.

—No, lo siento —se disculpó, entendiendo de inmediato el comentario de Helena—. Pero creemos… Bueno, algunos creemos que al menos deberíamos ser más amables entre nosotros.

—Te confieso que no veo la manera de conseguirlo, ¿y tú? —quiso saber Helena, sin pretender ser hostil pero incapaz de callarse.

En ese instante se oyó chasquear la lengua a modo de desaprobación a una de las chicas que pululaba perdiendo el tiempo a su alrededor.

—Lo único que te pedimos es que seamos amigos. O, al menos, dejar de ser enemigos. Piénsalo —dijo antes de irse.

Con tanta gente a su alrededor vigilando cada uno de sus movimientos, Helena tardó una eternidad en abrir su taquilla; hasta tres veces tuvo que introducir la llave en la cerradura. Tras haber consumido toda su energía en no atacar a Jasón, mientras este se alejaba con lentitud y sosiego, ya no le quedaba ni una gota de paciencia, Quería gritar a todos aquellos que la juzgaban, pero eso jamás pasaría. ¿Qué les podía decir? «Por lo general no soy una mala pécora, pero tres espíritus con lágrimas sangrientas me acosan constantemente hasta el punto de no dejarme dormir por las noches, así que me he vuelto un poco gruñona».

A la hora del almuerzo, Helena se quedó paralizada al comprobar que Ariadna y Cassandra estaban sentadas en la misma mesa que sus amigos. Desde lejos ya notó que Matt tenía las mejillas sonrosadas por el esfuerzo que suponía reprimir sus hormonas. Lindsey y Zach, que jamás se habían dignado sentarse en la misma mesa que ella, también estaban allí, lamiéndoles el culo a las dos nuevas chicas populares del instituto.

Desde la puerta del comedor, Helena titubeó durante un instante, cavilando la posibilidad de escabullirse sin ser vista, pero Ariadna enseguida la vio y le hizo un gesto con la mano, invitándola a sentarse con ellos.

Durante el incómodo almuerzo, Ariadna se mostró tan amable como pudo con Helena; las sonrisas de Cassandra eran quebradizas, pero le dedicó muchísimas. A pesar de aquella tentativa genuina de establecer una amistad, la insoportable presencia de las furias, que merodeaban a su alrededor, inquietaba a Helena sobremanera. Su comportamiento, algo malhumorado e irritable, escandalizó a Lindsey y preocupó a Claire. Al salir de la cafetería, su mejor amiga, se llevó a Helena aparte.

—¿Te morirías si intentaras ser simpática? —le preguntó.

—No te imaginas cuánto me estoy esforzando —respondió Helena con la boca pequeña.

—Pues esfuérzate más. Estás quedando como una esnob de primera y sé que no lo eres, así que, por favor, no te conviertas en una —explicó Claire tras la protesta de su amiga—. Deduzco que está pasando algo raro, algo que no quieres contarme. Y no me importa. Pero tienes que empezar a aparentar que te caen bien; de lo contrario, gentuza de la talla de Lindsey y Zach se asegurarán de amargarte bien la vida hasta el día de la graduación.

Helena asintió sumisamente. Era consciente de aquel buen consejo, pero su vida ya era desdichada sin tener que adular a la familia Delos. Aún así, al día siguiente hizo todo lo posible por sonreír cada vez que se cruzaba con Ariadna y Jasón en los pasillos. A decir verdad, el gesto no era natural y agradable, sino que más bien se parecía a una mueca dentuda, pero los mellizos lo recibían encantados.

Con Héctor era distinto, por lo visto, él no compartía la idea de procurar llevarse bien y tras otro angustioso día intentando esconder el estremecimiento que le recorría el cuerpo cada vez que veía a Lucas, Helena se cruzó con él de camino al entreno.

Como si unos cables tiraran de él, Héctor cambió de rumbo e intentó perseguir a Helena. La llamó en voz baja, como si tarareara una canción para sí mismo. Helena miró a su alrededor en busca de otra persona, de un testigo. Cuando avistó a un grupo de chicas que se dirigían hacia ella, Helena suspiró con tranquilidad. Todas observaron atónitas que Helena prácticamente huía de Héctor y analizaban sus movimientos como si fuera un bicho raro con cuernos. La mayoría de las alumnas se lanzarían a los brazos de Héctor si él les sonriera de aquella manera.

El jueves no logró conciliar el sueño toda la noche por los constantes gemidos de las furias, como si algún miembro del clan Delos estuviera cerca. Al día siguiente, tuvo que madrugar para llevar a Kate y Jerry al aeropuerto. Iban a tomar un vuelo a Boston para asistir a una conferencia para pequeños empresarios que duraría todo el fin de semana. Helena estaba encantada con la idea, ya que le apetecía pasar unos días sola.

Entre la falta de sueño y el hostigamiento diario, estaba para el arrastre. Solo tenía que sobrevivir un día más en el instituto y después podría tirarse en la cama y esconderse allí hasta el lunes. Quizás, al fin, podría incluso quedarse dormida.

Por desgracia, descubrió que lo que ella contemplaba como la línea de meta del viernes, se había transformado en un cable detonador. Al principio, no entendía por qué todo el instituto se tropezaba con ella continuamente, de modo que dio por supuesto que se trataba de una nueva moda de la cual no tenía constancia, hasta que Claire empezó a gritarles a todos que la dejaran en paz. Hasta entonces, Helena no había prestado atención a los comentarios que escupía la gente cada vez que chocaba con ella a propósito.

Estudiantes con las que jamás había cruzado una sola palabra le susurraban insultos tales como «zorra» o «guarra» al pasar junto a ella en el pasillo. Durante todo el día, oyó un insulto detrás de otro. En tres ocasiones distintas la joven se vio obligada a correr al baño de chicas a esconderse. A pesar de haber pasado un día entero sin ver a ningún miembro de la familia Delos, Helena Hamilton se había convertido en el centro de la diana de sus compañeros, el blanco perfecto. Horas más tarde, mientras se cambiaba en el vestuario para entrenar, tenía los nervios tan destrozados que no sabía si iba a llorar o a vomitar. Una vez en la pista, notó que las piernas le flaqueaban, pero aún así alcanzó a su mejor amiga. Menos mal que las otras chicas del equipo optaron por mantenerse alejadas mientras avanzaban corriendo por la pista.

—Pero ¿qué más les da? —exclamó Helena, hundida—. ¿Qué importa si me caen bien los Delos o no?

—Ese no es el meollo del asunto —informó Claire con tono dulce.

—¿De qué te has enterado? —preguntó, desesperada por conocer la respuesta.

—Pues me ha llegado el rumor de que Lucas y Héctor están peleándose por ti y ahora todas las chicas te odian —explicó Claire con la esperanza de que el chisme fuera ridículo, pero no estaba segura de que lo fuera.

—Estás de broma ¿verdad?

Claire meneó la cabeza.

—Por lo que tengo entendido, se pelearon a puñetazo limpio ayer después de clases, durante el entrenamiento de fútbol. Por eso, hoy no han venido al colegio. Los han expulsado.

—Pero ¿qué ocurrió? —demandó Helena asombrosamente calmada.

—Lucas vio a Héctor siguiéndote hacia el vestuario de las chicas y empezó a gritarle que se alejara de ti. Imagino que dijo algo así como que eras suya —informó Claire con aire tímido.

Helena sacudió la cabeza. Lucas en realidad se había referido a ella como la presa a la que se disponía matar en cualquier momento, pero eso no podía explicárselo a su amiga.

—¿Todas las chicas me desprecian porque Lucas es un pirado que me acosa? ¿Cómo puede ser? Le odio —afirmó con vehemencia. Se produjeron unos instantes de silencio y, de repente, le vino otra idea a la cabeza—. Un momento. Esa historia solo justifica que las chicas me detesten. Hay algo más, ¿a que sí?

—No lo sabes bien. Lo cierto es que no solo los han expulsado —continuó Claire con el ceño fruncido—. Zach me ha contado que Héctor y Lucas empezaron a actuar como dos desequilibrados mentales delante del equipo de fútbol, de los entrenadores y, bueno, al fin y al cabo, delante de todo el mundo. Fue horroroso. Una pelea a vida o muerte. Jasón se entrometió e intentó separarlos, pero ya era demasiado tarde. Y… Bueno… Los han echado del equipo de fútbol. Por eso toda la escuela te odia, incluidos los chicos —dijo como si hubiera llegado a la conclusión de su historia—. Por lo visto, los tres Delos son unos atletas increíbles que dejarán huella en la historia del fútbol americano y todo el instituto te culpa por haber echado a perder la única oportunidad de Nantucket de ganar un campeonato.

—¿Me estás tomando el pelo? —farfulló Helena—. La familia Delos me está arruinando la vida.

En lo más profundo de su autocompasión, se dio cuenta de que ella

también estaba destrozando la vida de aquella familia. Llevaban tan solo dos semanas en el pueblo y los tres chicos ya destacaban por sus problemas disciplinarios. Si seguían así, los expulsarían definitivamente de la escuela y, si eso ocurría, ¿adónde irían? Se verían obligados a viajar a tierra firme cada mañana, porque en la isla solo había un instituto. Todo aquello había sucedido después de que acordaron intentar llevarse bien: la gente del instituto que incordiaba a Helena, la pelea, la expulsión.

De pronto, se sintió horrorizada. Aunque lograra controlar la ira y el clan Delos dominara la rabia, las furias jamás les permitirían coexistir. La pelea en la que se enzarzaron Lucas y su primo demostraba que si no hostigaban a Helena, los chicos Delos empezarían a acosarse y a perseguirse entre ellos. No había una solución del tipo vive y deja vivir. Por algún motivo que Helena aún no lograba comprender, las furias exigían un baño de sangre a cualquier precio.

—¿De veras no estás saliendo con Lucas? —preguntó Claire con suma cautela. Helena se despertó de repente de su ensoñación taciturna.

—¿Que si estoy saliendo con él? Cada vez que lo miro quiero arrancarme los ojos —respondió Helena con sinceridad.

—¡Ahí! ¡Justo ahí es donde quería yo llegar! —gritó Claire—. Jamás habías odiado a nadie de esa manera, ni siquiera a Lindsey, que te ha tratado como un felpudo desde quinto curso. Tú sencillamente te alejaste de ella como si nada, y eso que erais como uña y carne, tan inseparables como nosotras. Pero ¿todo este asunto de Lucas? ¡Está consumiéndote! Desde que esa familia se trasladó a la isla, andas todo el día enfurruñada y, perdona, pero no lo entiendo. La única explicación razonable es lo que todo el mundo comenta —puntualizó Claire tras detener la carrera.

—¿Y qué es lo que se supone todo el mundo comenta? —quiso saber Helena parándose también en seco. Claire reanudó la marcha, pero su amiga en seguida la frenó, pues necesitaba una respiración de inmediato—. ¿Qué comentan? —repitió.

Claire suspiró y, sin dar más rodeos terminó con la cuestión.

—Que tú y Lucas os conocisteis por casualidad en la playa antes de empezar las clases y os acostasteis juntos. Luego, te mintió diciéndote que estaba aquí de vacaciones y que por eso no te llamaría nunca. Por eso te dio

un ataque cuando le viste en el pasillo, porque te utilizó a sabiendas de que tú estabas perdidamente enamorada de él.

—Guau. Menudo drama —dijo Helena mostrándose indiferente.

—Sí, pero ¿es cierto? —suplicó Claire. Helena suspiró y rodeó a su amiga con el brazo, invitándola a dar un paseo.

—Primero de todo, nunca había visto a Lucas antes del encontronazo en el pasillo. Ni hablar de lo de habernos acostado. En segundo lugar, si hubiera besado a otro chico hubiera corrido a contártelo *ipso facto*, sobre todo, después del desastre con Matt. Tercero, y seguramente más importante, Lindsey y yo jamás fuimos inseparables. Tú siempre has sido mi mejor amiga, Risitas —la aduló, y no dejó de abrazarla hasta que esta se rindió y esbozó una sonrisa—. Sé que he estado muy rara últimamente, y lo siento. Me están pasando cosa muy extrañas que me encantaría contarte, pero aún no he logrado entenderlas. Así que, por favor, de rodillas te pido, no te vayas de mi lado, aunque esté enfadada y amargada todo el tiempo.

—Sabes que siempre estaré a tu lado, pero ¿quieres que te sea sincera? —añadió Claire mirando a su amiga con detenimiento—. Sé que esperas que te muestre mi apoyo incondicional diciéndote que esto no es nada y que todo el instituto lo olvidará en un santiamén, pero no puedo. Lo cierto, es que no sé cómo puede mejorar tu situación y estoy muy preocupada por ti.

Después del entrenamiento de atletismo. Helena se encaminó hacia la tienda para trabajar. Se había ofrecido para sustituir a Louis esa noche, ya que, como Kate y Jerry estaban en Boston, el pobre chico pasaría un fin de semana maratoniano atendiendo mañana y tarde a los clientes. Así que Helena pensó que Louis se merecía, al menos, una noche completa de descanso.

Las noticias sobre su descontrol sexual recorrieron cada rincón de la isla, así que todo cliente que entraba en la tienda la miraba como un bicho raro. Sin embargo, tenía demasiadas cosas que hacer y asuntos que atender como para que un puñado de pueblerinos la sacara de sus casillas. Cuando al fin acabó de limpiar y ordenar el almacén, dejándolo todo listo para Louis, ya era más de medianoche.

Tras cerrar con llave la tienda, Helena fue hacia el *Cerdo* con las llaves en la mano. Durante unos momentos, se puso en guardia y buscó atentamente alguna señal que indicara peligro, pero tras arrancar el coche e iniciar el trayecto que la llevaría a casa, se relajó. Fue prudente y cautelosa, pero no sirvió para nada. Justo después de aparcar el vehículo, alguien se abalanzó sobre ella.

Lo primero que sintió fue agradecimiento. Al menos la maña Delos había esperado a que Jerry saliera de la escena antes de venir a matarla. Un brazo fuerte y enjuto la agarró por el cuello para tirar de ella mientras, al mismo tiempo, la forzaba a arrodillarse frente a la entrada de su casa. Apenas podía respirar, y no podía ver quien la estaba atacando. Se preguntaba quién habría ganado la apuesta en que ella era el premio, ¿Lucas o Héctor? La falta de oxígeno le empezaba a nublar la vista. En ese instante se imaginó a su padre llegando a casa y encontrando su cuerpo sin vida en la entrada y, de inmediato, supo que tenía que defenderse e intentar enfrentarse al atacante. No podía permitir que Jerry perdiera otra persona querida. Jamás lo superaría.

Helena dobló el brazo y atizó un codazo en el plexo solar de su atacante, dejándole así sin aire en los pulmones. Oyó que su agresor respiraba con dificultad al mismo tiempo que la arrojaba hacia el jardín. Se arañó las palmas de las manos al intentar frenar la velocidad con la que se arrastraba con el suelo. Tomó aliento antes de alzar la vista y sorprenderse al comprobar que el agresor no había saltado sobre ella para sujetarla.

Lucas la miraba fijamente. Tenía a su primo Héctor agarrado por la camiseta, impidiendo así que hiciera algo estúpido. Le pareció extraño que Héctor desviara la mirada hacia otro lado como si evitara mirarla. Apenas tuvo tiempo de asimilar esto cuando Lucas habló. Al articular la primera palabra, las furias empezaron a aullar detrás de él. Se preguntó por qué habían tardado tanto en hacer su aparición estelar, pero no tuvo tiempo de mortificarse.

—¡Jasón! ¡Ariadna! Traedla con vida —ordenó haciendo especial hincapié en las palabras «*con vida*» mientras lanzaba una miraba una mirada deliberada a Héctor.

Los gemelos salieron rápido donde miraba Héctor. Helena tardó una milésima de segundo en levantarse de un brinco y correr para salvar su vida.

Nunca antes había intentado correr a toda velocidad; siempre había sabido que si lo probaba, descubriría que cada atrocidad que pensaba sobre sí misma era verdad. Monstruo, bicho raro, animal, bruja; si se dejaba llevar y se liberaba de sus propias ataduras, toda la lista de nombres que se había susurrado cada vez que hacía algo humanamente inverosímil saldría a la superficie a borbotones. Pero cuando oyó a Héctor gruñir su nombre, no pensó en las consecuencias de correr tan rápido como sus piernas le permitían. Sencillamente, lo hizo.

El instinto la condujo hacia las llanuras anegadizas. Aquellas planicies sumergidas en una obscuridad absoluta le resultaban, de algún modo inexplicable, más seguras que las calles de su vecindario. Si moría lo haría en soledad, sin personas normales y débiles dispuestas a sacrificarse para salvar la vida a la pobre Helena Hamilton.

Si, en cambio decidía dar media vuelta y enfrentarse a sus agresores, deseaba que la contienda se desarrollara en una zona deshabitada de su isla, y no rodeada por los pintorescos balleneros cubiertos de guijarros. Trotó en dirección oeste, cruzando la parte norte de la isla, donde las tranquilas aguas que bañaban la zona de Nantucket Sound murmullaban dulcemente a su izquierda. Lucas y Héctor dejaban de gritar su nombre desde atrás. Cada vez estaban más cerca.

Helena atravesó la calle Polpis, bordeando la laguna de Sesachacha hasta avistar el verdadero océano Atlántico, donde rompían las olas más salvajes y las aguas más bravas de todo el continente. Tenía que esconderse, pero el paisaje era llano y no había una nube de niebla tras la que pudiera ocultarse. Helena contempló las ondas oceánicas que, bajo el resplandor de la luna, parecían papel de estaño negro meciéndose suavemente y rogó que apareciera algún tipo de neblina o bruma para cubrirla. El maldito océano le debía una por casi arrebatarle la vida cuando no era más que una niña y ya era hora de pagar esa deuda, pensó Helena, histérica. Tras unas zancadas más, sus suplicas fueros milagrosamente escuchadas. La joven bordeó la costa en dirección norte, atravesó un depósito de arena deshabitado ubicado en la punta norte de la isla y se sumergió en una niebla húmeda y salada.

Entre aquella densa bruma, podía escuchar a sus perseguidores con más nitidez, lo cual le indicaba que ellos la oían a la perfección. Aterrorizada y

exhausta, daba vueltas a ciegas entre la nube de niebla y pedía a su cuerpo ir aún más rápido. Avanzaría hasta quedarse sin espacio para correr. Al llegar al borde del precipicio notó como su cuerpo se agilizaba y como su respiración, hasta el momento agitada, menguaba de forma inesperada. Las titánicas zancadas de Helena le habían causado un dolor discordante en las articulaciones y la espalda y, de repente, ese suplicio desapareció. Continuaba en movimiento, pero ya no notaba nada, tan solo el frío y la brisa marina que le arremolinaba el cabello. De pronto, dejó atrás la niebla y se sorprendió al no ver nada. Mirara donde mirara, solo veía oscuridad y estrellas a su alrededor. Había estrellas por todas partes. Y entonces echó un vistazo hacia abajo.

Bajo sus pies, miles de lucecitas parpadeantes perfilaban las orillas de una isla en forma de coma que le resultaba familiar. Mientras Helena buscaba a su alrededor el avión en el que, en una situación normal, estaría montada para desplazarse a esa altura, se percató de que estaba flotando en el aire, como si estuviera sumergida en el agua. Volvió a mirar hacia abajo y advirtió que aquella isla titilante era la preciosa isla donde había nacido.

Poco a poco, su campo de visión se fue estrechando como si de un tubo negro se tratara. Zambullida en un silencio absoluto, perdió el conocimiento y su cuerpo inerte se desplomó desde el cielo.

6

Otra pesadilla en el páramo. Helena se sorprendió al descubrir que en un lugar como aquel existiera el tiempo. Se sentía algo confusa, pues, por mucho que mirara a su alrededor, no era capaz de adivinar dónde estaba. Tras unos momentos, decidió que se trataba del mismo terreno árido de cada noche, solo que en esta ocasión el terreno accidentado era más llano y abierto. El cielo, oscuro y sin una estrella, parecía estar más bajo, como si, de algún modo inexplicable, pesara más. Entonces miró por encima del hombro. Tardó unos instantes en comprender lo que sus ojos estaban viendo.

A kilómetros de distancia, en el horizonte, el paisaje nocturno se transformaba en el panorama más rocoso y habitual, bañado, como siempre, por un cielo cegador. Las diferentes zonas horarias se acomodaban la una junto a la otra como si fueran dos lienzos colgados en el estudio de un artista, inmóviles, inalterables y reales. Aquí, el tiempo era un lugar y nunca cambiaba. En cierto modo, aquello tenía sentido.

Helena empezó a caminar. En la versión nocturna del páramo hacía frío y ella no podía evitar castañear los dientes. En la versión diurna, por la que tantas veces había merodeado, el calor no daba tregua, de modo que Helena supuso que, por mucho que se frotara los brazos para dejar de tiritar, el frío nunca desaparecería. De repente alzó la vista y vio a alguien a lo lejos. Parecía aterrado.

Se apresuró en alcanzar al desconocido y, cuando estuvo lo bastante cerca, descubrió que era Lucas. Avanzaba a gatas, merodeando por aquel insólito lugar como si estuviera ciego, sujetándose en las piedras afiladas y cortándose las manos con los bordes. Tenía miedo. Ella le llamó por su nombre, pero Lucas no lograba escucharla. Se arrodilló a su lado y le rodeó

el rostro con las manos. Al principio, el chico sintió miedo y se alejó, pero tras unos instantes alargó el brazo a tientas y pareció más aliviado. El joven articuló el nombre de Helena, pero no produjo sonido alguno. Entre sus brazos, Lucas se notaba muy liviano. La joven le ayudó a incorporarse, pero tenía tanto miedo en el cuerpo que no lograba ponerse erguido sobre aquellas piernas tambaleantes. Lucas lloró en silencio. Helena sabía que, en realidad, le estaba suplicando que le abandonara. Estaba demasiado asustado para moverse, pero Helena era consciente de que, si hacía caso a sus ruegos, él jamás conseguiría escapar de este páramo oscuro.

A pesar de los gritos, le obligó a levantarse y a caminar.

Helena sentía un dolor agonizante. Quería protestar, pero no tenía fuerzas para emitir sonido alguno. Podía escuchar el murmullo del océano cerca, pero no era capaz de abrir los ojos para ver dónde estaba. Sentía un suave balanceo en la cabeza, como si su cuerpo estuviera apoyado boca abajo sobre una balsa y estiró los labios en un intento de sonreír. Algo le había amortiguado la caída y la sujetaba con ternura. Procuró pensar en su buena suerte y dividir su dolor en pequeñas dosis para poder soportarlo. Decidió contar los latidos del corazón para calmarse. Tras pasar la decena, alcanzó los veinte y, al llegar a veinte, se obligó a seguir hasta cuarenta, y así sucesivamente. De repente interceptó otro ritmo estable bajo su cuerpo y, tras unos minutos, su corazón se sincronizó con el sonido latente que provenía de su bote salvavidas. Latían al mismo tiempo, animándose entre ellos. Helena se mantuvo muy quieta.

Tras lo que le parecieron horas, la joven continuaba inmóvil, pero al fin pudo abrir los ojos. A través de los destellos parpadeantes de luz cegadora que emitía algún faro desde la lejanía, Helena se percató de que estaba rodeada por muros de arena.

Bajo su mejilla derecha sentía el calor de una camiseta. Después de unos instantes se dio cuenta de que lo que realmente tenía debajo era una persona de carne y hueso. Estaba tumbada sobre un hombre. El bulto sobre el que apoyaba la cabeza era su pecho y la sensación de balanceo era su respiración. Dejó escapar un grito sofocado. Los chicos Delos habían conseguido atraparla.

—¿Helena? —llamó Lucas con voz débil y desalentada—. Di algo… si estás viva —dijo con dificultad. No parecía que fuera a matarla, así que Helena decidió responderle.

—Estoy viva. No puedo moverme —susurró.

Cada palabra le provocaba un flujo de dolor que nacía en el diafragma y se extendía por todo el cuerpo.

—Espera. Escucha las olas. Relájate —aconsejó Lucas mientras se retorcía de dolor, pues el peso del cuerpo de Helena le presionaba los pulmones.

Helena sabía que no podía ni levantar un brazo, así que se calmó, tal y como él le había recomendado, y se dedicó a observar el paisaje, que se bamboleaba al ritmo de la respiración de Lucas. Esperaron acompañados por la luz intermitente del faro, escuchando el oleaje que burbujeaba en la arena.

A medida que la agonía empezó a menguar y a hacerse un poco más soportable, Helena fue fijándose en algunas reacciones de su cuerpo pegajoso y blando, con la misma textura que adquiere una galleta de chocolate al calentarla en el microondas. Le parecía que sus huesos no podrían soportar el peso de los músculos y percibía una quemazón insufrible en la médula. Reconoció esa sensación, pues era muy similar a la que experimentó cuando estaba aprendiendo a conducir una motocicleta y, de manera accidental, se volcó. Una parte de ella supo al instante que se había fracturado el brazo, pero cuando llegó a urgencias y le hicieron una radiografía pudo comprobar que el hueso estaba intacto. El ardor significaba que estaba curándose.

No podía explicárselo, pero de alguna manera se había desvanecido desde el cielo y había logrado sobrevivir. Sin duda, era un monstruo. Un bicho raro. Quizás incluso una bruja. Entonces, rompió a llorar.

—No te asustes —intentó articular Lucas—. El dolor se esfumará.

—Debería de estar muerta —lloriqueó—. ¿Qué diablos me pasa?

—No te pasa nada malo. Eres de los nuestros —informó con la voz un poco más firme, lo cual indicaba que estaba recuperándose con la misma velocidad que Helena.

—¿Y quiénes sois?

—Nos definimos como vástagos —respondió.

—¿Descendientes? —murmuró Helena al recordar cuando aquel vocablo salió en «la palabra del día», la tarea más odiosa de la clase de Hergie—, ¿descendientes de qué?

Lucas le respondió. Helena le escuchó, pero al mismo tiempo no oyó su voz. La palabra «semidiós» distaba mucho de la respuesta que esperaba, así que se tomó unos instantes para meditar. Estaba esperando oír algo horroroso, posiblemente incluso malvado, que la definiera.

—¿Eh? —espetó tan confundida que incluso dejó de llorar.

Helena advirtió que Lucas estaba riéndose a carcajadas cuando su campo de visión empezó a sacudirse con violencia.

—¡Ay! No me hagas reír —tartamudeó sin dejar de agitar el pecho.

El constante zarandeo le pareció gracioso y empezó a desternillarse, uniéndose así a Lucas. Enseguida se arrepintió y quiso parar, pero, por lo visto, no podía. Era como si el dolor fuera tan desgarrador que la única manera de soportarlo fuera riendo.

—Esto duele muchísimo —confesó en un intento de controlarse.

—Si tú paras, yo también —añadió Helena, que también estaba agotando sus energías.

Entre risas, los dos adolescentes procuraron, otra vez, controlar el dolor mientras esperaban que sus huesos se soldaran. A pesar del suplicio, el tiempo pasaba dulcemente. De manera simultánea, Helena lograba percibir los latidos del corazón de Lucas por un oído y el runrún de las gaviotas por el otro. El sol estaba a punto de asomar por el horizonte y, por primera vez en semanas, Helena se sintió a salvo.

—¿Por qué ya no te odio? —preguntó al notar que el cráneo ya se le había solidificado lo suficiente para comunicarse como era debido.

—Estaba preguntándome lo mismo. Me da la sensación de que las furias han desaparecido —contestó Lucas tras un profundo suspiro, como si se hubiera quitado un gigantesco peso de encima, aunque Helena sabía que, probablemente, su cabeza pesaba igual que una bola de boliche—. Me asusté cuando estábamos en el aire. Me costó una barbaridad atraparte.

—¿Estábamos? ¡Oh, puedes volar! —exclamó Helena al darse cuenta.

De repente, se acordó de la capacidad de Lucas para aparecer y

desaparecer con tanta velocidad; de ese modo, podía explicar los ruidos sordos y las marcas en el suelo que dejaba tras sus despegues y aterrizajes. Jamás le había visto volar porque nunca se le había ocurrido alzar la vista.

—¿Por qué estás debajo de mí? —preguntó Helena mientras cambiaba de postura con suma delicadeza.

—Al fin te atrapé. Vi como te desplomabas e intenté frenar la caída como pude, pero cuando te rodeé con el brazo ya casi estabas rozando el suelo —explicó al mismo tiempo que se retorcía y se estremecía del dolor—. Aún no me creo que estemos vivos.

—Yo tampoco. Estaba convencida de que esta noche vendrías a matarme, y no a salvarme la vida —se maravilló Helena.

Daba la sensación de que el golpe no solo había amortiguado su cuerpo, sino que también había eliminado todo sentimiento de rabia o ira. Ya no despreciaba a Lucas. En ese instante notó la presión de los brazos del chico sobre su espalda y enseguida volvió a relajarse.

—Está amaneciendo —dijo Lucas tras unos momentos—. Con un poco de suerte, mi familia podrá vernos.

—Ya que lo mencionas, lo único que puedo ver es tu pecho y montones de arena. ¿Dónde se supone que estamos?

—En el fondo del cráter que hemos formado al impactar con el último trozo de playa que quedaba delante del faro Great Point, en la punta del pedazo de tierra más estrecho del extremo de la isla de Nantucket.

—Muy… fácil de encontrar —bromeó Helena.

—Estamos prácticamente en mi jardín trasero —se mofó Lucas. Al soltar una risotada, se retorció otra vez del dolor. Antes de volver a abrir la boca, se tranquilizó—. ¿Quién eres? —preguntó al fin.

—Helena Hamilton —respondió algo dubitativa, pues no sabía adónde quería llegar Lucas. En ese momento deseaba verle el rostro.

—El apellido de tu padre es Hamilton, pero esa no es tu casta —añadió —. Lo habitual hubiera sido adoptar el apellido de vástago de tu madre, y no el nombre mortal de tu padre. ¿Quién era tu madre? —quiso saber. A decir verdad, Lucas llevaba toda la noche intentando hacerle esa pregunta.

—Beth Smith.

—Beth Smith. Sí, claro —dijo con tono sarcástico.

—¿Qué?

—Bueno, es más evidente que «Smith» es un alias.

—Pero tú no lo sabes. No sabes nada de ella. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no es el apellido de mi madre? —preguntó, a la defensiva.

Ella no había llegado a conocer a su madre, y ahora, de la nada, aparecía un completo desconocido que aseguraba saber más sobre ella que Helena. Sin embargo, tal vez fuera cierto. Por primera vez desde hacía horas fue consciente de que estaba tumbada encima de él, y decidió cambiar de postura. Intentó apoyarse en el antebrazo, pero un pinchazo agudo le dio a entender que no soportaría su peso. Tras varios intentos fallidos para apartarse de Lucas, se rindió. Notaba cómo él se reía por lo bajo mientras apretaba los brazos para impedir que se alejara de él.

—Sé que tu madre no puede apellidarse Smith porque puedes volar, Helena. Haz el favor de estarte quieta, me haces daño —añadió con franqueza.

—Lo siento —se disculpó la joven. Lo más probable era que sus heridas fueran mucho más dolorosas, pues había tenido que amortiguar todo el peso de ella.

Con la luz del alba, la arena fue tiñéndose de distintas tonalidades, desde el gris más triste hasta el coral más intenso, pasando por un rosa pálido. Helena cayó en la cuenta de que era el segundo amanecer que presenciaba en pocos días. De los dos, sin duda prefería este. A pesar del sufrimiento, estaba viva y alejada de cualquier peligro. No se había percatado del peso que había cargado odiando y detestando a Lucas hasta que, al fin, logró deshacerse de ese lastre.

Escuchó una voz que estaba llamando a Lucas y, aunque sabía que corrían un serio peligro tumbados en aquel foso, en el fondo deseó que no los encontraran. ¿Y si las furias regresaban con el resto de la familia?

—¡Aquí! —respondió Lucas con voz débil.

—Espera —rogó Helena—, ¿y si todavía pueden ver a las furias cuando estoy cerca? No puedo defenderme en este estado.

—Nadie te va a hacer daño —le prometió Lucas sin dejar de rodearla con los brazos.

—Héctor… —empezó Helena.

—Antes tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

—Lucas, por favor… —continuó Helena sin querer insultarle, pero señalando lo evidente.

—Ya lo sé —respondió sin evitar reír entre dientes tras pillar la indirecta de Helena—. Ya sé que ahora mismo no parezco del Servicio Secreto, pero tienes que confiar en mí. Jamás permitiría que alguien de mi familia te hiciera daño, ni siquiera el perverso de Héctor. Deberías saber que no es tan horrible como piensas —aclaró Lucas mientras intentaba ladear la cabeza para mirar a Helena a los ojos.

—Eres su primo. Es normal que le veas un lado bueno.

—Entonces dejaré que decidas tú. No puedo ocultarnos en ningún sitio, pero no los llamaré, si eso es lo que tú quieres —concluyó.

Permanecieron allí tendidos, escuchando los gritos de su familia que le llamaban una y otra vez, pero Lucas cumplió su palabra. No emitió sonido alguno, aunque se estremeció al oír la voz de Cassandra, que sonaba exhausta. Su voz denotaba desesperación y miedo. De hecho, toda la familia parecía estar exasperada y asustada. Y todo por culpa de Helena. Tras unos instantes Helena no pudo soportarlo más.

—¡Aquí! —chilló tan alto como pudo—. ¡Estamos aquí!

—¿Estás segura? —preguntó Lucas con cuidado.

—No. —Se rió entre dientes, algo nerviosa, antes de volver a gritar, esta vez con la inestimable ayuda de Lucas.

Se escuchaban multitud de alaridos desde la playa además de las continuas pisadas en la arena. Un segundo más tarde, Helena notó que Lucas intentaba mover la cabeza para mirar a alguien que se asomaba por la boca del cráter.

—Hola, papá —saludó con tono de disculpa.

Cástor murmuró una especie de juramento que Helena no logró reconocer, aunque no dudaba de su significado. Entonces empezó a dar órdenes y la joven advirtió que alguien se agachaba junto a ella.

—Dios mío —susurró Ariadna para sí—. ¿Helena? Voy a llevarte por la arena, ¿de acuerdo? Pero antes déjame que intente acelerar un poco la cicatrización ósea. Notarás un poco de calor, pero no te asustes, la sanación es uno de los talentos que comparto con mi hermano, Jasón.

Jase, acércate y échame una mano con las piernas —ordenó.

Helena percibió otro ruido sordo, como si alguien se derrumbara junto a ella. Enseguida notó las manos de los mellizos, que se deslizaban con ternura por sus brazos y piernas. Sentía una quemazón en los huesos que le resultaba casi insoportable y, durante unos segundos, meditó la idea de no aceptar ningún tipo de «sanación». Antes de poder suplicarles que pararan, el ardor se desvaneció. Los gemelos contaron hasta tres y, con suma cautela, procuraron darle la vuelta, como si de un crepe resbaladizo se tratara. Helena trató de mostrarse valiente, pero no pudo aguantar el grito sofocado después de que los gemelos la movieran. Cada músculo, cada centímetro de piel, cada hueso de su cuerpo estaba sumido en un inmenso dolor, como si alguien le inyectara una dosis de fragmentos de cristal en llamas en la sangre.

Apretó los dientes y respiró profundamente, intentando así calmarse, hasta haber recuperado el control y abrir los ojos. Cuando lo hizo, lo primero que vio fue la luminosa mirada color avellana de Ariadna; los gemelos lucían las mismas pestañas, de una longitud casi infinita. Ariadna la observaba con lástima mientras inspeccionaba el rostro de Helena con cuidado y, al cabo de un rato, le dedicó una cansada sonrisa. Ariadna parecía extenuada, como si lo que había hecho por ella hubiera consumido toda su energía. Sus labios en forma de lazo se habían teñido de un color pálido, perdiendo así su tono cereza habitual, y su cabello, largo y castaño, se le quedaba pegado en las mejillas sudorosas.

—No te preocupes. Tu rostro ya está volviendo a su forma habitual. Al anochecer estarás como siempre, exquisita —piropeó a Helena mientras le acariciaba la cabellera—. No te muevas. Vuelvo enseguida.

Helena miró a su alrededor. Por primera vez pudo contemplar el lugar donde Lucas y ella habían pasado la noche. Tardó unos instantes en percatarse de que el hoyo en el que estaba medía al menos dos metros de profundidad y el triple de ancho, pero aún le costó más darse cuenta de que el agujero lo habían creado sus cuerpos al desplomarse sobre el suelo. El agua que se filtraba por la arena empezaba a empaparle la ropa; entonces, reparó en que Lucas había pasado la noche sumergido en un charco de agua congelada. Giró la cabeza para poder mirarle.

Se presumía una ligera huella del cuerpo de Helena sobre el de Lucas. El

joven tenía el pecho casi hundido por el peso que había soportado de la cabeza y hombros de Helena. Apretaba la cara con fuerza, creando así una mueca más dolorosa. Canturreó para sí durante unos instantes, como si intentara impedir soltar un gruñido. Su padre se arrodilló junto a él, lo miró directamente a los ojos y le habló en voz baja. Helena vio que Lucas asentía con la cabeza, se mordía el labio inferior y, después de respirar hondo, forzaba su musculatura. El pecho del joven se expandió hasta unos límites extraordinarios y, de pronto, Lucas dejó escapar el aire y resolló como si acabara de alzar en enorme peso. Una lágrima se escurrió de sus ojos, serpenteó por su mejilla y se perdió entre el cabello.

Su padre le dijo algo tranquilizador antes de levantarse y salir de aquel agujero para planear una estrategia con Héctor. Después de haber recuperado el aliento, Lucas giró la cabeza hacia un lado para poder mirar a Helena.

—Creo que ya ha pasado lo peor —alentó apretando la mano de Helena. Hasta ese momento la muchacha había pasado por alto que estaban cogidos de la mano, pero lo cierto es que le gustaba.

Ella respondió con el mismo gesto y sonrió. Lucas tenía un aspecto horrible, mucho peor de lo que Helena pudiera haber imaginado.

—Bizcochito —le llamó con aire risueño y despreocupado en un intento de distraerle—, ¿qué planes tienes para el próximo viernes por la noche?

—¿Qué tienes planeado?

—Podríamos intentar atropellarnos —sugirió Helena con alegría.

—Qué lástima, ya lo hice con Jase el pasado fin de semana —se lamentó.

—¿Qué te parece ir al zoo y lanzarnos a la jaula de los leones? —replicó enseguida para no perder su atención e impedir que se fijara en su pecho hundido.

—Los romanos ya sacaron todo el jugo a esa actividad. ¿Algo más original?

—Pensaré en algo —soltó Helena.

—No veo la hora —suspiró. Tras una oleada de dolor intenso, Lucas apartó la mirada de Helena y giró el rostro.

—¡Eh! ¿Un poco de ayuda? —gritó Helena al ver que Lucas empezaba a tiritar—. ¡Lucas no está bien!

—No, no está bien —intervino Cassandra con voz ronca y expresión

resentida desde los pies de Helena.

La joven no se había dado cuenta de que alguien más estaba en el mismo agujero mientras ella y Lucas se tomaban de la mano y se dedicaban bromas. Al oír su voz, a Helena le dio la impresión de que a Cassandra no le había gustado ni una pizca lo que acababa de presenciar.

—Baja las tablas. Ha llegado el momento de moverlos —ordenó a su padre, como si Cassandra estuviera a cargo de toda la operación.

Helena abrió los ojos como platos al presenciar cómo una chica de trece años se dirigía a su padre con ese tono y, además, esperaba que este obedeciera; de inmediato, las tablas descendieron por el cráter sin que su padre hiciera un comentario al respecto. Los gemelos trasladaron con sumo cuidado a Helena y Lucas sobre los largos tablones y les recomendaron quedarse inmóviles. Jasón y Cassandra deslizaron las manos, que emitían un resplandor dorado, sobre el cuerpo de Lucas. Helena observó que el joven hacía rechinar los dientes mientras sus primos aceleraban su sanación. Justo cuando creía que Lucas empezaría a chillar desaforadamente, los gemelos pararon, se miraron cómplices, comunicándose en silencio, y después asintieron con la cabeza. Ambos estaban tan pálidos que parecían almas en pena, aunque lo cierto es que también parecían contentos, como si nada pudiera satisfacerles más que ayudar a los suyos. Helena intentó darles las gracias, pero Ariadna se lo impidió pellizcándole los labios con ternura y aconsejándole que guardara fuerzas.

Héctor y Cástor cargaron con los tablones sobre los que yacían Helena y Lucas y los sacaron del agujero para colocarlos, el uno junto al otro, en el maletero del mismo monstruoso todoterreno que Helena había maldecido tantas y tantas veces. Ahora que funcionaba como su ambulancia, se juró que no volvería a perder los estribos cuando viera un vehículo de tales características.

Cástor estaba al volante, ansioso por arrancar el vehículo y salir de allí. Si se quedaban mucho tiempo en la playa, el sol iluminaría toda la isla y tendrían más posibilidades de ser descubiertos. Cassandra fue con ellos, pero Jasón, Ariadna y Héctor prefirieron quedarse en la playa para tapar el hoyo y dejar el lugar como si nada hubiera ocurrido.

—¿Por qué no colocamos una piedra gigantesca en el centro y fingimos

que es un asteroide? —Escuchó Helena preguntar a Héctor, que sonaba exhausto.

—¿Realmente crees que funcionaría? —soltó Jasón, quién se mostró animado ante la idea de recostarse en la cama al cabo de menos de una hora.

—No —respondió Cassandra con rotundidad—. Esta parte de la isla es una reserva natural. Hay científicos por toda la zona, así que enseguida averiguarían que la piedra no proviene del espacio.

Jasón y Héctor soltaron sus respectivos quejidos y, de inmediato, se pusieron manos a la obra. Una vez más, la opinión de Cassandra era indiscutible. Tácticamente, Helena siempre había asumido que Lucas era el líder de los más jóvenes y que, de la misma forma, su padre era el cabeza de familia Delos. Sin embargo, comenzaba a creer que alguien menos tradicional dirigía la familia. Cuando Cassandra abría la boca, todos la escuchaban, incluido Cástor. Y, por lo visto, Cassandra no necesitaba la presencia de las furias para sentir antipatía por Helena, lo cual le recordó que…

—¡No veo a las furias! —exclamó de repente Helena.

—Nadie las ve —intervino el padre de Lucas con voz pensativa. El cuero del asiento crujió cuando Cástor se retorció para mirar hacia atrás—. Ya lo resolveremos más tarde. Ahora tenéis que descansar.

Helena no podía discutir con él, pues a duras penas lograba mantener los ojos abiertos. En cuanto escuchó el ronroneo soporífero del motor, cerró los ojos y se quedó dormida como un tronco.

Al anochecer, Helena se despertó en una cama con sábanas blancas. A través de la ventana de la habitación podía contemplar un cielo con tal paleta de colores que los pintores de la isla deberían estar perdiendo la chaveta. Movió los dedos de los pies. Al comprobar que todo estaba en orden, se incorporó y se sentó sobre el colchón. Mientras balanceaba las piernas se percató de que vestía un camisón ajeno y que no llevaba ropa interior. A pesar de estar recuperándose de una experiencia casi mortal, no había perdido ni una pizca de su timidez habitual. Así que de inmediato se sonrojó. Aquel camisón parecía un vestido ligero, corto y un tanto transparente. Cuando se cercioró de que podía mantenerse en pie, se olvidó por completo de su pudor,

dejó escapar un grito y, de inmediato, recibió una mano que se ofrecía a ayudarla.

—Tranquila. Ven, sujétate en mi brazo —aconsejó Ariadna—. Vaya, no puedo creerme lo rápido que te estás curando. Sin embargo, deberías descansar un poco más.

Ariadna procuró acostarla en la cama, pero Helena quiso quedarse sentada en el borde mientras respiraba hondamente.

—Es que… no puedo —replicó con una mirada avergonzada. Ariadna desvió la mirada hacia las rodillas de Helena, que las mantenía unidas con fuerza, y pilló enseguida la indirecta.

—Lavabo, ¿eh? De acuerdo —dijo mientras soltaba una risita ahogada—. Te acompañaré, pero no te me mees encima.

Helena lanzó una carcajada de gratitud. Ariadna tenía la habilidad de convertir una situación embarazosa en algo divertido, y eso la hacía sentirse más cómoda. Era una de esas cosas que Claire también habría hecho. Seguía avergonzada, pero tras varios chistes más y un poco de tacto, ambas consiguieron llegar al baño.

—¿Te importa que revise cómo va tu sanación? —preguntó educadamente cuando volvió a estar arropada en la cama—. Eso significa que tengo que posar mis manos sobre ti, así que necesito saber si estás dispuesta a pasar por esto otra vez.

—Acabas de verme hacer pis —respondió Helena con una risotada tímida —, así que no me importa que hagas una revisión. Bueno, espera. ¿Me va a hacer daño?

—En absoluto. Solo quiero echar un vistazo. Lo que antes te ha torturado es el crecimiento celular. Y, si te sirve de consuelo, tampoco es plato de buen gusto para mí. Es demasiado agotador —repuso Ariadna con una sonrisa al mismo tiempo que empujaba a Helena para que se estirara por completo.

—De acuerdo —accedió Helena, algo insegura. Se acomodó en los cojines y aguardó el calvario que sospechaba viviría de un momento al otro, a pesar de la negativa optimista de Ariadna.

Posó sus manos sobre las costillas de la paciente y se concentró. Helena sintió una ligera sensación vibratoria, como si estuviera frente a un gigantesco altavoz de graves, pero, tal y como le había prometido, no sintió

ni una pizca de dolor. Tras unos instantes, levantó las manos y miró a Helena.

—No podría tener un paciente mejor —la animó con una sonrisa radiante —. Tengo que confesar que después de ver vuestras heridas tuve mis dudas. Pero te aseguro que te pondrás bien.

—Gracias —agradeció Helena de todo corazón—. Por curarme y ayudarme…

—Gracias a ti por no mearte encima… —bromeó Ariadna mientras una cabeza de duendecillo se asomaba por la puerta entreabierta. Se trataba de una mujer espectacular que rondaba los treinta años.

—Para estar en la enfermería, parece que os lo estáis pasando en grande —declaró con una mirada traviesa y pícara.

Helena enseguida se fijó en aquellos ojos gatunos y amarillos. Le dio la sensación de que aquella mirada destilaba una malicia mundana y, solo por ese detalle le gustó aquella mujer. Le recordaba a Kate. La desconocida entró en la habitación, tintineando como una bolsa repleta de calderilla. Tenía el cabello corto y de punta. Helena advirtió que tenía las muñecas cubiertas de capas y capas de pulseras y brazaletes centelleantes y, a pesar de no tener forma de comprobarlo, a la joven no le cabía la menor duda de que tendría los tobillos también recubiertos de bisutería.

—Helena, te presento a mi tía Pandora. Dora esta es… —presentó Ariadna mientras chasqueaba los dedos sobre la colcha a modo de redoble—. ¡La famosa Helena Hamilton!

—¡Tachán! —añadió Helena algo débil.

Pandora se sentó a los pies de la cama.

—¡Divina! Ahora entiendo por qué Lucas perdía el control continuamente —comentó con una sonrisa pícara.

—¡No! ¡Eso ya ha acabado! Desde que nos despertamos en la playa, las furias parecen haberse esfumado —soltó Helena. Cuando Pandora le dedicó una mirada burlona y algo inquisitiva, se vio obligada a justificarse—: Seré clara: ya no siento el impulso de mataros.

—Bueno, me alegro, porque he oído por ahí que tienes un buen arsenal —añadió Pandora como si estuviera lanzándole un cumplido, pero Helena no tenía ni idea de lo que hablaba, así que prefirió cambiar de tema de conversación.

—¿Cómo está Lucas? —preguntó con cautela, aún sorprendida de poder pronunciar su nombre sin sentir un arranque de ira.

Pandora y Ariadna se miraron por el rabillo del ojo.

—Se pondrá bien —anunció al fin Pandora con firmeza. La mujer movió las muñecas y se produjo una cascada de destellos y tintineos procedentes de la multitud de brazaletes y pulseras, como si estuviera convencida de que aquel sonido tan alborozado y divertido alejaría cualquier pensamiento oscuro.

—Estuvo cerca, pero está curándose —añadió Ariadna con rostro optimista.

Helena no podía mirarlas. La tensión de aquellos momentos se rompió por los interminables ruidos que salían de su estómago.

—Bueno, está claro que tienes hambre —rompió con frialdad Pandora—. Creo que, con un poco de ayuda, podremos bajar a picar algo.

Helena rebuscó en el armario de Ariadna y se vistió con un largo albornoz que llevaba inscrito el escudo de un famoso equipo de fútbol español. Tras varios comentarios jocosos sobre la vestimenta de Helena, sus nuevas mecenas la trasladaron en volandas al piso de abajo.

Cuando llegaron a la cocina, les embargó el aroma a comida recién hecha y las tripas de Helena volvieron a rugir. Héctor escuchó el ruido y alzó una ceja en el mismo instante en que colocaban con amabilidad a Helena en una silla de la cocina. Le dijo algo a la mujer que organizaba la cena y esta, de inmediato, se dio media vuelta para mirar a Helena.

—No imaginaba que nos acompañarías. —La desconocida se sorprendió —. Me alegro muchísimo.

—Gracias. Y gracias otra vez por la comida que nos enviaste a mi padre y a mí —añadió Helena.

Enseguida adivinó que se trataba de Noel Delos. Podía asegurar que era una mujer normal y corriente, sin una gota de fuerza sobrehumana. Una sensación de culpabilidad empezó a martillearle el pecho. Ella había amenazado a esta mujer frágil rodeada de una familia de superhéroes al desafiar, nada más y nada menos, que a su hijo y a sus sobrinos. Noel le sonrió cariñosamente, consciente del arrepentimiento de Helena.

—Eres más que bienvenida. Lo primero es lo primero. ¿Cómo puedo

ponerme en contacto con tu padre para hacerle saber que estás sana y salva?

—Ha ido a Boston a pasar el fin de semana y no regresará hasta mañana por la noche.

—De acuerdo, como tú quieras, pero si me aceptas el consejo, creo que lo mejor sería que tuvieras una larga charla con tu padre y le explicaras todo esto —asesoró Noel con una mirada penetrante.

Después, se giró y volvió a ponerse manos a la obra. A Helena le dio la impresión de que le habían concedido una suspensión provisional, pero aún no la habían perdonado.

—¿Puedes comer? —preguntó Noel sin dejar de revolotear por la cocina.

—No recuerdo haber tenido tanta hambre en mi vida —respondió, Helena con toda sinceridad.

—Es por la sanación —le explicó mientras colocaba pan, sal y aceite delante de Helena. Le sirvió un vaso de leche antes de empezar a hacer gestos de impaciencia—. Come. Ahora no es el momento de ser tímida, Helena. Lo necesitas.

La joven atacó sin rubor al pan como si fuera una glotona medieval con un nivel de azúcar en la sangre ínfimo. Noel volvió a sonreír y le pidió a Héctor que cogiera el queso curado de la nevera. Él obedeció a regañadientes.

Cuando dejó el queso curado sobre la mesa, gastó una broma de mal gusto sobre tener miedo de acercar sus dedos a la boca de Helena.

—Mira quién habla —refunfuñó Pandora—. Hace tan solo dos semanas tenía que contar la vajilla de plata después de cada comida para comprobar que no te habías zampado alguna pieza.

—¿Estabas curándote hace dos semanas? —preguntó Helena, quien, al instante, recordó que Héctor y Pandora habían llegado a la isla más tarde que el resto de la familia.

Habían ocurrido tantísimas cosas en tan pocos días que le daba la sensación de que habían pasado semanas. Asombrada, pensaba en cuánto había cambiado su vida y, de repente, advirtió que se había producido un silencio absoluto en la cocina. Al parecer, había sacado a relucir un tema delicado, pues toda la familia intercambiaba miradas nerviosas.

—Lo siento. No quería entrometerme —enmendó Helena enseguida.

—No te preocupes. Lo que pasa es que la sanación de Héctor forma parte

de un asunto mucho más complicado —aclaró Noel—. Ahora, come.

Al principio, se mostraba algo reticente por ser la nueva invitada a cenar, pero en cuanto le sirvieron el estofado, perdió todos los miramientos y se dispuso a comer. Apenas se fijaba en el resto, que se sentaba a la mesa, o merodeaba por la cocina probando este o aquel plato, se servía una ración o conversaba con otro miembro de la familia. Estaba demasiado concentrada en el banquete de guisos para advertir los movimientos del clan Delos. Noel no dejaba de servir comida. En varias ocasiones reparó en que Cassandra llevaba bandejas arriba y abajo, pero no entendió que todas aquellas raciones eran para Lucas hasta que empezó a quedarse dormida sobre una masa dulce y almendrada.

—¿Preparada para el helado? —preguntó Noel mientras, distraída, le deslizaba un mechón de cabello del hombro para que no se manchara de comida.

—Creo que me he empachado —respondió Helena, incapaz de masticar o tragar otra cucharada de comida.

—Por fin —suspiró Noel mientras se dejaba caer sobre la silla frente a la chica. Parecía tan cansada como la invitada—. ¿Jasón? ¿Crees que puedes llevarla arriba?

—Desde luego —contestó el chico. De inmediato, cogió a Helena y la levantó de la silla. Inesperadamente, Helena se dio cuenta de algo.

—¡Puedo caminar! De verdad, no tienes que llevarme —exclamó mientras se retorcía entre los brazos de Jasón.

—Ya lo veo. Quédate quieta o te tiraré al suelo —bromeó sin dejar de sonreír.

No tenía elección, así que se relajó y le permitió que la llevase en volandas.

Cuando llegaron al piso de arriba, Cassandra estaba saliendo de las muchas habitaciones sujetando una bandeja repleta de platos sucios. Por la puerta entreabierta, Helena pudo atisbar a Lucas, tumbado en la cama. Se puso tensa e intentó estirar el cuello por encima de los hombros de Jasón para echar un vistazo, pero Cassandra cerró la puerta de golpe.

—Se pondrá bien, ¿verdad? —le preguntó Helena a Jasón mientras entraban en la habitación de invitados.

—Sí —le confirmó Jasón, aunque no se atrevió a mirarla a los ojos. Con una risa algo forzada, añadió—: Luke está aprovechándose de los mimos de Cass. Se pondrá bien —aseguró.

Tras tumbarla con sumo cuidado sobre la cama, Jasón dio media vuelta y se fue.

—Lo siento mucho —gritó ella. El joven se detuvo, vacilante en el umbral y se giró para escuchar a Helena, que deseaba poder desahogarse con alguien—. Estaba aterrada, así que eché a correr, atravesé la niebla y, de repente, me sentí liviana y ligera y tenía mucho frío. Cuando bajé la vista y vi que estaba volando, perdí el conocimiento. Siempre supe que no era como los demás, que era diferente, pero no sabía…

Helena no supo cómo continuar, pero Jasón se acercó a la cabecera de la cama y le rozó el hombro.

—Nadie te culpa —la tranquilizó.

Ella hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Claro que sí. Todos me culpáis. Porque yo empecé todo esto cuando ataqué a Lucas en el pasillo del instituto.

—Tú no empezaste todo esto —replicó Jasón con convicción—. Esta guerra comenzó hace miles de años.

Helena le miró algo confusa, pero él sacudió la cabeza antes de que pudiera formular cualquier pregunta.

—Descansa, intenta dormir y deja de preocuparte por Lucas. Incluso comparado con otros hijos de Apolo, es realmente muy resistente.

Jasón apagó la luz al salir de la habitación, pero dejó la puerta entreabierta por si Helena necesitaba ayuda en mitad de la noche.

La chica se acurrucó entre el edredón e intentó relajarse, pero el cansancio podía con ella, y se sentía abrumada por estar en una habitación y una casa ajena. Y no podía obviar que era capaz de volar. Ahora no tenía sentido continuar negándolo. No era una atleta con talento e ideas paranoicas que creía formar parte de algún tipo de experimento genético. Podía volar, maldita sea, lo cual era aerodinámicamente imposible para un *Homo sapiens,* así que tenía que pertenecer a otra especie, a una distinta de la humana.

La única explicación que se le ocurría era lo que Lucas había sugerido, pero aquello tampoco tenía mucho sentido. Los dioses griegos eran mitos,

manifestaciones antropomórficas de las fuerzas de la naturaleza, y no personajes históricos con una línea de sucesión, o eso era lo que le habían enseñado hacía un par de años. Pero ahora lo ponía en duda. Recordó la sensación de volar, la solidez que tomó el aire que la rodeaba, como si se hubiera convertido en un objeto maleable y, al fin, tuvo que dejar de luchar con la razón. De algún modo, ella era una semidiosa y no tenía más remedio que aceptarlo.

A primera hora de la mañana, se despertó sobresaltada y echó un vistazo rápido a la habitación, aún sumida en la penumbra. Había soñado que volaba, lo cual era magnífico, hasta que se dio cuenta de que no sabía aterrizar. Lo primero que pensó nada más abrir los ojos fue que tendría que convencer a Lucas para que le enseñara a volar. En ese instante le vino a la cabeza la idea de que, quizá, Lucas jamás podría volver a alzar el vuelo.

A pesar de la insistencia de la familia en que se pondría bien, Helena no lograría conciliar el sueño hasta comprobarlo por sí misma. Necesitaba asegurarse de que su tez había recuperado su bronceado habitual y olvidarse de la imagen del chico tendido en la arena, pálido y asustado.

Apoyó los pies en el suelo, aplicando, más y más presión hasta constatar que podía ponerse en pie y avanzó tambaleándose por el pasillo hasta la habitación de Lucas. Jamás había sufrido torceduras o esguinces, nunca se había lesionado practicando deporte, pero a medida que se arrastraba por el pasillo imaginó que debía de parecerse a lo que ella notaba en ese instante o incluso peor. Los músculos no se estiraban lo suficiente y las articulaciones estaban entumecidas. Cuando empujó con suavidad la puerta de la habitación de Lucas, estaba sudando. El chico permanecía tumbado boca arriba, contemplando la luna a través de la ventana pero en cuanto ella se asomó a la habitación, Lucas giró la cabeza. Hubo unos instantes de silencio.

—Hola —susurró él.

—Hola —musitó Helena—. ¿Puedo entrar?

—Claro, pero no hagas ruido —accedió señalando a Cassandra, que estaba adormilada sobre un sofá al otro lado de la habitación—. No ha pegado ojo desde hace dos días.

Helena entró en la habitación encorvada como si de una anciana se tratara y haciendo muecas de dolor por el peso que estaban soportando sus pies. La

chica se sintió como la bruja de algún cuento ridículo que perseguía a niños a través de un campo de galletas de jengibre y no pudo evitar reírse entre dientes.

—No deberías haber venido sola. Estás agotada —la regañó Lucas.

—Estaba perfectamente hace dos segundos, pero tu habitación está mucho más lejos de lo que pensaba. Tu casa es enorme —susurró Helena mientras se acomodaba en la silla que había junto a la cama.

—No podrás sentarte. Ven —ordenó mientras retiraba el edredón—, estarás más cómoda tumbada.

Helena vaciló durante unos segundos. Había pasado la noche anterior a su lado, pero, de algún modo, esta vez era diferente. Lucas le sonreía de oreja a oreja y ella interpretó que la consideraba una estúpida ridícula, lo cual era cierto, pues las piernas no paraban de temblarle por el sobreesfuerzo que le suponía mantenerse en pie. Intentó sentarse con todo el cuidado que pudo para no molestarle, pero en el último instante las piernas le flaquearon y cayó pesadamente sobre la cama.

—Lo siento —murmuró mientras se arropaba.

—No pasa nada. Vigila los pies, porque tengo las piernas destrozadas —avisó Lucas. Helena miró a hurtadillas bajo las sábanas y observó que todo su cuerpo estaba recubierto de gasas y vendas—. ¿Lo ves? Estás completamente a salvo conmigo —dijo con una amplia sonrisa que Helena correspondió con el mismo gesto. Pero la sonrisa de la joven se desvaneció al recordar por qué se había deslizado hasta su habitación.

—¿Es muy grave? —le preguntó con tono serio. Helena se apoyó sobre el codo para poder mirarle a los ojos y escudriñar cada gesto, para no pasar por alto ninguna mentira piadosa. Incluso bajo el tenue resplandor de la luz de la luna que atravesaba el cristal, podía distinguir el color zafiro brillante de sus ojos.

—Me pondré bien —aseguró casi sin mover los labios.

—¿Bien del todo? ¿Podrás volver…, ya sabes…, a caminar, a correr… y… a volar?

—Claro que sí —susurró casi antes de que Helena acabara la frase—. Dentro de poco, estaré como nuevo.

A Helena se le ocurrió que, si se inclinaba un poquito, le besaría. Le

parecía algo más que natural, como si tuviera que hacerlo, así que se decidió a besarle, pero a medio camino se detuvo y se echó atrás, asombrada por su falta de autocontrol, Helena advirtió que Lucas tragaba saliva.

—Túmbate, Helena —dijo.

Sin pensárselo dos veces, obedeció para intentar esconder su confusión.

De inmediato a los dos se les aceleró la respiración, pero, tras unos instantes, Lucas logró relajarse lo suficiente para tomarle de la mano bajo las sábanas. No tenía intención de soltarla. Helena prestó atención a la respiración de Lucas, que ya le resultaba muy familiar, y se durmió con una sonrisa en los labios.

7

—¡Porque no quería despertar a Lucas! —siseó una voz descontenta.

Helena no lograba comprender cómo Ariadna había conseguido subir hasta la mesita de té ubicada en la parte más alta del puente Golden Gate, ya que, hasta donde ella sabía, no podía volar.

—¿Por qué no confías en mí? —suplicó Cassandra. Hmm. Helena no podía estar en la cima del puente Golden Gate; seguía postrada en la cama, pero no se explicaba qué hacía Cassandra en la cama con ella. Deseaba poder abrir los ojos y echar un vistazo, pero no se atrevió.

—No dudo de ti. Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó Noel.

—Deberíamos irnos de aquí. Ahora mismo. Hacer las maletas y regresar a Europa.

—Estas exagerando —vociferó Ariadna, que no se molestó ni un ápice en mantener el tono de voz de Cassandra y Noel.

—Dos noches seguidas, Ari. Los dos han comido lo mismo. Han compartido un techo y una cama, ¡y hay testigos! —exclamó Cassandra en el mismo tono de voz.

—¡Pero no han hecho lo más importante! —gritó Ariadna como respuesta.

—¡Chicas!

Helena estaba tan agotada que le daba la sensación de que se había enganchado al colchón, pero, al oír todos aquellos alaridos no pudo evitar abrir los ojos de par en par. Vio a Ariadna, Cassandra y Noel junto a su cama. Corrección: estaban junto en la cama de Lucas, donde ella había decidido a costarse. Abrió los ojos de golpe y giró de inmediato la cabeza hacia Lucas que, en ese instante, fruncía el ceño, algo molesto por el incómodo despertar.

—Id a discutir a otro sitio —gruñó al mismo tiempo que se giraba hacia Helena.

Se hizo un ovillo junto a ella, arrastrando las piernas con cuidado mientras hundía la cabeza en el cuello de la joven. Ella le asestó un suave codazo y alzó la mirada hacia Noel, Ariadna y una más que furiosa Cassandra.

—Vine a ver cómo estaba y después no tuve fuerzas para volver a mi cama —intentó explicar Helena, muerta de vergüenza.

Dejó escapar un grito sofocado cuando Lucas deslizó una de las manos por su pierna para abrazarla por la cintura. Después, Helena notó que se ponía tenso, como si acabara de descubrir que las almohadas no tenían la misma forma que los relojes de arena. Lucas alzó la cabeza y miró a su alrededor, preparado para una pelea.

—Ah, sí —le susurró a Helena cuando se acordó. Relajó los ojos hasta sumergirse otra vez en un letargo somnoliento. Sonrió a las chicas de su familia y se desperezó hasta que los movimientos empezaron a dolerle. De no tan buen humor, se frotó el pecho, aún dolorido, y añadió—: ¿Un poco de privacidad?

Su madre, su hermana y su prima, o bien se cruzaron de brazos, o bien los posaron sobre sus caderas. Humillada, Helena procuró desenmarañarse de las sábanas y arrastrarse de la cama sin llamar demasiado la atención. Cassandra se dio media vuelta y salió de la habitación pisoteando el suelo con fuerza.

—Ari, ayuda a Helena —dijo Noel al ver que Helena no había recuperado todas sus fuerzas. Entonces la matriarca de la familia Delos se giró súbitamente y bramó por el pasillo—: ¡Héctor! ¡Ven aquí ahora mismo y échale una mano a tu primo!

—Estoy bien —protestó Helena mientras se ponía de pie apoyándose solo en la mano de Ariadna para no perder el equilibrio. En ese instante se acordó de que llevaba el ridículo trozo de tela de seda que Ariadna tenía el valor de llamar pijama, aunque ese pequeño detalle se le había pasado por alto la noche anterior; cuando decidió quitarse el albornoz.

—¡Guau! Esto es… interesante —soltó Héctor en cuanto vio a Helena.

—¿El qué es interesante? —preguntó Jasón mientras cruzaba el pasillo. Asomó la cabeza por la puerta y observó con detenimiento lo mismo que su

primo—. ¡Ah, caramba!

Los dos contemplaban fijamente a Helena, que estaba medio desnuda e indefensa delante de la cama de Lucas. Después se miraron entre ellos, echaron la cabeza atrás al mismo tiempo y empezaron a reírse a carcajada limpia.

—Ya vale, ya vale. Suficiente —dijo Lucas a la defensiva—. Estaba preocupada y vino a verme, pero cuando llegó estaba a punto de desmayarse. No quería despertar a Cassandra para que la llevara a la habitación de invitados, así que le dije que se acostara aquí, conmigo. Es más que evidente que solo hemos dormido. Ahora, ¿podéis todos, excepto Héctor y Jasón, salir de mi habitación, por favor? Mamá, eso también te incluye a ti. Necesito una ducha.

Helena logró llegar hasta la habitación de invitados sin tener que pedir más ayuda de la ofrecida. Estaba tan avergonzada que lo único que ansiaba hacer era salir corriendo de esa casa gritando a pleno pulmón, pero necesitaba demostrarles que se había recuperado para que la dejaran.

—No, gracias. Ahora puedo yo sola —respondió Helena cuando Ariadna se ofreció para ayudarla a darse una ducha.

—De acuerdo. Si me necesitas, da un grito y vendré —concluyó entrecerrando los ojos.

Helena tuvo que sentarse dos veces en el suelo de la ducha para descansar, pero, al fin, se las arregló para deshacerse de todos los molestos granitos de arena que se le habían enredado en el pelo. Tardó nada más y nada menos que diez minutos en vestirse con su ropa, recién lavada, pero mereció la pena. Lo único que quería era dar las gracias a la familia Delos y salir de allí sin llamar mucho la atención. Cuando bajó el último peldaño de la escalera, toda la familia estaba reunida en la cocina, incluido Lucas. Su rostro se iluminó al ver aparecer a Helena por la puerta. Automáticamente, la chica se dirigió hacia él y se sentó. La esperanza de huir de allí a hurtadillas se fue al traste cuando notó un tirón en la rodilla. No tenía la intención de quedarse a desayunar, pero, de forma inexplicable, sentía que debía quedarse cerca de él.

—Comenzábamos a pensar que se te había tragado la ducha —bromeó Noel.

—Helena es muy pudorosa y quería vestirse ella sola —informó Ariadna mientras vertía un poco de miel sobre un bol lleno de gachas de avena que, segundos después, se colocó delante.

—¿Pudorosa? Sí, claro… —añadió Héctor con sarcasmo mientras le alcanzaba a Lucas un plato lleno de panceta.

—Ese era el camisón de tu hermana, ¿verdad? —preguntó Lucas sin alterarse.

Héctor fue prudente y cerró el pico.

—Sí —respondió Ariadna por Héctor sin comprender la tensión—. ¡Es tan cómodo! ¿Qué pasa? ¿De qué os reís?

—De nada, Ari. Déjalo correr —respondió Jasón, algo afligido y tapándose los ojos con la mano. Todos estaban desternillándose de la risa, incluidos Castor y Noel.

Helena estaba destrozada. No quería reírse, pero tampoco lo podía evitar. Contuvo la risa y bajó la mirada hacia el plato, que rebosaba de comida. Era el tipo de desayuno que, en general siempre iba acompañado de una siesta, y Helena se moría por esconderse en algún lugar. Se planteó la idea de no desayunar y escapar de allí lo antes posible.

—Sé que tienes hambre —susurró Lucas—. ¿Qué ocurre?

—Creo que debería ir a casa. Ya os he importunado bastante… —se justificó mientras Lucas negaba con la cabeza con desaprobación.

—Ese no es el motivo —le dijo—. ¿Qué pasa?

—¡Me siento imbécil! No tenía planeado levantarme medio desnuda en tu cama con la mitad de tu familia observando el bochornoso espectáculo —explicó apretando los dientes al mismo tiempo que se le sonrojaban las mejillas. Sonrió tímidamente al comprobar que Lucas también se había ruborizado.

—Si ese episodio no hubiera ocurrido, ¿querrías quedarte? —le preguntó con un repentino tono serio y la mirada clavada en ella. Helena agachó la cabeza y asintió aún un poco sofocada—. ¿Por qué? —quiso saber Lucas.

—Por una única razón. Tengo preguntas —aclaró con la osadía de mirarle a los ojos. Lucas tenía una expresión ilegible.

—¿Es la única razón? —susurró.

—Vosotros dos, basta de charla ya. Tenéis que comer —interrumpió Noel

desde el otro lado de la mesa.

La intervención de la matriarca pilló desprevenida a Helena, que no pudo evitar brincar de la silla, lo cual provocó una risa entre dientes de Lucas. La pareja de jóvenes devoró la comida con la ferocidad de dos personas que literalmente están reconstruyendo sus cuerpos célula por célula. Al fin, cuando Helena alzó la vista del plato tras una hora entera de masticar y engullir sin descanso, el resto de la familia había terminado de desayunar, aunque seguía alrededor de la mesa tomando un café y leyendo las diversas secciones del periódico. Le dio la impresión de que la familia Delos tenía la costumbre de invertir la mitad del domingo compartiendo un copioso desayuno y, durante la otra mitad, se dedicaba a merodear por la cocina, a esperar la cena. Helena se sorprendió al percatarse de que estaba disfrutando de aquel momento familiar.

Lucas seguía comiendo, así que Helena cogió la sección de deportes del periódico cuando Héctor la dejó sobre la mesa y leyó un artículo sobre su querido equipo de béisbol, los Boston Red Sox, que estaban haciendo una gran temporada. Sin duda, debió de murmurar el artículo en voz alta, porque cuando termino de leer las estadísticas, notó la atención de todos los hombres de la mesa.

—Con que «un buen *pitcher* puede hacer ganar bases», ¿eh? —soltó Cástor con una sonrisa que denotaba satisfacción.

—Así que «tenemos demasiados jugadores lesionados», ¿verdad? —repitió Jasón a Helena. Después, desvió la mirada hacia Lucas y, de manera enigmática, dijo—: De acuerdo, tú ganas.

—Gracias —respondió Lucas con una sonrisa temblorosa, echó el cuerpo atrás y cerró los ojos.

En ese instante, Helena advirtió que tenía la frente empapada de sudor, así que le rozó la cabeza para comprobar si tenía hambre, pero Jasón enseguida se puso en pie para impedírselo.

—Ya me encargo yo, Helena —comentó mientras rodeaba la mesa. Jasón se disponía a levantar a Lucas, pero este no se lo permitió. En cambio, apoyo el brazo sobre el hombro de su primo y se apoyo en él para ponerse en pie.

—Solo hasta las escaleras, ¿de acuerdo?

Jasón asintió con la cabeza; era evidente que el vínculo que los unía era

tan fuerte que no necesitaban palabras para comunicarse.

Helena observó a Noel, que meneaba las manos demostrando impotencia y frustración.

—Deja que vaya a su ritmo —le comentó Cástor con amabilidad a su esposa.

Noel hizo un gesto con la cabeza que daba a entender que aquello sucedía cada dos por tres. Entonces desvió su atención hacia las sobras del desayuno.

—¡Héctor! ¡Te toca a ti recoger la mesa!

Helena se dio cuenta de que Noel tendía a desmenuzar sus enfados con la mayor sensatez y sentido común posibles. Necesitaba desahogarse y gritar, pero era consciente de que no debía chillarle a un convaleciente, ni tampoco podía bramar a Jasón porque estaba ayudando a su primo, así que no tuvo más remedio que buscar a otra persona en quien descargar su ira. Lo mismo había ocurrido por la mañana; cuando Helena se despertó, Noel se dirigió a ella con ternura, pero en cuanto Héctor apareció por la puerta Noel alzó el tono de voz de forma racional. Al parecer, el pobre Héctor sufría la exasperación de su tía y, por la forma en que se escabulló hacia la cocina sacudiendo la cabeza, Helena entendió que Héctor se había convertido en la cabeza de turco desde que Lucas se había hecho daño. Durante un breve instante sintió lástima por él, pero cuando advirtió a Noel mirando a su hijo con semblante preocupado mientras este hacía muecas de dolor al salir de la cocina, no pudo culparla por ello.

Lucas se detuvo en el umbral.

—Papá —llamó sin girarse—. Helena tiene preguntas.

Todavía sentado en la cabecera de la mesa, Cástor afirmo con la cabeza con expresión pensativa y, tras unos momentos, se levantó.

—Ya lo suponía —anunció dedicándole una amable sonrisa a Helena—. ¿Te gustaría reunirte conmigo en mi despacho?

Cástor la condujo hacia una zona mucho más tranquila de su inmensa mansión, donde se hallaba su estudio, aún repleto de cajas sin desempacar y con unas vistas espectaculares al océano. Multitud de sillas de cuero e incontables cajas abarrotadas de libros escritos en una docena de lenguas distintas se peleaban por conseguir un espacio en el suelo, donde también se distinguían alfombras enrolladas y cuadros aún por colgar. A ambos lados de

la habitación había dos gigantescos escritorios, cuyas superficies estaban cubiertas de papeles, sobres y paquetes.

La pared posterior consistía en una serie de puertas con cristaleras y vidrieras que daban a un patio con vistas a la playa.

Delante de las puertas se acomodaban dos sofás gigantescos y un sillón orejero. Cassandra estaba sentada en el inmenso sillón leyendo un libro, que dejó a un lado cuando Cástor y Helena entraron en la estancia. Helena albergaba la esperanza de que Cassandra los dejara solos, pero tras unos momentos cayó en la cuenta de que llevaba allí un rato esperando a que ellos llegaran para poder mantener esta conversación. El hecho de que Cassandra supiera que tendría una charla sobrepasaba a Helena, pero, por lo visto, Cástor ni se inmutó.

El padre de Lucas la invitó a sentarse en un sofá; después, él se acomodó en el otro. Miró de reojo a Cassandra, acurrucada en la descomunal butaca y, al fin, empezaron a hablar.

—¿Qué sabes de mitología griega? —preguntó Cástor.

—¿A qué te refieres? ¿A la guerra de Troya? ¿A Homero y todo eso? —contestó Helena. Castor dijo que sí con la cabeza y la joven se encogió de hombros—. Sé algo sobre eso. Supuestamente tenía que leer la *Ilíada*, pero tenía un examen de química…

La excusa de Helena quedó interrumpida cuando Cassandra le ofreció el libro que estaba leyendo. Se trataba de una antología que comprendía la *Ilíada* y la *Odisea.*

—Quédatelo. Tenemos de sobra —dijo con una sonrisa irónica. Era la primera vez que veía que Cassandra soltaba una gracia, así que fingió una sonrisa como respuesta.

—Estoy casi seguro de que mi hijo ya te ha desvelado que somos los descendientes de los conocidos como dioses griegos —comenzó Cástor. Al ver que Helena hacía una mueca, como si se sintiera incómoda, el hombre asintió con la cabeza destilando buen humor—. Imagino que es difícil de asimilar, pero tienes que entender que Homero era un historiador y que la *Ilíada* y la *Odisea* son versiones de una verdadera guerra que se fraguó hace miles de años. La mayoría de los mitos antiguos y de las obras dramáticas están basados en personas que existieron. Hércules y Perseo, Edipo y Medea.

Todos son reales, y nosotros somos sus descendientes. Sus vástagos.

—De acuerdo —contestó Helena, todavía incrédula—. Imagínate que te creo y que, en realidad, todas estas tragedias griegas ocurrieron. ¿Que los dioses tuvieron hijos con mujeres de carne y hueso? De acuerdo. Pero ¿toda esa magia, esas habilidades divinas, o como quieras llamarlas, no habrían desaparecido a estas alturas? Aquello fue hace mucho, pero que mucho tiempo.

—Los dones no desaparecen —respondió Cassandra—. Algunos vástagos son más fuertes que otros, algunos poseen un abanico más amplio de facultades, pero la solidez de esas capacidades es independiente de la fortaleza de sus ascendientes.

Cástor asintió con la cabeza y reanudó la conversación para aclarar el comentario de Cassandra.

—Por ejemplo, mi esposa es totalmente mortal, pero nuestros hijos son más fuertes que yo. Y eso teniendo en cuenta que yo soy muy fuerte —dijo sin pretender fanfarronear—. Creemos que tiene algo que ver con el hecho de que los dioses sean inmortales. Jamás se desvanecen, al igual que sucede con los talentos que nos han concedido, sin importar las generaciones que pasen. De hecho… —empezó, pero se detuvo para mirar a Cassandra.

—Cada vez somos más fuertes y cada generación de vástagos está dotada con más y más aptitudes. Sin embargo, aún no hemos logrado descifrar el porqué —finalizó Cassandra.

—De acuerdo —se dijo a sí misma Helena—. Sabía que no era enteramente humana, pero ¿puedo haceros otra pregunta? ¿Qué son las furias? ¿Y por qué han dejado de hostigarme de repente?

Una larga pausa siguió a la pregunta. Cassandra y Castor se cruzaron las miradas, como si intentaran leerse la mente hasta que la joven tomó la palabra.

—No estamos del todo seguros de por qué se han alejado sin más. En el pasado, corrían rumores sobre parejas de vástagos, habitualmente formadas por un hombre y una mujer, que encontraban la manera de estar juntos sin sufrir el constante acoso de furias, pero estas habladurías jamás se han podido demostrar. Hasta donde sabemos, Lucas y tú sois los únicos que le habéis conseguido. En mi opinión, puede que se deba al hecho de salvar una vida.

De algún modo, vosotros os salvasteis, y esto os redimió del ciclo de venganza, pero no lo sé con total seguridad —finalizó.

Helena se acordó fugazmente de la imagen de Lucas en el páramo, ciego y perdido, incapaz de ponerse en pie. Se deshizo de inmediato de aquel pensamiento y regresó a la conversación.

—¿Venganza?

Cástor intuyó su confusión.

—La guerra de Troya fue muy larga y causó muchas víctimas. Fue el conflicto mundial más horrible de la historia de la humanidad. Se derramó mucha sangre y se crearon reyerta familiares. Empezó como un castigo dirigido a una sola familia que regresó de la guerra, pero a medida que pasaban los años, se extendió a las cuatro grandes castas, que se enemistaron de por vida.

—Las castas son las cuatro líneas sucesorias de los vástagos —aclaró Cassandra cuando percibió que Helena fruncía el ceño—. En la antigua Grecia formaban parte de la realeza.

—Las furias son nuestra maldición, nuestro castigo —dijo Cástor.

—Obligan a miembros de castas opuestas a matarse entre ellos para pagar una deuda de sangre que debemos a nuestros ancestros. Es un pez que se muerde la cola. Sangre por sangre por más sangre —susurró Cassandra.

El resplandor vacío de la mirada de la chica estremeció a Helena.

—Esta parte sí la conozco. Orestes tuvo que matar a su madre porque ella había matado a su padre porque este había matado a su hija —relató Helena —. Pero cuando leí esas obras teatrales, todas tenían un final feliz. Apolo negoció con las furias para que perdonaran a Orestes.

—Esa parte era pura ficción —confesó Cástor meneando la cabeza—. Las furias nunca perdonan, y jamás olvidan.

—Entonces ¿nuestras familias llevan asesinándose entre ellas desde al guerra de Troya? —resumió Helena—. No podemos quedar muchos, entonces.

—Tienes razón. La casta a la que nuestra familia pertenece se denomina la casta de Tebas. Hasta el momento creíamos que era la única que había sobrevivido…, hasta que las furias nos condujeron hacia ti, por supuesto —respondió Castor.

—¿Y a qué casta pertenezco yo?

—No podremos averiguarlo hasta saber quién era tu madre —aclaró Cassandra.

—Se llamaba Beth Smith —informó enseguida Helena con la esperanza de que Lucas estuviera equivocado y de que Cástor la reconociera. Pero el hombre negó con la cabeza.

—Es evidente que se inventó un nombre para protegeros a ti y a tu padre. Sin duda, te pareces muchísimo a alguien que conocí hace mucho tiempo, pero los vástagos no heredan los rasgos físicos del mismo modo que los mortales —dijo Cástor con voz entrecortada mientras se retorcía en el sofá—. Por ejemplo, Lucas no se parece a mí en absoluto. De hecho, no guarda ningún parecido con el típico hijo de Apolo. Nosotros, los vástagos, somos medio humanos, medio arquetipos, y a veces nuestra apariencia se asemeja más a los personajes históricos cuyos pasos estamos destinados a seguir que a nuestros propios padres.

—Entonces, ¿a quién me parezco yo? —quiso saber Helena.

—No queremos adelantar acontecimientos. ¿Tienes alguna fotografía de tu madre o algún vídeo en el que salga? Quizás así podamos confirmar quién era —dijo Cástor con impaciencia, como si estuvieran a punto de descubrir un misterio que desde hacía tiempo intentaban esclarecer.

—No tengo nada. Ni una sola fotografía —respondió Helena rotundamente.

Cassandra espiró con brusquedad y asintió al ocurrírsele una idea.

—Lo más probable es que lo hiciera para protegerte. Si cortaba todo vínculo contigo y se aseguraba de que crecieras en una isla diminuta rodeada por un pequeño grupo de amigos era menos factible que una casta rival te descubriera —observó, como si fuera una detective reuniendo todas las pistas.

—Al parecer, no ha funcionado —se mofó Helena.

—Lo ha hecho durante bastante tiempo, pero las furias no iban a permitir que durara para siempre —indicó Castor.

Helena jugueteó con el colgante de su collar y, tras unos instantes, se lo enseñó a Cassandra y a Castor.

—Esto es todo lo que tengo de ella. Una joya. ¿Os dice algo? —preguntó

ansiosa.

Una parte de ella siempre había albergado la esperanza de que su collar fuera importante y de que, algún día inesperado, respondiera todas sus preguntas. En sus fantasías más dementes, se imaginaba que era un talismán que un día la guiaría hasta su madre. Cassandra y Cástor inspeccionaron el colgante del collar con minuciosidad, pero la gargantilla no tenía nada de especial.

—Es muy bonito —declaró Cassandra.

—Lo es, ¿verdad? Pero es de Tiffany's, así que lo más seguro es que haya miles repartidos por ahí. Pero es todo lo que tengo de ella —repitió Helena—. Mi padre está seguro de que estaba decidida a abandonarnos, porque cuando se dio cuenta de que se había ido, no quedaba ni rastro de ella, ni fotografías, ni ropa, ni nada. Incluso desaparecieron instantáneas que pensó que mi madre no tenía ni idea de que se habían tomado.

Helena se levantó súbitamente y empezó a merodear sin rumbo fijo. Se encaminó hacia el extremo de la biblioteca y echó un rápido vistazo a los libros que la familia Delos había coleccionado, fijándose en el mobiliario antiguo que habían heredado generación tras generación. Era un legado familiar que a ella le había sido negado. De repente, se sintió perdida por no saber dónde estaba su madre ni cuáles eran sus raíces. Pero, al mismo tiempo, ese no saber hacía que albergara cierta esperanza.

—Vuestra familia está muy unida, ya lo veo. Siempre habéis sabido dónde estabais en cada momento, pero mi madre hizo algo drástico, ¿vedad? Huyó de nosotros.

Helena no logró encontrar una manera adecuada para expresar lo que pensaba, así que decidió que lo mejor sería hacerlo a modo de pregunta. —¿Por qué estabais tan seguros de que la casta de Tebas era la única sobre la faz de la Tierra? ¿Cómo podíais saberlo de todo?

—Vigilamos muy de cerca a los nuestros, Helena —respondió Cass.

—De todas formas, ¿cómo podíais estar tan seguros?

—Es algo primitivo —interrumpió Cástor meneando la cabeza. Helena le hizo un gesto para que continuara su explicación—: Cuando un semidiós mata a otro perteneciente a una casta rival, se lleva a cabo una celebración tradicional dedicada al vencedor: el llamado «triunfo». Se considera un gran

honor.

—Pero eso no significa que mi madre esté muerta. Quizás ha desaparecido y punto. ¡Ni siquiera sabéis quién es! —gritó Helena mientras unos lagrimones se deslizaban por su rostro hasta aterrizar sobre su camiseta.

—Tu propia existencia demuestra que cualquier cosa es posible —calmó Cassandra, incapaz de mirar a Helena a los ojos.

—Durante la época en que naciste, las castas estaban sufriendo un período de constantes conflictos que, en teoría, desembocarían en la confrontación final. Hubo muchos muertos —constató Cástor mirándose las manos.

Helena se dio media vuelta, dando la espalda a Cástor y Cassandra, y procuró relajarse y dejar de llorar, aunque tardó unos momentos en dejar de sollozar por completo. Ni siquiera sabía por qué estaba tan triste y disgustada. Siempre había creído que odiaba a su madre.

—Entendemos que, tal vez, necesites un tiempo de reflexión antes de conocer más detalles. Aún tenemos mucho de qué hablar. Sin embargo, por el momento, no estamos llegando a ningún lado y podemos reanudar esta conversación cuando estés preparada. Mientras tanto, por favor, no olvides que queremos ayudarte, de veras —finalizó Cástor desde el otro extremo de la sala.

Helena los oyó levantarse y salir del despacho, pero no logró reunir fuerzas para despedirse. Cuando al fin se halló sola, abrió los ventanales y salió al patio de la casa. Las vistas a la playa prístina y las olas azul turquesa ablandaron el caparazón que protegía sus emociones y antes de que pudiera darse cuenta, se arrastró hacia la playa.

—¿Estás bien? —le preguntó Lucas, cuando apareció detrás de ella.

Helena dijo que sí con la cabeza y no se sorprendió ni un ápice al verlo aparecer. Ambos observaban la playa, donde un gigantesco perro muy peludo saltaba entre las olas con regocijo. Después de unos instantes, Lucas la alcanzó y se colocó a su lado.

—Me siento aliviada —confesó Helena mientras se giraba hacia el chico —. Toda mi vida he creído que mi madre me despreciaba tanto que ni siquiera quería que la reconociera —reveló. Una expresión de dolor oscureció el rostro de Lucas, pero Helena continuó antes de que él pudiera interrumpirla

—: No estoy diciendo que una contienda ancestral entre familias sea algo bueno, pero al menos es una razón que explica el motivo de que me abandonara. Jamás había encontrado ninguno.

—Aún podría seguir con vida, ¿lo sabes? —insistió Lucas—, a pesar de lo que piensen mi padre y Cass.

—Lo cierto es que no sé qué pensar —confesó Helena—. Kate ha sido como una madre para mí, mucho más que Beth, si es que ese es su verdadero nombre. Supongo que cuando descubra la verdad, toda la verdad, sabré qué pensar.

—No te preocupes por eso —la consoló Lucas, que sonreía al mar. De repente, una idea le cruzó por la mente y la sonrisa se desvaneció—. Al menos, por ahora.

Tomó de la mano a Helena y se la apretó con delicadeza. De inmediato, ella bajó la vista, asombrada de cómo se habían cogido de la mano sin que se diera cuenta. No tenía la menor idea de quién había iniciado esta nueva costumbre entre ellos, pero estaba casi segura de que era imposible detenerla. Era la primera vez que caminaba con un chico cogida de la mano y, teniendo en cuenta su terrible timidez, debería de ser algo que la sonrojara, pero no era así. Acariciar a Lucas le parecía lo más natural del mundo. Al pensarlo, se quedó perpleja y meneó la cabeza, como si no pudiera creerse lo que se le pasaba por la imaginación. Alzó la mirada y advirtió que Lucas también estaba contemplando sus manos unidas y, seguramente, estaría pensando lo mismo.

—¿Te apetece sentarte? —le preguntó Helena al caer en la cuenta de que la última vez que lo había visto era incapaz de caminar sin la ayuda de Jasón.

—No. Pero no me importaría picar algo —contestó echando un vistazo distraído hacia la casa.

—A mí tampoco. Dios mío, ¡soy una tragona! —exclamó Helena, asombrada de no habar saciado aún su hambre.

—Durante la sanación hemos casado muchas horas sin comer nada —explicó él mientras paseaban por la orilla.

—Si no fuera por el dolor agonizante que acarrean, creo que me encantarían las curaciones. La gente te lleva de aquí para allá y te atiborra de comida deliciosa. Es como volver a ser un niño, con la diferencia de ser lo

suficientemente mayor como para apreciarlo.

—Aunque no es tan divertido cuando necesitas ir al baño.

—¡Toda la razón! Sobre todo cuando estás rodeada de desconocidos —subrayó Helena, a esperas de una risotada o un comentario ingenioso por parte de Lucas.

—No somos desconocidos —aclaró en voz baja y mirándola fijamente a los ojos.

—Bueno, ahora ya no —concedió.

Notó que se le sonrojaban las mejillas y agachó la mirada. Los ojos de Lucas eran tan sinceros y tan azules que Helena sabía que si no se obligaba a desviar la mirada desde el principio, jamás conseguiría dejar de mirarlos.

De vuelta a casa, la pareja no se soltó de la mano. Cuando se acercaron a la mansión, Helena descubrió a Cassandra mirándolos con recelo desde uno de los balcones del segundo piso. No parecía muy contenta.

Cuando entraron en la cocina se toparon con Noel, quien estaba sumergida entre ollas y sartenes. Les sirvió una copa de helado con salsa de caramelo, galletas y frutos secos y les comentó que ya se habían recuperado lo suficiente como para prepararse sus propias copas heladas antes de darse media vuelta para gruñirle al asado de buey que se disponía a meter en el horno. Tras tan exquisito tentempié que tentó al resto de la familia a acercarse hasta la cocina para saciar su apetito, Noel advirtió a todo el mundo que la cena no estaría lista hasta dentro de veinte minutos, así que era mejor que aún no se sentaran.

—No puedo. Tengo que ir a casa —admitió Helena con un tono decepcionado mientras jugueteaba con unas pacanas empapadas.

—Es ridículo. Tú no te vas a ningún lado —espetó Lucas.

—No, de veras. Tengo que ir a casa, coger el todoterreno e ir a recoger a Kate y a mi padre al aeropuerto.

—Cualquiera de nosotros puede hacerlo por ti —agregó Ariadna levantándose del banco que tenía Helena a su derecha.

—Siéntate, Ari, aún estás agotada por la sanación. Y ni se te ocurra pensar que el colorete que llevas puede engañarme —añadió Pandora con los ojos brillantes y meneando el dedo índice a modo de negación, lo cual hizo tintinear sus decenas de brazaletes—. Me encantaría ir a recogerlos y conocer

a tu padre, Helena.

—¡No! —gritó ella perdiendo los nervios. Cuando logró controlarse, continuó en un tono más amable—: Mi padre no tiene la menor idea de todo esto. Por favor. Es muy amable de vuestra parte, pero os agradecería que me llevarais a casa.

Era incapaz de alzar la cabeza, pero sabía que toda la familia Delos estaba lanzándose miradas elocuentes entre ellos. Ariadna acarició la mano de Helena y abrió la boca para decir algo, pero Lucas se le adelantó.

—Yo te llevaré a casa —anunció mientras se deslizaba del banco y empujaba a Helena consigo cogiéndola de la mano—. Vamos.

—No estás en condiciones de conducir —dijo Noel sacudiendo la cabeza mientras Lucas se acercaba a ella con una sonrisa pícara y maliciosa.

—Voy a ir en coche, no volando —comentó.

Inesperadamente, Lucas abrazó a su madre con un movimiento rápido y ágil y la besuqueó en la frente. No debía de ser muy cómodo, pero era lo bastante divertido para que Noel se echara a reír y admitiera, al fin, que su hijo estaba recuperado para conducir.

Helena procuró dar las gracias a todos los miembros de la familia Delos, pero tras unos instantes de agradecimientos, Lucas fingió que se aburría y empezó a imitar el sonido de unos ronquidos, la cogió por la mano y la arrastró por la cocina diciendo:

—Sí, sí. De todos modos, mañana volverás a estar por aquí.

—¿Qué? —dijo Helena algo aturdida mientras Lucas la guiaba hacia un gigantesco garaje repleto de coches estrambóticos y al alcance de muy pocos.

La llevó bruscamente hasta un pequeño Mercedes descapotable de estilo clásico y puso en marcha el vehículo mientras pulsaba el botón para deslizar la capota.

—Volverás mañana por la tarde —repitió tras unos instantes, respondiendo así a su pregunta mientras pisaba el acelerador y ambos se alejaban de la finca de los Delos en dirección a la calle Milestone.

—No puedo. Tengo entreno —le recordó Helena.

—Yo tengo fútbol, así que te recogeré cuando los dos hayamos acabado. Y también puedo pasarte a buscar por casa por la mañana, si quieres.

—Tenía entendido que te habían expulsado del equipo.

—Ese asunto ya está casi solucionado —anunció con una sonrisa de oreja a oreja—. Mira, solo digo que he visto como juegan el fútbol los chicos del instituto, y, créeme, nos necesitan, a mis primos y a mí.

—Tu arrogancia debería ofenderme, pero lo cierto es que yo también he visto jugar al equipo de fútbol —dijo Helena—. De todas formas, no puedo pasar por tu casa mañana. Los lunes por la noche trabajo.

—El martes, entonces —replicó Lucas.

—No puedo. Tengo que hacerle la cena a mi padre —respondió rápidamente Helena.

—Él también está invitado. A mi madre le apetece conocerle —comentó Lucas algo inseguro—. ¿No quieres venir a casa?

—No es eso —reculó Helena, sintiéndose culpable y frustrada sin saber muy bien el motivo—. Mi padre no querrá, ¿de acuerdo?

Helena desvió la mirada hacia la ventanilla y observó el campo de golf mientras Lucas le agarraba la mano y la sacudía con ternura para hacer que se girara hacia él.

—Nadie le contará nada a tu padre a menos que tú quieras —comentó sin dejar de mirar a la carretera.

—No es eso. Lo que ocurre es que no le gusta que salga entre semana —confesó.

Lucas frunció el ceño sin apartar la mirada de la carretera. A medida que pasaban los minutos sin que ninguno de los dos dijera nada, Helena se percató que el humor del chico estaba yendo de mal en peor.

—No. Esto no va a funcionar —anunció de repente, aparcando el coche en la acera. Debía hablar con Helena cara a cara cuando Lucas advirtió el miedo en el rostro de la chica, tomó aliento temblorosamente para tranquilizarse antes de hablar—: No sé si mi padre te lo ha explicado, pero las distintas castas son descendientes de dioses diferentes —empezó.

—Sí, dijo algo parecido a eso —respondió Helena en voz baja. Le daba la impresión de estar en el despacho del director. El joven intentó esbozar una sonrisa, pero al fin se rindió.

—La casta de mi familia, la de Tebas, desciende de Apolo. Se conoce, ante todo, como el dios de la Luz, pero también fue el de la Música, de la Curación y de la Verdad. Los descubre mentiras, vástagos que presienten

calumnias o falsedades, son muy poco comunes, pero yo soy uno de ellos. Reconozco una mentira en cuanto la oigo, y si proviene de alguien cercano a mí, no puedo soportarlo. Así que no puedes engañarme, Helena, Nunca. Si no quieres contarme la verdad, por favor, por mi propio bien, no digas nada —suplicó.

—¿Te duele? —preguntó Helena con curiosidad.

—He intentado explicarle la sensación a Jase miles de veces, no consigo transmitírsela. ¿Sabes cuando has perdido algo muy importante para ti y no consigues encontrarlo? Pues la percepción es parecida, pero mucho peor. Cuanto más tardo en averiguar la verdad, más me desespero. No puedo parar de escarbar y escarbar hasta hallarla…

—Solo necesito algo más de tiempo para asimilar todo esto —se apresuró en admitir Helena—. Aún no estoy preparada para contarle a mi padre… mi secreto, o el de mi madre, porque la verdad es que no tengo la más remota idea de cómo va a reaccionar. Si quieres que sea sincera, no sé si algún día llegaré a contárselo. Lo único que sé es que necesito tiempo para recapacitar y asumir todo esto. Unos días, al menos.

El rostro de Lucas se relajó de inmediato y al fin soltó la respiración contenida.

—¿Por qué no me has dicho eso desde el principio?

—Porque es… es muy… —empezó Helena, pero no lograba encontrar las palabras apropiadas para describirlo.

—Muy crudo. Es como ir desnudo por ahí —acabó Lucas.

Helena asintió.

—Bueno, lo siento. Pero conmigo tienes que ser sincera o callarte.

Soltó el freno, puso el coche en marcha y se incorporó al tráfico otra vez.

En cuanto pudo dejar de girar el volante, tomó la mano de su acompañante y la sujetó sobre su pierna. Empezaba a anochecer, de modo que Lucas encendió las luces, aunque prefirió dejar el volante que soltarse de la mano de Helena.

Lucas aparcó en la entrada de la casa de Jerry y Helena, justo detrás del *Cerdo,* y apagó el motor y las luces.

—Quédate aquí un segundo —ordenó antes de apearse de un brinco del vehículo para desaparecer entre la oscuridad que reinaba en la parte trasera de

la casa.

Helena estiraba el cuello cada dos por tres para intentar localizarlo mientras esperaba, pero no percibía ni un sonido, ni siquiera el de sus pasos. Estaba algo molesta porque Lucas se había escapado corriendo de aquella forma, así que decidió bajarse del coche y avanzar hasta el *Cerdo* para tener una mejor perspectiva. Encontró su bolso tirado en el suelo, justo detrás del neumático delantero. Ups. Lo recogió y pescó su teléfono móvil. Tenía más de una docena de llamadas perdidas.

Cuando rescató su móvil cayó en la cuenta de que, tan solo dos días atrás, alguien la había atacado y, de repente, adivinó que su atacante no había sido Héctor, ni Lucas, tal y como había asumido aquella noche. Ahora que podía recordar sin que las furias la molestaran, se percató de que aquella noche había alguien más esperándola cuando llegó a casa. Alguien con los brazos fuertes y enjutos, una mujer, advirtió al recordar el inconfundible aroma de los productos de belleza. Su agresora la había atacado por detrás, pero la llegada de la familia Delos la asustó y huyó de inmediato. Lucas envió a Ariadna y a Jasón tras ella, pero seguramente la desconocida había logrado escapar, pues nadie la había mencionado durante todo el fin de semana. Las sorpresas de los últimos días habían provocado que olvidara por completo el ataque.

—¿Lucas? —llamó mientras se dirigía hacia las sombra que ennegrecían la parte trasera de la casa. Estaba tardando demasiado. De pronto, oyó un ruido sordo detrás de ella.

—Te pedí que te quedaras en el coche. Es por tu propia seguridad, Helena —dijo Lucas con frustración.

Ella se giró mientras gesticulaba aún con el teléfono en la mano.

—¡Esa mujer! Estás buscando a la mujer que se abalanzó primero sobre Kate y después me atacó —anunció Helena cuando al fin comprendió lo que sucedía—. Ella también es un vástago. ¡Tiene que serlo!

—Sí, por supuesto que lo es… —interrumpió Lucas—. Pero escúchame: son dos, Helena. Son dos mujeres distintas las que te persiguen, pero todavía no hemos logrado atrapar a ninguna.

Un par de luces los deslumbraron. Un vehículo estaba aparcado delante de la casa de los Hamilton. Lucas se colocó delante de Helena, como si

pretendiera protegerla, y miró a través de los destellos cegadores, que impedían a la chica ver quién conducía el coche.

—Es tu padre —anunció Lucas.

—¿Helena? ¡Estás aquí! ¿Dónde demonios te habías metido? —gritó Jerry mientras se apeaba del coche sin que el conductor hubiera echado aún el freno. Hacía años que la joven no veía a su padre tan enfadado—. No he parado de llamarte. ¡Nunca llegas tarde! ¡Pensé que te habría ocurrido algo!

—¿Qué hacéis aquí? —chilló Helena.

—Conseguimos un vuelo que salía antes. ¿No has recibido ninguno de mis mensajes?

—Yo…

Con el teléfono móvil en la mano, la voz de Helena se fue apagando poco a poco. Tenía que inventarse algo rápido, pero sabía que era una mentirosa horrible. Empezó a dejarse llevar por el pánico. Lucas le arrebató el teléfono y, de inmediato, se produjo un crujido apenas perceptible.

—Su teléfono está roto —dijo Lucas entregándole a Jerry el teléfono de su hija para que pudiera comprobarlo con sus propios ojos—. Al ver que no contestaba ninguna de mis llamadas, decidí pasarme por su casa para comprobar que estaba bien y la encontré de camino al aeropuerto.

Helena miraba estupefacta a Lucas, con la boca abierta y preguntándose cómo alguien que exigía sinceridad ante todo a su entorno podía inventarse una mentira tan rápido.

—Pero ¿qué has hecho, Len? —preguntó Jerry con voz consternada mientras examinaba el mejunje de plástico pulverizado y microchips—. Estaba nuevecito, casi sin estrenar.

—¡Lo sé! —exclamó ella de modo tajante—. Menuda calidad, ¿no crees? Lo siento, papá. No sabía que llegarías más pronto. Te lo prometo.

—Oh, no pasa nada —perdonó Jerry un tanto avergonzado ahora que la preocupación se había desvanecido por completo. Padre e hija se sonrieron y todo quedó en el olvido. En ese instante, Jerry se dirigió a Lucas—: Me resultas familiar —comentó en tono misterioso.

Hasta ese instante, el padre de Helena había hecho caso omiso a la presencia del joven Delos; al verlo, de inmediato desconfió de él. Durante un segundo, ella le vio con los mismos ojos de su padre: un jovencito atractivo

con pinta de rompe corazones, demasiado corpulento y excesivamente bien vestido y que conducía un vehículo demasiado caro. En definitiva, un chico que, a primera vista, no caería bien al padre de ninguna jovencita.

—Lucas Delos —se presentó ofreciéndole la mano.

—¿No era este chico al que odiabas tanto? —le preguntó Jerry a su hija sin rodeos mientras estrechaba la mano del joven.

—Bueno, ya lo hemos solucionado —respondió Helena en voz baja.

—Bien —soltó Jerry. Después se dio media vuelta, pasó por delante del despampanante descapotable de Lucas y se dirigió hacia el taxi para pagar la cuenta y recoger las maletas—. O quizá no —corrigió.

Helena aprovechó ese momento para señalar con un gesto de ceja el teléfono móvil.

—¿Y qué pasa con esa mujer? ¿Cómo piensas contarme el resto de la historia ahora? —susurró con tono desesperado—. Si utilizo el teléfono de la cocina, mi padre escuchará la conversación.

—Lo siento —respondió Lucas con el mismo tono de voz—, es lo único que se me ha ocurrido.

—Mañana —amenazó Helena— quiero conocer el resto de la historia.

—Te recogeré media hora antes de las clases. Iremos a tomar un café —prometió Lucas.

—¿Qué pasa? —quiso saber Jerry.

—Lucas tiene que irse a casa a cenar —respondió Helena. El chico gesticuló una horrorosa mueca al percibir la mentira, pero pilló la indirecta enseguida.

—Un placer conocerle, señor Hamilton —se despidió antes de encaminarse hacia el coche.

—Maldita sea, cómo desearía que tuvieras acné en la cara. O que no te creciera el pecho —replicó Jerry.

—¡Papá! —Se enfurruñó Helena, avergonzada—. Buenas noches, Lucas —se despidió como si estuviera excusándose.

—Buenas noches, Helena —respondió en voz baja, con los ojos brillantes.

—De acuerdo, ya basta. Para casa, Helena —ordenó Jerry con una sonrisa nerviosa mientras empujaba suavemente a su hija hacia la puerta principal—.

Creo que preferiría que le odiaras.

Escuchó que Lucas se reía entre dientes mientras ponía en marcha el coche. Ese sonido tan cálido hizo que esbozara una dulce sonrisa.

Lucas se tomó su tiempo en volver a casa. Necesitaba algo de tiempo para reflexionar y tomar el control antes de enfrentarse a toda su familia. Aunque no le sirvió de mucho. Cassandra y Jasón siempre se habían mostrado comprensivos con sus sentimientos, pero ahora le vigilaban continuamente y no le quitaban el ojo de encima en ningún momento. Desde el día en que vio a Helena por primera vez, en el pasillo del instituto, los dos empezaron a preocuparse por él. Y, visto lo visto, la situación parecía ir a peor. De hecho, ya había empeorado. Sin duda, le invitaría a tener una larga charla entre primos, pero Lucas no tenía la paciencia para ello. No quería la compasión de nadie; lo único que deseaba era estar solo por una vez en la vida.

Lucas aparcó el coche en el garaje y se quedó sentado, con el motor apagado, durante unos minutos, intentando ordenar sus pensamientos. Le daba la impresión de que, desde hacía varios días, todas sus emociones estaban sujetas con resortes y que si deslizaba la lapa, saldrían volando como el confeti de una piñata de cumpleaños. Sabía, sin duda alguna, que en estos momentos no podría soportar ver a Cassandra, aunque, con la misma seguridad, intuía que estaría esperándole. Se bajó del coche, cruzó el jardín a pie y despegó para volar hasta el balcón de su habitación, evitando así a su hermana pequeña.

Desde luego, ella sospechó que haría tal cosa, así que al aterrizar en la terraza descubrió a Cassandra sentada en el sofá de su habitación. Lucas esbozó una sonrisa de arrepentimiento incluso antes de abrir la ventana. Más le valía procurar ser mejor estratega que su hermanita.

—No quiero hablar sobre esto, Cassie —confesó con la esperanza de que su voz sonara paciente pero firme a la vez.

—Tú no eres el indicado para decidir sobre tal cosa —respondió Cassandra con tono triste.

—No. Somos vástagos. Supongo que no podemos tomar ninguna decisión, ¿me equivoco? —dijo con amargura mientras entraba planeando

por la ventana y antes de aterrizar sobre la alfombra.

El peso de la gravedad regresó al cuerpo de Lucas en cuanto sus pies rozaron el suelo.

—Has tardado —le regañó Cassandra con tono insinuante.

—Me quedé por la zona un rato, vigilando el vecindario en busca de alguna pista de esas mujeres —dijo como si nada. Y lo cierto es que no estaba diciendo ninguna mentira.

—Te lo dije: no tienes por qué preocuparte. Está a salvo, al menos durante unos días más —garantizó Cassandra sacudiendo la cabeza—. Aunque no puedo decir lo mismo de ti.

—No la he tocado. —Pero tampoco eres capaz de alejarte de ella.

Y, a decir verdad, no lo era. Incluso cuando las furias le hostigaban, no lograba separarse de Helena. No encontraba las palabras para definir la sensación, pero era como si una vocecita interior le invitara a no distanciarse de ella.

—No tienes motivos para angustiarte. No tengo ninguna intención de tocarla.

—Eso no es lo único que me inquieta… —advirtió.

Lucas la interrumpió cansado de tanta ambigüedad.

—Sí, claro, pero es lo que más lo inquieta; a ti y a todos los demás, Cassie —replicó Lucas. Se desabrochó la correa del reloj y lo colocó sobre su mesita de noche. No se atrevía a mirar a su hermana, pues sabía que estaba siendo cruel con ella, pero no podía evitarlo.

—Esto no es verdad. Lo sabes, ¿no? —le preguntó.

De repente, Cassandra se convirtió únicamente en su dulce hermanita. Lucas la miró de reojo y se le ablandó el corazón. Ella tenía que soportar una carga mucho más pesada que la suya, y no debía olvidarlo. En algunas ocasiones, el resentimiento y el rencor le dominaban, pero confiaba en que Cassandra supiera que él la adoraba y que jamás dejaría de quererla aunque le pidiera que abandonara lo que más deseaba en este mundo. Este pequeño detalle no facilitaba las cosas, aunque nunca les habían preguntado qué deseaban.

—¿Qué importa lo que sintamos? —murmuró—. No podemos estar juntos, o la guerra volvería a estallar. Nuestros deseos no harán cambiar las

cosas.

—Eso no lo sé —añadió Cassandra algo dubitativa—. Aún no me he recuperado por completo.

—Pero estás muy segura —comentó Lucas, que se derrumbó a los pies de la cama—. Y no finjas que no es así, porque ni siquiera tú puedes mentirme.

8

Helena pasó las siguientes horas escuchando cada detalle del viaje de su padre e insistiendo en que Lucas no era su novio. No tardó mucho en percatarse de que la única manera de que Jerry dejara de hacerle un minucioso interrogatorio sobre Lucas era preguntándole por Kate. Además, sentía verdadera curiosidad por averiguar qué había entre ellos. Él no dejaba de reiterar que jamás habían pasado la frontera de la amistad inocente. Era evidente que aún no había superado el abandono de su madre y que todavía arrastraba un dolor insoportable y, a decir verdad, eso decepcionaba a Helena. Lo único que quería era huir del comedor y subir corriendo a su habitación para reflexionar, pero sabía que tenía que esperar hasta acabar de cenar. Cuando al fin terminaron de cenar, después de discutir sobre la cantidad de sal que Jerry debía incluir en sus comidas y hablar sobre la tienda, Helena estaba tan cansada que a punto estuvo de quedarse dormida sentada en la bañera mientras se cepillaba los dientes.

Al día siguiente, se saltó el desayuno, se preparó la fiambrera con el almuerzo y se despidió de su padre desde la puerta antes incluso de que él se hubiera desperezado. Jerry la llamó en el instante en que Helena se montaba de un brinco en el coche de Lucas, pero fingió no haberle oído.

—¿No deberíamos esperar y averiguar qué quiere? —le preguntó Lucas.

—No. Vámonos —soltó Helena.

El joven se encogió de hombros y arrancó justo cuando Jerry asomaba la cabeza por la puerta principal. Su hija le hizo un gesto con la mano, a sabiendas de que su ingeniosos truco daría de qué hablar. Largo y tendido, además.

—De acuerdo. Soy nuevo por aquí, así que no conozco las cafeterías.

¿Dónde hay un lugar agradable en esta zona de la isla?

—*Pueeees,* ¿el centro comercial? —ofreció Helena—. Aunque no creo que podamos hablar allí.

—¿Qué te parece aquí? —dijo mientras aparcaba junto a una cadena de restaurantes muy famosa entre los turistas.

Helena esbozó una mueca, pero accedió. Había otras opciones más familiares, pero conocía a todas las personas que trabajaban en esos negocios y, para esta charla, necesitaba un poco de intimidad.

Permanecieron en silencio en la fila, esperando su turno para sentarse antes de entablar conversación. Ella procuraba no quedarse embobada mirándolo, pero le costaba una barbaridad. Le asombraba lo cómodo que se sentía en cualquier lugar, como si el mundo fuera algo tan privado e íntimo como su propia habitación Helena le miraba continuamente por el rabillo del ojo, fijándose en si arrastraba los pies o se movía de manera nerviosa, tal y como hacía ella en público, pero no atisbó nada de eso. En realidad, a él poco le importaba si la gente le observaba o no, Lucas, a deferencia de Helena, no se disculpaba de modo subconsciente ante el mundo por su presencia encorvándose, cruzándose de brazos o jugueteando con las llaves. El hecho de que pudiera estar allí y no hacer nada en absoluto la incomodaba y la inspiraba al mismo tiempo. ¿Por qué se encorvaba y se avergonzaba por ocupar más espacio que la mayoría de la gente a su alrededor? Mientras le contemplaba, se puso erguida.

—¿Suficiente? —espetó Lucas sonriendo ante la descarada admiración de Helena.

—De acuerdo.

En cuanto se sentaron, Lucas le preguntó qué quería saber. Ella se tomó unos instantes para reflexionar, pues no estaba del todo segura.

—Supongo que lo primero que necesito averiguar es quién atacó a Kate —dijo al fin, aunque la respuesta le daba miedo.

—No tenemos la más mínima idea —respondió el chico con seriedad.

La respuesta le encogió el corazón. La noche anterior había comprobado por sí misma que, a pesar de que Lucas no resistía los engaños, era capaz de contar unas mentiras tremendas.

—Eso no tiene sentido. Tu padre me dijo que yo era la única de… nuestra

especie… que no formaba parte de vuestra casta. ¿Cómo no puedes conocer a dos mujeres que, siguiendo esa lógica, están emparentadas contigo?

Lucas asintió, como si comprendiera el motivo que llevaba a Helena a desconfiar de él.

—La casta de Tebas es muy extensa. Nuestra familia más inmediata, los que nos hemos trasladado aquí, a Estados Unidos, somos tan solo un grupo diminuto, pero el seno familiar de la casta de Tebas es mucho mucho más grande. Se hacen llamar los «Cien Primos» y todos están dirigidos por mi tío Tántalo —explicó con la cabeza gacha y la mirada distante—. Tengo muchísimos familiares lejanos de los que jamás he oído hablar, y que mucho menos he visto.

—Si tu tío es el cabecilla que los dirige, ¿no puedes llamarle y preguntarle quién está intentando matarme?

—Es probable que el propio Tántalo las haya enviado —dijo con semblante misterioso—, pero todavía no estamos seguros. Mi tío Palas, el padre de Héctor, Jasón y Ariadna, regresó a Europa para tu primer ataque, para tantear el terreno y averiguar hasta qué punto Tántalo es responsable de esto, o no.

Helena estudió el rostro de su acompañante durante un instante. De manera imprevista, sus facciones se habían endurecido y su mirada se había tornado más sombría.

—Te refieres a que está espiando al resto de la casta —desveló Helena, algo sorprendida. Lucas hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Pero ¿por qué tu familia está dispuesta a pasar por esto por mí? Os lo agradezco, pero no lo entiendo. ¿Hay algo más que no me hayas contado?

Despedazó el cruasán que había pedido para desayunar y después dejó escapar un suspiro.

—Los Cien Primos son una especie de culto. Creen en algo que nuestra familia no acepta, y lo hacen con tal fervor y fanatismo que incluso están dispuestos a matar por ello. Por eso huimos de España. Héctor… —Su voz perdió intensidad. Lucas meneó la cabeza, como si tuviera que aclarar las ideas antes de volver a centrarse en Helena—. El caso es que corres un grave peligro. He estado pisándote los talones cada segundo. Si cualquiera de esas mujeres te encuentra sin que yo esté presente, no dudes en que intentará

matarte, y todavía no has aprendido a defenderte sola.

—Bueno, es que nunca me he encontrado en esa situación —protestó Helena—. No nos engañemos, estamos en Nantucket. ¡Mi padre y yo olvidamos cerrar la puerta con llave cada dos por tres!

—Tú eres muy importante para nosotros. Más de lo que te imaginas —admitió Lucas inclinándose hacia adelante y tomándole la mano—. Sé que te apetece estar unos días a solas para pensar y no quiero asustarte con lo que voy a decirte, pero creo que deberías empezar a entrenarte con nosotros lo antes posible. Mi familia te enseñará a luchar.

—¿Te refieres a aprender yudo y cosas por el estilo?

—Algo así —respondió Lucas con una sonrisa—. No te preocupes tanto. Con el talento que tienes no tardarás en patear el culo a cualquiera que se atreva a desafiarte.

—¿Qué talento? —preguntó Helena algo titubeante.

—No tienes la menor idea, ¿verdad? —Se asombró Lucas.

—Eh, Luke, ¿qué tal? —preguntó Zach al entrar en la cafetería. Su sonrisa se desvaneció en el mismo instante en que averiguó quién era la acompañante de Lucas. Tras él entraron unos chicos del equipo de fútbol que se quedaron patidifusos al advertir a la extraña pareja.

—Hola, Jack. Mira, tomando un café, ¿y tú? —respondió Lucas sin inmutarse.

Helena sonrió tímidamente y se soltó el cabello para poder esconder su rostro tras él. De inmediato, alargó el brazo y lo deslizó detrás del hombro, dejando así al descubierto la expresión de la joven.

—También, sí —farfulló Zach dando un traspié mientras intentaba alejarse de la pareja sin dejar de mirar a Lucas y Helena con incredulidad—. Nos vemos dentro de un rato —se despidió antes de ponerse en la cola de la cafetería, junto a los demás chicos de equipo.

Helena se mordisqueó el labio inferior y clavó la mirada en su taza de café mientras se frotaba el estómago debajo de la mesa con toda la sutileza posible. «Retortijones ahora no, por favor», pensó.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lucas.

—Nada. ¿Podemos irnos? —rogó. Estaba desesperada por cambiar de tema de conversación, o por huir de allí lo antes posible, o que se la tragara la

tierra.

—Desde luego —respondió Lucas poniéndose en pie. La miró con preocupación y añadió—: Sé que no es verdad que sea nada Helena.

Preferiría que me dijeras la vedad, sea cual sea. Ariadna nos dio la lección sobre los trastornos femeninos hace ya bastantes años. Y cuando digo lección, en realidad me refiero a paliza.

—Bueno, se lo agradezco, pero no es lo que piensas —confesó Helena mientras le cogía de la mano para arrástrale hacia la puerta.

Lucas se despidió de Zach al salir, pero el pobre muchacho seguía sin dar crédito a lo que veía.

—Creo que acabo de quitarte algunos puntos. Lo siento —se disculpó Helena en cuanto se subieron al Mercedes plateado.

—¿De qué estás hablando? —preguntó mientras daba marcha atrás en el aparcamiento.

—Bueno, Zach y todos los demás nos han visto juntos —dijo, como si el comentario fuera de lo más evidente.

—¿Y?

—Zach y Lindsey no son mis mayores fans, lo cual me convierte en una especie de antimateria de popularidad en el instituto —explicó abochornada.

El rostro de Lucas se transformó en una ruidosa carcajada; cogió a Helena de la mano una vez más, aunque tuvo que soltarla para cambiar de marcha.

—Creo que voy a tener que conducir un coche automático —comentó entre dientes antes de continuar—. ¿Crees que no eres popular? Tras una hora de haber puesto un pie en esta isla me llegaron comentarios de la hermosa, perfecta y celestial Helena Hamilton. ¿Sabías que los chicos te llaman así? ¿*Cielo* Hamilton?

Lucas buscó la mano de la chica, que decidió esquivarle, aunque, al final, el joven se salió con la suya.

—Para, Lucas. A mí no me hace ninguna gracia. ¿Y qué opinas de esto? —preguntó señalando sus manos.

—No lo sé —admitió ladeando la cabeza—. Pero me gusta, ¿a ti no? Oye, ¿por qué no me dices de una vez qué es lo que tanto te molesta de que nos vean juntos? ¿Te da miedo que la gente empiece a cuchichear?

—Sí y no. Tú no lo entiendes porque hace muy poco que vives aquí, pero

la gente popular del instituto tiene algo en mi contra, y la única fijación de algunos de ellos es hacerme la vida imposible. Nunca he encajado bien aquí.

—Y nunca encajarás —añadió Lucas con tono severo—. Allá donde vayas, siempre serás distinta al resto, Helena. Quizá ya va siendo hora de acostumbrarte.

—¡Estoy acostumbrada! ¡He tenido toda una vida para acostumbrarme! —exclamó mientras se adentraban en el aparcamiento del instituto.

—De acuerdo, deja de perder los estribos y escúchame un segundo. Los chicos del equipo no nos observaban porque te detestan; nos miraban incrédulos porque no logran comprender cómo he convencido a la chica que intentó estrangularme la semana pasada para salir a tomar un café.

—Ah, sí. Ya me había olvidado de eso —dijo Helena mirando al suelo mientras salía del coche y se colocaba la mochila en el hombro.

—Y me encantaría poder retroceder en el tiempo y borrarlo, pero es imposible. Así que me conformaría con que no volviéramos hablar sobre nuestros mutuos intentos de asesinato —aclaró Lucas en voz baja.

Sin más rodeos, tomó la mano de Helena con firmeza y la pareja se dirigió hacía la puerta principal.

Todo el instituto tenía la mirada clavada en ellos. En los pasillos se alineaban seres de rostros pálidos y mandíbulas desencajadas en cuanto los rumores se interrumpían porque Lucas y Helena andaban cerca. Al principio, ella intentó soltarse de la mano en más de una ocasión, pero Lucas se resistió. Cuando se dio cuenta de que el gesto de Helena no era solo por modestia, sino que estaba a punto de perder los nervios, se resignó y se despegó de ella.

—¿Lennie? —llamó Claire con recelo.

Helena sonrió a Lucas y se giró hacia su mejor amiga.

—¿Dónde te has metido todo el fin de semana? —interrogó Claire mirando a Lucas con desconfianza.

—¿Me llamaste por teléfono? —le preguntó.

Helena agradeció que su amiga apareciera, pues era la excusa perfecta para deshacerse de Lucas y detener el fisgoneo que se estaba creando a su alrededor.

—Unas cinco veces. ¿Qué ha ocurrido?

—Mi móvil se ha estropeado —respondió excusándose. Entonces se giró

hacia Lucas y añadió—: Tengo que ir a mi taquilla antes de entrar en tutoría. Gracias por traerme.

—De acuerdo. Te veo más tarde —respondió aceptando el rechazo de Helena con la mayor cortesía.

Lucas todavía no había dado tres pasos cuando Claire agarró a su amiga por el brazo y la empujó hacia su taquilla.

—¿Qué demonios ha sido eso? —le gritó.

Helena la acalló mientras intentaba recordar la combinación numérica para abrir su taquilla.

—Tuvimos una charla bastante larga —dijo rápidamente—, y ahora ya no nos odiamos.

—¿Una charla? Sí, claro. Estoy segura de que vuestras lenguas hicieron un gran trabajo, pero, por alguna razón, intuyo que no fue precisamente para hablar —espetó Claire.

Su mejor amiga se mostraba enfadada, pero Helena ahora estaba furiosa.

—¡Déjalo ya, Claire! ¡Te lo digo en serio! He tenido un fin de semana muy intenso. Siento no haberte llamado anoche pero mi padre estaba de un humor de perros por haberle dejado colgado en el aeropuerto.

—Bueno, ¡entonces cuéntamelo! —respondió Claire, a la defensiva—. Aunque lo cierto es que no tienes que decirme nada. A todos nos ha quedado claro que tú y Lucas sois ahora así, de repente, una pareja. —No sé lo que somos, pero te aseguro que no puede resumirse bajo la etiqueta de «pareja», ¿de acuerdo?

Tensa y nerviosa, Helena hojeaba los libros, percatándose de que no había hecho los deberes de ninguna asignatura.

—¿Por qué te cuesta tanto decirme la verdad? Te has acostado con él —acusó Claire. Su mirada revelaba que se sentía herida, pero lo cierto es que tenía algo de razón.

—¿Quieres la verdad? Pues sí, me he acostado con él. Dos veces. Pero no como tú crees —dijo con sinceridad. Rodeó a Claire y las dos amigas se dirigieron hacia el aula—. Ni siquiera nos hemos besado.

—¡Que te lo crees tú! —declaró Claire quedándose inmóvil en mitad del pasillo.

—Pregúntaselo a él. Tienes clase con Lucas todo el día —respondió

Helena, calmada y seria.

El timbre del instituto vibró y las dos subieron corriendo los últimos peldaños para llegar a clase antes de que Hergie cerrara la puerta.

Tuvo una mañana horrible. Varios profesores la castigaron por no traer los deberes hechos a clase y todas sus compañeras estaban enfadadas porque Lucas la había acompañado al instituto en su despampanante coche. La relación de Helena con las demás chicas de la clase siempre había sido algo tensa. Durante años, se había esforzado por mostrarse agradable y simpática con ellas, pero en cuanto cayó en la cuenta de que si agachaba la cabeza y cerraba el pico estaba fuera del radar, se rindió.

Dejó de ser el blanco de las críticas durante años, hasta ahora, que había aparecido en el instituto cogida de la mano de Lucas Delos. Había cruzado una especie de línea imaginaria, rompiendo así una tregua que ella misma había aceptado al negarse a competir, y ahora sus compañeras le habían declarado una guerra. En todas las clases Helena se dedicaba a mirar únicamente la pizarra, pues si desviaba la vista solo advertía miradas desagradables. Y, como guinda del pastel, Lindsey difundía rumores viciosos sobre Helena a todo aquel que estuviera dispuesto a escucharla y, como colofón, Claire seguía dolida.

Al ver a Lucas en su taquilla, antes del almuerzo, se sintió aliviada y sonrió. Al parecer, era la única persona en todo el instituto dispuesta a devolverle la sonrisa.

—Con que vuelvo a caerte bien, ¿eh? —se burló Lucas mientras se aproximaba a él.

—Por favor, tú no —se quejó Helena—. ¿Tengo algún cartel en la espalda que ponga «patéame el culo»?

—Solo son rumores, Helena. No puedes permitir que te hagan daño —aconsejó dejando las bromas a un lado.

—Quizás a ti no te afectan —murmuró Helena. Se llevó una mano al estómago, gesto que Lucas advirtió. Estaba a punto de preguntarle qué le sucedía cuando, de forma inesperada, Héctor y Jasón aparecieron de la nada.

—Tu madre está aquí.

Lucas asintió con la cabeza, como si estuviera esperándola.

—¿Qué ocurre? —preguntó Helena.

—Nada. Tenemos una reunión con el director porque mi madre va a intentar convencerle de que nos readmita en el equipo de fútbol.

—Está jugando la carta de «tenga compasión por esta pobre mujer que está criando a tantos hombretones» y después le rogará que nos permita competir y ganar a equipos de otras escuelas para evitar que nos enfrentemos entre nosotros —explicó Jasón con una amplia sonrisa—. Nunca falla. Es como la Einstein de la culpabilidad.

—Un momento, ¿a vosotros tres se os permite jugar al fútbol? —preguntó Helena frunciendo el ceño, como si no diera crédito a lo que oía—. Quiero decir que vosotros tenéis mucha ventaja, lo cual es injusto para el resto del equipo.

—Mira quién habla, la estrella de atletismo —respondió Héctor con vehemencia.

—Helena entrena porque necesita una beca para la universidad —justificó Lucas lanzándole una mirada de advertencia a su primo—. Practicamos deporte porque eso es lo natural y habitual. De hecho, en ocasiones nos molesta porque nos vemos obligados a fingir que somos lentos y débiles.

—Y también invertimos mucho tiempo en asegurarnos de que nadie sale herido cuando jugamos —añadió Jasón con una sonrisa compungida—. La verdad es que deberíamos competir entre nosotros en vez de fingir que nos enfrentamos a mortales, pero no sé si parecería muy normal.

—En fin, buena suerte en vuestra parodia de aparentar normalidad —dijo Helena con brío mientras se hacía a un lado para que Jasón y Héctor pasaran.

—Nos vemos después de las clases —prometió Lucas mientras seguía a sus primos.

Sin que Jasón ni Héctor se dieran cuenta, miró de reojo a Helena con cierta angustia. La joven procuró sonreír, pero su expresión era tan falsa que incluso llegó a preguntarse si Lucas podía notar la mentira oculta en ella.

La chica se encorvó al entrar en la cafetería, con la esperanza de pasar desapercibida y no llamar la atención de nadie. Avistó a Lindsey cuchicheando algo a Amy Heart y, acto seguido todas las chicas de la mesa de animadoras empezaron a mofarse de Helena. Se quedó pasmada. De hecho, tardó tanto en reaccionar que cuando se dispuso a seguir su camino, todos los presentes en la cafetería la miraban fijamente. Se refugió en su mesa

habitual con Matt y Claire, convencida de que en breve notaría retortijones.

—¿Quieres hacer el favor de ponerte derecha? —Ladró Claire—. No hay nada más patético que observarte arrastrando los pies por el jodido suelo. Te prometo que si vuelvo a pillarte haciéndolo una vez más acabarás con mi paciencia.

Aquello era el colmo. Helena se dio media vuelta y huyó de la cafetería. A toda prisa se escondió en el baño de chicas, donde intentó almorzar sentada sobre un lavamanos, pero el ambiente era tan poco apetecible que tras unos bocados se dio por vencida y tiró el bocadillo. Logró sobrevivir a las tres últimas horas de clase y prácticamente salió corriendo hacia el vestuario femenino cuando el timbre sonó por última vez. Sin embargo, cuando llegó, Claire ya estaba allí, esperándola.

—Siento haberte gritado antes —reconoció con las mejillas sonrojadas. Estaba tan guapa cuando se disculpaba que Helena no era capaz de guardarle rencor.

—Bah, no te preocupes. Últimamente parezco más excéntrica de lo habitual. Si yo fuera tú, también me habría enfadado —dijo Helena mientras rodeaba a su amiga por los hombros y la guiaba hacia el exterior.

—Solo una cosa. Después te dejaré en paz para siempre, o hasta que tú decidas que quieres hablar conmigo sobre todo este asunto —comentó Claire mientras cruzaban el campo de fútbol.

A Helena se le había agotado la paciencia y no soportaría más preguntas.

—No nos hemos besado, Risitas —respondió antes de que su mejor amiga pudiera articular la pregunta.

—¿De verdad? —vociferó Claire.

Helena afirmo con la cabeza y le atizó un golpe con la cadera.

—De verdad, de verdad. Estuvimos a punto de besarnos una vez, pero Lucas insistió en que me acostara e intentara dormir.

—¡Qué me dices! —chilló Claire.

Helena la agarró por el brazo y le tapó la boca con la mano.

—Está justo allí —indicó señalándole con la barbilla—. Ya te dije que si ocurría algo entre nosotros serías la primera en saberlo. No estoy ocultando ningún secreto.

Claire le dedicó una mirada cómplice.

—Siempre me has ocultado secretos, pero no me importa. Sé que cuando estés preparada me los desvelarás —dijo con tono paciente.

Entonces, de manera espontánea, Claire le hizo una zancadilla e intentó forcejear con ella en el suelo. Helena fingió estar dominada por su íntima amiga, que pesaba como una pluma. Las dos reían a carcajada limpia. Pero la diversión solo duró unos instantes.

—Marchaos a un motel —dijo una voz masculina.

—Ya te gustaría —respondió enseguida Claire—. Espera, ¿cómo has llegado hasta aquí tan rápido?

Helena dio una voltereta en el suelo, se apartó el pelo enredado de la cara y distinguió las siluetas de Jasón y Lucas, que estaban de pie junto a ellas.

—Desde el campo vimos que os caíais del suelo y vinimos corriendo por si os había ocurrido algo —respondió Lucas, ignorando la pregunta de Claire.

—Gracias. Claire tiene sed de sangre —añadió Helena mientras Lucas se ofreció a ayudarla a levantarse.

—Un metro cincuenta y siete centímetros de puro terror —bromeó Claire mientras extendía la mano, para que Jasón la agarrara y tirara de ella. No obstante, Jasón optó por cruzarse de brazos deliberadamente.

—¿Eso es lo que mides sin tus ridículos zapatos? —preguntó con sorna —. Creo que cuando nací ya era más alto que tú.

—No me cabe la menor duda. Un metro cincuenta de cara y siete centímetros de culo —murmuró Claire mientras se ponía en pie.

—¡Claire! —exclamó Helena, asombrada por el comentario de su amiga.

Lucas no pudo contener la risa. Jasón fingió tomarse bien la broma, pero Helena sospechaba que había herido sus sentimientos, por lo que se aguantó la risa y pellizcó a Claire como castigo. Su amiga aulló a modo de protesta, indicando que los pellizcos habían dejado de ser una medida de mortificación desde que cumplieron diez años. Estaba a punto de burlarse otra vez de Jasón cuando su entrenador de fútbol ordenó a los chicos Delos que regresaran a su entrenamiento.

Helena observó a Lucas trotar por el campo de fútbol. La imagen de Lucas bajo el resplandor del sol vespertino era la más hermosa que jamás había contemplado.

—Mierda, llegamos tarde —se quejó Claire.

De inmediato, las dos aceleraron el paso para alcanzar a sus compañeras de equipo hasta llegar a la línea de salida, donde la entrenadora Tar estaba esperándolas con su carpeta. Ya había empezado a anunciar la salida, así que Helena y Claire no aminoraron el ritmo cuando cruzaron la línea. Apuntó su tiempo y meneó la cabeza.

—¡Hamilton! ¡Por llegar tarde me debes una última vuelta un minuto más rápida que las demás! —gritó.

—¡Desde luego, entrenadora! —chilló Helena, que en cuanto se dispuso a reprender a su amiga, bajo la voz—: ¿Por qué has dicho eso? —preguntó. Todavía se sentía mal por Jasón.

—¡Porque la sensación ha sido formidable! —respondió Claire, que no mostraba ninguna intención de sentirse culpable.

—Jasón me cae bien —admitió Helena, lo cual era cierto. Él siempre se había mostrado amable y, al parecer, tenía la cabeza bien amueblada—. Es un chico muy majo y te has portado fatal con él.

—Lógico que te caiga bien. Jasón es simpático con todo el mundo, excepto conmigo. Tú no vienes a clase con nosotros, así que no has podido verlo con tus propios ojos, pero cuando discutimos siempre intenta dejarme a la altura del betún. Se pone en mi contra sea cual sea mi opinión sobre el tema. Incluso cuando estamos de acuerdo en algo, discute por discutir.

—¿Y por qué crees que lo hace? —preguntó Helena con una sonrisilla maléfica.

—Se lo pregunté. ¿Quieres saber qué me dijo? —continuó Claire, cada vez más encendida por la conversación—: Me contestó que al resto de la clase le asusta enfrentarse a mí en un debate, pero que a él no le importa, y que debería estar contenta por tener a alguien que me obliga a esforzarme por una vez en la vida.

—¿Cómo se atreve a retarte para que te esfuerces más? —preguntó Helena, fingiendo estar horrorizada ante la idea.

—Créeme, no lo está haciendo como un favor. Simplemente está intentando demostrar que es más listo que yo.

—¿Y lo es?

—Oh, y yo qué sé. Quizá. Lucas es más listo que todos nosotros, así que se merece el título de mejor estudiante del año, sin duda. Y no olvidemos a

Ariadna. Es una chica brillante, pero creo que puedo superarla. Ya veremos qué pasa —dijo Claire mordiéndose el labio inferior.

Estaba muy preocupada por esa nueva competencia, y eso que Helena aún no le había preguntado por cómo iban las clases. Al parecer, su mejor amiga se había resignado, dando por perdido el sueño de graduarse como la mejor de la promoción, y por lo visto, Helena lo había pasado por alto.

—Estos últimos dos días he sido una amiga terrible, ¿verdad? —aseguró Helena, que de repente se sintió indignada consigo misma.

—No diría terrible —respondió Claire con una sonrisa irónica—, pero, si quieres, puedes hacerme un favor y todo quedaría en el olvido.

—Lo que sea —replicó Helena de inmediato.

—Podrías mantener a Lucas despierto y ocupado la noche antes de los exámenes… —sugirió Claire, que enseguida alzó los brazos para defenderse de la ira fingida de su amiga—. No sé por qué no lo aceptas de una vez. Primero, es asquerosamente atractivo. Segundo, es tan asquerosamente atractivo que necesitas decirlo dos veces. Tercero, vio que te caías y abandonó su entrenamiento para comprobar que estabas bien. Eso es… como devoción.

Helena no sabía qué responder. No podía explicarse que Lucas solo se había acercado para asegurarse de que estaba bien porque varios familiares suyos estaban intentando matarla. De repente, le vino la imagen de Kate inconsciente y abatida sobre el barro, y su estómago se quejó. Claire también estaba en peligro por estar cerca de ella.

—Voy a acelerar el ritmo —anunció Helena.

Su amiga asintió con la cabeza y, antes de que la otra saliera a toda prisa, exclamó:

—¡Demuéstrale a Lucas que esas piernas, además de hacer que a todos se nos caiga la baba, valen para mucho más! ¡Y llámame más tarde!

Cuando Helena perdió de vista la silueta de su mejor amiga, suspiró e intentó deshacerse del sentimiento de culpa que la embargaba. Si alguien hacía daño a Claire, no sabía cómo reaccionaría. La idea la distrajo durante unos instantes y se olvidó de recuperar una velocidad normal, de forma que estuvo a punto de aparecer ante la entrenadora Tar demasiado temprano. En el último momento se escondió tras unos arbustos y esperó un rato antes de

fingir que hacía un esfuerzo sobrehumano para avanzar los últimos metros. Aun así, acabó la primera, por supuesto, así que tuvo que esperar una media hora a que Lucas acabara el entrenamiento. Puesto que estaba decidido a acompañarla al instituto cada mañana en coche, Helena tendría que inventarse otro plan para llegar al trabajo después de clases.

En cuanto entró a la tienda, Kate no dejó de seguirla a todos lados con una expresión de sombro e incredulidad.

—¡Vaya! —Logró articular después de unos minutos en que se quedó sin habla—. Es como… ¡Vaya! Podría ir a la cárcel por pensar lo que estoy pensando.

—¡Kate! —exclamó Helena, lanzándole un servilleta hecha una bola—. ¡Te consideraba una feminista!

—¿Y qué tiene que ver eso?

—¿Acaso no estás siempre predicando que no puede haber igualdad si lo sexos se menosprecian entre sí?

—Sí, ¡pero maldita sea! —gritó Kate, abanicándose con la mano—. Cuando tenía tu edad, los chicos demostraban su inconformismo compitiendo a ver a quién era más feo. ¡Incluso a mí me robaron el corazón!

—Continúa así y me veré obligada a decirle a mi padre que tiene competencia —se pitorreó Helena, aunque la broma no tuvo el efecto deseado.

A Kate no le hizo ninguna gracia y la sonrisa que hasta el momento dibujaba sus labios se desvaneció.

—No creo que le importara demasiado —declaró y, como si tal cosa, cambió de tema—. Pero no es de mí de quien estamos hablando. Estamos hablando de ti, de Lucas y de la importancia de los condones.

Tras varios asaltos y diversas interrupciones para atender a la clientela, Kate al fin aceptó el que hecho de que Helena seguía siendo pura como la nieve.

—¿Es gay? —preguntó Kate—. Vamos, no hay más que mirarte, Len.

—No se lo he preguntado directamente, pero estoy bastante segura de que no lo es —respondió Helena con un suspiro—. Si quieres que te sea sincera, no sé lo que ocurre.

—No debes tener prisa y, sobre todo, no permitas que nadie te haga sentir

culpable por querer esperar. De todas formas, es más divertido si te lo tomas con calma —aconsejó Kate con una cálida sonrisa. Al advertir el primer gesto de Helena que denotaba incomodidad, decidió volver a cambiar de tema drásticamente.

Si bien parecía estar convencida de que, en algún momento y otro, Lucas y Helena cruzarían el límite virginal del ir cogidos de la mano, la jovencita no las tenía todas consigo. La única vez que había tratado de besar a Lucas, él le aconsejó que se fuera a dormir. A pesar de lo que todo el mundo cuchicheaba sobre ellos, lo cierto es que eran solo amigos. Lucas podía conquistar a cualquier chica y, teniendo en cuenta la reacción que provocaba en Kate, eso incluía mujeres de todas las edades.

La idea no ayudaba mucho a fortalecer la confianza de Helena. Estaba segura de que él sentía algo hacia ella, de hecho le había pillado mirándola fijamente y había oído los fuertes latidos de su corazón cuando estaban juntos, pero, por alguna razón, Lucas parecía no querer involucrarse. ¿Acaso las relaciones de pareja siempre empezaban así? ¿O, sin querer, ella estaba haciendo algo que alejaba a Lucas? Jamás había salido con un chico, así que, sinceramente, no sabía qué era «normal» en una relación.

Después del trabajo se dirigió a casa y se obligó a hacer todas las tareas y trabajos del instituto antes de irse a la cama. Cuando apagó la luz, eran más de las dos de la madrugada. Estaba agotada, pero, por algún motivo, no lograba conciliar el sueño. Tenía la sensación de que algo se le escapaba, o de que quizás había malentendido algo. Era más que evidente que a Lucas le gustaba, pues se mostraba muy protector con ella, pero eso no significaba que sintiera una fuerte atracción. Quizás Helena no era su tipo. Tal vez tenía una novia en España. Se imaginó una sirena morena, con el cabello azabache y ondulado, la piel cetrina y acento sensual, que esperaba ansiosa el regreso de Lucas a Europa.

Se dejó caer pesadamente sobre la cama y se tapó la cabeza con una almohada, prometiéndose no convertirse en una fracasada patética que persigue a un chico que jamás podrá tener. Necesitaba más información sobre Lucas. Sin embargo, como acababa de llegar al instituto, nadie conocía sus historial femenino, así que Helena decidió que intentaría sonsacarle algo de Ariadna con disimulo, sin que resultara demasiado evidente.

9

—Si sigues levantando la barbilla así, tendré que arrancártela de un puñetazo —gritó Héctor. Llevaba una hora y media chillando a pleno pulmón.

De manera obediente, Helena bajó la barbilla y alzó los puños para protegerse el rostro. Mantenía su centro de gravedad bajo y avanzaba arrastrando los pies en forma de medialuna en caso de que hubieran obstáculos en el suelo que necesitara apartar. Giraba alrededor de Héctor, observando atentamente sus caderas por si le atestaba una patada para arrojarla sobre la esterilla. Obedecía todas las instrucciones del chico, pero este no dejaba de sonreírle mientras le pegaba puñetazos en la cara a una velocidad tan estratosférica que sus brazos se convirtieron en una neblina borrosa. Helena se cayó de bruces por décima vez y, tras un instante, alzó su mirada dolorida a Héctor.

—Otra vez tu izquierda, ¿verdad? —preguntó con gentileza.

—¿Qué demonios pasa contigo? —le contestó él con un tono de voz que le recordó al señor Hergeshimer—. Eres más rápida que yo. ¿Por qué no te apartas cuando te ataco?

Helena se encogió de hombros y se puso en pie, adoptando, una vez más, una postura defensiva. De inmediato, Héctor le asestó un puñetazo en la barriga y la joven se derrumbó sobre las rodillas.

—Es suficiente, Héctor —dijo Lucas con voz firme y severa.

La joven levantó la mano e hizo un gesto a Lucas, indicándole que estaba bien, y se puso en pie. Otra vez.

No quería que Lucas se metiera en esto. Por alguna razón, la primera sesión de combate se había convertido en algo personal para Héctor, y ella quería llegar hasta el final, para que pudiera desahogarse del todo. El castigo

dolía, sin duda, pero no tanto como sus retortijones, así que podría soportarlo. En cuanto volvió a ponerse en pie, Héctor aprovechó un despiste para derribarla de un puntapié.

—¡Con cuidado! —exclamó Jasón—. Es la primera vez que lucha con alguien, ¡imbécil!

Helena alzó la vista y vio que Jasón sujetaba a Lucas por el hombro, impidiéndole así que se abalanzara sobre el cuadrilátero.

—Estoy bien, chicos. No tenéis de qué preocuparos —dijo tan alegremente como pudo mientras volvía a levantarse. Pero a Héctor no le gustó ni una pizca su tono de voz.

—¿Por qué no te tomas esto más en serio? —le gritó.

Helena se inclinó para escupir el sabor amargo de la sangre y Héctor no dudó en beneficiarse de su descuido para sacudirle otro puñetazo en la cabeza.

—¡Para ya! —aulló Cassandra desde algún rincón fuera del alcance de Helena—. No es una luchadora nata, ¿de acuerdo? ¿Cuándo vas a entenderlo, cabezota?

Helena se sentía fatal por ofender a alguien que no sentía por ella el menor aprecio. Aquello podía acabar en desastre. Cuando al fin Helena logró, con sumo esfuerzo y dificultad, apoyarse sobre sus rodillas, Cassandra había desaparecido de la sala de entrenamientos donde los vástagos guardaban sus sacos de arena y el cuadrilátero para practicar artes marciales. Tragó saliva y distinguió con claridad el sabor metálico de la sangre. De inmediato, lamentó haber hecho eso, pues acababa de engullir uno de sus dientes.

—¿Me das un poco de agua, por favor? —suplicó a Ariadna, que estaba arrodillada junto a ella con una toalla húmeda.

Al otro lado del cuadrilátero estaba Jasón, entre Lucas y Héctor. Su camisa estaba desgarrada y tenía un corte en la cabeza, por donde no dejaba de verter sangre; sin embargo, no se rindió y siguió forcejeando con su hermano y su primo para que no llegaran a las manos, pues si tal cosa pasaba, se harían pedazos, como unos niños quitándoles los envoltorios a sus regalos de Navidad. Héctor no cesaba de gritarle a Lucas:

—¡Puede resistirlo todo! ¡Todo! ¡Jamás había golpeado a nadie con tanta fuerza! ¡Y ella se ha levantado enseguida! ¡Pero no es capaz de atacar! —

rugió, con la voz entrecortada. Advirtió que Helena le observaba y la apuntó con el dedo, como si quisiera acusarla de algo—: ¿Crees que puedes quedarte a un lado y dejar que Lucas luche por ti? Eres más fuerte que los dos juntos, pero eres demasiado buena como para enzarzarte en una pelea, ¿no es así, princesa?

Jasón sujetaba a su hermano con los dos brazos, aunque Héctor se resistía e intentaba deshacerse de él.

—¡No estoy pidiendo que me des una paliza! —ceceó Helena, a quien la dentadura se le estaba regenerando a una velocidad increíble.

Ariadna la abrazó y la ayudó a incorporarse mientras le lanzaba unas miradas asesinas a su hermano mayor.

—¿Cómo te atreves, Héctor? Ella no ha crecido como nosotros, que nos peleábamos constantemente. Ella no es así, y punto —le regañó.

Al parecer, el tono de su hermana fue suficiente escarmiento para Héctor, que dejó de agitarse ante la contención de Jasón. Se desplomó sobre su hermano durante unos instantes y, de pronto, le apartó de un empujón. Después, con un salto ágil, salió del cuadrilátero, rodeado por una valla de unos cuatro metros y medio en cuyo interior se extendía la estera, y aterrizó con un ruido sordo intencionado.

—Pues será mejor que cambie, porque no estoy dispuesto a que la gente que quiero muera defendiendo su culo holgazán —dijo en tono áspero.

Cuando desapareció por la puerta, Lucas corrió hacia Helena.

—Lo siento muchísimo —se disculpó mientras arrebataba a Helena de los brazos de Ariadna—. No tienes que volver a enfrentarte a él si no quieres.

—¿Por qué no? —preguntó apartándose del pecho de Lucas. Hablaba arrastrando las palabras porque todavía no se había recuperado de los golpes en la cabeza—. Puede que no sea una luchadora nata, pero tiene razón. Tengo que aprender a defenderme o alguien podría salir herido. Alguien como mi padre, o Claire, o Kate… Esas mujeres aún están a mi acecho. Pueden hacer daño a las personas que me importan.

Lucas sostuvo a Helena cuando perdió el conocimiento. Inspeccionó cada centímetro de su rostro machacado y dolorido mientras la sacaba del cuadrilátero y la llevaba en volandas hasta una zona trasera que servía como vestuario y como centro médico.

La colocó sobre una mesa de acero inoxidable y la dejó sola unos instantes para ir a buscar gasas, un cuenco con agua y, por extraño que pareciera, un zumo y un tarro lleno de miel sin refinar. Cuando volvió en sí, Lucas sin mediar palabra le hizo un gesto para que abriera la boca y Helena obedeció sin miramientos. De inmediato, empezó a verter miel sobre su lengua. En cuanto sus papilas gustativas detectaron el dulzor de la miel, lo comprendió. Aquel era el alimento perfecto para curar a los semidioses.

Sintió una necesidad salvaje de ingerir más, así que no dudó en agarrar a 151Lucas por la muñeca con ambas manos para acabarse el bote de miel; lo lamió hasta no dejar ni gota.

Cuando se lo acabó, Helena recuperó el aliento. Miró a su acompañante a los ojos y asintió ante la expresión curiosa de Lucas, haciéndole saber que estaba mucho mejor. Sin pronunciar palabra, el chico metió una pajita de plástico en el zumo, se lo entregó a Helena y enseguida se puso manos a la obra. Con una gasa húmeda fue limpiando todas las heridas y cortes de Helena.

Le costaba centrar la mirada. Todo estaba borroso, como si se deslizara de su campo de visión. Intentó captar la expresión de Lucas mientras le sanaba las heridas, pero le era casi imposible definir su silueta. A medida que el tiempo pasaba y la ingesta de miel remediaba todos los males de Helena, el rostro de Lucas volvió a ser visible y la joven pudo al fin comprobar que las arrugas de preocupación que habían hendido su frente se habían desvanecido. Limpió el resto de la sangre y suspiró.

—¿Por qué no has esquivado los embistes de Héctor, Helena? —le preguntó en voz baja, rompiendo el largo silencio—. ¿Por qué no le bloqueabas con las manos?

—Es más rápido que yo —se justificó, pero los dos sabían que aquello no era cierto y, tras la mirada de escepticismo de Lucas, Helena continuó—: Sabía que si empezaba a bloquear sus movimientos, Héctor se enfurecería aún más y, al final, no tendría más remedio que golpearle con tal fuerza que no sería capaz de levantarse del suelo.

—Ese es un poco el objetivo de una pelea, lo sabes, ¿verdad? —comentó Lucas con una sonrisilla.

—Entonces no me interesa —contestó Helena con solemnidad—. No

quiero hacer daño a la gente, Lucas. ¿No puedes enseñarme algo más?

—¿Algo como qué? —preguntó confuso.

—Como lo que hiciste en el pasillo del instituto la primera vez que nos vimos. ¿Cómo conseguiste inmovilizarme tan rápidamente? No recuerdo que me hicieras daño y, aun así, no podía atacarte. O lo de aquella noche en tu jardín. ¿Te acuerdas? Yo estaba encima de ti y entonces hiciste algo con tus caderas —explicó con optimismo.

Lucas asintió y desvió la mirada.

—Se llama jiu-jitsu. Es un sistema de combate a mano desnuda, y la verdad es que preferiría que no te acercaras tanto a tus oponentes. Pero te lo enseñaré, si quieres —aceptó al fin.

Cuando volvió a alzar la mirada, empezó a ver puntos negros, así que colocó las manos sobre las caderas para tener un punto de apoyo. Cuando desaparecieron, descubrió que Lucas ya no estaba tan pálido y había recuperado el rubor en las mejillas. De hecho, sentía oleadas de calor que brotaban de la piel del joven. Helena lograba percibir su aroma, que le transmitía paz y tranquilidad.

—Y a volar —añadió Helena deshaciéndose de su estado somnoliento y lánguido—. Todavía tienes que enseñarme cómo mantenerme en el aire. Así podré escaparme volando cuando los tipos malos vengan a por mí.

—Te enseñaré a volar —aceptó en voz baja sin apartar la vista del suelo.

Aunque Helena buscó su mirada, Lucas la eludió en todo momento. La joven se palpó el rostro y la mano quedó manchada de sangre.

—Ahora mismo debo de tener un aspecto espantoso, ¿verdad? —preguntó mientras se despegaba de Lucas, sintiéndose acomplejada.

Para su sorpresa, él no le respondió y, sencillamente la atrajo hacia sí y la estrechó con firmeza entre sus brazos.

—Prométeme algo —le susurró al oído. Esperó a que hiciera algún gesto que le indicara que sí antes de continuar—. Prométeme que la próxima vez que te encuentres frente a frente con alguien que quiera darte una paliza no vas a quedarte parada, que no vas a permitir que tu contrincante te golpee sin cesar hasta que se quede sin energía y no sea capaz de levantar los brazos.

—Si puedo evitarlo, créeme que lo haré —sonrió Helena.

Lucas se apartó para mirarla directamente a los ojos.

—No quiero volver a presenciar un apaleamiento como el de antes. ¿Me entiendes? —dijo con severidad.

La chica asintió con la cabeza, lo cual le alivió momentáneamente. La mirada de Lucas era tan intensa y penetrante que Helena se veía obligada a mirar a su alrededor en busca de algún tema de conversación.

—Tu camiseta —anunció señalando las marcas de sangre—. Eso me recuerda que he echado a perder toda la ropa que Ariadna me prestó para poder entrenar. ¿Tengo que cambiarme para otra ronda o ya hemos acabado?

—Ya hemos terminado por hoy. Puedes vestirte con tu ropa después de darte una buena ducha —respondió Lucas con tono alegre, como si quisiera deshacerse del mal humor anterior. Le acarició el rostro por última vez para examinarle los cortes y heridas. Tras unos instantes de reconocimiento, la soltó y añadió—: Sin duda, te curas muy rápido. Sin embargo, aún tienes unos moratones bastantes imponentes, así que, si yo fuera tú, evitaría a tu padre el resto de la noche.

—Le diré que me has pegado, y punto —comentó encogiéndose de hombros. Se bajó de un brinco de la mesa de acero inoxidable.

—Y yo le diré que te ha gustado —bromeó con voz alborozada.

Helena alzó la mirada y, de repente, se notó adormecida. Durante un breve instante, la pareja estuvo a pocos milímetros de distancia, pero enseguida Lucas retrocedió, alejándose de ella.

Al salir del vestuario, se arrancó la camiseta manchada de sangre y la lanzó a la basura. La visión de Helena volvió a estabilizarse y no dudó en seguir con la mirada la espalda desnuda de Lucas. Una especie de telaraña le había nublado hasta entonces la vista, pero, de un momento a otro, la tela desapareció como por arte de magia. Tras contemplar la espalda del joven decidió que si Lucas era gay, ella tendría que someterse a una operación de cambio de sexo. Sin duda, valdría la pena.

Mientras recogía la ropa, desparramada por el vestuario se miró al espejo para examinarse la boca. Un incisivo, el que se había tragado por accidente, estaba en proceso de regeneración, al ver lo ridículo de su aspecto, no pudo evitar reírse de si misma. Aún no se explicaba cómo Lucas se las había arreglado para mantenerse impasivo ante la imagen de una niña de seis años a la que se le acababan de caer unos cuantos dientes de leche. Pero enseguida

cayó en la cuenta de que, probablemente, lo había visto tantas veces que apenas se sorprendía. Helena reflexionó en las palabras de Ariadna, afirmando que ellos habían crecido «peleándose constantemente». Como si el pensamiento de Helena la hubiera invocado, Ariadna asomó la cabeza por la puerta del vestuario para comprobar que todo estaba en orden.

—¿Necesitas que te eche una mano con tu curación? —se ofreció algo tímida.

—No, pero puedes pasar —respondió Helena. Quizás ahora tendría la oportunidad de preguntarle a Ariadna si Lucas aún conservaba una novia en algún lugar—. ¿Cómo está Cassandra?

—Demasiado sensible, pero estará bien. Tú eres la que ha recibido una paliza de Héctor y, puesto que yo también he sido su víctima alguna vez, quiero preguntarte, con toda sinceridad si aún tienes algo roto —explicó mientras se deslizaba hacia el interior del vestuario.

—No tengo nada roto. Bueno, ya no —corrigió Helena. Ariadna era pura feminidad, con una silueta curvilínea y un estilo encantador. Por eso, le costaba horrores imaginarse que alguien quisiera apalearla—. ¿Soléis hacer esto muy a menudo? Me refiero a los combates.

Ariadna empezó a negar con la cabeza incluso antes de que Helena hubiera acabado de formular la pregunta.

—No. Toda la familia estrenamos cada día para estar en forma, pero solo los chicos se pelean a brazo partido, y únicamente cuando sienten la necesidad de desahogarse. Lucas y Héctor son los que más llegan a las manos.

—No se llevan muy bien, ¿verdad?

—Sí y no —respondió Ariadna con cuidado—. Héctor, en general, es altanero y arrogante, pero, en particular, está más que orgulloso de nuestro linaje, de nuestra familia. No le gusta que la casta de Tebas esté fragmentada, rota. No me entiendas mal…, él no cree en las estupideces que prodigan los Cien Primos, pero odia ver a nuestra casta dividida. Y Lucas siente que es su responsabilidad mantener a Héctor a raya porque, bueno, es el único capaz de hacerlo.

—Debe de ser muy duro estar separado del resto de tu familia —se compadeció Helena.

—No tenemos otra opción —respondió ella con una sonrisa algo forzada.

—¿Es por el culto? —preguntó Helena con toda la delicadeza que pudo —. Lucas nunca ha podido explicármelo…

—Tántalo y los Cien Primos creen que si unen a todos los semidioses bajo 155una misma casta, la Atlántida resurgirá —relató Ariadna—. Por ese motivo nuestra familia siempre ha vivido cerca del mar. Boston, Nantucket, Cádiz… Son ciudades cercanas al océano Atlántico, y, por supuesto, queremos un asiento en primera fila.

—¡Es una locura! —espetó Helena antes de advertir que Ariadna estaba hablando en serio—. Quiero decir que la isla de Atlántida no es más que un mito, ¿verdad?

La idea de que pudiera existir una ciudad en algún rincón remoto de las tenebrosas profundidades marinas le daba escalofríos. Tomó un sorbo de zumo para disimular su reacción violenta y esperó a que Ariadna continuara.

—¿Acaso el monte Olimpo es un mito? ¿O incluso el Paraíso? Todo dependo de lo que uno cree, y la mayoría de los vástagos están convencidos de que la Atlántida es real. Sin embargo, el problema reside en que no podemos llegar allí hasta haber logrado ciertas cosas antes. Justo después del fin de la guerra de Troya, Cassandra de Troya auguró una gran profecía. Afirmó que si los vástagos se unían bajo una misma casta, la Atlántida emergería de entre los mares y nosotros podríamos reclamarla como nuestra tierra para siempre. Los Cien Primos interpretan esa profecía de manera que nosotros, los semidioses, una vez nos ganemos la entrada a Atlántida, nos volveremos inmortales como ocurrió con los dioses del Olimpo.

—Vaya —se asombró Helena—. ¿Y por qué no querríais algo así?

—Es tentador, ¿verdad? Pero hay un pequeño inconveniente: si las cuatro castas se unen, o si solo sobreviviera una única casta, romperíamos la Tregua.

—¿Qué tregua?

—La que puso punto final a la guerra de Troya.

—Tenía entendido que los griegos vencieron. ¿Acaso no asesinaron a todo el pueblo troyano y redujeron a cenizas la ciudad de Troya?

—Sin duda, lo hicieron.

—Entonces, si los griegos ganaron, ¿con quién pactaron la tregua? —Con los dioses.

Ariadna le explicó que la de Troya fue la guerra antigua más destructiva que jamás había vivido la humanidad. Arrasó la mayor parte del mundo occidental, casi devastando la civilización tal y como la entendemos hoy en día, y fue tan demoledora para los dioses del Olimpo como para los seres humanos que habitaban en la Tierra. Desde el inicio, los dioses estuvieron implicados en ella. Todos escogieron un bando; o bien mostraban su apoyo a sus hijos medio humanos, o bien defendían a los héroes que, en alguna ocasión, les habían hecho un favor. Algunos dioses incluso bajaron del Olimpo para combatir en el campo de batalla. Apolo utilizó el carro de guerra de Héctor, Atenea luchó al lado de Aquiles, y Poseidón combatió con ambos bandos, cambiando de parecer con la misma asiduidad que la marea. Incluso en una ocasión Afrodita, la diosa del amor, bajó volando hasta la contienda para proteger a Paris; recogió su cuerpo del suelo y alzó el vuelo, alejándole así de una muerte segura, aunque no se libró de la hendidura del filo de una espada griega.

Cuando su padre, Zeus, vio la herida de Afrodita, le prohibió regresar a Troya. Ella le desobedeció, desde luego, y aquello enfureció a Zeus, pero no lo suficiente como para involucrarse en el conflicto. No fue hasta que su otra hija Atenea y su hijo Ares estuvieron a punto de enviarse el uno al otro al Tártaro, un lugar infernal de no retorno para inmortales, cuando decidió que había llegado el momento de actuar. La guerra humana estaba desgarrando a su propia familia a la vez que amenazaba su dominio de los Cielos.

La participación de Zeus llegó algo tarde. La guerra había estallado hacía diez años, pero todos los dioses del Olimpo estaban tan involucrados que la única forma de que Zeus pudiera detenerlos era hacer que los vástagos dejaran de luchar. Zeus se vio obligado a negociar con los mortales, ofreciéndoles algo que ansiaban. Tras una década de continuas intromisiones en sus asuntos por parte de los dioses que, además, solo alargaban la contienda para empeorarla, lo único que deseaban, tanto los griegos como troyanos, era que los dejaran en paz. Los vástagos mortales reclamaban que los dioses debían regresar al Olimpo y permanecer allí; a cambio, se comprometían a finalizar la guerra.

Zeus no dudó en aceptar el trato. Juró ante el río Estigia que si los vástagos concluían la guerra, los dioses se replegarían en el Olimpo y

abandonarían el mundo de los mortales. Sin embargo, antes de sellar su promesa exigía alguna prueba que asegurara que aquella terrible guerra jamás volvería a amenazar el Olimpo. Desde su perspectiva, la unificación de los griegos de las castas vástagas para luchar contra los troyanos casi destruye el Olimpo. Zeus quería asegurarse de que jamás volvería a ocurrir. Mientras ratificaba la tregua y juraba su promesa inquebrantable, garantizando que los dioses del Olimpo abandonarían la Tierra, también aseguró que si las castas de los vástagos volvían a unirse, él mismo regresaría a la Tierra y acabaría la guerra.

—La historia se parece a lo que sucedió cuando se acabó la Segunda Guerra Mundial, cuando los aliados dividieron Alemania —subrayó Helena —. Rompieron en dos el país con la esperanza de evitar una Tercera Guerra Mundial.

—Tienes razón —comentó Ariadna—. Los destinos están obsesionados con los ciclos; repiten el mismo patrón una y otra vez en todos los lugares del mundo, en especial cuando se refiere a los tres pilares: la Guerra, el Amor y la Familia.

Ariadna se quedó muda durante unos instantes, pensando algo oscuro y sombrío antes de poner punto y final a la historia.

—De todas formas, Troya fue traicionada por uno de los suyos y la ciudad quedó arrasada por las llamas. Tras unos meses de confusión, ardides y venganzas, cuyos detalles describe la *Odisea*, los dioses del Olimpo finalmente abandonaron la Tierra. Zeus juró que si las castas volvían a unirse, él mismo regresaría y reanudaría la guerra de Troya en el punto donde se quedó.

—Y ese punto está cerca de la destrucción total de la civilización — añadió Helena, tratando de imaginar qué significaba «el fin de la civilización» ahora—. Si la guerra de Troya fue tan devastadora con tan solo espadas y flechas, ¿qué sucedería si se usaran las armas actuales?

—Sí. También lo hemos pensado —comentó Ariadna fijando la vista en su regazo—. Por eso mi familia, mi padre, mi tío Cástor y mi tía Pandora, se han alejado del resto de la casta de Tebas. E incluso aunque Tántalo tenga razón y la unificación sea la llave a la vida eterna, no creemos que la contrapartida de la destrucción total de la Tierra merezca la pena.

—El precio es muy alto. Obviamente, estáis en lo cierto y hacéis lo correcto, pero la inmortalidad… —dijo Helena meneando la cabeza—. ¿Y Tántalo y los Cien Primos os dejaron ir así, sin más? —preguntó algo incrédula.

—¿Qué elección tenían? No pueden matarnos porque pertenecemos a la misma familia, pero últimamente han empezado a amenazarnos e intentan intimidarnos. Algunos de nosotros, bueno, Héctor en concreto, no está dispuesto a quedarse de brazos cruzados y en alguna ocasión se ha enfrentado a ellos. De hecho, Héctor les buscaba las cosquillas; picó el anzuelo cuando le llamaron cobarde por no querer luchar en contra de los dioses. Según nuestra tradición, asesinar a un familiar es el pecado más horrible que uno pueda imaginar y estuvo muy cerca de cometerlo, Helena. Mi familia abandonó España porque Héctor se enzarzó en una refriega tan violenta que estuvo a punto de perder la vida y, peor aún, estuvo a punto de matar a alguien de su propia sangre. No existe el perdón para aquel que mata a un familiar —dijo Ariadna entre murmullos.

—Pero vuestra casta no es la última. Pero en mi caso… —añadió Helena, que empezaba a entender poco a poco cuál era la situación.

—Nadie sabía de tu existencia. Hace un par de décadas se produjo la «confrontación final» entre las castas. Las cuatro castas se atacaron entre sí, procurando eliminar al resto. La casta de Tebas venció y todos dimos por sentado que las otras tres, la de Atreo, la de Atenas y la de Roma, quedaron eliminadas de la faz de la Tierra. Aunque, supuestamente, los miembros de las otras castas estaban muertos, la Atlántida no resurgió y los dioses no regresaron a la Tierra. Mi padre y mis tíos estaban convencidos de que nosotros éramos los culpables de que la guerra no estallara porque nos negábamos a unirnos a Tántalo y su culto. Pensamos que no había otra explicación, pues no habían dejado títere con cabeza tras la confrontación final —explicó. Respiró hondamente y miró a Helena a los ojos—. Y entonces apareciste tú. Por alguna razón, tu madre te escondió aquí, preservó tu casta, sea la que sea, e impidió que se desencadenase la guerra. También impidió que Tántalo alcanzara la Atlántida.

Helena se sentó en silencio durante unos instantes al caer en la cuenta de la cantidad de semidioses con poderes increíbles que querían su cabeza. Los

Cien Primos suponían que si la casta de Tebas se unía y aniquilaba al resto de las castas, se convertirían en dioses, así que la vida de Helena era el único obstáculo que se encontraba en el camino. Además, por lo visto, su vida también era el único impedimento para que los dioses del Olimpo regresaran a la Tierra e iniciaran una guerra mundial. Así que la familia de Delos tenía que protegerla, aunque todos perecieran en el intento. Y, para rematar, ella se oponía a aprender a luchar. Con razón Héctor la despreciaba.

—Lo siento —dijo Helena al fin, abrumada por su propio egoísmo—. Me estáis respaldando en contra de vuestra propia familia.

—Tu carga es aún más pesada —confesó Ariadna tomando a Helena de la mano. Iba a decir algo más, pero Pandora la interrumpió al entrar bruscamente en el vestuario, buscándolas.

—¡Eh! ¿Tengo que llevar a alguien al hospital? —bromeó—. Ahí fuera hay charcos de sangre.

—No, Helena está bien —respondió Ariadna con una sonrisa mientras se ponía de pie.

Sin embargo, una cosa le preocupaba. Había una laguna en la historia que Ariadna le acababa de relatar.

—¿Quién fue? —preguntó Helena de repente, lo cual dejó perpleja a Ariadna—. Tal y como nos contaron la historia, Ulises engañó al pueblo troyano con un gigantesco caballo de madera. Es de sobra conocido por todo el mundo. Pero tú has dicho que alguien traicionó a Troya, y no creo que te hayas equivocado.

—Esperaba que no te hubieras dado cuenta —admitió Ariadna como si mentalmente se estuviera dando cabezazos contra la pared—. No existió ningún caballo de madera. Es un cuento muy bonito, pero nada más. Ulises participó en la batalla, es cierto, pero lo único que hizo fue convencer a Helena para que utilizara su belleza con el fin de embelesar a los guardias que custodiaban las puertas de la ciudad por la noche. Así fue como sucedió. Y por esa razón nosotros, los vástagos, jamás bautizamos a nuestros hijos con su nombre, pues llamar a una hija «Helena» es como para un cristiano llamar a su hijo «Judas».

Al llegar a casa, Helena pasó corriendo junto a su padre y subió los peldaños de las escaleras de dos en dos, alegando que quería acostarse pronto. Hizo los deberes del instituto y se metió en la cama enseguida, pero no era capaz de dormirse. Su cerebro no podía desconectar después de escuchar la historia que Ariadna le había contado esa tarde, aunque lo que más le inquietaba del relato era aquello de los Cien Primos. Para distraerse y dejar de pensar en la cantidad de personas que la querían ver muerta para poder vivir para siempre, salió de la cama e intentó volar.

Procuró pensar con más levedad. Incluso intentó acercarse a hurtadillas a la ventana, fingiendo un tropiezo. Lo único que consiguió fue saltar con tal pesadez que su padre empezó a chillarle por las escaleras, ordenándole que dejara de hacer payasadas.

Con la esperanza de que algo de historia clásica la adormeciera, cogió la copia de la *Ilíada* que Cassandra le había regalado y leyó cuanto pudo. Al parecer, cada página relataba anécdotas en las que tanto dioses como mortales estaban involucrados. Comprobó por qué sus ancestros, al final, habían decidido que rezar por la mediación divina no había sido tan buena idea.

Había llegado hasta el capítulo donde Aquiles, el psicópata más famoso del mundo, discute con una chica cuando, de pronto, oyó una pisada en el techo. Y después otra. Confiando en su oído extrasensorial, que siempre había poseído pero que hasta ahora no se había permitido utilizar, se centró en su padre, escuchando atentamente cómo su caja torácica hacía crujir la madera del respaldo de la silla con la respiración. Jerry estaba mirando las noticias en la televisión y, por lo visto, todo estaba en su lugar. En cambio, el mirador estaba sospechosamente silencioso.

Helena se deslizó con sigilo de la cama y cogió un viejo bate de béisbol que tenía guardado en el armario. Lo apoyó sobre el hombro, como si fuera una jugadora profesional, y avanzó de lado por el pasillo que conducía hacia las escaleras que daban al mirador. Se detuvo durante unos momentos en el rellano donde se unían ambas escaleras y escuchó una vez más a su padre. Tras unos instantes tensos por su indecisión, le oyó chasquear la lengua ante las travesuras que describía un diputado del Congreso con ansias de

popularidad y se relajó. Jerry estaba bien, así que, fuese lo que fuese lo que merodeaba por el techo, aún seguía allí. Helena subió las escaleras hacia el mirador.

En cuanto salió al exterior, notó cómo el frescor nocturno se colaba por cada agujerito de su camisón de algodón. Bajo la luz de las estrellas, distinguió una sombra por el rabillo del ojo y no dudó en golpearla con el bate con todas sus fuerzas. Sin embargo, antes de que la madera recorriera un arco completo, alguien sujetó el arma, frenando la embestida. Helena percibió el típico sonido macizo que produce la madera al chocar violentamente con la piel.

—¡Maldita sea, soy yo! —susurró Héctor con dureza.

Helena le descubrió oculto entre la oscuridad, sacudiendo la mano derecha, como si le doliera una barbaridad.

—Pero ¿qué demonios…? Héctor, ¿eres tú? —murmuró.

El joven se acercó, esquivando un bulto oscuro, y Helena pudo verlo mejor. Observó el fardo con más atención y se percató de que se trataba, nada más y nada menos, que del baúl impermeable que su padre le había regalado años atrás.

—¿Qué estás haciendo? —gritó.

—¿Qué parece que esté haciendo? —respondió Héctor de malas maneras sin dejar de menear la mano para deshacerse del hormigueo.

—¿De acampada? —repuso Helena con tono sarcástico. Y entonces lo entendió todo. Los sonidos que oía cada noche, los ruidos que creía que provenían de las furias… tenían un origen más mundano—. Vienes aquí arriba cada noche, ¿verdad?

—Casi. Uno de nosotros siempre pasa aquí la noche, para vigilarte —informó. Cuando Helena, avergonzada, se dio media vuelta, Héctor la agarró por el brazo—. Normalmente siempre viene Lucas, porque es el único capaz de volar hasta aquí —continuó. Como si aquello mejorara la situación.

—¿Y jamás se os ha pasado por la cabeza preguntarme si quiero que estéis aquí, escuchándonos a escondidas a mi padre y a mí? —dijo, furiosa.

Héctor le sonrió aunque era evidente que quería echarse a reír.

—Tienes razón. Es normal que quieras mantener todos los debates políticos y las discusiones sobre béisbol solo para ti. Es tan íntimo y

privado… —Se burló poniendo los ojos en blanco.

—¿Os quedáis toda la noche mientras duermo? —inquirió Helena, incapaz de mirarle a los ojos. De repente, Héctor entendió por qué estaba tan disgustada y su sonrisa burlona se desvaneció.

—Hace días que no tienes pesadillas —empezó a decir.

—Vete a casa, Héctor —ordenó Helena interrumpiéndole mientras hacía el amago de regresar a su habitación.

—No —respondió de inmediato. El chico abrió los brazos, impidiéndole así que se dirigiera hacia la puerta—. Me da igual que estés avergonzada. Me es indiferente si prefieres que no estemos aquí. Hay un montón de personas que quieren verte muerta, princesa y, desafortunadamente, mi familia no puede dejarte aquí, desprotegida, hasta que yo considere que puedes defenderte sola.

—¿Y se puede saber por qué tú eres el encargado de decidir cuándo estaré preparada? —replicó Helena cruzándose de brazos. El frío era insoportable, así que se los frotó.

—Porque todos saben que soy el único que no me ablandaré contigo. Y, para tu información, no tengo intención de pedirte disculpas por asegurarme de que esas chifladas que merodean por la isla vuelvan a por ti —avisó.

A Helena le castañeteaban los dientes. Héctor contempló a la joven tiritando y, por un instante, pareció que incluso se sentía culpable. Entonces el joven se hizo a un lado y se maldijo a sí mismo antes de admitir finalmente:

—Bueno, quizá deberíamos haberte avisado de que pasábamos las noches aquí arriba.

—¿Tú crees? Corro un grave peligro; lo sé, Héctor. Pero al menos podríais haberme informado sobre esto.

—¡De acuerdo! ¡Ya lo he pillado! —exclamó un tanto frustrado—. Pero no pensamos dejaros desprotegidos por la noche.

De pronto, Helena ya no estaba enfadada. De hecho, saber que Héctor y su familia protegían también a su padre hacía que se sintiera muy agradecida. Se quedó allí de pie durante un segundo, sonriendo al chico.

—Gracias —dijo en voz baja.

El joven se quedó paralizado, mirándola fijamente, sorprendido por el

rápido cambio de humor.

—¿Eso es todo? ¿No hay más discusión? —preguntó sin convicción.

—¿Por qué? ¿Acaso quieres…? —empezó, pero la voz de su padre, que la llamaba desde el piso de abajo, la interrumpió.

—¿Lennie? —llamó Jerry desde el pasillo, justo delante de la habitación de Helena.

La presencia de Héctor la había distraído tanto que incluso se había olvidado de escuchar a su padre.

—¡Sí! —respondió Helena mientras desesperadamente hacía señas a Héctor para que se alejara del mirador. Se coló por la puerta que daba a las escaleras y logró cerrarla en cuanto vio a su padre.

—¿Estás durmiendo allí fuera otra vez? —preguntó Jerry cuando la vio aparecer por las escaleras—. Hace muchísimo frío. Helena.

—¿Sabes lo tarde que es? Deberías irte a dormir —le regañó mientras se apresuraba hacia su habitación.

—Lo sé, ahora mismo voy a acostarme… ¡Eh! Eres tú la que debería irse a dormir —la reprendió Jerry al recordar que él era el padre.

Helena se metió en la cama de un brinco y se abrigó con el edredón. En ese instante, creyó escuchar a Héctor reírse entre dientes desde el mirador.

10

Marbella, España

Creonte vigiló con atención a la periodista durante cinco minutos antes de aparecer de entre las sombras. Emergió de la oscuridad más absoluta que reinaba tras aquella mujer que, asustada, se giró de repente y tomó aliento tan rápidamente que el sonido podía confundirse con un sollozo. Observar a una mujer aterrada tenía algo de estimulante, pensó, sobre todo cuando la mujer en cuestión era una zorra prepotente y avasalladora como aquella. Algo de miedo estaba bien; les recordaba a los mortales cuál era el lugar que debían ocupar, y Creonte deseaba que aquella mortal en particular no se olvidara de que a pesar de haber forzado esta reunión amenazándole que contaría a la policía todo lo que sabía para que investigara a su familia, ella no era la que estaba al mando.

Por eso escogió reunirse en el muelle al anochecer. Quería averiguar hasta qué punto estaba decidida a escribir una historia sobre su familia. El hecho de que se presentara demostraba que tenía valor, que no era sinónimo de inteligencia, y precisamente por eso decidió que se merecía unos instantes de su valioso tiempo. Además, producía unos sonidos muy agradables cuando estaba asustada. Quizá le apetecería escucharlos una vez más.

Él le dedicó una sonrisa inocente, como si quisiera indicarle que tan solo estaba gastándole una broma. La miró a los ojos, pero la mujer retrocedió unos pasos, lo cual denotaba que era valiente, pero estaba asustada. Creonte disfrutaba de aquellas emociones cuando se manifestaban al mismo tiempo; le hacían sentir que había ganado una especie de trofeo.

—Una vez más, pido una cita con el padre y aparece el hijo —anunció

con un inglés que dejaba entrever su nacionalidad española.

—Hablo español a la perfección —replicó Creonte en el idioma nativo sin dejar de sonreír—. Y sabes de sobra que mi padre no se reúne con periodistas.

—Tu padre no se reúne con nadie. Por eso estoy hoy aquí —continuó en inglés, lo cual demostraba su cabezonería. El joven se encogió de hombros, sin mostrar ninguna reacción al comentario y negándose a morder el anzuelo. La periodista se cruzó de brazos y estudió al joven antes de continuar—: Tántalo Delos no ha permitido que nadie le vea desde hace casi veinte años. Es extraño, ¿no te parece?

—Le gusta su privacidad —afirmó Creonte con una sonrisa menos agradable.

—La privacidad es un lujo que ni siquiera un aristócrata multimillonario puede comprar. Has oído las historias que corren por ahí sobre tu padre, ¿verdad?

—Son mentiras vulgares —replicó Creonte con toda la firmeza de la que fue capaz, aunque sus ojos se mostraban dubitativos y estuvo a punto de titubear. «¿Cómo se atreve?», pensó para sí.

A lo largo de los años, se habían lanzado muchas historias sobre su padre que diversos tabloides habían divulgado: que si había sido mutilado, que si había perdido la chaveta y padecía un trastorno obsesivo compulsivo (como Howard Hughes) que si estaba muerto. Creonte sabía que su padre estaba vivo y que, con vehemencia, había desmentido todas las acusaciones vertidas sobre él una y otra vez. Pero lo cierto era que no había visto ni hablado con su padre desde hacía diecinueve años. Nadie había visto a Tántalo, excepto la madre de Creonte, Mildred Delos.

Ella insistía en que estaba escondido para protegerse de la casta de Tebas, pero jamás logró encontrar una explicación para justificar la ausencia de llamadas telefónicas durante tantísimos años. A su parecer, no le debía de costar tanto esfuerzo.

—¿Mentiras? ¿Estás seguro de eso? —Perseveró la reportera cuando advirtió que Creonte estaba en sus pensamientos que se contradecían. Le seguía hablando en inglés, como si quisiera provocarle—: Ahora tú, antes tu madre, mucho antes tu familia entera…, todos aseguráis que son más que

falacias, pero ¿cómo estáis tan seguros? Dime, Creonte, ¿cuándo fue la última vez que viste a tu padre? Sé que no estuvo presente el día de tu graduación universitaria.

Creonte apretó los dientes.

—Mi padre es un hombre que disfruta de su intimidad. Él…

—¡Chis! —exclamó con sorna, interrumpiéndolo mientras meneaba la mano en un gesto imperioso. No debería haber hecho eso. Después, añadió —: Esto no es intimidad, ¡es una locura! ¿Acaso la intimidad de cualquier hombre puede ser tan importante como para abandonar a su único hijo solo para mantenerse alejado de los periódicos?

El joven alargó el brazo en un movimiento imperceptible y le agarró por el cuello antes de que la reportera pudiera articular una protesta. Tenía un cuello diminuto, muy esbelto y frágil. Le daba la sensación de que estaba sujetando a un gatito raquítico en la mano. Su mirada expresaba pavor y las pupilas se extendían a la vez que reflejaban las lágrimas que se acumulaban en la superficie oscura, como el rocío matutino. Estaba preciosa sumida en el pánico: era una máscara perfecta y suplicante formada por una piel blanca de alabastro, unos ojos penetrantes y, la guinda del pastel, una boca abierta por la sorpresa como si deseara que alguien la besara. Le hubiera gustado sostenerla así durante días, pero un segundo más tarde oyó un chasquido.

Como un televisor apagado, la luz de su mirada se contrajo lentamente hasta que se apagó por completo.

Creonte arrojó el cuerpo sin vida al agua y regresó corriendo a la ciudadela, a una velocidad tan increíble que ningún mortal logró avistarle, aunque pasara a pocos centímetros de distancia.

Aún le temblaban las piernas cuando subió a toda prisa hacia su habitación y se quedó petrificado cuando abrió la puerta.

Su madre le estaba esperando. Estaba sentada junto a su maleta, ya empacada, con las manos entrecruzadas sobre su regazo, perfectamente arregladas y con la manicura recién hecha. Ladeó la cabeza mientras miraba a su hijo con detenimiento. Su madre solo tuvo que mirarle a los ojos para saber que la reunión que ella misma había organizado, la reunión que supuestamente no debía ser nada más que un gesto educado, había acabado con violencia.

—¿Tenías que matarla? —le preguntó con seriedad y sin reproche alguno.

Mildred era, sobre todas las cosas, una mujer práctica.

—Me provocó —se excusó Creonte mientras pasaba junto a su madre y agarraba su maleta por el asa—. Además, es mejor así, lo sabes.

Mildred puso los ojos en blanco y asintió, aceptando así que su hijo tenía razón. Más de un periodista había desaparecido «misteriosamente» a lo largo de los años.

—Dada la situación, te autorizo a abandonar el país durante un tiempo —anunció mientras extraía un billete de avión del bolsillo frontal de la maleta. Lo ondeó ante él antes de que Creonte saliera pitando de la habitación. El joven se quedó paralizado al caer en la cuenta de que su madre le había pillado. Y agregó—: Lo que no autorizo es el destino que has elegido. ¿Qué crees que conseguirás si vas allí? Tu padre prohibió a los Cien Primos acercarse a la isla de Nantucket.

Creonte tomó aliento en un intento de calmarse. Pero no funcionó en absoluto.

—Por su culpa no tenemos lo que nos corresponde. ¡No hay otra razón que explique por qué las demás castas han desaparecido de la faz de la Tierra! Necesito saber cómo pueden vivir a sabiendas de que han condenado al resto de la familia a una muerte inevitable. La inmortalidad es un derecho primogénito y, sin importar lo que mi padre permita o me prohíba, ¡no estoy dispuesto a quedarme de brazos cruzados mientras me lo arrebatan!

Creonte se echó al hombro el equipaje, le arrancó el billete de avión de las manos a su madre y salió de la habitación sin despedirse. Bajó a toda prisa los ancestrales escalones ubicados en la parte posterior de la ciudadela mientras notaba los latidos amartillándole la caja torácica.

En el exterior había un sedán negro anodino esperando. El chófer de su madre estaba sentado tras el volante, preparado para llevarle hasta el aeropuerto. Creonte cayó en cuenta de que Mildred había intuido que mataría a esa periodista desde un principio. Seguramente lo sospechó desde el momento en que organizó la reunión.

—¿Hijo? —llamó Mildred desde una puerta arqueada—. ¿La mataste solo para tener una razón para irte?

Creonte se dio media vuelta y observó a su madre intentando ser paciente.

—¿Me enviaste aquí para matarla?

Su madre le sonrió, pero su mirada estaba desenfocada, como si estuviera pensando varias cosas al mismo tiempo. Mildred avanzó hacia él con lentitud, obligando así a su hijo a espiarla, a sabiendas de que Creonte tenía la adrenalina por las nubes. Cuando estuvo muy cerca, le miró a los ojos. Sus labios, esculpidos con una elegancia indescriptible, dibujaron una delgada línea de advertencia.

—Aléjate de Héctor.

El martes por la mañana, Helena salió corriendo de casa para meterse en el coche de Lucas antes de que Jerry pudiera asomar la cabeza y tener «una charla con ese jovencito», tal y como había amenazado el día anterior. No estaba del todo segura de si su padre lo había dicho en serio o si, simplemente, intentaba gastarle una broma pesada, pero no correría el riesgo. No sería justo que Lucas pasara por el clásico interrogatorio del padre cuando ni siquiera era oficial que estaban saliendo juntos.

—¿Vamos? —preguntó enseguida Helena en un intento de distraer a Lucas.

—¿No deberíamos esperar? —dijo Lucas al ver que Jerry estaba de pie frente a la puerta.

—No, arranca el coche y punto. ¡Rápido! No sé si va a hacerlo o no —le respondió, algo desesperada, mientras se despedía de su padre con la mano.

—¿Hacer el qué? —quiso saber Lucas mientras arrancaba el coche y pisaba el acelerador.

—Hablar de hombre a hombre —explicó al fin Helena, aliviada.

—Bueno, en ese caso…

De repente Lucas frenó el coche y dio marcha atrás.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó ella mientras intentaba impedir que siguiera dando marcha atrás.

—Voy a entrar en tu casa para hablar con tu padre. Lo último que quiero es que piense que no puede confiar en mí.

—Lucas, te juro ante el dios más sagrado que conozcas que saldré de este coche e iré al instituto a pie si te atreves a entrar para charlar con mi padre.

Lucas sonrió y cambió de marcha, alejándose al fin del hogar de los Hamilton.

—¿Quién te ha dicho que los dioses son sagrados? —le preguntó con un brillo siniestro en los ojos.

Helena le atestó un puñetazo en el brazo.

—Solo lo has hecho para ver cómo perdía los papeles, ¿verdad? —preguntó, mostrándose indignada.

—Eh, eres tú la que se avergüenza de su padre. De hecho estás muy guapa cuando pierdes el control —dijo con una amplia sonrisa.

Helena trató de devolverle la sonrisa, pero lo único que consiguió fue dibujar una mueca. No sabía qué pensar. Que le hubiera dicho que se ponía muy «guapa» podía alimentar sus esperanzas o hacerlas desaparecer.

Todo aquel que los veía, los saludaba tocando la bocina y les dedicaba una sonrisa de oreja a oreja. Tocar el claxon o saludar con la mano a los amigos era algo habitual en la isla y, de hecho, Helena había crecido con esa costumbre. Sin embargo, esta mañana le daba la impresión de que todo el mundo estaba más atento y pulsaba la bocina más tiempo de lo usual.

—Bueno, escucha esto —dijo Lucas cambiando de tono, hasta entonces alegre y jocoso—. Héctor me ha comentado que le descubriste en tu mirador.

—Sí —respondió Helena procurando escurrirse en el asiento para que nadie la viera—. Sobre eso…

—Quiero explicarte por qué no te avisamos. Pedí ser yo quien te lo contara, y créeme, tenía la intención de hacerlo. —La miró de reojo como si quisiera comprobar la reacción de su acompañante y prosiguió—: El problema es que no encontré el momento de decírtelo; lo último que quería era que me tomaras de acosador sospechoso que se escondía en tu techo.

—No voy a mentirte… bueno, de hecho no puedo, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa—. Al principio estaba molesta, pero ahora me parece bien, Si tu familia está dispuesta a proteger a la mía, supongo que podré soportarlo.

Helena se vio obligada a quedarse callada porque alguien tocaba el claxon siguiendo una famosa melodía de la forma más indiscreta e impertinente posible. Ansiaba mandar al diablo a quien fuera el conductor, pero no pudo. Eran sus vecinos y temía que mostrarse, ante todo, educada. No sentía retortijones, pero le daba la sensación de que no tardarían en aparecer, así que

se puso una mano sobre el estómago.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucas mientras la miraba con atención—. No es la primera vez que te veo hacer eso. ¿Te duele algo?

—No, pero en cualquier momento me retorceré de dolor. No te preocupes, no puedes hacer nada para evitarlo. Bueno, a menos que dejemos de salir juntos y exponernos. En ese caso creo que se me pasaría —respondió Helena.

—Eso no va a ocurrir —respondió Lucas arqueando las cejas—. De todos modos, ¿de qué estás hablando? ¿Eres alérgica a mí o algo parecido?

—¡No! —exclamó Helena entre carcajadas—. Soy alérgica a la atención. Y no nos engañemos, se fijan mucho en nosotros cuando estamos juntos.

—Pero eso no solo es culpa mía, ¿me equivoco? También sufres esos dolores cuando no estoy a tu alrededor.

—Tienes razón. He sufrido estos retortijones toda mi vida. No sé exactamente qué los provoca, pero he comprobado que, algunas ocasiones, cuando la gente me observa, siento que el estómago se me encoge y empiezan los espasmos.

—Alérgica a la atención —se dijo para sí Lucas mientras, sin darse cuenta, cogía a Helena de la mano. Tuvo que soltarse para girar el volante en el momento de aparcar, pero en cuanto se apearon del coche, volvió a entrecruzar sus dedos con los de Helena.

Ella no pudo evitar observar a Lucas mientras estaban de pie trente a su taquilla. Parecía distraído. Tenía la frente arrugada y la mirada perdida, pero lo más inquietante y perturbador era que su cuerpo parecía borroso.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? Me está dando dolor de cabeza —anunció Helena en voz baja mientras giraba la cerradura de su taquilla hasta la combinación correcta.

—Lo siento —se disculpó adoptando su silueta bien definida—. Distorsiono la luz. Suele ocurrirme cuando estoy concentrado.

Helena recordó haber leído en algún libro que Apolo era el dios de la luz. Lucas estaba alterando la luz como por arte de magia. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que no era la primera vez que presenciaba algo así; horas antes, en el vestuario de su sala de entrenamiento, había hecho algo parecido pero ella había recibido tantos golpes en la cabeza que, sencillamente, pensó

que tenía la visión nublada.

—¿No te inquieta que alguien se dé cuenta?

—De hecho, algunas veces lo hago para que la gente mi ignore cuando quiero algo de intimidad para pensar. A los mortales les cuesta una barbaridad enfocar un objeto que no pueden ver con claridad. Lo mismo les ocurre cuando avistan algo que no debería ser posible.

—Porque su mirada se desliza sin querer —dijo Helena al recordar cómo desvió los ojos del rostro de Lucas. Por alguna razón, resbalaban de la imagen que quería enfocar.

—Exacto. Si consigo que a la gente le cueste observarme, la mayoría opta por ignorarme —explicó. Y, con una sonrisa cómplice, añadió—: Tú te encorvas y agachas la cabeza para que la gente deje de mirarte. Yo me difumino. También es útil en una pelea, aunque es casi imposible cuando te mueves tan rápido.

—¿Me estás confesando tus secretos para pelear? —preguntó sin rodeos mientras metía los libros en la mochila y cerraba la puerta de su taquilla—. No eres muy listo, Houdini.

—¿De veras? Bueno, entonces intenta atraparme, Chispas —retó el joven con una sonrisa mientras empezaba a alejarse de Helena.

¿Chispas?, pensó Helena algo perpleja. Pero Lucas ya estaba cruzando el umbral de las puertas dobles del extremo del pasillo y ella tenía que ir a clase.

Cuando sonó el primer timbre, que indicaba el inicio de la hora del almuerzo, corrió tan rápido como pudo a la cafetería; necesitaba respuestas, pero cuando llegó allí, Ariadna ya estaba sentada en la mesa de los pazguatos, rodeada de admiradores.

A Helena no le debería haber sorprendido que Ariadna se uniera a su mesa, pues asistía a todas las clases para alumnos avanzados. Por desgracia para Matt, la presencia de Ariadna solía atraer a todo un séquito de chicos, como enanitos fascinados por Blancanieves. Helena procuró hacerse un sitio entre el círculo y estuvo a punto de rendirse, pero en ese momento Ariadna la avistó.

—¿Zach? ¿Te importaría hacerle un poco de sitio a Helena, por favor? —pidió la chica con una sonrisa embaucadora.

—No te molestes, Zach. Puede sentarse en mi sitio —anunció Claire con

un tono de voz mordaz, dejando libre el lugar que ocupaba, al lado de Ariadna.

Claire rozó a su mejor amiga cuando pasó junto a ella, susurrando algo sobre «viejas amigas» que no son lo bastante fabulosas como para sentarse en la misma mesa del almuerzo cuando alguien de repente tiene un novio popular. Antes de que Helena le soltara un rapapolvo más que merecido a Claire, Ariadna la empujó hacia su lado, impidiendo así que uno de los chicos infestado de hormonas se acercara un milímetro más a ella.

Sin embargo, cuando el timbre volvió a sonar, esta vez para indicar el inicio de las clases vespertinas, todos los amigos normales de Helena se habían esfumado de la mesa; una mesa que les había pertenecido desde el primer año de instituto. La mirada triste de Matt le recordó que hacía meses que no hablaban.

Claire no estaba esperándola en la pista cuando empezó el entreno de atletismo. Era una rotunda estupidez que intentara evitar a Helena corriendo por delante de ella, pues ambas sabían que la alcanzaría sin importar la distancia que las separaba, pero su propósito era evidente. Cuando Helena la adelantó, Claire ni se inmutó ni se giró para mirarla.

—Sigue corriendo, Hamilton. No eres santo de mi devoción ahora mismo —le soltó al mismo tiempo que giraba la mano y alzaba el brazo, haciendo un gesto que indicaba «háblale a mi mano».

Por todos sus años de experiencia, Helena sabía que Claire necesitaba castigarla un poco y hacerla sufrir antes de sentirse preparada para pasar página. Entonces se llamarían por teléfono, se reconciliarían y al día siguiente todo volvería a la normalidad. Sin embargo, esta vez deseaba poder saltarse el final de la discusión, sobre todo porque ella no había hecho nada para que se enfadara. No obstante, era consciente de que lo mejor era no atosigar a Claire. Y por eso decidió seguir trotando e ignorarla con diligencia.

Tras unos minutos, Helena empezó a aburrirse del ritmo mortal. Miró su reloj para calcular con precisión cuánto tiempo tenía que matar antes de cruzar la línea de salida y despegó hacia la colina a una velocidad imposible. Sabía que Lucas era capaz de alzar el vuelo dando un paso, pero, hasta dónde

había podido comprobar, eso no funcionaba con ella. Quizá tenía que con correr a máxima velocidad para planear, como si fuera un avión. Ahora tenía la posibilidad de poner a prueba esa teoría.

Cuando dejó atrás la pista de atletismo y se adentró en las tierras pantanosas que rodeaban la laguna de Miacomet, comenzó a sentir la ligereza asociada con volar. Sentía mariposas en el estómago y experimentó un estado salvaje que apenas lograba contener; Helena enseguida asumió que debía de ser una manifestación del poder vástago. Notó cómo una ráfaga de energía estática recorría cada centímetro de su piel. La sensación era como si se hubiera frotado con un globo creando un campo eléctrico que la arrastraba hasta su superficie.

Intentó dar un salto y quedó suspendida en el aire. Al principio pensó que lo había conseguido, que estaba volando, pero de pronto notó cómo alcanzaba la cúspide de un arco gigantesco y empezaba a descender. Enseguida se percató de que, en realidad, había dado un salto alto, el más alto de toda su vida. Sin embargo, su cerebro mortal, que aún se regía por las leyes de la gravedad, intuía que, al aterrizar, su cuerpo quedaría aplastado por la fuerza de la gravedad y moriría en el acto.

Intentó agarrarse del aire y, aunque una parte de ella sabía cómo sujetarse del espacio, estaba demasiado asustada, o no lo suficiente, como para intentarlo en ese momento. Se desplomó de lado sobre el suelo y patinó por el terreno pantanoso; enseguida procuró frenar el derrape clavando los talones en el fango y dejó tras de sí una estela de agujeros de terruño.

Por suerte, estaba sana y salva, pero no podía dejar de tiritar. Las piernas le temblaban, así que explotó a reír para deshacerse de ese hormigueo que le cosquilleaba el interior del pecho. Después de haberse calmado un poco se levantó del fango. Al retirar los pies del lodo, se dirigió a pie hacia el instituto y no pudo evitar sentirse como una mentecata. Estaba manchada de barro mugriento y apestoso hasta la cintura y mentalmente se imaginó a sí misma descendiendo de su salto, moviendo los brazos con frenesí, como un dibujo animado que caía por un precipicio.

Como de costumbre, Helena echó un rápido vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie había sido testigo de el momento de locura, aunque lo cierto es que no esperaba que hubiera alguien merodeando por la zona a

estas horas. El corazón le dio un vuelco cuando avistó una mancha oscura que, poco a poco, fue adoptando la silueta de un hombre. De repente, el desconocido se detuvo y cambió de dirección, avanzando hacia la otra colina. Sin duda, había visto que Helena se reía a carcajada limpia tras descender en picado unos cincuenta metros de altura y levantarse como si nada hubiera ocurrido. Y, para empeorar aún más las cosas, ella advirtió que el extraño se movía de un modo peculiar. Iba demasiado rápido para ser un mortal.

De manera instintiva, su cuerpo se puso en tensión. Sin tan siquiera pensarlo, despegó en dirección a la sombra oscura. Fuese quien fuese, trotaba hacia el instituto, hacia Claire, quien, probablemente, estaría corriendo con la lengua fuera, como una mortal endeble, lenta y delicada. De repente, la imagen de Kate desplomada sobre el suelo e inconsciente destelló como un rayo en su pensamiento. Empezó a correr aún más rápido, saltó por encima de pedazos de paisaje, brincando de modo temerario sobre montículos y ciénagas de arándanos, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera atraparlo.

Advirtió que le costaba una barbaridad distinguirle bajo aquel resplandor sombrío e insólito, pero, a medida que se aproximaba a él, la oscuridad que parecía invadirle se desvaneció, así que Helena logró precisar su ubicación. Al parecer el desconocido tenía la capacidad de absorber la luz que le envolvía, creando una nube de oscuridad a su alrededor. Pero había algo de espeluznante en las sombras que irradiaban de su cuerpo, como si fueran un halo siniestro. Definitivamente, aquel extraño podía controlar la luz. Eso significaba que era otro descendiente de Apolo, un miembro de los Cien Primos de la casta de Tebas y, por consiguiente, una amenaza.

Parecía un hombre sombrío, unos años mayor que ella aunque, sin duda, no llegaba a los veinte. Cuando tan solo los separaban unos pasos de distancia, pudo observar que el chico lucía una cabellera dorada y tenía la piel blanquecina. Acelerando un poco más el paso, alargó el brazo en un intento de atraparlo y le desgarró la camiseta. Al fin, el desconocido permitió que la nube tenebrosa se desvaneciera por completo, dejando así que el sol bañara su descomunal espalda desnuda. De cerca se parecía tanto a Héctor —no solo por el cabello rubio, sino también por su maciza corpulencia— que incluso podían hacerse pasar por gemelos.

Antes de poder digerir esa idea, un retortijón espantoso le estrujó el torso

y se derrumbó al suelo entre gritos y llantos. Se retorció en el suelo hasta adoptar una posición fetal, incapaz de moverse o incluso de respirar. A través de las briznas afiladas de hierba, que obstruían en parte su visión, logró avistar al vástago, que galopaba hacia ella con el torso desnudo y una mirada inquisitiva.

—Interesante —anunció con una sonrisa chulesca. Algo detrás de Helena captó su atención y empezó a retroceder—. Volveremos a vernos, preciosa —auguró antes de desaparecer a una velocidad estratosférica mientras una neblina lúgubre desdibujaba su contorno.

Helena intentó gritarle algo osado y agresivo, pero lo único que logró pronunciar fue un patético quejido. En un abrir y cerrar de ojos el desconocido había desaparecido; ella, en cambio, estaba abatida en el suelo y permanecería allí tirada hasta que alguien la echara en falta o hasta que se recuperara y lograra caminar. Al fin, escuchó a alguien acercarse.

—¿Helena? —llamó una voz familiar—. Oh, no. Eres tú.

—Matt —gruñó ella—. Ve a buscar a Lucas.

El muchacho hizo caso omiso al ruego de Helena y se arrodillo a su lado.

—¿No crees que avisar a la enfermera sería mejor idea? ¿O llamar a una ambulancia?

—Por favor. Lucas. Rápido.

Matt dejó escapar un suspiro y acarició la espalda de Helena. Con un gesto tranquilizador antes de incorporarse y salir corriendo. Cuando al fin logró controlar la respiración, Helena miró de reojo a su alrededor y cayó en la cuenta de que estaba prácticamente en el aparcamiento del colegio, mucho más cerca de los mortales de lo que creía. Aún hecha una bola sobre el sueño, Helena se golpeó la cabeza con las rodillas. No podía creer que hubiera sido tan estúpida. Con la oreja pegada al suelo, percibió unos pasos que se acercaban a ella; eran demasiado pesados y veloces como para pertenecer a un mortal. A pesar del dolor que le estremecía todo el cuerpo, esbozó una sonrisa de alivio.

—Gracias, Matt —escuchó decir a Lucas detrás de ella—. ¿Estás herida? —le preguntó mientras rodeaba su cuerpo para colocarse frente a ella.

Jasón le seguía muy de cerca.

Señaló su estómago y le habló con la mirada. Lucas asintió con la cabeza

y escudriñó los alrededores, mostrándose confundido.

—¿Has visto lo que ha ocurrido? —interrogó a Matt.

—Creo que estaba persiguiendo a alguien. No lo sé —respondió el chico con escepticismo—. Lindsey me dijo que estaba persiguiendo a un chico y, de repente, la oí gritar y desplomarse.

—¿Es verdad? —preguntó Lucas a Helena con el rostro tenso.

Ella se limitó a asentir con la cabeza. Lucas le dedicó una sonrisa, deshaciéndose de la preocupación que le había invadido hasta entonces. Le apartó unos mechones de cabello de la trente sudorosa y miró por encima de su hombro.

—Yo me encargo —susurró Jasón en un tono que ningún mortal hubiera podido apreciar y, acto seguido, Helena escuchó cómo se retiraba con rapidez.

—Debería ir con él —dijo Héctor desde un lugar fuera del alcance de la vista de Helena.

—No, no deberías —ordenó Lucas con brusquedad—. Necesito que te quedes con las chicas. Es posible que sufran la misma enfermedad que Helena, y probablemente te necesiten ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Héctor sin resquemor, pues entendió que tenía razón. Cassandra y Ariadna no sabían nada de lo que había ocurrido y, por lo tanto, estaban desprotegidas, pues el desconocido podía atacarlas en cualquier momento por sorpresa. Héctor se alejó en silencio; de hecho, Helena no percibió ni el roce de sus pasos con la hierba, lo cual la dejó a la vez estupefacta y algo asustada.

—Matt, ¿me echas una mano para levantar a Helena? Si pudieras cogerla por los pies… —pidió Lucas con voz de disculpa.

—Desde luego, ningún problema —aceptó el chico mientras deslizaba las manos tras las rodillas de Helena—. Por el amor de Dios, Len, ¡hueles fatal! ¿Te has caído en cada ciénaga de arándanos de la isla?

Helena se rio entre dientes, pero le provocaba un dolor indescriptible, así que tuvo que parar.

Al principio Helena se preguntó por qué Lucas le había pedido ayuda a Matt, cuando sabía perfectamente que no la necesitaba, pero al escuchar a los dos chicos charlar y unir esfuerzos para transportarla hasta el todoterreno de

Héctor, la joven cayó en la cuenta de que Lucas era una de las personas más inteligentes que jamás había conocido. El haber pedido ayuda no solo le hacía parecer mortal, sino que también hacía que Matt se sintiera indispensable. Lucas le trataba de igual a igual y, aún más importante, como a un hombre. Estaba con vencida de que si Lucas pedía la lealtad de Matt, este sencillo gesto le facilitaría el camino. Una nueva oleada de dolor le recorrió el cuerpo con intensidad y empezó a tener sudores fríos. Tomó aliento y trató de tranquilizarse en un intento de apaciguar el dolor.

Lucas abrió la puerta trasera del gigantesco todoterreno y colocó con delicadeza el cuerpo de Helena sobre los asientos. Después le preguntó a Matt si no le importaba esperar con ellos hasta que su hermana y sus primos llegaran.

—Si Helena empeora, no pienso esperarlos; iré directamente al hospital. Si eso ocurre, te agradecería que te quedaras aquí y les dijeras dónde he ido. No deberían tardar mucho —explicó Lucas.

—Me quedaré aquí todo el tiempo que necesites —se ofreció Matt con su generosidad habitual.

—Maldita sea, Matt. ¿Todavía no te has cansado de vigilar a esta patosa idiota? —bromeó Helena.

—No tienes ni la menor idea —respondió con una sonrisa genuina que enseguida se desvaneció—. Es la segunda vez que te veo así. Recuerdo que jamás te ponías enferma, Len, ni siquiera aquella vez cuando todos nos contagiarnos de gripe estomacal en el cumpleaños de Lindsey, en cuarto de primaria. Estuvimos vomitando las entrañas durante dos días, pero tú estabas perfecta.

—¡Ah, es verdad! ¡Aquello fue asqueroso! Eh, al menos os llevé Gatorade y galletas, ¿te acuerdas? —comentó Helena en tono jocoso. Trataba de alegrar un poco el ambiente, pero aún sentía unos dolores tremendos. Volvió a ejercer presión sobre su tripa y Matt frunció el ceño. Sin duda, estaba angustiado, igual que ella. Sus habituales retortijones no solían durar tanto.

—Quizá deberías dejar el atletismo —sugirió Matt de forma repentina.

—Creo que Matt tiene razón —intervino Lucas, un tanto sorprendido, pero a la vez satisfecho de que Matt hubiera sacado el tema—. Es obvio que

no te está haciendo ningún bien. Deberías dejarlo, Helena.

Ella se sentía demasiado aturdida como para responder. Miró fijamente a Lucas con la boca entreabierta, sin articular palabra hasta que Héctor, Ariadna y Cassandra llegaron y pusieron así punto final a la conversación. Las chicas se subieron al vehículo, acompañando a Lucas y a Helena. Héctor cogió las llaves del Mercedes descapotable alegando que esperaría a Jasón antes de irse. Ariadna se ofreció a llevar a Matt a su casa con un tono de voz muy dulce, pero él puso varios reparos y rechazó la invitación. Después, tras un intercambio breve y silencioso entre los dos chicos Delos, Lucas se sentó detrás del volante y llevó a las tres jóvenes a su casa, acelerando el motor a toda velocidad. De camino, Cassandra trepó por el asiento para acomodarse junto a Helena con una desenvoltura atípica para su edad.

—¿Has podido verle de cerca? —preguntó con una voz adulta, lo cual resultaba inquietante a la vez que extraño.

—Sí —afirmó Helena.

—Si te enseñara algunas fotografías, ¿podrías reconocerle?

—¿Retratos? Desde luego, ningún problema —dijo Helena sin dudarlo—. Estoy convencida de que no hay muchos chicos que se asemejen tanto a Héctor, pero en una versión más rubia y corpulenta.

Helena notó que la tensión había crecido en el interior del todoterreno.

—Creonte —susurró Cassandra.

—¿Estás segura? —preguntó Lucas mirando por el espejo retrovisor a Cassandra.

—Sí —reafirmó con una expresión distraída—. Y el tío Palas le ha seguido hasta aquí desde Europa. Está en casa.

Al parecer, Lucas no necesitaba más información. Buscó el teléfono móvil en el bolsillo de sus tejanos y pulsó la tecla de marcación rápida.

—Jase, venid a casa. Cassie ya puede visualizarle —informó con voz asustada pero severa. Escuchó atentamente durante unos instantes y continúo —: Cuando estemos todos en casa. Tu padre nos está esperando allí.

A Helena le dio la sensación de haber pasado por alto un detalle importante.

—¿Quién es Creonte? —le preguntó a Cassandra en cuanto pudo incorporarse en el asiento.

—Un primo nuestro —respondió la joven, aunque no fue de mucha ayuda.

—Es el chico que atacó a Héctor en Cádiz —agregó Ariadna con la voz temblorosa. Miró de reojo a Lucas, quien estaba a punto de interrumpirla, y continuó sin pensárselo dos veces—: De acuerdo, se atacaron mutuamente. Creonte es un fanático radical y se pelea con cualquiera que se muestre moderado, no solo con nosotros. Pero Héctor le busca las cosquillas. Eso no puedes negarlo, Luke.

—Ese tipo, ¿eh? —dijo Helena cruzándose de brazos sobre el estómago, como si quisiera burlarse, pero a nadie le hizo gracia. Notaba el brazo derecho rígido, de modo que lo flexionó y, al abrir el puño, se deslizó un pedazo de tela que aterrizó en alfombrilla del coche.

—¿Qué es eso? —quiso saber Cassandra.

—Vaya. Es de Creonte. Le alcancé en la carrera. Cuando intenté atraparlo, le arranqué esto de la camiseta —explicó Helena como si intentara disculparse.

—¿Tú le perseguiste a él, le alcanzaste y lograste acercarte tanto como para arrancarle la camiseta? —repitió Ariadna, algo incrédula. Por lo visto, Creonte era muy veloz, incluso para los parámetros de los vástagos.

—Me vio intentando volar, ¿de acuerdo? —empezó Helena mientras una ola de culpabilidad la embargaba—. No sabía quién era; lo único que sabía era que me había visto dar un salto imposible para los humanos, así que tenía que atraparlo antes de que pudiera escapar.

—Genial —farfulló Cassandra con pesadumbre—. Creonte vino hasta aquí para tenernos vigilados y, con un poco de suerte, poder enzarzarse en una pelea con Héctor, pero ahora que te has expuesto de esta manera, las cosas han cambiado.

—Se dirigía a toda velocidad hacia el instituto —añadió Helena, a la defensiva.

—¿Y qué iba a hacer? —gritó Cassandra, que, de repente, estaba furiosa —. ¿Atacar a un mortal patético? ¡Usa la cabecita, Helena! Por alguna razón, las dos mujeres que te atacaron no han revelado al resto de los Cien Primos que existes, probablemente porque desean la gloria y ansían la fama de asesinarte por su lado y lograr así un triunfo. Sin duda, Creonte estará

elaborando el mismo plan y, si no es así, se lo desvelará a Tántalo. Eso significa que la mitad de la familia aterrizará en esta isla dentro de pocos días, ¡y tú ni siquiera eres capaz de empuñar una espada!

—¡Relájate, Cassie! —ordenó Lucas, acalorado—. A nosotros nos criaron para esto, pero ¿y Helena? Ella solo ha tenido una semana para adaptarse —regañó mirando a su hermana por el espejo retrovisor. Incluso reflejada en el cristal, su mirada era igual de intensa. Cassandra alzó las manos, como si se rindiera.

—Tienes razón, Cassandra. No utilicé la cabeza —admitió Helena, frotándose el estómago—. Quizá podríamos hablar con él.

Ariadna produjo un sonido ahogado como única respuesta.

—¿Qué? ¿Por qué os asusta tanto? —preguntó.

—Es un maestro de la sombra —anuncio Ariadna de modo inquietante desde el asiento delantero—. Puede frenar la luz. Es una capacidad antinatural.

Helena recordó la nebulosa de oscuridad que parecía envolver el cuerpo de Creonte y enseguida supo a qué se refería. Los rayos del sol no bañaban su silueta, como si le ahuyentaran. Instintivamente, Helena sintió que algo no encajaba.

—Los maestros de la sombra no son muy comunes —intentó explicar Lucas, ya más calmado, aunque Helena percibió el miedo en su voz—. A lo largo de la historia de nuestra casta no se han dado muchos casos, pero lo cierto es que cada miembro que ha gozado de ese don se ha convertido en algo…, en fin…, malvado.

Se produjo un silencio tenso en el interior del vehículo. Cassandra se tapó los ojos con las manos y adoptó una postura de concentración absoluta. Al final, alzó la mirada y la clavó en Helena. Le dedicó una sonrisa auténtica que disipó la negatividad que reinaba entre ellas.

—Bueno, por ahora estás a salvo. No veo ninguna amenaza inmediata —anunció con convencimiento sin pasar por alto que Helena seguía frotándose la tripa—. ¿Imaginas qué mortal te vio persiguiendo a Creonte?

—Lindsey. No te preocupes, nadie le hará caso. Siempre está esparciendo rumores absurdos sobre mí —dijo Helena, esperanzada—. Espera un momento, ¿cómo sabes que alguien me vio?

—¿Tus retortijones? Son una maldición. Tu madre te condenó a sentir un dolor insoportable si utilizabas tus poderes vástagos delante de mortales —explicó Cassandra encogiéndose de hombros.

—¿Esa es la explicación? ¡Empezaba a volverme loco! —exclamó Lucas desde el asiento del conductor mientras tomaba el desvío que conducía hacia su casa.

—Desde luego que no podrías reconocerlos, Lucas. Eres un chico —dijo Ariadna—. Los retortijones malditos son sádicos, de veras. Ni siquiera he leído de alguien que lo practicara desde hace siglos.

—¿Mi madre me condenó? —repitió Helena a Cassandra, quien asintió con la cabeza y con gesto triste.

—Hace mucho tiempo, siglos atrás, se creía que era la única forma de mantener a raya a las mujeres vástago en la sociedad de la época. Las madres sentenciaban a sus hijas para evitar que llamaran mucho la atención, ya que, en aquellos tiempos, no se esperaba que fueran especiales, inteligentes o talentosas —explicó Cassandra arrugando la nariz, como si alguna de las palabras que acababa de pronunciar apestara.

Durante unos segundos, Helena tartamudeó palabras incomprensibles en susurros, incapaz de asimilar aquella noticia. Cassandra tomó a la joven por la mano y le sonrió con amabilidad.

—Si te sirve de consuelo, la maldición te ha mantenido oculta durante todos estos años.

—Aunque deteste admitir que algo tan primitivo y brutal pueda ser útil, no puedo negar la evidencia —añadió Ariadna mientras abría la puerta y se apeaba del coche—. Imagina lo que tu padre mortal hubiera tenido que soportar si tu madre no te hubiera condenado, Helena. ¿Una niña que aún gatea con una fuerza sobrehumana? Se hubiera vuelto loco. Si te hubiera castigado, tú le habrías lanzado por la ventana. Y para qué hablar del momento de acostarse: hubiera sido un baño de sangre.

—Bueno, visto desde ese punto de vista… —admitió Helena mientras bajaba del asiento trasero, aceptando con educación la mano que le ofrecía Lucas.

Cuando avanzaban los dos juntos hacia su casa, con Ariadna y Cassandra detrás de ellos, Helena empezó a desternillarse de la risa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucas.

—Siempre he sabido que mi madre me odiaba y ahora descubro que literalmente me condenó —respondió sin rodeos—. En toda mi vida no había escuchado una historia que encajara más que esta.

—Tu madre intentaba protegerte —rebatió Lucas, con sensatez.

—Oh, ¡tú eres un chico! No conoces los retortijones —murmuró.

La pareja se quedó inmóvil en el rellano de la entrada.

—Quizá deberías quitarte los zapatos —sugirió Lucas desviando la mirada hacia los pies de Helena. Los tenía cubierto de barro endurecido y el fango le manchaba las piernas, hasta la cintura.

—Tal vez necesite un manguerazo —refutó Helena con una risotada.

—Algo mejor que un manguerazo —replicó con una sonrisa mientras la tomaba de la mano para conducirla a la fuerza a la piscina—. Las duchas al aire libre son una especie de requisito para nuestra familia.

La acompañó hasta las duchas exteriores y fue hasta la caseta de la piscina para buscar algunas toallas y ropa limpia. Cuando Helena perdió de vista a Lucas, algo cohibida y vergonzosa, se quitó la ropa. Las paredes de la ducha, forradas con preciosa madera de teca, se encorvaban en espiral, de forma que ocultaban la mayor parte de su cuerpo, excepto los pies y la cabeza, que seguían siendo visibles.

Se había duchado así millones de veces en la playa, pero jamás sin el traje de baño puesto. Lo hizo tan rápido como pudo y casi había acabado cuando Lucas regresó de la caseta.

—La camiseta de algodón es mía, pero no sé de quién son los pantalones.

Pero no te preocupes, a nadie le importara —anunció mientras le entregaba la ropa limpia y una gigantesca toalla de playa por encima del biombo. Entonces dejó en el suelo una bolsa de plástico y añadió—: Esto es para tu chándal y tus zapatillas de deporte.

—Gracias —gritó Helena.

De repente se dio cuenta de la poca distancia que había entre Lucas y su cuerpo desnudo, y se ruborizó. Era absurdo. Todo el mundo está desnudo bajo unos milímetros de ropa, pero, de alguna forma, esto le parecía distinto, peligroso. Observó los pies del chico desde la parte inferior del biombo, que giraron de repente y empezaron a alejarse. Al instante, su paso aminoró, se

detuvo y, tras unos segundos de vacilación, salió corriendo. Helena dejó escapar el aliento que, hasta ese momento, no había advertido que estaba conteniendo.

La ropa que le había prestado era enorme, pero cómoda y agradable y olía a suavizante. Se secó con la toalla, se vistió con el modelito que había dejado Lucas y salió de las duchas con bolsa de su ropa sucia en la mano.

Cuando Lucas y Helena llegaron a casa Jasón y Héctor ya estaban sentados en la mesa de la cocina, observando cómo Cassandra y Ariadna ayudaban a un desconocido a ducharse con sumo cariño y afecto. Lucas presentó a Helena antes de darle a su tío un fuerte abrazo.

Palas Delos era un tipo rubio y alto que todavía emanaba juventud y vitalidad, a pesar de los mechones grises que le plateaban las sienes. Él y Héctor compartían la misma sonrisa prudente y la mirada penetrante, pero la belleza de Jasón y Ariadna se reflejaba en su rostro y se imponía ante la masculinidad abrupta de Héctor. Con educación, le estrechó la mano a Helena. Palas la observó de arriba abajo, y ella empezó a sentirse incómoda. Se preguntaba si se debía a su nombre tabú o si, en cambio, alguien de la familia le había hablado mal de ella. Su mirada hacía que se pusiera de los nervios. Procuró esconderse detrás de Lucas.

—Bueno, todo el mundo fuera de la cocina. Tengo que empezar a preparar la cena —ordenó Noel mientras entraba en la estancia, agitando las manos para ahuyentar a todos los presentes.

Lucas empujó a Helena hacia la puerta trasera de la cocina.

—Créeme, cuando mi madre se pone así, lo más sensato es apartarse de su camino o acabarás cortando verduras durante una hora —señaló. La condujo hacia el exterior, hacia el jardín que separaba la pista de tenis de la piscina.

—No me importaría ayudarla —admitió Helena cambiando de rumbo, encaminándose hacia la casa.

—A mí sí —refunfuñó Lucas con una sonrisa traviesa, mientras la cogía de la mano—. Además, tenía entendido que querías aprender a volar. ¿Acaso el alboroto de esta tarde no empezó precisamente por eso?

Helena percibió que Lucas estaba disgustado, pero fingía no estarlo.

—Sobre eso… —empezó Helena con expresión de culpabilidad.

—Ya, fue horroroso. Y fue todo por mi culpa. Debería de haberte enseñado a volar en cuanto nos recuperamos de la caída, pero no confiaba… —Lucas se detuvo de manera repentina y sacudió la cabeza—. Qué más da. El caso es que cuando descubrí que podía volar lo único que deseaba era repetir la experiencia. Dejé de dormir; dejé de comer. Fui un estúpido al pensar que tú querrías esperar.

—¿Qué edad tenías cuando lo averiguaste? —preguntó Helena.

—¿Diez años? Pero tardé varios meses en comprenderlo —dijo, como si quisiera preparar el terreno para anunciar algo—. Los vástagos nacen con sus talentos, pero hasta que descubren cómo utilizarlos suele pasar mucho tiempo. Sobre todo si no hay alguien a su alrededor que comparta el mismo talento y que actúe como mentor.

—¿Tú tuviste uno? Un mentor, quiero decir.

—No. No conozco más vástagos capaces de volar, excepto tú. Pero tenía libros y el apoyo de mi familia —admitió. Se detuvo para mirar a Helena a los ojos y añadió—: Tú no tuviste nada de eso y, por esa razón, es más difícil para ti que para nosotros.

—Se me da bien lo difícil; de hecho, lo fácil no me llama la atención —replicó rápidamente; sin embargo, la expresión de decepción de Lucas indicaba que Helena no había captado lo esencial.

—Simplemente no quiero que te desanimes si ves que tardas tiempo en aprender a volar. Así que, antes de empezar, tengo que explicarte algunas cosas —advirtió sin más rodeos—. Fuerza, velocidad, agilidad, oído agudo y vista de águila, belleza, sanación rápida e inteligencia; aunque la última facultad es más discutible, estas son las aptitudes de las que goza todo vástago. No necesitamos ningún tipo de entrenamiento o formación para hacer uso de ellas. Sin embargo, existen otros talentos menos comunes que exigen esfuerzo y trabajo. Volar es un don muy poco habitual. Y es uno de los más difíciles de controlar.

—De veras, me da igual cuánto me cueste aprender a dominarlo. Me da igual si tardo años, ¡pero me muero por volver a hacerlo! —exclamó Helena dando brincos sin parar, mostrando su impaciencia.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Lo primero de todo: tienes que estar quieta. La parte del salto llega después, cuando has adquirido velocidad —aleccionó

con una sonrisa mientras colocaba sus manos sobre sus caderas.

Helena se quedó sin respiración ante el roce inesperado y procuró mantenerse inmóvil, tal y como él le había indicado, pero no era sencillo. Permanecieron quietos durante varios minutos sin dejar de mirarse fijamente.

—Cierra los ojos —susurró Lucas.

El corazón de Helena empezaba a latir más rápido y, por alguna extraña razón, sospechaba que Lucas podía oírlo.

—Relájate —recomendó sin abrir los ojos y esbozando una sonrisa—. Intenta disminuir el pulso, si puedes.

—Lo estoy intentando. ¿Tienes que estar tan cerca? —preguntó la chica con voz temblorosa e insegura.

—Sí. No quiero que te alejes ni un centímetro de mí. Podría ser peligroso —respondió con voz inexpresiva, manteniendo la concentración.

Pasaron unos segundos de silencio absoluto. Cuando Lucas volvió a hablar, sus palabras sonaron muy calmadas y lejanas.

—Ahora, concentra la atención en tu cuerpo. Respira profundamente y sigue el recorrido del aire, como si tu cerebro flotara con suavidad en el aire que respiras.

Esperó unos instantes a que Helena advirtiera dónde se encontraba él. Tardó varias respiraciones, pero, al fin, logró hacerlo. Lucas supo cuándo estuvo preparada.

—Bien. Ahora estás en tu interior —dijo con aire triunfal—. ¿Puedes seguir el peso de tu cuerpo?

Podía sentirlo. Notaba el peso de su piel sobre sus músculos y la gravedad de estos sobre sus huesos, tal y como Lucas había descrito. Había millones y millones de trocitos de su cuerpo que marchaban libres pero organizados. Enseguida se dio cuenta de que eran células. Le dio un ataque de risa al percatarse de que en su interior deambulaba un ejército masivo sobre el que jamás había reparado. Escuchó que Lucas también soltaba una carcajada y supo, en ese instante, que estaba junto a ella, percibiendo sus mismas sensaciones.

—Ahora tienes que hacer algo un poco difícil —anunció con voz alegre y curiosa, casi infantil—. Quiero que te quedes en tu interior y procures abrir los ojos, si puedes. No te asustes, estoy aquí, a tu lado.

Helena acató las órdenes de Lucas, pero la sensación era demasiado intensa para procesarla con facilidad.

Recordó el día en que perdió las gafas de sol. Busco en todos los rincones de la cocina, del comedor, de su habitación, pero no consiguió encontrarlas. Sintió rabia porque era consciente de que segundos antes las había tenido en las manos, pero no lograba adivinar dónde las había dejado. Entonces su padre le indicó que las tenía sobre la cabeza.

En ese momento, Helena cayó en la cuenta de que había utilizado el sentido equivocado. Había empleado los ojos para escudriñar cada parte de la casa cuando, en realidad, debía haber utilizado el tacto. Levantó la mano y se palpó las gafas sobre la cabeza, pero, al mismo tiempo, también notó su peso sobre ella. Entonces entendió que durante todo ese tiempo había notado las gafas, pero su consciencia había ignorado tal hecho. Había estado demasiado ocupada «mirando» a su alrededor y se había olvidado de sentir.

Aquello era similar. Una vez más, advertía que había infinidad de maneras de experimentar el mundo que la rodeaba. Ahora, sin olvidarse de los millones de células que recorrían su cuerpo, podía sentir algo nuevo. Notó que descendía en picada por algo realmente gigantesco y supo que tenía otro sentido que podía evitar la caída libre.

Muerta de miedo, siguió su instinto y puso en marcha este nuevo sentido. Necesitaba poner distancia entre el pequeño ejército y el gigantesco monstruo por el que se precipitaba, un monstruo que, de repente, le resultó familiar, pues se deslizaba por él cada segundo de cada día de su vida.

Ya era demasiado tarde para detenerse cuando Helena reparó en que el monstruo era la tierra, y la sensación de desplome, la gravedad. De pronto, el vértigo la abrumó y perdió el equilibrio momentáneamente. Se agarró a Lucas, enterrando el rostro en su pecho, como si quisiera ponerse a salvo. Él era el único objeto fijo en el universo; si Helena se soltaba de él, sin duda descendería en picado en una espiral sin fin.

—Está bien —le susurró al oído. El hálito de Lucas era cálido y agradable y su tono de voz apaciguador—. No dejaré que te vayas, Helena. Te lo prometo. ¿Confías en mí?

Súbitamente, la temperatura bajó a unos mínimos insoportables y unas inmensas ráfagas de viento movieron el cabello de la joven hasta enredarse.

Helena no se atrevió a separarse del ángulo que se imponía entre el hombro y el cuello de su acompañante. Se recordó a sí misma que así era lo complejo, lo «difícil» que ella, arrogante, había preferido, pues lo «fácil» no le llamaba la atención.

—Sí —respondió al fin, notando cómo el aire gélido se filtraba entre el tejido de su ropa y le arrebataba cualquier sonido que producían sus labios.

—Entonces inténtalo —murmuró el joven—. Abre los ojos.

Se mantuvieron en el aire hasta el atardecer, aprovechando la última luz del día. Helena tenía tanto frío que no lograba dejar de tiritar. Le quedaba mucho que aprender. Desafiar la gravedad era una tarea ardua, pero solo era la mitad del camino que debía recorrer para lograr su objetivo: volar. La otra mitad era un sencillo salto mental, pero exigía más astucia y sutileza. Helena había aprendido que para volar no bastaba con batir los brazos y agitar las piernas, sino que debía manipular el aire que la rodeaba. Lucas empezó a mostrarle cómo dominar el aire, hacerlo más denso por un lado y más ligero por otro, para crear una corriente alrededor de la figura de Helena. Cuando Lucas lo hacía, daba la sensación de que flotara bajo las aguas de un vasto océano. El viento no arremolinaba su cabello ni hacía ondear su ropa; en cambio, fluía a su alrededor, sujetándole con suavidad o propulsándolo con rapidez, dependiendo de la velocidad que quisiera alcanzar.

Lucas invirtió la mayor parte de su primera lección en planear delante de Helena, como si estuviera en el océano; sus largas piernas se movían sinuosamente al ritmo de las suaves corrientes de aire mientras extendía los dedos para evitar posibles torbellinos. Mantenía los brazos relajados, dispuesto a sujetar a Helena en caso de que se desplomara muy rápido o la arrollara una corriente de aire creada por ella misma con algún defecto antes de precipitarse en espiral hacia el vacío. Volar era complicado y ella aún no lo tenía del todo controlado. Era semejante a aprender a conducir un coche y apuntar con un rifle al mismo tiempo. Requería sencillez y a la misma vez concentración absoluta.

Lucas también le enseñó algunos trucos para no ser avistada por los «deficientes grávidos»; así era como denominaba a los pobres mortales

anquilosados a la superficie terrestre. Helena se sorprendió al aprender que el anochecer era el momento más peligroso para alzar el vuelo, el atardecer era mejor para disfrutar de un paisaje conmovedor y de colores cautivadores. Además, en el caso de Nantucket, el ocaso era el momento idóneo para sacar unas fotografías preciosas (que después se podían vender a los turistas) y para retratar en acuarela cuadro (que después se venderían como salchichas).

Varias veces, Lucas tuvo que agarrar a Helena y planear hacia el océano para que nadie los descubriera. Por lo visto volar era peligroso a cualquier hora del día, pero si Helena se mantenía a bastante altura, cualquiera que lograra vislumbrarla la confundiría con un pájaro. El mejor momento para volar era por la noche, desde luego, puesto que podían planear más cerca del suelo, lo cual, según Lucas, era una experiencia emocionante. Aunque, en opinión de Helena, todo aquello lo era de por sí. Cuando Lucas anunció que se había acabado el tiempo de recreo, no pudo reprimir un quejido y suplicar seguir cinco minutos más. El chico soltó una carcajada.

—Créeme, sé cómo te sientes. Pero me estoy congelando —confesó.

Helena le empujó con suavidad, alejándole de ella y entrecerrando los ojos con una sonrisa pícara. La joven se deslizó por encima del hombro de Lucas y le rodeó por la espalda, rozándole con suavidad al pasar junto a él.

—¿Mañana? —rogó Helena, sintiéndose tímida y poderosa al mismo tiempo.

El muchacho rodó por el cielo y la agarró por un brazo antes de que esta se alejara a la deriva.

—Mañana. Lo prometo —respondió en voz baja mientras la cogía—. Pero es casi de noche y mi familia se preocupará si no regresamos pronto a casa.

Helena no podía rebatirle, así que dejó que Lucas la sostuviera por los hombros y la condujera hasta el claro de hierba desde donde habían despegado. Cuando el joven posó los pies sobre la superficie, recuperando un estado grávido, Helena se quedó planeando a su espalda.

—¿Qué hago? —dudó cuando el miedo volvió a apoderarse de ella.

—Tranquila. Sé que aterrizar da un poco de miedo, pero estoy aquí —respondió con tono paciente.

Lucas estaba de pie sobre el césped, con los brazos extendidos sujetando

a Helena por las manos mientras esta flotaba por encima de él.

—Creo que he visto un dibujo con esta imagen —anunció Helena, algo mareada por el espanto—. Pero la mujer del cuadro tenía alas.

—Los semidioses, y de hecho también los dioses, siempre han atraído a todo tipo de artistas y por ello existen cuadros que nos retratan. Las alas son una sandez, desde luego, pero son estéticas y bonitas —dijo dulcemente.

Hacía tiempo para que Helena pudiera relajarse, y ella no paso por alto ese detalle.

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer? —preguntó al fin.

—Quiero que levantes el mundo —respondió.

—¿A qué te refieres con levantar el mundo? —espetó con brusquedad.

—Concéntrate. Puedes sentir lo que quiero decir, sé que puedes, pero tienes que confiar en mí.

—Confío en ti —repitió Helena por enésima vez ese día, aunque esta vez le miró a los ojos.

Lucas la observó con fe ciega, con una confianza que le iluminó el rostro.

Nada era imposible si Lucas tenía fe en ella. Así que levantó el mundo… y se cayó de bruces, igual que le hubiera ocurrido a cualquiera que intentara caminar por el aire, a dos metros sobre el suelo. Por supuesto, su amigo estaba preparado y la cogió con facilidad, impidiendo así que se golpeara contra la superficie. Tras haberla salvado de una caída brutal, Lucas la inclinó hasta que sus delicados pies rozaron la hierba.

Por fin Helena se sostuvo sobre sus pies. Tras estar un buen rato sin utilizarlos, se sintió algo inestable, como si el suelo no fuera lo bastante firme. Todo le daba vueltas, así que se apoyó en Lucas durante un instante, rodeándole por el cuello. Cuando la sensación de mareo se disipó, Helena no dudó en seguir abrazada al joven, con la esperanza de obtener algún gesto por su parte. Lucas la apartó enseguida y forzó una risotada artificial.

—¿Lo ves? Coser y cantar. La próxima vez, antes de cambiar de estado, balancea las piernas y todo irá bien —aconsejó con aire jovial, y empezó a caminar hacia la casa—. Estás aprendiendo más rápido que yo, ¿sabes?

—Sí, claro. Podría haberme desplomado sobre el suelo como un ladrillo si no me hubieras cogido —replicó.

De camino a casa, Helena bromeó con Lucas, a quien empujó, y rio con

él, pero el corazón se le retorcía en el pecho.

No confiaba en que la besara, aunque albergaba cierta esperanza. De repente, se sintió verdaderamente estúpida; era una completa idiota por intentar besar a alguien mucho más inteligente, mucho más sensible y mucho más sofisticado que ella. Se cruzó de brazos y arrancó a correr, pero Lucas no se lo permitió. En lugar de eso, la cogió de la mano. Tenía el suficiente orgullo como para ofenderse después de que la hubiera rechazado.

—Pueden vernos —murmuró Lucas, que señaló la casa con la barbilla. Helena siguió el gesto y distinguió a Palas y a Castor sentados en el balcón del estudio, sumidos en una negrura absoluta. Seguramente habían salido al balcón para poder charlar en privado, y el aterrizaje prolongado de Helena había interrumpido su conversación. Sin duda, habrían sido testigos directos, de cómo Helena había intentado intimar un poco más con Lucas. La idea le resultó tan horripilante que sintió que debía deshacerse de ella o explotaría de humillación en ese preciso instante.

—Está aprendiendo rápido, ¿verdad, papá? —exclamó el joven.

—Mucho mejor que su primer aterrizaje —respondió Castor con tono jovial. Después, se dirigió a la muchacha—: Me alegra que hayas dejado de imitar a un cometa.

—Sí. También he decidido que a partir de ahora aterrizaré cuando esté consciente. Para ahorrar los costes gastronómicos —bromeó Helena con aire afable, contenta de que fuera de noche y la oscuridad ocultará su rubor. Sonrió a Palas, pero este permaneció impasible y con semblante adusto, observándola con atención.

—Muy sabio por tu parte —replicó él—. Por cierto te aconsejo que no planees otra excursión —añadió como advertencia. Noel está a punto de servir la cena y no está de humor esperar a nadie esta noche.

—Tomo nota. Gracias por avisar —contestó Lucas mientras guiaba a Helena hacia el interior de la casa.

Por el modo en que se apresuró a salir del jardín, a Helena le dio la sensación de que estaba evitando a su tío y a su padre a propósito. O eso, o quería alejarla de ellos, no había otra explicación.

—De acuerdo, ¿qué sucede? —le preguntó en cuanto se adentraron en el oscuro garaje y cerraron la puerta—. Palas se ha mostrado extraño,

misterioso. ¿Qué ha descubierto en Europa?

—A nadie le han llegado noticias sobre ti… O al menos nadie habla de ti. Mi tío Palas ha venido a casa porque estaba siguiendo el rastro de Creonte, pero, por lo que sabemos, él se ha trasladado a Estados Unidos sin mencionárselo a su familia. Creemos que solo quiere vigilarnos, bueno, vigilar a Héctor, para ser más exactos —explicó Lucas con expresión lúgubre.

—¿Tu tío ha averiguado algo sobre esas dos mujeres, las que me atacaron? —susurró Helena con nerviosismo.

—No, eso sigue siendo un misterio. Ningún contacto de mi tío Palas ha podido facilitarle esa información. Pensamos que a Tántalo aún no le han llegado noticias sobre tu existencia, pero nadie le ha visto desde hace años, así que es difícil saber con seguridad lo que tiene planeado.

—¿Nadie ha visto a Tántalo? —repitió Helena, estupefacta—. Entonces, ¿cómo puede ejercer de líder?

—A través de su esposa. Ella es la encargada de transmitir sus órdenes a los Cien Primos; le ha confiado esa tarea desde hace casi veinte años.

—¿Por qué?

—Es una larga historia —justificó Lucas, frunciendo el ceño y agachando la vista. Sin duda, ese gesto significaba que la historia tenía que ser importante.

—Mis favoritas —añadió ladeando la cabeza para captar la atención de su amigo. Cuando este lo miró, sonrió seductoramente. Lucas se rindió.

Sin darse apenas cuenta, el muchacho tomó la mano de Helena y la entrelazó con la suya, jugueteando con sus dedos mientras proseguía la historia.

—Mi padre tenía otro hermano. Era el menor y el preferido por todos. Incluso Tántalo lo adoraba más que a los demás —dijo con una mueca, como si le costara creer que Tántalo pudiera querer a alguien—. Se llamaba Ayax.

—¿Qué le sucedió? ¿Murió? —preguntó Helena con suma cautela.

Lucas asintió.

—Lo asesinaron. Lo hizo alguien de quien no podía despegarse —añadió rápidamente. Con frustración, se pasó una mano por el rostro antes de proseguir—. En fin. Cuando mi tío Tántalo mató a Ayax, se escondió para

protegerse. Después de aquel incidente, todas sus órdenes venían por escrito o a través de su esposa, Mildred. Pero nadie le ha visto en persona desde entonces.

—¿Mildred? No es un nombre griego.

—Es mortal, por supuesto —aclaró Lucas, alzando una ceja—. Los vástagos de castas distintas suelen provocarse una rabia incontrolable, ¿lo recuerdas? No es lo más deseado en un matrimonio. Para nosotros, la otra elección es casarnos con nuestros primos.

—Oh, de acuerdo. Me había olvidado de las furias por un instante. Y teniendo en cuenta que solo sobrevivió una casta, todos los vástagos forman parte de tu familia. Qué injusticia —se quejó Helena. Puso los ojos en blanco al darse cuenta de que había pasado por alto un hecho tan evidente.

—Tú no formas parte de mi familia —susurró Lucas, moviéndole la mano con suavidad para que se aproximara a él. Entonces, de manera imprevista, dio media vuelta y se dirigió a toda prisa hacia el garaje.

En lugar de caminar en línea recta hacia la puerta que daba a la cocina, prefirió zigzaguear entre el laberinto de coches aparcados. Justo antes de llegar al portón, disminuyó el paso y se giró de manera repentina con una tierna sonrisa dibujada en los labios. Helena percibía su respiración, cada vez más agitada, y notaba cómo le apretaba la mano con más fuerza. Se inclinó hacia ella, como si estuviera buscando una manera de rozar el seno de Helena y deslizarse sobre sus labios, pero en el último momento volteó el rostro y la condujo hacia el interior de la casa, como si nada hubiera ocurrido.

Y quizás era así. Helena se sentía más que confundida. Pero en cuanto se adentró en la cocina advirtió que había cosas más importantes por las que preocuparse. Como un zumbido agudo en el oído. En ese momento entendió por qué Castor y Palas Habían decidido salir al balcón para mantener su pequeña charla. El ruido era insoportable.

Noel ponía en práctica sus trucos mágicos sobre los hornos y, por lo visto, el resto de la familia merodeaba a su alrededor, como si fueran riachuelos que fluyen por la ladera de una colina. Todas las sillas estaban ocupadas. Noel se movía como un torbellino preparando la cena. Todo el mundo hablaba, reía y discutía al mismo tiempo y, pese a que Helena no lograba comprender una sola palabra, de alguna forma ellos parecían entenderse. Era una especie de

sinfonía del clan Delos, y Noel era la directora de orquestra.

Desde fuera, Helena comprobó que Noel era lo que había imaginado: el centro de la familia, el corazón latente que alimentaba a todas las personas con quien se tropezaba mientras trataba de cocinar. Era la personificación de una lumbre agradable y cálida; siempre abría la puerta a todo forastero, como Helena, para invitarle a pasar y servirle algo de su comida.

—Ya estás aquí —saludó sin apartar la mirada de los fogones—. Llamé a tu padre y le invité a cenar. Pensé que estarías agotada y que lo último que te apetecería sería cocinar.

Salteó las verduras con unos movimientos ágiles de muñeca, tal y como Helena había visto hacer a los cocineros famosos en televisión. Siempre había querido aprender a hacer ese gesto y, durante un momento, su cerebro se distrajo. Enseguida volvió a la realidad y digirió lo que Noel le acababa de decir.

—¿Has invitado a mi padre? —repitió con voz estridente.

—Por supuesto. Palas al fin está en casa, y teniendo en cuenta que vas a pasar mucho tiempo aquí para entrenarte, he estimado oportuno que nuestras familias se conozcan. Le pedí a Jerry que trajera también a Kate, pero trabaja también esta noche en la tienda, así que eso tendrá que esperar. Tu padre llegará dentro de unos quince minutos, por si necesitas darte una ducha o peinarte —dijo. Se dio media vuelta para mirar a Helena, que permanecía de pie en mitad en la cocina con el cabello alborotado y ataviada con ropa que le iba cuatro tallas más grande—. Yo en tu lugar no perdería más tiempo —añadió con una son risa de complicidad.

Helena bajó la mirada y contempló sus pies, manchados de barro y césped. Se pasó una mano por el pelo en un intento de desenredarse la maraña de cabello y no pudo evitar chillar al arrancarse varios mechones de la parte posterior, rozando la nuca. Ariadna soltó una carcajada.

—Parece que te hayan traído a rastras después de revolcar te entre arbustos. Pero tengo una solución —anunció Ariadna. Acto seguido, se levantó de la silla, despojó a Lucas de la mano de Helena y la arrastró fuera de la cocina.

Helena no daba crédito a la cantidad de nudos que se habían formado en su cabellera, pero Ariadna se las arregló para de desenredarlos aplicando una

loción para alisar el pelo y con la ayuda de un peine. Después, Helena se lavó los pies, se recogió el cabello en una cola de caballo y se calzó con unas chancletas que Ariadna le había prestado. En mitad de las escaleras, tras haber descendido varios peldaños, se percató de que le iban enormes y de que, en cualquier momento, podía torcerse el tobillo y partirse la crisma.

—¿Qué demonios llevas puesto? —espetó Jerry en cuanto vio a su hija.

Helena se desternilló de la risa, en parte porque su padre había soltado las palabras exactas que ella había imaginado, pero sobre todo por la cara de mentecato con que la observaba.

—Es un préstamo. Mi chándal está sucio. Bueno, esta ropa es gigantesca, pero al menos está limpia —reconoció Helena señalando la descomunal camiseta de algodón y los desmedidos pantalones de deporte, que se había arremangado hasta la rodilla.

—Bueno, al menos parecen… ¿cómodos? —preguntó.

—La próxima vez me pondré un vestido de gala —prometió Helena.

Sin dejar de troncharse por la reacción de Jerry, se dio media vuelta y descubrió a toda la familia Delos, que los estaban observando, y, al parecer, el espectáculo los divertía.

—Ahora entiendo a qué te refieres —susurró Castor a Lucas. Ambos compartieron una mirada que Helena no comprendió, pero enseguida se dirigieron a su padre y le sonrieron con afecto.

—Me alegro de volver a verte, Jerry —saludó Castor acercándose con la mano extendida a la espera de un fuerte apretón de manos.

—Lo mismo digo, Castor. Quería ser el primero en ofrecer la casa para una cena conjunta, pero, por lo visto, tu esposa se me ha adelantado —dijo Jerry, con gentileza.

—Bienvenido a mi mundo —contestó Castor con una sonrisa lacónica. Al parecer, los dos cabezas de familia disfrutaban de su mutua compañía.

Las presentaciones fueron breves, puesto que incluían a muchas personas, aunque lo cierto fue que Jerry se manejó como un profesional. Hacía más de veinte años que administraba una tienda local, de modo que estaba acostumbrado a recordar los nombres de las personas y a sentirse cómodo incluso con las personalidades más excéntricas. Helena vigilaba a su padre con curiosidad e interés: sus comentarios siempre despertaban alguna que

otra sonrisa, provocaban carcajadas o incluso motivaban momentos de reflexión. Estaba orgullosa de él, no solo porque era ingenioso y divertido, sino también porque sabía cuándo dejar de serlo.

También ayudó que la familia de Lucas compartiera gustos similares, tanto en lo referente a los temas de conversación como a la comida. Jerry engulló todo lo que le sirvieron y, sin llegar a ser pesado, se inclinó hacia Noel y no paró hasta que esta confesó que había trabajado como chef en su vida de soltera, hacía años, cuando vivía en Francia. Noel incluso admitió que alguna vez había entrado a hurtadillas en su tienda. Con aire generoso, declaró que los cruasanes de Kate con sal marina, romero y crema fresca tenían que ser producto de un genio loco. Jerry emanaba orgullo por cada poro de su piel, como si Kate fuera el tesoro escondido que él había tenido la suerte de desenterrar. Helena le asestó un suave codazo.

—Te estás sonrojando —susurró Helena a su padre.

—Sí, y tú no. ¿Cómo puede ser? —replicó.

—Yo no tengo ningún motivo —respondió mientras sus mejillas traicioneras empezaban a ruborizarse.

—Ya veo, ya —soltó, incrédulo—. ¿Es ahora cuando supuestamente tengo que actuar como el padre preocupado que exige a su hija una explicación con todo lujo de detalles sobre lo que está pasando entre ella y el señor Superfantástico?

—No. Ahora es cuando tú te ocupas de tus propios asuntos y te acabas la cena —respondió Helena con un tono de voz demasiado maternal.

—¡Genial! Otro disparo que esquivas —murmuró con una sonrisa, y pidió repetir las patatas *au gratín* de Noel.

El resto de la velada transcurrió tal y como Helena había deseado, hasta el final. Habían charlado con Jasón, se había cruzado un par de bromas con Ariadna e incluso había mantenido una breve conversación con Palas acerca de su trabajo como encargado de un museo. Hasta ese momento, se había mostrado frío, distante e incluso hostil, pero en cuanto empezaron a hablar sobre arte, pareció abrirse un poco más. Helena no era una experta, pero tenía suficientes conocimientos sobre la materia para mantener una conversación interesante al respecto. Ambos se sorprendieron al descubrir que compartían gustos semejantes y disfrutaron de un momento de admiración mutua

mientras discutían sobre uno de sus cuadros favoritos. Empezaba a creer que podrían llevarse a las mil maravillas, pero cuando agotaron ese tema, Palas se alejó de ella con el ceño fruncido, como si no se fiara.

Helena percibió un tintineo alegre en el mismo instante en que alguien le apoyaba la mano en el hombro.

—No te lo tomes a pecho —aconsejó Pandora procurando consolarla—. Mira, adoro a mis hermanos, pero a veces pueden ser muy burros. Sobre todo Palas.

—Ojalá supiera qué he dicho —comentó Helena con aire arrepentido.

—¡No es culpa tuya! No has dicho nada, Helena. Todo este rollo de los vástagos está durando demasiado, más de lo que te imaginas.

—Desde el albor de los tiempos, ¿verdad? —preguntó Helena tratando de poner algo de humor al asunto, aunque seguía dolida por la reacción de Palas.

—Sí, es verdad. En un sentido literal, tienes razón, pero en el caso de esta familia me refiero a algo más específico, algo que data de tiempos inmemoriales, cuando todo empezó a ir mal.

Para sorpresa de Helena, Pandora la tomó de la mano y la condujo hasta un rincón, donde pudieron sentarse juntas y evitar el estrépito que retumbaba en toda la estancia. Al parecer, aquello que se disponía a explicarle Pandora era algo que deseaba mantener solo entre ellas dos.

El clan Delos era demasiado grande como para tener camarillas. Si fuera una adolescente al uso, Pandora sin duda sería la artista bohemia, la chica con la que todos querían codearse, aunque muy pocos conseguían llegar a ella.

—Permíteme empezar diciendo que para Palas es más complicado porque es quien más ha perdido de la familia —comenzó Pandora con tono tristón antes de ponerse derecha en la silla y dedicarle una sonrisa de disculpa—. No me malinterpretes; mi hermano sigue siendo un burro por haberte tratado así, pero quizá pueda ayudarte a entenderle mejor si intentas verlo desde otra perspectiva. Tu llegada a nuestras vidas ha sido tan explosiva para nosotros como para ti. ¿Sabes cómo heredamos nuestro aspecto físico?

Helena expresó con el rostro que estaba completamente perdida y confusa, puesto que la conversación había dado un giro de ciento ochenta grados de manera inesperada.

—Más o menos —respondió—. Cassandra me comentó algo sobre

arquetipos y luego dijo que todos nos parecemos a héroes que combatieron en la guerra de Troya, o algo parecido.

—Casi. No nos parecemos a los héroes que combatieron en la guerra de Troya, sino que somos idénticos. De forma que todos lucimos caras usadas, ¿comprendes? Y no siempre nos parecemos a nuestros padres, sino más bien a personajes de la historia que se supone que encarnamos.

—Ah, ya lo entiendo.

—Puesto que los vástagos tienden a enamorarse perdidamente de la persona a la que están «destinados» a compartir su vida, y teniendo en cuenta que no se privan de tener billones de hijos, la generación anterior a menudo goza del discutible privilegio de ver rostros de personas que conocieron en el pasado y, aquí llega la parte más difícil, las caras de personas contra los que lucharon. A veces, incluso sucede con sus propios hijos o con alguien a quien sus hijos adoran.

—Oh. Eso no suena tan bien —opinó Helena mientras una oleada de temor empezaba a inundarle el cuerpo—. Entonces todos nos parecemos a personas que nuestros antepasados conocieron, y Palas me odió desde el primer instante en que me vio. Así que dime, ¿a quién me parezco?

Pandora suspiró. Los brazaletes y pulseras tintinearon cuando la mujer tomó la mano de Helena.

—Es una tontería, de verdad —dijo como si pidiera perdón de antemano —, pero eres clavadita a Dafne Atreo, la mujer que asesinó a nuestro hermano Ayax.

—¡Pero yo no lo hice! Yo no maté a vuestro hermano —gritó Helena, a quien de repente la voz le temblaba por la emoción.

Al percibir la angustia y malestar de la joven, Pandora se deshizo de los pensamientos melancólicos y apretó la mano de Helena.

—¡Ya lo sé! —exclamó con dulzura—. Es una locura culparte, y la mayoría de nosotros no lo hace. Sin duda, yo no.

—Pero Palas sí —continuó Helena al comprender al fin el motivo por el cual se mostraba tan distante.

Pandora afirmó con la cabeza.

—Perder a Ayax fue como abandonar lo mejor de nuestra familia — admitió Pandora. Los dientes le empezaron a castañetear, como si estuviera a

punto de romper a llorar, pero continuó—: Ayax era… el mejor. Deberías haberle visto. Era como la personificación del mismo Apolo…, como Héctor en muchos sentidos…, pero más tierno; no era un sabelotodo gruñón. No me malinterpretes, adoro a mi sobrino, ¡pero maldita sea! A veces puede llegar a ser un cascarrabias de primera.

Las dos se rieron a carcajada limpia a costa de Héctor.

—Ojalá le hubiera conocido. A tu hermano, claro —agregó Helena. Se sorprendió al darse cuenta de que lo decía en serio; Ayax debía de haber sido alguien verdaderamente especial para inspirar ese amor infinito en su hermana menor.

—En cierto modo, ninguno hemos logrado superar su perdida —acopló Pandora. Se encogió de hombros, como si se hubiera quedado sin más explicaciones que darle a Helena y finalizó—: Pero mi hermano Palas es el único incapaz de mirarte a los ojos y asumir que eres otra persona, aunque es consciente de que aquel incidente nada tuvo que ver contigo.

—Lo entiendo —dijo Helena. No es justo, y sigo pensando que es cruel, pero ahora sé por qué Palas me desprecia.

—No te preocupes, al final lo superará. En el fondo sabe que tú no escogiste tu apariencia; eso es tarea del destino —aclaró con una sonrisa atrevida—. ¡Y maldita sea! ¡Qué bien escogida!

—¡Tú no te puedes quejar! —respondió Helena, de corazón.

—Bueno, eso da igual —dijo Pandora poniendo los ojos en blanco y moviendo las muñecas—. Por mi suerte con los hombres, seguramente me parezco a una criada estúpida o a una virgen vestal de Troya.

Aunque Helena también soltó una risotada, aún había una duda que le rondaba por la cabeza. Al final decidió tirarse a la piscina y hacer la pregunta.

—Bueno, ¿y a qué personaje de Troya me parezco yo?

—¡Demonios, no! —chilló Pandora levantándose de repente—. Hice una promesa… Todos la hicimos. Tienes que hablar con Lucas sobre eso, Helena. Creo que ya te he contado bastante por una noche.

Sin dejar de mover las muñecas, produciendo así un agudo tintineo y diversos destellos de colores, Pandora anunció que necesitaba una copa de vino y se escabulló entre los miembros de su familia. Helena hizo una mueca cuando la mujer se fue. Era consciente de que Pandora verdaderamente le

había confiado una información muy íntima y personal, pero aún así Helena no estaba satisfecha. Deseaba conocer qué papel le tenía preparado el destino. Se lo preguntaría a Lucas en cuanto estuvieran a solas.

Helena le miró de reojo. Durante toda la velada, la joven había notado la mirada de Lucas sobre ella y, a decir verdad, el peso de sus ojos funcionó como un bálsamo, pues sintió que estuvo a su lado a lo largo de la noche. Helena no tuvo que encorvarse o fingir ser débil o menos pazguata de lo que en realidad era. Sencillamente, encajaba. Advirtió que esta tranquilidad consigo mismo se debía, en parte, al hecho de que, por primera vez en su vida, estaba rodeado de personas tan raras como ella; pero casi todo el mérito era de Lucas. Aunque no estuvo junto a ella en ningún momento, Helena sentía que seguían unidos por la confianza que habían construido durante el vuelo. Su vigilancia constante tenía un impacto tan positivo en ella que, en cuanto sus ojos la abandonaron, Helena perdió el equilibrio. Observó a su alrededor para averiguar qué había llamado la atención de Lucas y vio que estaba charlando en privado con Palas.

No estaba a favor de utilizar el oído vástago para violar la intimidad de los demás. Ya había tenido una discusión con Héctor sobre ese tema cuando le acusó de escuchar a hurtadillas a su familia desde el mirador, pero, por alguna razón, no pudo resistirse. Cuando oyó su nombre en boca de Palas, sintió la imperiosa necesidad de saber cómo continuaba la conversación.

—No voy a engañarte. Helena me llamó la atención desde el principio —decía Lucas en voz baja—, pero no ha pasado nada.

—Eso es lo que me dicen todos —respondió Palas. Helena le vio acariciarse el labio inferior antes de continuar—: Aunque eso no es lo que más me preocupa ahora; lo que me inquieta es que durante los dos próximos meses estéis revoloteando por el cielo juntos, en vez de con los pies en el suelo. No puede volver a ocurrir, Luke.

—No haré nada —afirmó Lucas con frialdad—. Le estoy enseñando a volar, además procuro asegurarme de que nadie la mate, pero bajo ningún concepto la tocaré. Confía en mí.

Tío y sobrino siguieron charlando, pero Helena dejó de husmear. Se sentía fatal.

Se dirigió hacia su padre a trompicones, puesto que las sandalias que le

habían prestado eran gigantes. Se colocó junto a él mientras este parloteaba con Pandora y le miró fijamente hasta que Jerry pilló la indirecta y la miró.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó con cierta ironía, hasta que dio un segundo vistazo a su hija y empezó a preocuparse—. ¿Estás bien, Len?

—¿Podemos irnos? Tengo un montón de cosas que hacer. Deberes y trabajos. Y estoy agotada —comentó sin dejar de inventarse excusas ridículas hasta que él respondió.

Estaba montando un numerito de niña consentida, lo cual detestaba, pero no estaba dispuesta a quedarse allí ni un segundo más.

Jerry comprobó la hora.

—Claro que sí. Supongo que se está haciendo tarde. ¿Tenía que decir algo así, verdad? —preguntó a su hija con expresión de culpabilidad.

—Tranquilo, has estado bien. Aún es pronto, pero… tengo trabajo —añadió Helena y, de inmediato, se apresuró a acabar con toda la cháchara de gracias, adiós y nos vemos mañana, que deseaba evitar.

Ariadna le lanzó una mirada de desasosiego, pero a Helena ya no le angustiaba nada; no la atañían los sentimientos de nadie y le importaba un pimiento si la familia Delos la consideraba maleducada, grosera o ambas cosas. Nada de eso la importunaba. Lo único que quería era salir de esa casa antes de volver a ver a Lucas o perdería otra vez la chaveta. Fue descortés y poco elegante, pero se las ingenió para arrastrar a su padre basta la puerta principal sin que Lucas ni Palas se percataran ni interrumpieran su conversación privada en el rincón.

11

Helena pedaleó en la bicicleta hasta la escuela el día siguiente. Le dijo a su padre que, cuando Lucas viniera, le dijera que tenía cosas que hacer antes de la tutoría. Jerry se ofendió cuando ella se negó a llamar por teléfono al muchacho para explicárselo, pero es que no soportaría escuchar su voz.

—¿Ocurrió algo ayer en la cena? —quiso saber Jerry.

La joven se escabulló por la puerta y empezó a pedalear antes de darle una respuesta.

Agradeció la fresca brisa otoñal que le acariciaba el rostro. Tenía la cara hinchada por haber estado despierta toda la noche, con los ojos repletos de lágrimas. En realidad, no había derramado ninguna y jamás llegó a desahogarse en un llanto casi eterno, al más puro estilo clásico. Se recostó en la cama tan perpleja que ni siquiera era capaz de sollozar. Se sentía como una idiota. Intuía que había cosas peores que el menosprecio del chico de sus sueños, pero, en ese instante, no lograba imaginarse ninguna.

Kate, Claire y hasta su padre le habían preguntado en repetidas ocasiones qué había entre ellos dos, como si esperaran que en cualquier momento anunciaran que estaban juntos, pero nadie le había preguntado a Lucas qué opinaba sobre que le emparejaran con Helena. Ahora sabía a ciencia cierta que él «jamás la tocaría». Esas tres palabras no dejaban de resonarle en la cabeza; no eran solo las palabras, sino la pasión con las que las había pronunciado. Tal y como se había referido a ella, daba la sensación de que la idea de besarla le resultaba asquerosa, lo cual la dejó confusa a la par que dolida. ¿Cómo era posible que quisiera darle la mano todo el tiempo si pensaba que era repulsiva?

Helena llegó a la escuela, puso el candado en su bicicleta y tomó una ruta

alternativa hasta su taquilla. Era un camino más largo, pero sabía que no se toparía con ningún Delos, así que merecía la pena. Había salido de casa tan pronto que, incluso tras haber tomado la vía más larga, fue la primera en asomar la cabeza en el aula.

Claire advirtió el mal aspecto de su mejor amiga en cuanto entró por la puerta. Como buena amiga que era, aparcó todas las discusiones que supuestamente tenían pendientes y le hizo a Helena una docena de preguntas acerca de su rostro enrojecido y el cabello alborotado incluso antes de quitarse la mochila y dejarla en el suelo. Helena mintió lo mejor que pudo, pero con poco entusiasmo. Menos mal que apareció Matt y apoyó su versión, explicando lo que a Helena le había pasado el día anterior. Tampoco ayudó que Zach no dejara de hacer ruidos de burla mientras Helena trataba de disuadir a Claire. La joven lo ignoró, tal y como acostumbraba a hacer, pero notaba que la observaba en todo momento con una expresión desdeñosa.

Helena mantuvo la cabeza gacha e hizo todas sus tareas. Ahora le importaba un bledo si le iba bien en el instituto, si llamaba la atención o si padecía retortijones. Mientras caminaba hacia la cafetería meditó la idea de fingir un terrible dolor de estómago para alejarse de Lucas. Lo último que quería era enfrentarse a todos en el almuerzo, así que tenía que encontrar un lugar donde esconderse. Vio el auditorio a su derecha. Alguien había dejado la puerta entreabierta, así que no dudó un segundo en empujarla y colarse en el interior.

Una luz muy suave y tenue iluminaba el escenario. Todo estaba en calma, no había ningún ruido. Era exactamente lo que andaba buscando. Se acomodó en el proscenio y destapó la fiambrera con su almuerzo. Empezó a comer y miró a su alrededor, tomando nota de los nuevos decorados que acababan de colocar. El club de teatro representaba dos espectáculos al año, una obra de teatro en invierno y un musical en primavera.

Se preguntó qué obra de teatro interpretaría el club este invierno. Entonces vio el guion que alguien había dejado allí: *El sueño de una noche de verano.* Helena abrió la primera página y leyó: ESCENA 1. ATENAS. PALACIO DE TESEO. Puso los ojos en blanco y arrojó el texto al suelo. Daba la impresión de que alguien le había tendido una trampa. Quizás era verdad que el destino movía todos los hilos.

Helena pasó las tres horas restantes aturdida y embobada, pero su suerte no duró todo el día. Cuando sonó el timbre que marcaba el fin de la jornada escolar, se apresuró hacia su taquilla para guardar los libros e ir a entrenar lo más rápido posible, pero Lucas se anticipó.

—¡Eh! —exclamó desde el otro extremo del pasillo. Aproximándose a ella, adoptó un semblante más corpulento y peligroso. Grupos de estudiantes se escurrían hacia sus clases al oír las zancadas del joven Delos. Cuando al fin estuvo lo bastante cerca, le preguntó—: ¿Dónde te has metido todo el día?

—He estado ocupada. No puedo llegar a atletismo tarde otra vez —respondió lacónicamente, sin mirarle a los ojos mientras rebuscaba en la taquilla el material para el entreno.

—Te acompaño —se ofreció al mismo tiempo que examinaba el rostro de Helena.

La joven mantuvo la cabeza inclinada; el cabello le tapaba el rostro y decidió no responder al ofrecimiento. Avanzaron por el pasillo juntos, pero a pesar de tener a Lucas a su lado, Helena se sentía más sola que nunca.

—¿Por qué no me has llamado esta mañana? Podría haberte recogido más temprano si tenías cosas que hacer algún recado —dijo Lucas cuando el silencio se hizo insoportable.

—Mira, Lucas. Es muy dulce por tu parte que quieras traerme en coche, pero para mí es más fácil coger la bici. Así que mejor será que lo olvidemos.

—¿No quieres que pase a buscarte más? —preguntó con voz gélida.

—No —respondió.

La pareja se acercó al final del pasillo que conducía hacia los vestuarios del instituto. Al fin, Helena se giró para mirarle, aunque no debería haberlo hecho. Lucas parecía dolido.

—De acuerdo —aceptó con un susurro—. ¿Piensas decirme qué he hecho mal o tengo que adivinarlo?

—No has hecho nada mal —respondió Helena con aire apático.

El muchacho la miró con atención, esperando notar la mentira, pero no percibió ni un ápice. Por un momento, la luz que iluminaba su rostro se dispersó, ocultando así su ademán.

—¿Podrás llegar a mi casa después del entreno? —le preguntó mientras esquivaba su mirada, tan confundido que no sabía dónde mirar ni qué decir.

—Ya que lo mencionas… —empezó Helena mientras ideaba una mentira creíble.

—Vendrás. Todavía no hemos averiguado la identidad de las mujeres que te atacaron y, para colmo, Creonte está aquí. Aprender a defenderte es más importante que lo que hecho, o no, para molestarte —comentó cortante y con tono enfadado.

Helena asintió, a sabiendas de que era ridículo insinuar que quería dejar de asistir a esas clases. Apenas lograba distinguirle entre las confusas imágenes que Lucas creaba al mismo tiempo que manipulaba la luz a su alrededor. Daba la impresión de que la silueta del chico se había triplicado y las tres versiones se arremolinaban entre sí formando una ilusión óptica similar a la de un caleidoscopio. Helena prefirió agachar la cabeza; el cabello le tapaba los ojos y esperó a que su imagen se estabilizara para poder mirarle sin marearse.

—¿Quieres que me mantenga lejos de ti el resto del día? —le preguntó con una voz cuidadosamente controlada.

No, pensó Helena. Y sí. Las dos respuestas eran sinceras. No podía mentirle, pero, de golpe, la verdad se había tornado escurridiza.

—Creo que sería lo mejor —balbuceó.

Lucas no contestó ni una palabra. Solo dio media vuelta y la dejó allí, en mitad del pasillo.

—Hola, Lucas… Adiós, Lucas —lo saludó y lo despidió Claire cuando se lo cruzó en el pasillo. Miró a Helena y a Lucas varias veces y preguntó—: ¿Bronca?

Ella se encogió de hombros y cogió la mano de su mejor amiga, conduciéndola hacia los vestuarios femeninos.

—Qué más da. —Eso era todo lo que energía le dejó articular. Mientras trotaba por la pista, le preguntó a Claire por su día. Le confesó su almuerzo secreto en el auditorio y le comentó que se lo contara a Matt para evitar que la amistad se enfriara. Claire sentía una gran curiosidad, pero no le hizo ninguna pregunta al respecto.

Helena sentía que el mundo se había convertido en una suerte de chiste sin gracia. Si se hubiera encontrado en un club viendo un espectáculo semejante, no habría dudado en levantarse e irse de allí. Pero debía aceptar

las cosas como eran: después del entreno tenía que ir a casa de los Delos para dejar que el primo de Lucas le diera una buena tunda.

Cuando finalizó el entreno, fue en bicicleta hasta allí. Llegó antes que Lucas, Jasón y Héctor. Se dirigió hacia las pistas de tenis, que estaban en proceso de convertirse en un auténtico campo de combate recubierto con arena, y observó a su alrededor. Había una espada en el suelo y no dudó en recogerla. Alzó el arma y la viró en el aire, para saber que se sentía.

Se sintió tonta de remate. Ella no estaba destinada a ser un espadachín.

—Creo que Héctor quiere que primero aprendas a manejar la lanza. Es la tradición —anunció Cassandra, que apareció detrás de ella.

—No querría entrometerme con la tradición —respondió Helena con sarcasmo mientras dibujaba una cruz en la arena con la punta de la espada.

—Todo lo contrario. De hecho, creo que eso era lo que tu madre tenía en mente para ti —añadió Cassandra con ese tono de voz lejano y espeluznante que solía utilizar en momento cruciales—. Escoger un nombre para bautizar a una hija es una cosa del pasado, y yo solo puedo ver el futuro.

—¡Eres un oráculo! —exclamó Helena, atónita. Tendría que haberse dado cuenta desde el principio.

De pronto, no estuvo segura de querer quedarse a solas con Cassandra. Había algo en su mirada que no la convencía. Empezó a dibujar un círculo alrededor de Cassandra, manteniendo siempre la misma distancia entre ellas, pero acercándose sutilmente a la salida.

—Delfos, Delos. Y el oráculo de Delfos siempre fue uno de los sacerdotes escogidos por Apolo —musitó Helena sin alterar el tono de voz, procurando mantener a Cassandra distraída.

—Casi. El oráculo de Delfos fue siempre uno de los vástagos de Apolo, y siempre una sacerdotisa. Una chica —corrigió Cassandra con tono amargo—. El oráculo de Delfos es la hija de Apolo y las Tres Hadas, también conocidas como los Tres Destinos.

—Estoy bastante segura de que eso no figuraba en el libro que me regalaste —repuso Helena algo dubitativa mientras Cassandra recogía la espada del suelo; la levantó con esfuerzo antes de acercarse a Helena.

—Jamás se reveló a los antiguos historiadores, aunque sí se conocía que Apolo era hijo de Zeus y no descendiente de los dioses originales. Pertenecía

a la segunda generación, una especie de vástago glorificado y que, al igual que nosotros, moriría algún día.

Cassandra seguía aproximándose a la chica sin dejar de empuñar la espada.

—Entonces, ¿por qué no murió? —preguntó Helena con suma cautela, procurando no alterarse para no provocar a Cassandra. Deshizo el círculo que había avanzado antes sin apartar la mirada de la hoja reluciente color bronce que Cassandra alzaba y bajaba, como si no tuviera fuerza suficiente para mantenerla elevada constantemente.

—Apolo llegó a un trato con las Tres Hadas —informó. Por lo visto, un pensamiento oscuro la distrajo, pero, tras unos segundos de silencio, continuó —: Les ofreció algo que jamás hubieran conseguido sin su ayuda. Una niña. Juró ante el río Estigia que le otorgaría descendencia, pero, a cambio, ellas prometieron que nunca cortarían su hilo de la vida. Desde aquel día, Apolo alcanzó la inmortalidad y cada generación debe conceder a las Tres Hadas una niña descendiente de Apolo. Es su hija espiritual y, en algunas ocasiones, puede ver lo que sus madres tienen preparado para el mundo.

Helena advirtió que Cassandra avanzaba a trompicones. A pesar de parecer insegura, continuó acercándose a la joven. A medida que se aproximaba a ella, el resplandor que bordeaba su silueta comenzó a bailar, como si repeliera su piel, y sus ojos y dientes se tiñeron del púrpura inconfundible de la luz negra. Helena sabía que, comparada con Cassandra, era mayor, más grande y más fuerte; aún así, no le cabía la menor duda de que era ella la que corría un grave peligro. Cassandra no era la única que habitaba ese cuerpo diminuto. Las Tres Hadas estaban de visita y, quizás, en parte, controlaban sus movimientos.

Helena vio que Cassandra le bloqueaba cualquier escapatoria. La joven Hamilton sabía que, en un momento determinado, podría huir volando ahora que había aprendido a deshacerse de la gravedad, pero no estaba del todo segura de si sabría controlar el vuelo una vez hubiera despegado. Además, tampoco sabía aterrizar sin que Lucas la sujetara de las manos. Sin embargo, le aterrorizaba más el oráculo con la espada que desplomarse del cielo. Helena estaba a punto de arriesgarse y alzar vuelo cuando, de forma inesperada y repentina, la conducta de Cassandra cambió por completo. Pasó

de ser el mensajero oscuro y miedoso de las Hadas a convertirse en una jovencita vulnerable.

—Vi algo, Helena —anunció con desesperación—. Y después lo volví a ver una y otra vez. Me sentí tan avergonzada y asustada que decidí no contarle a nadie lo que había visto. Pido perdón si me estoy equivocando, pero tengo que hacerlo, por el bien de todos nosotros. Tengo que hacerlo… porque… es lo que ocurrirá después.

Los ojos se le humedecieron de lágrimas. Parecía tan atormentada que incluso Helena habría hecho cualquier cosa para hacerla sentir mejor. Le dedicó una sonrisa comprensiva a la pequeña de los Delos, que intentaba controlar su agitada respiración y asentía como respuesta, al mismo tiempo que envolvía la empuñadura de la espada con ambas manos. La balanceó por encima del hombro y se detuvo en seco, esperando que Helena estuviera preparada.

Helena tragó el grito sofocado que se arrastraba precipitadamente por su garganta.

Si Cassandra, el oráculo de Delfos, había vaticinado su muerte, ¿qué sentido tenía luchar contra ello? ¿Acaso Helena tenía otra opción?

La idea de no manejar su propio destino la enfurecía. Estaba tan rabiosa que decidió levantar la cabeza y tomar la única decisión que podía, a sabiendas de que, con toda seguridad, sería la última decisión de su vida.

—Podría intentar escapar volando, pero ¿cómo dice la frase de la tragedia *Edipo Rey*? «A menudo se encuentra el destino en el camino que se tomó para evitarlo», ¿verdad? Así que haz lo que tengas que hacer. Yo escojo acabar con esto ahora mismo —respondió Helena con la voz impasible, aunque todo su cuerpo temblaba de miedo.

Cassandra osciló la espada. En ese milisegundo, Helena se convenció de que había gozado una buena vida, pues, de repente, quiso aferrarse a ella e incluso le vinieron ganas de llorar de gratitud. Había tenido amigos maravillosos, el mejor padre del mundo y un cuerpo sano y fuerte. Incluso había disfrutado de la emoción de volar. Y una vez, en mitad de la noche, estuvo a punto de besar al único chico que había querido…

Notó un extraño hormigueo, como si alguien hubiera apoyado un gigantesco mirlitón junto a su cuello y soplara con fuerza. Observó que

Cassandra abría los ojos de par en par mientras apartaba el filo de la espada del cuello de Helena.

La espada estaba completamente destrozada en la zona intermedia, retorcida y deteriorada, como si fuera una lámina de metal estrujada. Durante unos instantes Cassandra miró fijamente a Helena, estupefacta e incrédula. Acto seguido, unos lagrimones de alivio se deslizaron por sus mejillas.

—Tenía razón —dijo al mismo tiempo que dejaba caer el arma y abrazaba a Helena con fuerza. Entonces empezó a dar brincos de alegría, obligando a la joven a que saltara con ella, mientras exclamaba—: ¡No estás muerta! Esto es… ¡No te imaginas qué feliz estoy por no haberte matado!

—Ídem —murmuró Helena, asombrada. Seguía viva.

—Espera, tenemos que asegurarnos —dijo Cassandra, emocionada, mientras corría a toda prisa hacia el baúl de armas que había en un rincón de la pista de tenis. Destapó el cofre y agarró un arco y una flecha. Con una sonrisa de oreja a oreja, disparó a Helena al pecho.

Helena escuchó a Ariadna gritar algo a su prima y a alguien trotando a una velocidad supersónica para adelantarse a la flecha y frenarla, pero la carrera fue en vano. La punta de la flecha rozó el pecho de Helena y rebotó. Demasiado tarde como para cambiar de rumbo, Jasón chocó con ella desde atrás y la derribó. Los dos dieron varias volteretas hasta que el muchacho logró clavar los codos en el suelo, lo cual le ayudó a frenar. Quedó encima de la joven. Helena permaneció abatida en el suelo mientras Jasón observaba el tórax de Helena sin dar crédito a lo que veía.

—Vi que la flecha se clavaba en tu pecho —dijo con vehemencia, como si estuviera prestando declaración ante un gran jurado.

—Yo también —añadió Cassandra desde el otro extremo de la pista de tenis, sonriendo con satisfacción.

—Creo que la hemos perdido definitivamente —susurró Héctor a Ariadna con aire triste, pero sin sorpresa en su voz.

—No he perdido la chaveta, Héctor. Lo he visto —afirmó Cassandra sonriendo de oreja a oreja—. A Helena no puede herirla ningún arma.

Compruébalo por ti mismo —recomendó mientras extraía una espada del cofre para ofrecérsela a su hermana.

—Cass baja la espada —sugirió Ariadna alzando la mano, con un gesto

apaciguador—. Podemos hablar sobre esto.

—¡No estoy loca! —chilló Cassandra, que, de repente, se mostró furiosa.

—No está loca —confirmó Helena con convicción. Se deslizó por debajo de Jasón y se incorporó—. Vamos, Cass. Dispárame.

Cassandra se colocó con otra flecha en el arco y no vaciló en disparar a Helena, esta vez apuntándole a la cabeza. Ariadna dejó escapar un grito ahogado, pero el chillido perdió intensidad cuando observaron que la flecha se desplomaba al tocar la cabeza de la joven. Se produjo un silencio sepulcral durante varios segundos.

—¡Vaya! —exclamo Héctor con un toque de envidia en su voz.

—¿Te ha dolido? —preguntó Jasón mirando a Helena con aire incrédulo.

—Un poquito —respondió ella, pero Jasón estaba tan emocionado que no podía prestarle atención.

Corrió hacia el cofre, sacó una jabalina y la arrojó hacia Helena. Rebotó en su cuerpo.

—De acuerdo, esta vez sí me ha dolido —reconoció Helena.

La joven no dejó de sonreír en todo momento, pero, al ver que Héctor ya había escogido otra espada y se encaminaba con paso decidido hacia ella, alzó las manos, indicando de modo amigable que ya había tenido suficiente.

—Pararé cuando empieces a sangrar —replicó con indiferencia sin dejar de avanzar violentamente hacía Helena. Tras cuatro embestidas, la espada quedó para el arrastre.

Helena dio un traspiés y cayó de bruces. No estaba herida, pero el instinto de protegerse seguía activo. Héctor adoptaba un semblante aterrador cuando atacaba. La lluvia de golpes finalizó súbitamente cuando la espada se rompió en dos. La joven intentó ponerse en pie, pero volvió a derrumbarse cuando algo cayó desde el cielo y aterrizó con violencia sobre Héctor. Lucas se abalanzó sobre su primo mayor desde arriba, hundiéndole en el barro y obligándole, segundos después, a ponerse de rodillas para atestarle varios golpes.

—¡Lucas para! —gritaron las tres chicas al mismo tiempo.

Jasón no soltó palabra, pero, tal y como ya era habitual, se entrometió entre su primo y hermano para intentar separarlos. Furioso, Lucas golpeó a Jasón accidentalmente; eso le hizo parar y mirar a sus dos primos. Héctor

estaba debajo, recubierto de fango y mugre, con las manos en alto, gesticulando rendición. Jasón estaba junto a Héctor, con la boca manchada de sangre y empujando los hombros de Lucas para mantenerlo alejado de su hermano. Lucas pestañeo y miró a Helena.

—Estaba intentado matarte —confesó mientras bajaba el puño. Observó con atención a su primo y, con voz inocente, como si fuera un niño pequeño, añadió—: Te vi. Tenías una espada.

—Estoy bien. Mírame, Lucas. Ni una gota de sangre. Estoy bien —aseguró Helena mientras se deslizaba hacia la zanja. Posó las manos sobre los hombros de Lucas e intentó convencerle de que soltara a sus primos, que jadeaban asustados. El joven, dócil por el arrepentimiento y la confusión, se dejó guiar por Helena.

Cassandra explicó brevemente la inmunidad de la jovencita a su hermano mientras Helena, Ariadna y Jasón tiraban de Héctor, que permanecía atorado en la zanja donde se había desplomado cuando Lucas se abalanzó sobre su primo. Aunque no estaba herido de gravedad, no podía caminar sin su ayuda. Ariadna y Jasón llevaron a Héctor hacia la casa, sujetándole para que no perdiera el equilibrio. Lucas contempló a su primo con atención, medio cojeando, medio arrastrándose por el jardín. Ante aquel panorama, Lucas tuvo que sentarse en la arena.

Tres siluetas salieron raudas del edificio, a una velocidad inhumana, para comprobar qué había sucedido. Palas ayudó a sus hijos a recorrer el resto del camino hacia la casa mientras Cástor y Pandora, tras una breve conversación con Ariadna, se dirigían hacía la pista de tenis.

—¿Por qué no me advertiste, Cassie? —suplicó Lucas en voz baja al mismo tiempo que Cástor gritaba preguntas desde la otra punta de la pista de tenis, acompañado por Pandora.

Cassandra se encogió de hombros y desvió la mirada al suelo.

—Tenía miedo —interrumpió Helena, que no dudó en defender a Cassandra para frenar el interrogatorio de Cástor. Tomó a la chica de la mano; a Helena le molestaba sobremanera que quisieran culpar a Cassandra por las acciones de Lucas—: Tuvo una visión de sí misma sujetando una espada y supuso que me mataría. Pensó que tenía que matarme. Poneos en su lugar. ¿Se lo habríais contado a alguien?

Pandora miró a Helena de manera inquisitiva, como si quisiera preguntarle si todo andaba bien. Ella le respondió con una sonrisa insegura, aunque le alivió saber que Pandora era lo bastante sensible como para hacerle esa pregunta en silencio. Entonces, las dos volvieron su atención a Lucas, que todavía estaba en estado de *Shock.*

—Si estabas asustada, ¿por qué no me lo dijiste, Cassie? Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea —afirmó Lucas. Pero Cassandra se limitó a menear la cabeza.

—Ninguno de vosotros estáis capacitados para ser mis confidentes. Soy la única que puede decidir lo que debo revelar o mantener en secreto —comentó con voz amable.

Cassandra se apartó de Helena y se puso algo más derecha. En cierto modo, parecía que la más pequeña de los Delos se desprendía de su infancia con un gesto doloroso. Tomó aliento y se dirigió a Helena.

—¿Quedarte ahí y esperar que te cortara la cabeza? —dijo con una voz distinta, más madura y más melancólica—. Es lo más valiente que jamás he visto.

«Eso es porque no te has visto a ti misma», pensó Helena.

Cassandra bajó la mirada hacia Lucas, que aún no había salido de su asombro por lo que había hecho. La chica apoyó una mano en su hombro y le sacudió hasta que Lucas alzó la mirada.

—Entremos en casa y veamos que tal está Héctor —dijo mientras ayudaba a su hermano a incorporarse.

A Helena aún le temblaban las piernas por el efecto de la adrenalina. Cuando se encaminaron hacia la casa, deseó que Lucas la cogiera de la mano, tal y como solía hacer, pero enseguida se regañó a sí misma por pensarlo. Aceleró el ritmo y caminó delante de él para no caer en la trampa de complacerse a sí misma.

Toda la familia se sentó alrededor de la mesa de la cocina para discutir el nuevo descubrimiento, pero, al parecer, nadie tenía respuestas. Le preguntaron a Helena si podía recordar algún episodio de su vida en que se hubiera hecho daño con un cuchillo, por ejemplo, pero su infancia había estado libre, lo cual resulta extraño hasta para un vástago. No lograba rememorar haberse cortado con algo más afilado y peligroso que una hoja de

papel. Eso suscitó un debate filosófico acerca de que podía calificarse como un arma: si una hoja de papel podía cortarle pero una espada no, ¿se podría crear una espada de papel y matarla?

—¿Un tenedor se considera un arma? —preguntó Jasón señalando un tenedor que había sobre la encimera.

Ariadna se encogió de hombros y clavó el tenedor en el hombro de Helena. De inmediato, el objeto se deshizo como una bola de helado en contacto con algo caliente.

—Supongo —respondió Ariadna—. ¿Y una cuchara? —dijo mientras se giraba para encontrar una.

—¿Os importaría parar, por favor? —rogó Lucas con una mueca de dolor —. Al final encontraréis algo que pueda hacerle daño de verdad. O incluso matarla. Creo que deberíamos posponer los experimentos hasta que descubramos por qué pasa esto.

—Estoy de acuerdo con Lucas —afirmo Cástor—. Y cuanto antes averigüemos el motivo de su inmunidad, mejor.

—Es imposible que haya heredado ese talento, porque, de ser así, lo habríamos visto en otros vástagos antes —expuso Palas mirando a Helena fijamente, como si fuera un bicho en peligro de extinción que había encontrado bajo un tronco—. ¿Y si la sumergieron en el río Estigia? —Lanzó Palas, como si fuera la explicación más lógica—. No se parece a un muerto viviente, pero Aquiles tampoco parecía y lo era.

—No, apostaría lo que fuera a que aún tiene alma —opinó Cástor, sacudiendo la cabeza.

—Y, de todas formas, ¿cómo habría llegado al río Estigia? Hace milenios que no hay un descendiente —añadió Cassandra poco convencida.

«¿Un descendiente?», se preguntó Helena.

—¿Qué os parece algo más básico, como una pistola? —preguntó Jasón. Al muchacho aún no le entraba en la cabeza que Helena gozara de un talento tan increíble.

—¿Desde cuándo las balas son lo bastante rápidas para alcanzar a un vástago? Por eso seguimos utilizando espadas, tontaina —aclaró Ariadna con una sonrisita—. Nuestra velocidad es incomparable, por eso nosotros somos nuestro peor enemigo.

—Si, pero ¿y si Helena se queda quieta y nosotros le disparamos unas cuantas balas? Técnicamente, si alguien nos ametralla, podemos morir —dijo con cierta lógica.

—Da igual las veces que disparemos a Helena; de hecho, podrías lanzar una bomba sobre ella y no se haría ni un rasguño, eso es lo que intento deciros —prosiguió Cassandra con aire cansado y frustrado.

—Tiene que haber una explicación. No es un talento, así que debe ser algún tipo de protección que no conocemos. Empezaré a investigar y redactaré una lista de posibilidades —afirmó Palas sin apartar la vista de la joven.

—Te ayudaré, papá —propuso Héctor desde el umbral de la puerta, y renqueó hacia la mesa de la cocina. Tenía el cabello húmedo, pues se acababa de dar una ducha—. Me muero por descubrir cómo aquí, la Chispas, hace este pequeño truco.

—He intentado que descanse por todos los medios, pero ni siquiera me escucha —protestó Pandora desde el pasillo.

Héctor se dirigió directamente hacia Lucas.

—¿Cómo estás? —preguntó con culpabilidad.

Héctor y su primo se dieron un emocionado apretón de manos.

—Estoy bien, hermano. Yo habría hecho lo mismo en tu lugar —admitió. Después dibujó una de sus sonrisas pícaras y añadió—: Aunque yo te habría golpeado más fuerte.

Se dieron un abrazo y dejaron la confrontación en el olvido. Ariadna estaba a punto de susurrarle a Pandora una pregunta, pero Helena no podía morderse ni un segundo más la lengua y explotó:

—Por favor, ¿alguien podría explicarme por qué me llamáis «Chispas»? Y si esta noche alguien vuelve a golpearme o a clavarme algo, ¡os juro que no respondo! —añadió girándose hacia Jasón, quien en ese instante se acercaba sigilosamente por detrás con una grapadora.

—¿Todavía no se lo has dicho? —le dijo Cassandra a Lucas con incredulidad—. Deberías habérselo contado hace días.

—Pensaba decírselo hoy, pero no he encontrado el momento apropiado —respondió bajando la mirada.

En ese instante, Helena recordó que Lucas había insistido en acompañarla

hacia el vestuario después de las clases, como si tuviera algo urgente que decirle, pero ella le había cortado alegando que lo último que le apetecía era verle. Pero todo había sido por su culpa. Él era el que, por lo visto, se sentía obligado a enseñarle a defenderse y volar, ¿o no?

—Bueno, entonces dímelo ahora —comentó con atrevimiento.

Lucas alzó la mirada y la observo con severidad, como si estuviera enfadado.

—Puedes generar rayos. Electricidad. No sé cuanta energía eléctrica puedas crear, pero, según lo que yo he notado y lo que percibió Héctor en el supermercado, creemos que puede ser astronómica.

—¿Rayos? —repitió Helena sin dar crédito a lo que oía.

Entonces recordó el episodio en que Héctor empezó a convulsionar cuando la rozó en el supermercado y, de inmediato, le vino a la memoria la imagen de Lucas apartándose súbitamente de ella en el pasillo, la primera vez que se vieron. Estaba tan aterrorizada, tan desesperada por protegerse de ellos…

¿Era posible que hubiera evocado un poder del que jamás había sido consiente? ¿Había creado un relámpago?

Se le vino a la mente la imagen de un destello de luz azul y acto seguido, la figura de Kate derrumbada en el suelo. De repente, se le ocurrió algo terrible. Intentó hacer desaparecer ese pensamiento, tal y como había hecho desde que era niña, pero esta vez no se esfumaría con tanta facilidad.

—Creemos que eso significa que eres descendiente de Zeus —confesó Cassandra—. Pero aún no logramos descifrar a que casta perteneces. Tres de las cuatro castas fueron fundadas por Zeus o por sus hijos, Afrodita y Apolo. Solo la cuarta casta, la de Atenas, es obra de Poseidón, de forma que la podemos descartar. O quizá no.

—¿Mi casta? —repitió Helena.

Aún estaba tan envuelta en sus propios pensamientos que incluso le costaba entender su propio idioma. Ahora intentaba recordar un fulgor azul del pasado; un hombre muy miedoso trataba de acariciarle el pelo continuamente en la parte trasera del transbordador de Nantucket. Le vino a la garganta un olor a chamusquina. Se pasó la mano por la cara e intentó desenterrar ese recuerdo. Se había convencido de que ella no podía haber

causado aquel incidente. Y, peor aún, ¿también había hecho daño a Kate?

—Cuando hablamos de tu casta, nos referimos a tu herencia, Helena —explicó Cástor con dulzura al percibir la inquietud de la joven—. Zeus tuvo muchísimos hijos, incluido a nuestro padre, Apolo, de modo que todavía no podemos definir con exactitud a qué casta pertenece tu familia. Pero no te preocupes, seguiremos indagando para averiguarlo.

—Gracias —murmuró Helena, que seguía abrumada.

—Aún no puedes controlar los rayos; por lo visto, es como un disparador automático que se enciende cuando estás atemorizada —le aclaró Lucas tras un largo silencio.

Helena advirtió que el joven la miraba con una mirada extraña, indescifrable.

—¿Es como una pistola paralizante? —preguntó Helena con ansiedad, saliendo abruptamente de su trance.

—Sí —confirmó Héctor, como si comparaba ambas sensaciones en su cerebro—, pero más intenso.

—¿Duele mucho? —quiso saber Helena, que, en ese preciso instante, notó que el estómago se le revolvía.

—Supongo —respondió Héctor con condescendencia—. ¿Sabes?, si te centraras en desarrollar esa habilidad, probablemente podrías generar una descarga letal en cuestión de días.

—Eso no será necesario —espetó Helena. Aquella sugerencia la horrorizó, así que se levantó.

—Helena, espera; podría ser algo bueno —repuso Jasón—. Podrías aprender a utilizar tus rayos en vez de luchar cuerpo a cuerpo.

—No tienes que usarlos para matar, solo para dejar inconsciente a tu contrincante, por ejemplo —emendó Lucas, sabiendo que algo estaba perturbando a la chica.

Jamás hubiera imaginado que su comentario, destinado a hacerla sentir mejor, solo serviría para empeorar las cosas. Helena pensó en el cuerpo inconsciente de Kate, en cómo su amiga había convulsionado con espasmos tras el destello de luz azul. Le vino a la cabeza la imagen de su padre, boquiabierto y atónito al descubrir que su hija había alzado el cuerpo de Kate sin esfuerzo alguno. No lograba deshacerse de esos pensamientos

horripilantes, así que empezó a caminar alrededor de la mesa, estrujándose las manos para deshacerse de los nervios que le recorrían el cuerpo. Sabía que todos la miraban, así que desvió la mirada hacía Pandora, que, sin duda, también prestaba atención a la extraña reacción de la joven.

—¿Por qué no aparcamos esto hasta mañana? —preguntó en voz alta sin dirigirse a nadie en particular—. Héctor tiene que comer y hay más de uno que necesita una ducha con urgencia. Sin ánimo de ofender, chicos.

Pandora consiguió que todos soltaran una carcajada y, lo más importante, logró que Helena dejara de ser el centro de atención. La joven se lo agradeció de todo corazón.

—¿Estás bien? —le susurró Ariadna al oído mientras la reunión familiar se dispersaba.

Helena le apretó la mano y trató de sonreír, pero no tenía la menor idea de que decir, así que, con paso inseguro, se dirigió hacia la puerta.

—Te llevaré a casa —dijo Lucas, que no dudó en poner punto final a la conversación que acababa de iniciar con su padre y su tío.

—Se supone que esta noche yo soy el encargado de vigilar a Helena —comentó Jasón, como si pidiera disculpas.

—Y he traído mi bicicleta aquí —añadió Helena. No soportaría estar con él a solas.

—Me da igual —replicó Lucas sin rodeos. Observó a Jasón durante un instante, comunicándose con él a través de la mirada y después se giró hacia Héctor—: Necesito tu todoterreno.

Aunque Lucas intentó disimularlo, todos percibieron una nota de enfado en su voz. Héctor dijo que sí con la cabeza y miró de reojo a Helena y su primo con una expresión que denotaba lástima.

Lucas agarró la mano de Helena y la condujo hasta afuera. Puso la bicicleta en el maletero del todoterreno de Héctor y le abrió la puerta a Helena, invitándola a entrar. Puso el coche en marcha y salieron del garaje sin hablar. Cuando abandonaron la finca, Lucas aparcó el coche en uno de los muchos lugares románticos y pintorescos de la isla. Se giró en el asiento para mirar a Helena cara a cara.

—¿Qué pasa? —preguntó. Parecía enfadado, disgustado y asustado al mismo tiempo.

Ella no tenía una respuesta para esa pregunta.

—¿Puedes al menos decirme que he hecho mal?

—Ya te lo he dicho, no has hecho nada mal —respondió Helena con la mirada clavada en su regazo.

—Entonces, ¿por qué me tratas así? Mírame —rogó tomándole de la mano.

La joven contempló sus manos entrelazadas como si fuera la primera vez que viera algo así.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó mientras se soltaba de su mano con indignación—. ¿Sabes qué? Rectifico: sí que me has hecho algo. Dejaste que me ilusionara.

El rostro de Lucas se desfiguró. Helena había perdido cualquier tipo de esperanza después de lo que había escuchado la noche anterior, pero por alguna razón había una diminuta luz al final del túnel que le indicaba que, quizá, todo aquello no era más que un malentendido. O a lo mejor Lucas había cambiado de opinión. La luz se apagó cuando Lucas asintió.

—Dejé que te ilusionaras —repitió. Apretó los ojos y agarró con tal fuerza el volante que, por un momento, Helena pensó que lo arrancaría. Su tono de voz era áspero, casi un gruñido—: Tú y yo no podemos estar juntos, así que quítate la idea de la cabeza y pasa página.

Helena se desabrochó el cinturón y se apeó del coche sin pensárselo dos veces.

—Espera, por favor —empezó a decir con aire triste y apenado, pero Helena cerró la puerta de golpe y lo cortó de inmediato.

—¿Espera? ¿Para qué? ¿Para qué me digas que soy una chica muy agradable pero que jamás me tocaras? Gracias, pero esa parte ya me ha quedado clara. Ahora, abre el maletero para que pueda descargar mi bici —añadió. Ni ella misma reconocía su propia voz: sonaba tan amarga y sarcástica que parecía que fuera otra persona la que hablaba.

—Prometo no decir una palabra durante el resto del camino, si eso es lo que quieres. Pero deja que te lleve a casa —suplicó Lucas más calmado.

A Helena le ponía de los nervios que estuviera tranquilo y sosegado en una situación como esta.

—¡Abre la maldita puerta o la arrancaré yo misma! —gritó.

Sabía que estaba montando un espectáculo en mitad de la calle y que parecía una loca de remate, pero no podía evitarlo. Cada poro de su piel destilaba humillación y lo único que quería era alejarse de él lo más rápido posible. Sin embargo, no quería olvidarse de nada, puesto que eso significaría volver más tarde y tener que pedírselo.

Se quedó de pie delante del maletero del coche, con la cabeza agachada y los brazos cruzados sobre el pecho. Sabía que él la observaba a través del espejo retrovisor, así que giró el cuerpo. Al final, Lucas aceptó abrir el maletero. Helena bajó la bicicleta y se montó en ella sin decir nada.

Cuando llegó a casa se desplomó sobre la cama sin tan siquiera quitarse la ropa. Podía escuchar a Jasón merodeando por el mirador del techo, estableciendo su pequeño campamento para pasar la noche, pero no se sentía culpable por dejarle allí arriba. Todo lo que quería era distanciarse de la familia Delos lo antes posible.

***

Estaba en el borde de las tierras áridas, en un lugar nuevo que había visto a lo lejos, pero que jamás se había imaginado que alcanzaría. Seguía siendo un lugar rocoso, pero entre las matas de briznas afiladas y largas, se distinguían pedazos de mármol tallados a mano que, de cerca; Helena averiguó que pertenecían a un millar de columnas esparcidas que bien podían aguantar al Partenón. Sin duda, aquí se había alzado un imperio.

Las aguas de un río fluían a lo lejos. Si bien Helena no podía asegurar que lo oía, ni que notaba una milésima parte de humedad en la atmósfera, no le cabía ninguna duda de que cerca de allí manaba agua. Helena tenía la garganta seca y vacía. ¿Dónde estaba el río?

Mientras escudriñaba el paisaje en busca del río, la joven observó la arquitectura en ruinas y leyó algunas inscripciones. Gracus ama a Lucinda. Ethan ama a Sarah. Michael ama a Erin. Durante lo que a Helena le parecieron días, la muchacha acarició con los dedos los nombres esculpidos de amores perdidos, serpenteando entre los pilares caídos de promesas incumplidas y quitándole el polvo a las lápidas del cementerio del amor. Cada muerte merecía un lugar de descanso en ese páramo.

Caminó hasta que los pies le comenzaron a sangrar.

Se despertó en una habitación donde reinaba un resplandor azul que evocaba tristeza. Intentó girarse, pero le dio la impresión de estar atada al colchón, como si un grupo de liliputienses la hubiera asaltado en mitad de la noche. De algún modo se había quitado la camiseta y los zapatos mientras dormía, pero lo más inexplicable del asunto es que tenía los tejanos enmarañados con las sabanas; al intentar salir de la cama, tuvo que pelearse con ellas, para desenredarse. Fue una pugna algo sucia, sobre todo porque la joven aún tenía las piernas manchadas del barro que Lucas había salpicado al arrojar la verja sobre el cuerpo de Héctor. Por si fuera poco, tenía sangre reseca en las suelas de los pies y una capa de arenilla que, sin duda, provenía del páramo. Afortunadamente, las heridas de los pies se había curado, pero aún había sangre incrustada en las sabanas. Estaban para tirar a la basura: tendría que comprar unas nuevas. Por suerte, su padre era demasiado aprensivo con temas femeninos, así que no le haría ninguna pregunta.

Se deslizó por el pasillo a hurtadillas y se metió en la bañera incluso antes de que el agua se calentara. Abrió la boca y pescó todas las gotas de agua gélida que pudo. Sentía que estaba deshidratada. Le dolía todo el cuerpo, como si hubiera caminado cientos de kilómetros bajo un sol abrasador, así que la lluvia de agua fría era una bendición, aunque la hizo tiritar. Helena se miró los brazos y se percató de que tenía la piel de gallina. En ese instante le vino a la cabeza el río que había visto en su sueño, a lo lejos, justo antes de despertarse.

No lograba recordarlo con exactitud.

Se acordaba de haber sentido alivio, y lo único que podía hacerle sentir así en el páramo era una cosa. Agua. Sin embargo, no lograba recordar nada al respecto. ¿Cómo podía olvidarse de un río en un paisaje tan árido? Era algo impensable, así que dejó de pensar en ello.

No soportaba no poder hacerlo. Completamente desnuda, se apresuró a salir del baño sin tan siquiera haberse secado con una toalla y corrió hacia el tocador de su habitación. Cogió un lápiz de ojos de color verde que Claire se había olvidado la última vez que había pasado allí la noche y escribió «EL RÍO

QUE NO PUEDO RECORDAR» en el espejo, por si acaso volvía a olvidarse. Después se vistió.

Empezaba a hacer frío y el aire era húmedo por la niebla. Se subió la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla y se arrepintió de no haber cogido unos guantes. Mientras pedaleaba hacia la escuela, mantenía una mano en el bolsillo y la otra sobre el manillar y las intercambiaba cuando sentía que la mano del manillar se adormecía por el frío.

Cuando llegó al instituto atisbó a Lucas esperando en el aparcamiento. Estaba apoyado sobre un Audi que había visto en el garaje de la familia Delos, aunque esta era la primera vez que lo veía conducirlo. Eso le recordó lo estúpida que había sido al pensar que aquella noche, en su garaje, Lucas la besaría. Agachó la cabeza y fue corriendo hacia la puerta principal sin tan siquiera saludarle con la mano. Cuando pasó por delante de él, el muchacho abrió la boca para decir algo, pero enseguida se arrepintió y lo dejó correr.

Una vez que Helena llegó a la puerta, escuchó que Claire la llamaba desde detrás. Se detuvo y la esperó.

—¿Habéis discutido? —preguntó mirando de reojo a Lucas, que parecía abatido. Acto seguido, miró a Helena y, al percatarse de su terrible aspecto, soltó—: ¡Caramba! ¿Qué narices te ha pasado?

—No he dormido muy bien —balbuceó Helena.

—Tienes unas ojeras de espanto, Len. Parece que no hayas pegado ojo desde hace semanas —apuntó Claire, que se mostraba muy preocupada—. ¿Has llorado mucho?

—No. Ni una lágrima —dijo, lo cual era cierto. Estaba triste, sin duda, pero por alguna razón nunca lloraba cuando estaba deprimida. Lo único que le apetecía cuando estaba así era dormir.

—¿Me puedes contar por qué habéis discutido? —preguntó su amiga con cautela.

—En realidad no hemos discutido. Luke no quiere estar conmigo y punto —respondió mientras hundía los puños en los bolsillos. Se dio cuenta de que si ponía los músculos en tención podía controlar sus movimientos.

—No me lo creo —dijo Claire con tono incrédulo—. Le propino a Héctor un puñetazo en la cara por hablar contigo y anunció ante toda la escuela que tú eras su novia.

—Bueno, supongo que ha cambiado de opinión —repuso, y se encogió de hombros. No tenía energía para enzarzarse en una discusión con su amiga. Apenas tenía fuerzas para girar la combinación de su taquilla. Estaba agotada tras haber caminado sin descanso durante semanas, pero aquello no había sido más que un sueño, ¿no? ¿Cómo era posible que estuviera exhausta por algo que solo había ocurrido en su mente?

—¿Lo dices en serio? —preguntó Claire al mismo tiempo que observaba a su amiga, que había encorvado el cuerpo.

—Ajá… no me quiere, Risitas. Él mismo me lo ha dicho. ¿Podemos dejar el tema ya? Estoy demasiado cansada.

—Claro, ningún problema —comprendió.

Le acarició la espalda, en un gesto de consuelo y, por un instante, Helena se apoyó en su amiga.

—Mierda. Le mataré —ofreció.

Helena trató de reírse ante aquel comentario, pero lo único que fue capaz de articular fue una toza áspera.

—Gracias, pero no. No le quiero ver muerto —confesó Helena. Después, las dos amigas se dirigieron hacia el aula de tutoría arrastrando los pies.

El señor Hergeshimer le preguntó cómo se encontraba cuando advirtió el espantoso aspecto de su alumna. Helena le aseguró varias veces que estaba bien. Él, tras inspeccionar su rostro con escepticismo durante varios momentos, se rindió y volvió a hostigar a Zach por su elección para la palabra del día. Matt le preguntó a Helena si le dolía el estómago y acto seguido le sugirió, una vez más, que debería dejar el atletismo.

—Estas adelgazando mucho —comentó con un tono de voz idéntico al de Jerry.

El resto de la mañana pasó sin pena ni gloria. Cada profesor le preguntaba si necesitaba ir a la enfermería y a sus amigos les preocupaba que aún no se hubiera recuperado del «desliz» que sufrió durante el entrenamiento del día anterior. Excepto Zach.

—No tenía ni idea de que eras tan rápida, Hamilton —anunció mientras se apresuraba a alcanzarla en el pasillo.

—Si, soy bastante rápida —respondió, intentando sonar poco interesada en el tema.

—Justo antes de que te desplomaras, te vi persiguiendo a un chico sin camiseta y comprendí que todos esto años había estado equivocado. Mira, hasta ese día estaba convencido de que te gustaba sentirte perseguida, al ser tan atractiva y eso —continuó con expresión desdeñosa—. Sin embargo, cuesta creer que un chico podría adelantarte. Creo que jamás he visto a alguien correr tan rápido.

—Espera, ¿tú le fuiste con el cuento a Lindsey? —preguntó Helena al mismo tiempo que sentía un vacío en el estómago—. Pensé que había sido al revés.

—Tengo que admitirlo, sí —contestó orgulloso se sí mismo—. Cuando te lo propones eres capaz de moverte tan rápido que parece algo inhumano. La única vez que he visto a alguien desplazarse con tal velocidad es cuando uno de esos chicos Delos estaba haciéndole el héroe durante el entrenamiento de fútbol…

En ese momento le interrumpió la profesora de historia de Helena, que le hizo un gesto, indicándole que se diera prisa y entrara al aula.

Salvada por la campana, al menos por el momento, pues tenía la impresión de que Zach aún no había acabado. Trató por todos los medios de convencerse de que, aunque el chico no dudaría en esparcir rumores sobre ella en el instituto, todos creerían que estaba exagerando, como de costumbre. A Zach le encantaba cuchichear, y a pesar de que los compañeros en general solían escucharle, la velocidad de los vástagos era algo que uno tenía que ver para creer.

De camino al auditorio, donde se reuniría con Claire y Matt, Cassandra y Ariadna le cerraron el paso. Le preguntaron adónde iba y, puesto que no se atrevió a mentirles, los invitó a unirse con sus amigos en la sala vacía.

Cuando el pasillo estuvo despejado, se escabulleron por la puerta de incendios y entraron a través de la entrada ubicada entre los bastidores. Matt y Claire ya se habían acomodado en el proscenio y habían servido sus almuerzos sobre servilletas, como si fuera un picnic.

—¡Qué bien que las hayas invitado! —exclamó Matt, satisfecho al comprobar que Helena venía con compañía—. Pero no traigas a nadie más o nos pillarán.

—Nos pillarán de todas formas —dijo Claire con una sonrisita—, pero

vale la pena, sin duda. ¿En qué otro lugar conseguiríamos este ambiente? —preguntó señalando los preciosos decorados que adornaban el escenario.

Cassandra y Ariadna miraron a su alrededor, fijándose en particular en las partes del decorado que representaban el palacio de Teseo. Compartieron una sonrisa cómplice con Helena, que procuró responderles con el mismo gesto, aunque lo único que consiguió fue embozar una mueca que parecía una sonrisa. Los decorados que representaban el país de las hadas la maravillaron; en cambio, las partes que personificaban imágenes de Grecia la inquietaban. Las columnas dóricas falsas estaban a medio pintar y yacían de costado sobre el suelo, como si hubieran perdido el equilibrio y se hubieran derrumbado. En ese instante, Helena recordó el camino tan arduo que había recorrido la noche anterior.

Bajo ningún concepto deseaba regresar al páramo, pero si lograra encontrar ese río… «Espera un segundo, ¿qué río?», pensó. Se giró, dándole la espalda a las columnas a medio construir, y se sentó juntó a Claire para almorzar.

Helena trató de involucrarse en la conversación y participar, pero apenas tenía fuerza para masticar, así que mucho menos para reír o gastar alguna broma. Por cómo estaban reaccionando Cassandra y Ariadna, sabía que sus amigos se mostraban astutos y divertidos, pero mantenerse despierta ya le costaba una barbaridad, así que ni se le pasaba por la cabeza intervenir en la intervención.

No podía dejar de pensar en volar. Bueno, en realidad no podía dejar de pensar en Lucas, pero en cuanto sus pensamientos se deslizaban por esa arma de doble filo, la joven daba media vuelta a su imaginación y se centraban en volar. Decidió que quizás podía probarlo más tarde, a solas, pero esta vez lo haría dentro de casa, para no correr el riesgo de quedarse flotando sin poder aterrizar. Aunque lo cierto es que no le parecía tan mala la perspectiva de que una ráfaga de viento la arrastrara a la deriva.

—¡Lennie! Está sonando el timbre —informó Claire, que enseguida se echó la mochila al hombro.

Helena se levantó de un brinco y recogió sus cosas mientras sus amigos le lanzaban miradas sin que ella se diera cuenta.

Claire intentó charlar con Helena durante el entreno, pero al constatar que

su amiga no dejaba de esquivar preguntas, se rindió. Helena no quería la compasión de nadie y menos todavía hablar de sí misma. Lo único que ansiaba era desconectar su cerebro y dejarse llevar. Al final, Claire pilló la indirecta y empezó a parlotear sobre una fiesta que se celebraba esa noche en la playa. Tenía serios problemas en decidir si iría con Ariadna en coche o no.

—Por una parte me apetece conocerla mejor, pero eso significaría ir también con Jasón. El tío siempre encuentra una forma de discutir conmigo. ¿Estás segura que no puedes pedirte la noche libre? Podríamos ir con Matt, todos juntos —sugirió con optimismo.

—Sabes que no puedo.

—Si se lo pidieras a Kate, seguro que te dejaría —insistió Claire.

—De veras, no me apetece pasar la noche sentada sobre arena fría mientras los demás coquetean —dijo con firmeza—. Pero tú deberías ir y pasártelo bien. Y quién sabe, puede que Jasón y tu hagan buenas migas y disfrutéis, por una vez.

Claire se enfrascó en una diatriba sobre lo molesto y fastidioso que era Jasón, pues siempre estaba en desacuerdo con ella. En un momento dado, Helena trampeó las corrientes de aire que soplaban a sus alrededor y casi se puso a volar, pero con gravedad. Se moría de ganas de llegar a casa después del trabajo para intentarlo.

Creonte contó los minutos que sus primos, Héctor y Jasón, aguantaban debajo del agua. No tenía conocimiento alguno sobre este talento y le alegraba que las casualidades del azar le hubieran conducido hasta allí para comprobarlo en vivo y en directo. Había perdido el rastro de Lucas minutos antes, lo cual solía suceder bastante a menudo, considerando que su primo pequeño podía volar, así que se vio obligado a seguir los pasos de Jasón y Héctor hasta la ridícula fiesta en la playa. Mientras vigilaba a sus primos, quienes rompían las olas montados sus tablas de surf, a Creonte le hervía la sangre. Todo ese talento malgastado en unos cobardes que se sentían demasiado atemorizados por los dioses como para retarlos y, al mismo tiempo, demasiado interesados en su propio bienestar como para tener en cuenta las consecuencias que podía tener para toda la casta coquetear con

chicas mortales.

Jasón se pasó casi toda la noche charlando con esa chica japonesa. Al parecer, el joven era capaz de controlarse entre mujeres, pero Héctor era una historia aparte. Aún no era ni media noche y Creonte ya le había visto retozar en la arena con dos chicas distintas. ¿Acaso Héctor no sabía lo fácil que era para un vástago fecundar a las muchachas mortales? ¿De verdad el imbécil de su primo quería que su primogénito naciera de las entrañas de una niña tonta sin carácter? Era más que evidente que a Héctor le importara un carajo su casta, puesto que, de lo contario, no perdería el tiempo conquistando a chicas bobas. Le irritaba de tal forma que tuvo que mirar hacia otro lado y apretar los dientes para controlarse. Solo había una chica en aquella isla que lo igualaba en estatus. Una única chica que merecía su atención: Helena. Pero Lucas no estaba dispuesto a dejarla sola ni a sol ni asombra, lo cual obligaba a Creonte a mantener cierta distancia. No podía enfrentarse a sus primos directamente; de lo contrario, su misión secreta se iría al traste, aunque debía confesar que sentía una tentación terrible de enfrentarse a ellos. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Helena. Volvió a recordar su pequeña confrontación mientras corrían por las llanuras. El miedo y la ira que expresaban su mirada eran sentimientos puros, tan apasionados que incluso a Helena le debió costar resistirse. Era poderosa, pero aún no había descubierto su potencial, lo cual la convertía en alguien vulnerable. Deseaba con tanta ansia conquistarla que incluso las manos le empezaron a temblar, pero tenía que ser paciente.

Su madre le había suplicado que esperara a que ella averiguara si existía la posibilidad de que la familia hubiera abandonado a un bastardo en el estado de Massachusetts. Creonte accedió, a regañadientes, a esperar una semana su respuesta, pero sabía perfectamente cuál seria. Aunque tenía que admitir que no había visto furias la primera vez que se cruzó con Helena, no le cabía la menor duda que la joven no era su prima.

Corrían rumores que contaban que, en el pasado, algunos vástagos lograron descubrir una forma de burlar a las furias, y Creonte creía que Helena era producto de ello. Su madre le aseguró que era imposible, puesto que, las demás castas habían sido destruidas, pero la corazonada de Creonte seguía iba más allá. Los traidores la custodiaban y la protegían como si fuese

la última enemiga sobre la faz de la Tierra, pero estaba tan desentrenada e ignoraba tanto quién y qué era, que parecía obvio que la había escondido en esa isla remota para mantenerla alejada de todas las castas, incluida la suya propia. Pero por encima de todas estas razones había algo en el interior de Creonte que le decía que no estaba emparentado con esa muchacha. Había conocido a docenas de sus primas, todas tan hermosas como las hijas de Apolo, pero ninguna había conseguido quitarle el sueño como Helena. Sabía que no se equivocaba al pensar que pertenecía a otra casta.

Creonte tenía que ceñirse únicamente a vigilar a los Delos durante varios días más, para cumplir la promesa que le había hecho a su madre, pero muy pronto demostraría al mundo lo que valía. Estaba harto de la tarea que le habían encomendado, y aunque existía otra alternativa para la unificación de las castas, además del combate, Creonte tenía que obligarse a no pensar en ello, por muy tentador que fuera. Esta era su única oportunidad para alcanzar la gloria que merecía, la última opción para obtener el prestigio como vástago. Había otro triunfo esperando ser capturado y, en el fondo de su corazón, sabía que ese sería el que abriera las puertas de la Atlántida.

Creonte estaba destinado a ser el vástago que entregaría el don de la inmortalidad a su familia, y estaba seguro de que su padre le veneraría por encima de todos los demás si de verdad lo conseguía.

12

Helena oyó que algo se movía sobre el tejado. Subió las escaleras a toda prisa, fue hacia el mirador y abrió la puerta de golpe, pero allí no había nadie. Suspiró, aliviada. No quería que ningún miembro del clan Delos pasara la noche sobre su tejado. No quería que Lucas la escuchara mientras ella sufría pesadillas, y acababa de despertarse de una horrible. Miró a su alrededor, escudriñando el tejado al milímetro. Se sintió desolada, pero no sabía si ese vacío procedía del sueño o de su vida real.

Regresó a su habitación y observó con atención las palabras escritas sobre el espejo. Entonces anotó «HE VUELTO A VERLO» con el lápiz de ojos verde de Claire y se obligó a mirar fijamente los garabatos. Ya iban dos noches consecutivas en las que veía un río que no podía recordar. Intentaba imaginárselo, pero no lo lograba. De repente, visualizó su propio reflejo en el espejo y se quedó boquiabierta.

Tenía las mejillas hundidas y el camisón desgarrado; sus brazos y sus piernas estaban cubiertos de mugre asquerosa y negruzca. Sin duda, era barro procedente de un río.

Había avistado un río con orillas negras y agua turbia, grisácea. Recordaba estar muerta de sed y ser incapaz de beber una gota de agua. Pero ¿por qué le costaba tanto recordar lo que había ocurrido? Una vez más, intentó rememorarlo.

***

La sed la atormentaba y no tuvo otro remedio que acercarse al agua. Se agachó junto a la orilla nauseabunda de barro negro y pudo ver unos peces pálidos y tullidos que nadaban con torpeza, como si se hubieran olvidado de

bucear. Se alejó del río, negándose a beber una gota de agua aunque se muriera de sed al oír el sonido de la corriente…

Helena corrió hacia el cuarto de baño y se lanzó sin miramientos en la ducha; se limpió el barro de las piernas mientras se llenaba la boca de agua. Se sentía contaminada. Tenía la piel enrojecida de tanto frotarla con la esponja y le escocían los ojos por mantenerlos abiertos debajo del grifo.

Cuando salió de la ducha deshizo la cama y metió las sábanas y el pijama en la lavadora. Esta vez no había rastro de sangre, pero Helena dudaba de que hubiera salido indemne del fango del río. Vertió un cacito de lejía en la lavadora y se aseguró de utilizar agua caliente con la esperanza de poder rescatar algo. Después subió otra vez las escaleras para limpiar las marcas de suciedad que había dejado por toda la casa.

Era sábado por la mañana, muy temprano, y como cada sábado, su padre estaría en casa durante el día para trabajar por la noche, pero este fin de semana había preferido doblar el turno para darle el día libre a Kate. A Helena le daba la sensación de que los dos se estaban evitando a propósito. Había tratado de hablar con Kate sobre lo que pasó la otra noche, después de que Claire se fuera a la playa, pero no tenía la energía suficiente para presionar a Kate y que esta se desahogara. Parecía que todo a su alrededor estuviera apagado, sin brillo, sin vida, como si sus sentimientos estuvieran guardados bajo llave, enterrados bajo montones de bolsas de cacahuates.

Helena fue a su habitación para practicar su capacidad para volar. Flotaba y se desplomaba, hasta que averiguó cómo balancear las piernas mientras planeaba y cómo aterrizar sobre los talones, en vez de caerse de bruces. Práctico con las corrientes de aire, pero poco más podía hacer que perfeccionar su flotación, puesto que se arriesgaba a crear un huracán que tal vez podría arrasar su habitación. Tras unas horas, el constante tono de llamada de su teléfono la sacó de sus casillas. La familia Delos quería saber por qué Helena no estaba ya en su casa, preparada para recibir su entrenamiento; sin duda, no dejarían de llamar hasta que respondiera el

teléfono.

Helena había estado meditando. No tenía ningún sentido aprender a blandir una espada si ningún arma podía herirla y, además, no necesitaba enzarzarse en una lucha si podía huir volando. Sabía que en cualquier momento Héctor o Jasón vendrían a buscarla a casa, así que merodeó por los alrededores, dirigiéndose a ningún lugar en particular. Creyó que, quizás, algo de velocidad la ayudaría a aclarar las ideas. Llevaba unos tejanos y un suéter, una vestimenta muy poco apropiada para correr, pero no le importaba. En cuanto se alejó del centro urbano, avanzó por la calle Polpis, hacia el este. Le daba igual su destino, siempre y cuando estuviera alejado de la muchedumbre. Mientras trotaba con rapidez, se percató de que no era la primera vez que recorría aquel camino y, aunque no quería pensar en su primer vuelo y en todo lo que aconteció aquel día, sabía que era el emplazamiento idóneo para encontrar la soledad que buscaba.

El sol empezaba a esconderse por el horizonte. Helena agradeció estar lo bastante adormecida como para no percatarse del paisaje precioso que su depresión hubiera arruinado al instante. Mirando a su alrededor descubrió un faro familiar. Echó un vistazo a la arena que yacía bajo sus pies y se preguntó si sería la misma que los había sostenido cuando Lucas y ella se desplomaron desde el cielo. Cuando se habían muerto momentáneamente, se dijo.

Entonces una idea le cruzó por la cabeza. No le cabía ninguna duda de que estaba en lo cierto: aquella noche no solo habían sufrido un dolor insoportable, sino que habían emprendido el viaje hacia el otro mundo. O, por lo menos, Lucas lo había hecho. Y ella le había seguido a ciegas para detenerlo. Y había un río… Espera ¿qué río?

—¡Eh! ¿Qué demonios crees que estás haciendo? —gritó Héctor.

Estaba furioso. Avanzó a zancadas por la playa, acercándose peligrosamente hacia ella con aire agresivo.

—¿Cómo me has encontrado? —espetó Helena.

—No es muy difícil anticiparse a tus movimientos —dijo en tono despectivo—. Ahora mueve el culo hacia mi casa.

—No quiero entrenar más. Es inútil —le soltó por encima del hombro mientras daba media vuelta para escapar de allí—. Quiero estar sola.

—Así que la princesa quiere estar sola, ¿eh? Lo siento, pero las cosas no

funcionan así —gruñó mientras la cogía de los hombros para girarla hacia él.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Helena soltó una carcajada histérica (o eso, o estaba a punto de romper a llorar) y apartó a empujones a Héctor. Con fuerza.

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué? ¿Vas a apalearme hasta que muera? ¡No puedes! No eres lo bastante fuerte —le chilló sin dejar de golpearle repetidamente en los hombros, como si intentara incitarle a una pelea—. Ve a por una espada. Venga, vete. Oh, espera, me había olvidado. Eso tampoco puede herirme. Entonces, dime, ¿qué piensas hacer, matón? ¿Qué crees que puedes enseñarme?

—Humildad —respondió Héctor en voz baja.

El muchacho se movía rápido y, además, estaba utilizando el mismo truco que Lucas, transformando el resplandor que rodeaba su cuerpo. Mientras Helena se esforzaba en enfocar la vista en su contrincante, enfadada consigo misma por ni tan siquiera haber considerado la idea de que también tuviera este talento, Héctor la agarró con firmeza, la colocó sobre su hombro y empezó a caminar hacia el agua.

Enfurecida, Helena utilizó toda su fuerza contra él por primera vez. Ya no le importaba el daño que podría provocarle. Le empujó hasta que consiguió soltarse. Cuando logró separarse físicamente del cuerpo fornido de Héctor, oyó que su brazo se rompía en dos. Entonces cambió de estado para salir volando. Mientras invocaba una ráfaga de viento que la llevara lejos de aquel lugar, el joven la cogió de la mano. Helena se percató demasiado tarde que Héctor había dejado que le rompiera el brazo izquierdo para que ella se inclinara por adoptar un estado de ingravidez. Ingravidez y debilidad momentánea. Antes de poder asimilar lo que estaba haciendo y cambiar de estado, el muchacho la arrastró sin problema alguno hacia el agua, donde el peso no importaba en absoluto.

Héctor se adentró en el océano, avanzando con pesadumbre y dificultad hasta que los dos estuvieron sumergidos por completo. Aquella agua le pareció un universo oscuro. Intentó subir a la superficie inútilmente. Sin duda, este era el elemento de Héctor, sobre el cual tenía el control absoluto. Incluso era capaz de hablar con claridad debajo del agua.

—No eres la única con talentos, princesa —anunció.

Las palabras emergían nítidas, sin burbujas que dificultaran su comprensión. Podía respirar, hablar y deslizarse por el fondo marino como si estuviera en tierra firme. Al fin, Helena entendió por qué Héctor la atemorizaba de tal forma. Era una criatura del océano, y no había nada más aterrador para Helena que el mar.

Desde aquella vez que estuvo a punto de ahogarse cuando era niña, la joven sospechaba que el océano se la tenía jurada, pero jamás se lo había contado a nadie porque estaba bastante segura de que pensarían que estaba loca de remate. Ahora, casi una década más tarde, mientras observaba la mirada azul y sin expresión de Héctor, adivinó que había estado en la cierto. Helena se sacudía y se retorcía intentando deshacerse de los brazos de Héctor, que, implacable, seguía sujetándola. De su boca nacían infinitas burbujas cada vez que gritaba, aunque no lograba producir sonido alguno. Iba a ahogarse.

El ácido bullía en sus venas al mismo tiempo que su visión empezaba a desdibujarse. Cuando cerró los ojos, sintió que Héctor la arrastraba por las piernas hacia la orilla. La sacó del agua por el tobillo y la arrojó en la arena como si fuera un mazo; la lanzó con tal potencia que el golpe le vació los pulmones. Helena vomitó agua salada, que le abrasaba la garganta, y tosió hasta que el oído interior se le destapó. El primer sonido que percibió fue el torrente de sangre bombeándole la cabeza.

—Si hubieras entrenado conmigo hoy, sabrías que puedes utilizar tus rayos debajo del agua —dijo mientras tiraba de su brazo roto para poner rectos los huesos, lo cual produjo un crujido enfermizo. Dejó escapar un grito de dolor y se derrumbó sobre las rodillas, jadeando durante unos instantes antes de continuar, con los dientes apretados—. Pero no apareciste.

Héctor y Helena se quedaron sentados sobre la arena y, durante varios minutos, ninguno hizo además de moverse, pues ambos estaban heridos y agotados. Mientras se curaban, los últimos rayos de sol, reflejados sobre las olas marinas, daban paso a la oscuridad nocturna.

—Pensé que eras descendiente de Apolo —carraspeó Helena.

Aún tenía las cuerdas vocales dañadas, pero, de todas formas, no necesitaba decir más. A primera vista, Héctor no aparentaba ser el más inteligente del clan Delos, pero Helena empezaba a sospechar que, aunque no

pasara tanto tiempo como Cassandra leyendo libros, era tan listo como el resto de su familia.

—Una diosa del mar de poca importancia, llamada Nereida, se mezcló con nuestra casta en algún momento de la historia. Existen infinidad de pequeños dioses, espíritus del agua o de los bosques que siguen merodeando por aquí y por allá, y este tipo de cosas suelen pasar. Ninguna línea sucesoria de las castas es descendiente pura de un dios o de otro. Y todas las generaciones jóvenes de vástagos poseen más talentos que sus padres —respondió.

—¿Por qué?

—Cassandra opina que las Hadas desean que los vástagos adquieran más facultades, lo cual los hace mucho más poderosos, para que puedan gobernar la Atlántida, pero personalmente creo que es porque somos mestizos. Mi tatarabuelo se acuesta con una ninfa y yo soy capaz de caminar debajo del agua. No necesitas las Hadas para explicarlo.

—¿Por eso supiste que podía ahogarme? ¿Por qué tienes control sobre el agua?

—Es cuestión de sentido común. Y no tengo control sobre el agua; sencillamente allí me siento como en casa —aclaró.

Se giró para mirarle a los ojos. Cuando siguió hablando, utilizó un tono espantosamente parecido a la voz que Lucas había empleado cuando le había enseñado a volar.

—Aún no piensas como una luchadora. Posees unos talentos increíbles, facultades por las que la mayoría de los vástagos pagarían con años de su propia vida, pero no eres capaz de utilizarlos porque no piensas tácticamente. Detente y utiliza la cabeza. El océano no es un arma, pero puede matar. El aire tampoco es un arma, pero si te privara de él, te asfixiarías y morirías. La tierra no es un arma…

—Pero si me golpeara brutalmente… Ya lo he pillado —le interrumpió Helena. Después, tragó saliva y se quedó mirando las olas.

—El agua es tu talón de Aquiles. Es el único elemento al que temes, pues no puedes controlarlo.

No entendía cómo Héctor lo había adivinado, pero sabía que tenía razón. De algún modo, incluso cuando ignoraba sus habilidades, en lo más profundo

de su subconsciente, reconocía que los otros tres elementos no le producían tal pavor. Podía dominar el aire e invocar corrientes de viento, era capaz de manipular la gravidez de la tierra e incluso podía tolerar con cierta facilidad el calor del fuego porque para crear un relámpago tenía que resistir temperaturas más altas que las de una llama. Sin embargo, el agua la convertía en alguien vulnerable e indefenso. Al fin entendió su propio miedo, aunque estaba a kilómetros de distancia de poder superarlo.

—¿Cómo los has sabido? —preguntó Helena, ligeramente asombrada.

—Porque me han enseñado a pensar tácticamente y a descubrir los puntos débiles de mi oponente desde el día en que nací. A ti eso nadie te lo ha enseñado. Hay muchas formas de matar a una persona, Helena. Crees estar a salvo porque has pasado la prueba de la espada a la que te sometió Cassandra, pero no es así —dijo Héctor con aire inquieto y hundido—. Sé que todavía estás impresionada, pero no podemos esperar a que te adaptes y a que asimiles quién eres. Hay gente que ha venido a por ti. Tienes que madurar; si no lo haces pronto, mucha gente morirá. Así que ve a casa, come algo y descansa un poco. Parece que estás enferma, y lo último que quiero es que Lucas me culpe por ello. Pero mañana tienes que venir a entrenar. No más excusas.

Sin esperar la respuesta, Héctor se levantó y la abandonó en aquella playa oscura. Jugueteó con el colgante de su collar, deslizándolo por su labio inferior mientras permanecía allí sentada, avergonzada por cómo había actuado. La ropa le pesaba una barbaridad, empapada como estaba, pero no se molestó en escurrirla. Creía que merecía esa suerte de castigo de estar chorreando e incómoda un ratito más.

Era obvio que tenía que seguir entrenando con Héctor, pero eso implicaba tener que ir a casa de los Delos cada tarde, y eso, a su vez, se traducía en ver a Lucas a diario. No lo lograría. Le daba mil vueltas a la cabeza, pero era inútil: notaba que le faltaba el aire cada vez que pensaba en verle todos los días, a sabiendas de que él se obligaría a ser agradable y simpático con ella, aunque en realidad la compadeciera. Aún no lograba comprender cómo podía haberse equivocado tanto con Lucas. Era como una espina clavada que no había forma de desenterrar. No esperaba que cayera rendido a sus pies o algo por el estilo, pero no le entraba en la cabeza cómo había pasado de ir cogido

de la mano de ella todo el tiempo a decirle que jamás la tocaría. ¿Cómo era posible?

Mientras le daba vueltas a todo eso, era incapaz de mantenerse quieta, así que decidió saltar hacia el cielo y dejar que un soplo de viento la arrastrara a la deriva. Durante unos instantes, Helena se quedó suspendida en una burbuja de aire que emanaba paz y tranquilidad mientras las estrellas se encendían desesperadas por absorber la belleza de esa experiencia, como si fuera novocaína para el alma.

Cuando se sintió más calmada, ascendió en espiral y se montó sobre una ráfaga que soplaba en dirección oeste y que la llevaría de vuelta a su orilla de la isla. Todavía no era una voladora grácil, de hecho apenas era competente, pero si no pensaba demasiado sobre ello, sabía que podría moverse con facilidad. No sabía adónde ir, pero, de repente, la temperatura descendió en picado, de modo que, tiritando y con ganas de sentirse cómoda, la joven tomó una decisión sin apenas darse cuenta. Al cabo de unos segundos estaba planeando en círculos sobre la casa de Claire.

Aterrizó en el jardín de su amiga. En cuanto tomó tierra advirtió que no podía llamar al timbre con esa pinta. Estaba empapada y tiritando de frío. El señor y la señora Aoki no dudarían en llamar por teléfono a su padre de inmediato si la veían con tal aspecto.

Tras rodear la casa a pie, Helena se asomó por una ventana para averiguar por dónde andaba Claire. Rebuscó su teléfono móvil en los bolsillos para avisar a su mejor amiga de que estaba allí fuera, pero pronto se dio cuenta de que el agua del mar había acabado con su teléfono, recién estrenado hacía un par de días. Escuchó a Claire gritarle a su madre en japonés mientras subía hacia su habitación. De pronto, la luz del cuarto de la chica se iluminó e *ipso facto* se oyó un fuerte portazo.

Fue una manera horrible de llamar la atención de su mejor amiga. Helena apenas se había dado cuenta de que estaba flotando tras la ventana cuando descubrió a Claire sentada en la cama y con la boca abierta. Helena suponía que en cualquier momento estallaría a gritar, pero Claire no emitió ningún sonido. Lo único que hizo fue deslizarse hacia la ventana, que hasta entonces había permanecido cerrada.

—Déjame entrar —pidió Helena con urgencia mientras le castañeteaban

los dientes.

—Oh, maldita sea. Eres una vampira —soltó Claire.

Parecía algo decepcionada, pero nada sorprendida.

—Pero ¿qué dices? ¡No! Abre la ventana, Risitas, ¡me estoy congelando! —susurró Helena.

Claire se arrastró lentamente por la cama y se deslizó hacia la ventana con desaliento y los hombros caídos.

—Sé que está muy de moda estos días, pero no quiero que me chupes la sangre. ¡Es tan antihigiénico! —lloriqueó Claire mientras se resignaba a abrir la ventana.

Se llevó las manos al cuello, que se mostraba al desnudo, y dejó que Helena entrara en la habitación a pesar del peligro que tal cosa suponía. Ese pequeño detalle no le pasó desapercibido a Helena.

—Oh, por el amor de Dios, ¡no soy una maldita vampira, Risitas! ¿Lo ves? Ni rastro de colmillos largos ni ojos desorbitados. —Helena alzó el labio superior para enseñarle los incisivos, normales y corrientes, y abrió los ojos como platos para demostrarle que no había ni rastro de lujuria sangrienta.

—¡De acuerdo! Pero era una pregunta legítima, ¡teniendo en cuenta las circunstancias! —respondió Claire a la defensiva.

Helena entró volando en la habitación delante de su mejor amiga.

—¡Está bien! Tienes razón, es lógico que te preocupes —reconoció Helena, pero había algo que no encajaba—. Acabo de entrar en tu casa volando. ¿Por qué no te sorprende?

—Sé que puedes volar desde que éramos niñas. Incluso en una ocasión te empujé de tu tejado para asegurarme. Por cierto, perdón por eso —reveló un tanto avergonzada.

—¡Tú me empujaste! —exclamó Helena. De repente, recordó aquel incidente con claridad.

Tenían siete años y holgazaneaban por el mirador de la casa de los Hamilton. Helena se cayó, pero no llegó a rozar el suelo. De alguna forma cayó como una hoja desde la rama de un árbol. Claire juró por activa y por pasiva que su mejor amiga se había resbalado, pero Helena jamás recordó haber perdido el equilibrio, y por la forma en que Claire la miró durante semanas después del incidente, tenía la sospecha de que algo le olía a

chamusquina a su compañera. Ahora todo tenía sentido. Observó con atención a Claire, incapaz de articular palabra.

—¿Qué pasa? ¡Sabía que no te morirías o algo así! Es una historia corta pero larga. Vi perfectamente que no te caías por las escaleras de mi casa el día anterior, a pesar de haber resbalado, así que necesitaba demostrar mi teoría —se disculpó, como si aquello fuera lo más lógico del mundo.

—¿Empujándome desde el tejado?

—¡No imaginas lo enfadada que he estado desde entonces por escondérmelo! Puedes volar, Lennie, ¡y nunca me lo has contado! —chilló Claire, que le dio la vuelta a la tortilla para exculparse.

Helena se lo permitió, pues comprendía que su mejor amiga estuviera dolida y decepcionada.

—¡No lo supe hasta hace unas semanas! —insistió Helena.

—¡Serás mentirosa! —la acusó Claire, que apoyó el puño sobre los labios.

—¡Es verdad! Mi madre me maldijo cuando no era más que un bebé para que no fuera capaz de utilizar mis… ¡Ah, mierda! Sería mucho más fácil ser un vampiro. Entonces lo entenderías en un periquete —resopló Helena, que se sentía incomprendida y frustrada. Caminó dando grandes zancadas por la habitación, pasándose los dedos por el cabello continuamente mientras intentaba ordenar todos sus pensamientos—. Hergie te obligó a leer la Ilíada, ¿verdad? ¿Te acuerdas de los héroes que tenían poderes sobrehumanos y podían hacer cosas que resultarían imposibles para los seres humanos? —preguntó.

—Claro, porque eran semidioses. Pero aquello no es real —anunció Claire como si fuera lo más obvio. Y entonces lo entendió todo—. Oh, vaya…

—Yo soy una descendiente de esos héroes. Nos llamamos vástagos y tengo un montón de poderes…, capacidades que no puedes ni imaginarte. Pero no tenía la menos idea de quién era o de qué podía hacer hasta hace unos días. Ojalá pudiera contártelo todo, pero no sé si debo hacerlo. Por favor, Risitas. Sé que suena a locura, pero nunca te he mentido. Tienes que creerme.

—De acuerdo —dijo Claire asintiendo con la cabeza y mirando a su

amiga con detenimiento, como si al fin estuviera obteniendo el respeto que se merecía—. Ya hace tiempo que me olía algo así, ¿sabes? Descubriste que eras una semidiosa, que por cierto tiene que ser genial, justo cuando la familia Delos se trasladó aquí. Porque son como tú. Lo supe en cuanto los vi. Lo único que no sabía a ciencia cierta era «qué» erais.

—¿Lo ves? —comentó Helena con una sonrisa frustrada—. Por eso tenía que contártelo. Necesitaba poder hablar contigo sobre esto para que me ayudaras a comprenderlo. Pero no se lo puedes decir a ninguno de los Delos hasta que averigüe si lo aceptan o no.

—No importa. Puedo tirarme un farol o fingir que lo he descubierto sola. De hecho, más o menos ha sido así —presumió Claire con una sonrisa de satisfacción. De repente, se le ocurrió alguna idea y adoptó una actitud mucho más seria—. Por cierto, ¿dónde has estado? ¿Y por qué tienes ese aspecto tan asqueroso?

Helena estaba a punto de explicarle lo ocurrido entre ella y Héctor cuando el teléfono móvil de Claire empezó a vibrar. La joven leyó el mensaje de texto y empezó a teclear una respuesta.

—Es Jasón. Tengo que decirle que estás aquí; lleva buscándote todo el día —le confesó. El teléfono volvió a vibrar—. Es él —anunció mientras leía la pantalla—. Quiere que te retenga aquí. Está de camino.

—¡No! ¡Aún no estoy preparada para hablar con ningún miembro de la familia Delos! —exclamó Helena, retrocediendo varios pasos.

—Len, está muy preocupado por ti. Toda la familia lo está.

—Debo salir de aquí ahora mismo —tartamudeó Helena.

Se pasó una mano por el rostro y se volvió hacia la ventana.

—¿Dónde vas? —quiso saber Claire mientras intentaba bloquear el camino de Helena con el brazo estirado—. Le diré que se vaya, si eso es lo que quieres, pero tienes que asegurarme que estarás bien.

—Me voy a casa. Prométeme que no le permitirás seguirme, ¿de acuerdo?

Claire se lo juró y la abrazó con fuerza. Entonces Helena saltó por la ventana, cambiando de estado en el aire. Escuchó a su amiga soltar un grito ahogado mientras ella alzaba el vuelo. Un minuto más tarde, aterrizó en el jardín de su casa con la intención de subir directamente las escaleras y darse una ducha para entrar en calor.

Él la estaba esperando detrás de la puerta principal. La agarró por los pies y la arrojó al suelo sin tan siquiera molestarse en cerrar la puerta. De repente, todo se volvió negro. La oscuridad que reinaba en el vestíbulo era más tenebrosa que cualquier noche, que cualquier venda para los ojos o que cualquier habitación cerrada. Jamás había visto una penumbra tan absoluta. Estaba cubierta de una negrura que la desorientaba a la vez que la mareaba; tal opacidad la aisló momentáneamente del resto del mundo, de forma que Helena ni siquiera lograba recordar la distribución de la casa donde había crecido. ¿Dónde estaban las escaleras? ¿Y el mobiliario? No tenía la menor idea. Era como si se hubiera caído por un agujero negro.

Estaba tan pasmada que ni siquiera tuvo tiempo de girarse en el suelo antes de notar el peso de su agresor por detrás. El desconocido cogió la cabeza de la muchacha entre las manos y se dispuso a girarla ciento ochenta grados, para romperle el cuello. De inmediato, Helena le agarró por las muñecas y trató con todas sus fuerzas de apartar las manos de su agresor, pero él la tenía casi inmovilizada. Notaba cómo los músculos de su cuello se torcían peligrosamente y empezó a entrar en un estado de pánico por segunda vez en menos de una hora. Mientras pataleaba e intentaba soltarse de él, sintió que iba a morir a menos que hiciera algo. La idea de utilizar su talento con la electricidad le revolvió el estómago, pero sabía que no tenía elección.

Helena sintió que la corriente eléctrica nacía de sus entrañas. De forma natural, el torrente de electricidad emergería de su cuerpo y caería sobre el suelo formando un arco, así que todo lo que tenía que hacer era liberarlo. Desentrenada, la joven soltó el rayo y este se descargó sobre sus piernas inútilmente, provocándole varias convulsiones. Entre tanta desesperación consiguió reunir varios voltios en sus manos que, tras unos instantes, dejó escapar. La energía brincó de su piel y aterrizó sobre las muñecas del desconocido. Durante una milésima de segundo, un destello azul iluminó la habitación y la joven pudo avistar al extraño, que abrió los ojos de par en par, como si no pudiera salir de su asombro. De inmediato observó que le sacudían varios espasmos por la corriente eléctrica que había recibido y le oyó gritar a pleno pulmón mientras se electrocutaba.

Helena percibió el ya familiar olor a cabello chamuscado y ozono, como si este aroma fuera una tarjeta de visita de su pesadilla infantil. Tenía la

sensación de que al descargar tal energía sobre su agresor, su cuerpo se había vaciado, dejándola tan indefensa como a un gatito. De repente, sintió que el descomunal cuerpo de su atacante pesaba más, haciéndose casi insoportable permanecer debajo de él. Sabía que tenía que escabullirse de allí antes de que se recuperara o las cosas se pondrían muy, pero que muy feas. Mientras el desconocido seguía agitándose, se las arregló para arrastrar medio cuerpo de allí debajo. Cuando una tenue luz se coló por la ranura de la puerta al fin pudo mirarle con claridad.

Aquellos rizos rubios y brillantes y ese cuerpo trabajado y musculoso eran de Héctor y, por un instante, temió haberle matado; quizá solo estaba tratando de enseñarle una lección. Se inclinó hacia él para comprobar si todavía respiraba. A tan solo unos milímetros de distancia y ambos sumidos en aquella penumbra otra vez absoluta, Helena se percató de que no era Héctor, sino Creonte, pero ya era demasiado tarde. En el mismo instante en que le reconoció, el joven abrió los ojos y la empujó hacia su pecho, con la intención de aplastarla como haría un oso.

Helena gritaba e intentaba oponerse, en vano. Alargó el brazo hacia el estómago para buscar una corriente eléctrica, pero todo lo que obtuvo fue una electricidad estática muy débil. Ya había descargado todo el voltaje acumulado en sus músculos. Liberar toda aquella energía la había dejado débil y vulnerable. No tenía fuerza en los brazos ni en las piernas, y su cuerpo entero se arrugaba bajo el ataque renovado de Creonte, como si fuera una bolsa de papel. El chico se dejó caer sobre ella, clavándola en el suelo mientras extraía un cuchillo de bronce de su cinturón.

—Qué lástima, preciosa. Eres la chica más hermosa que jamás he visto. Incluso demasiado perfecta para que te marquen —le gruñó al oído—. Pero la Atlántida es la prioridad.

Helena estiró el cuello en un intento de alejarse de los labios de Creonte. Unos escalofríos de angustia le recorrían el cuerpo. En ese instante, el chico se apartó de ella, alzó el cuchillo por encima de su cabeza con un gesto amenazador y, de repente, se detuvo. Por un momento creyó que no lo haría, pero entonces vio que su mirada se endurecía. Un segundo más tarde él clavó el cuchillo directamente sobre su corazón.

El puñal de Creonte se hizo añicos al rozar la piel de Helena y todos los

trocitos de metal quedaron esparcidos por el suelo. Solo tuvo un segundo para asumir lo que acababa de suceder antes de que una patada en la cabeza le enviara volando a la otra punta de la habitación.

Lucas se abalanzó sobre Creonte con un gruñido y los dos se enzarzaron en una pelea tan rápida que Helena apenas podía distinguir sus manos mientras se movían. Se asestaban puñetazos, esquivaban las embestidas y se agarraban mutuamente; adoptaban posturas típicas de boxeo y movimientos de algún tipo de lucha que Helena desconocía, y que consistía en doblar las articulaciones en un ángulo imposible. La joven apenas tuvo tiempo de ponerse de rodillas cuando el combate llegó a su fin. Acorralado y todavía muy débil por la descarga eléctrica recibida, Creonte se ocultó bajo una sombra espeluznante e *ipso facto* se apresuró en huir de casa de Helena a toda prisa. Lucas lo persiguió hasta el jardín, pero después dio media vuelta y volvió a entrar en casa.

—¿Estás bien? —gritó Lucas.

—Sí, pero no puedo… —contestó Helena, que seguía algo atontada y tambaleante; volvió a caerse de bruces tras intentar por segunda vez ponerse en pie.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó Lucas con un tono de voz que dejaba al descubierto su preocupación. Se dirigió hacia Helena e intentó ayudarla a mantener el equilibro mientras trataba de levantarse por sí sola—. ¿Tienes las piernas rotas? —interrogó tras observar que Helena volvía a perder el equilibro.

Lucas evaluaba los daños con ansiedad, pero no conseguía establecer un diagnóstico.

—No, yo solo… Héctor me dijo que utilizara la energía eléctrica para luchar y le hice caso, pero no funcionó como esperaba, o eso creo —farfulló. Estaba confundida y unos puntos negros le nublaban la visión.

—¿Por qué no puedes ponerte de pie? —preguntó Lucas al mismo tiempo que la ayudaba a mantenerse sobre sus pies una vez más.

Tras ver de nuevo el hermoso rostro de Lucas y percibir su ya inconfundible aroma mientras notaba sus manos sobre su endeble cuerpo, Helena sintió un pinchazo en el corazón. Notaba vagamente dónde estaba el suelo, pero le daba la impresión de que todo el universo se desplomaba bajo

sus pies y de que era incapaz de mantenerse erguida. Estaba demasiado cansada. Sencillamente, no tenía energía para más esfuerzos. Necesitaba un descanso, y punto.

Lo siguiente que recordaba era el sabor de algo muy dulce sobre su lengua. Miel. Abrió los ojos al instante y descubrió que estaba sentada sobre la encimera de la cocina, con Lucas enfrente de ella, entre sus rodillas, sujetándole la cabeza hacia atrás mientras vertía maná de un pote de plástico.

—Aquí estás —susurró con una pequeña sonrisa cuando Helena le miró. La contemplaba con tanta ternura que la muchacha tuvo que recordarse a sí misma que Lucas no tenía ningún interés en ella. Por enésima vez se preguntó qué había sucedido para que se distanciara de tal forma.

—Hola —balbuceó Helena con la voz entrecortada, como si acabara de levantarse de un sueño largo y profundo—. ¿Cómo has llegado aquí?

—Cassie vislumbró el ataque de Creonte, pero no logró adivinar dónde tendría lugar porque solo veía oscuridad y penumbra. Me arriesgué —dijo mientras apartaba el cabello de Helena de su rostro y lo empujaba tras el hombro—. Siento haber llegado tarde.

—No pasa nada —respondió. A Helena aún le temblaba la voz de miedo, así que tomó aire para recuperar la tranquilidad.

—Para ser la primera vez, le has hecho papilla. Jamás había visto a Creonte huir de una pelea —comentó Lucas con admiración.

—Te lo dejé en bandeja —replicó Helena, que no pudo resistirse y le dedicó una amplia sonrisa, aunque sabía que más tarde se arrepentiría—. ¿Me he perdido algo mientras estaba inconsciente?

—Solo un viajecito de allí hasta aquí —dijo Lucas señalando el suelo y después la encimera. Y una llamada rápida a Jasón.

—¡Lennie! —chilló Claire con desesperación mientras entraba a empujones por la puerta principal. Dejó escapar un grito ahogado cuando advirtió el mobiliario volcado sobre el vestíbulo.

—Aquí. No te pongas histérica, estoy bien —gritó Helena a su mejor amiga. De repente, Lucas la observó con una mirada inquisitiva—. No pasa nada, conoce parte de la historia —confesó.

La empujó con suavidad para poder saltar de la encimera. Claire entró la primera, seguida de Jasón, que parecía estar preparado para estrangularla en

cualquier momento.

—Lo siento, Luke. Estaba en su casa buscando a Helena cuando me llamaste por teléfono. Intenté venir solo, pero aquí la Plataformas se me pegó como una lapa y no estaba dispuesta a que me marchara sin ella —gruñó Jasón, frustrado.

—Umm, ¿perdona? Helena es mi mejor amiga y me olía que estaba pasando algo —espetó Claire a Jasón con rudeza—. ¿Cómo ha ocurrido esto? Has salido volando por mi ventana hace dos segundos —reclamó Claire dándole un fuerte abrazo a su mejor amiga.

—Tú sabes… ¿algo? —preguntó Jasón, sorprendido. No quería hablar más de la cuenta.

—Yo se lo he contado —admitió Helena mientras se soltaba del entusiasta abrazo de Claire.

—Pero siempre intuí algo. Pensé que era una «no muerta» o algo así —declaró Claire haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Creedme, prefiero que descendáis de un dios griego en vez de que seáis algo más asqueroso, como un murciélago, un lobo o un mosquito.

Jasón y Lucas se miraron por encima de la cabeza de Claire. Helena relató lo ocurrido a su amiga lo más rápido posible mientras los chicos Delos salieron al jardín para inspeccionar las huellas de Creonte, pero era demasiado tarde para seguir su rastro. Los dos jóvenes regresaron al interior de la casa con aspecto adusto y desalentador. Helena y Claire habían encendido las luces para evaluar los daños provocados en la entrada.

—¿Esos trocitos son de un cuchillo? —preguntó Claire.

—Sí. Intentó apuñalarme el corazón —respondió Helena con cautela, sin saber cómo reaccionaría su amiga de la infancia.

—¿Todavía eres capaz de hacer eso? ¿Frenar objetos punzantes? —preguntó Claire, que no se mostró pasmada ni desconcertada en ningún momento—. ¿Y los relámpagos? ¿También sigues haciéndolo?

—¿Cómo sabes todo eso sobre mí? —soltó Helena.

Claire suspiró.

—Después de que te empujara desde el tejado… —empezó.

—¿Después de que tú qué? —gritó Lucas.

—¡Solo teníamos siete años! ¡Y no se hizo ningún daño! —replicó Claire

en el mismo tono—. Bueno, da igual. Sé lo de los objetos punzantes porque, bueno, intenté clavarte un cuchillo una vez —continuó algo avergonzada—. Pero sabía de antemano que no te pasaría nada, por lo que había sucedido con Lindsey y las tijeras en segundo de primaria. ¿Te acuerdas?

Helena hizo una mueca.

—¡Es verdad! ¡Lindsey y las tijeras! Intentaba matarme, ¿verdad?

—Sí, no me cabe la menor duda. Se moría de celos. Pero yo nunca quise hacerte daño, solo quería asegurarme de que no había perdido un tornillo. Daba miedito, te lo aseguro —afirmó como si quisiera disculparse.

Helena le sonrió, perdonándola de inmediato.

—Supongo que no puedo culparte. Pero ¿cómo averiguaste lo de los relámpagos?

—¿Recuerdas cuando teníamos nueve años y estábamos en el transbordador porque íbamos al acuario de Boston? Había un tipo repulsivo con una panza cervecera que no dejaba de hablarnos. ¿Recuerdas cómo fingía tropezarse contigo por casualidad y te acariciaba el pelo?

Helena jamás había conseguido olvidar ese episodio, aunque lo había intentado por activa y pasiva. Recordaba ese horrible hedor a cabello quemado al mismo tiempo que la mirada del tipo quedaba vacía. Helena asintió con la cabeza y se estremeció ante la idea. Su amiga quería llegar al meollo de la cuestión, y Helena le tenía pavor.

—¿Recuerdas que desapareció de repente incluso antes de atracar? Bueno, lo cierto es que no se esfumó sin más. Intentó agarrarte, Len, y vi que una chispa eléctrica saltaba de tu cuerpo al suyo. Salió disparado de la cubierta de la embarcación. Pareció un relámpago, pero emergió de tu propio cuerpo.

—Creo que le maté —murmuró Helena. Necesitaba, por fin, admitir lo que había hecho.

—¡Bien hecho! ¡Era un pederasta! Tendrían que darte una medalla —insistió Claire.

Helena miró el rostro serio de su mejor amiga. Aquel tipo seguramente tenía la intención de hacer algo terrible, pero ¿acaso eso justificaba chamuscarlo?

—Primero, no sabes con seguridad si le mataste. Segundo, fue un acto

reflejo. La cuestión no es si merecía morir o no. No deberías sentirte culpable por algo que hiciste en defensa propia —insistió Lucas mientras le acariciaba el hombro. Helena se apartó de él algo insegura, sin saber cómo sentirse. Afortunadamente, Jasón cambió de tema.

—Entonces, tú siempre has sabido que no era del todo humana —resumió Jasón dirigiéndose a Claire con una sonrisa irónica—. ¿No te inquietaba?

—Me preocupaba un poco que intentara arrastrarme hasta el Infierno para sorberme los sesos, pero preferí eso que tener a Lindsey como mejor amiga —confesó Claire—. Además, no sé si os habéis dado cuenta, pero esta isla está llena de gente blanca. Para una niña japonesa, no es fácil crecer aquí. Pero con Lennie merodeando a mi alrededor, sabía que daba igual lo extraña que pudiera parecer, ella siempre me superaría. Eso me gustaba.

—¿Y jamás se lo has contado a nadie en todos estos años? ¿Cuándo eras pequeña nunca se lo mencionaste a nadie, ni siquiera por accidente? —preguntó Lucas con escepticismo.

—¡Venga ya, Lucas! ¡No soy estúpida! Vi *ET*, ¿sabes? Sé de sobra lo que los tipos con bata blanca le hicieron a Eliot y al extraterrestre —replicó Claire con aire disgustado—. Jamás traicionaría a Lennie. Ni a vosotros, por cierto.

—Gracias —dijo Lucas, un tanto confundido.

Los chicos Delos intercambiaron otra mirada, pero esta vez de evidente admiración.

—¿Sabéis lo que no entiendo? —preguntó Helena, que quería cambiar de tema de conversación—. ¿Por qué ella sí puede presenciar mis talentos de vástago sin que me afecte? Todas esas veces que me ha visto utilizar mis poderes no recuerdo haber sentido los retortijones en el estómago.

Helena le explicó a su mejor amiga la maldición que su madre le impuso, pero nadie pudo darle una respuesta satisfactoria. Todos se concentraron en recoger y limpiar el vestíbulo antes de que Jerry llegara a casa del trabajo. Claire se ofreció a quedarse con Helena esa noche por si a su amiga le atormentaba dormir sola, pero Jasón rechazó la idea de inmediato.

—¿Y qué piensas hacer si Creonte vuelve a buscarla? ¿Lanzarle el bolso y cantarle las cuarenta? —dijo con tono sarcástico mientras sacudía la cabeza —. Ajá. Sé que sois como hermanas, pero no permitiré que duermas aquí.

—Me quedaré yo. Tú lleva a Claire a casa —ordenó Lucas, quien asumió

el control antes de que Claire iniciara otra discusión con Jasón—. Si vez algo sospechoso alrededor de su casa, infórmame.

—De acuerdo —dijo Jasón asintiendo con la cabeza. Acto seguido, guió a Claire hacia la puerta.

Por lo visto, a Jasón no le sorprendió que pudiera haber algo peligroso merodeando cerca del hogar de los Aoki, pero Claire y Helena se quedaron asombradas. De pronto, Helena, aterrorizada, alzó el brazo para impedir que la pareja saliera por la puerta. Era de noche y cualquier sombra podría ocultar a Creonte. Al percibir el miedo de Helena, Lucas le tomó de la mano y la sujetó con firmeza.

—Jase puede ocuparse de esto —le dijo con confianza.

—Espera, ¿mi casa? Mis padres están allí —comunicó Claire, cuya ansiedad podía palparse a distancia—. No creeréis que ese chico haya hecho esto…

—No te preocupes —la tranquilizó Jasón con la sensibilidad que solía reservar para todo el mundo excepto para Claire—. No dejaré que a ti o a tu familia os ocurra algo malo.

—Gracias —respondió Claire en voz baja. Le sorprendía tener una razón para dedicarle esas palabras a Jasón.

Se giró y se despidió de Helena con la mano; no daba crédito a lo que acababa de presenciar. Al fin, Claire se había quedado sin comentarios ingeniosos a la par que despectivos para Jasón. Helena cerró la puerta y tomó aliento. Entonces miró de reojo a Lucas y rezó a todo un panteón de dioses para que algún día mirarle fuera más sencillo.

—Pareces cansado —anunció al fijarse en él.

—Tú también. He oído que has sufrido un montón de pesadillas —respondió, demostrándole que no lo avergonzaba reconocer que les preguntaba a sus primos por ella.

—¿Qué más te da? Por favor, Lucas, vete —rogó mientras se frotaba el rostro con las manos.

—No puedo. No lo haré —prometió él, acercándose hacia ella. Después, la rodeó con sus brazos.

Se sentía demasiado frágil como para luchar contra él, así que se dejó llevar y se apoyó sobre su pecho durante unos momentos.

—¿Por qué hueles a mar? —preguntó Lucas súbitamente mientras la apartaba para echarle un segundo vistazo. Estudió la ropa desaliñada y repleta de arena y, con tono sospechoso, cuestionó—: ¿Qué más te ha pasado hoy, aparte de lo de Creonte?

—¡Qué injusto! —declaró mientras se alejaba de él con una risa amarga —. Si te miento, lo sabrás, pero si no digo nada asumirás que ha pasado algo peor que la verdad.

—Entonces dime lo poco o mucho que quieras —propuso en voz baja, retrocediendo unos pocos pasos para otorgarle más espacio vital—. Pero dime algo. ¿Qué ha sucedido?

—Me salté el entrenamiento con Héctor porque no soportaba la idea de verte. Tu primo me encontró escondiéndome en la playa, le planté cara y estuvo a punto de ahogarme para darme una lección de humildad —espetó mientras unos lagrimones de agotamiento se deslizaban por sus mejillas—. Entonces acudí a casa de Claire para desahogarme y le confesé que era un vástago. Después volé hasta casa, donde Creonte me atacó, intentó romperme el cuello y trató de apuñalarme en el corazón. El resto ya lo conoces. Ahora lo único que me apetece es darme una ducha caliente y tumbarme en la cama, porque estoy congelada de frío, me pica todo el cuerpo por la arena y no creo que sea capaz de soportar nada más por hoy.

—De acuerdo. Dúchate —accedió Lucas asintiendo con la cabeza al mismo tiempo que se apartaba de su camino—. Te esperaré en tu habitación.

Helena subió tambaleando las escaleras y corrió hacia el cuarto de baño. En cuanto se metió a la ducha rompió a llorar. Estaba sentada en la bañera mientras el chorro de agua la empapaba y no lograba contener una lágrima más. Intentó hacer el menor ruido posible y esperó que el sonido del agua de la ducha ocultara sus llantos.

Cuando al fin dejó de llorar, salió de la ducha, se secó, se vistió con una camiseta de tirantes que desprendía un perfume dulce y se puso un par de pantalones cómodos recién salidos de la secadora. Después, volvió a entrar al caño inundado de vaho para acabar con su ritual nocturno. Mientras se cepillaba los dientes, oyó que su padre llegaba a casa y encendía el televisor del comedor. Desde lo más alto de las escaleras, le gritó buenas noches y él contestó con un gruñido, pues estaba demasiado absorto en el partido de los

Red Sox como para entablar una conversación con su hija. Helena se dirigió a su habitación.

Lucas estaba esperándola allí. Cuando Helena le vio recostado sobre su edredón, vestido de arriba abajo pero descalzo, se detuvo y le observó fijamente desde el umbral. Era demasiado alto para su cama de niña pequeña, pero, aun así, su porte era perfecto, allí tumbado sobre su lecho.

Él también la miró con atención durante unos segundos antes de apartar la mirada con un gesto de dolor. Deslizó las sábanas, invitándola así a meterse en la cama. Mientras ella se debatía entre decirle que su padre podría entrar en cualquier momento y pedirle que se quitara la ropa, Lucas habló.

—No tengo tanta fuerza de voluntad, Helena —susurró—. Y puesto que al parecer duermes con la camiseta de tirantes más transparente que jamás he visto, voy a tener que pedirte que te metas debajo de las sábanas antes de que haga algo estúpido.

La chica se sonrojó *ipso facto* y cruzó los brazos sobre el pecho. Corrió hacia la cama y de un salto se metió bajo las sábanas. Lucas soltó una risotada y la tapó con el edredón, como si hubiera una línea infranqueable que, por arte de magia, les impediría caer en la tentación «de hacer algo estúpido», el joven se acurrucó junto a ella y la abrazó con dulzura, con la cabeza apoyada en su cuello.

—No tienes de qué avergonzarte. Después de verte con el camisón de mi prima no tienes nada que esconder. Pero ¿por qué estabas llorando en la ducha? —murmuró.

Helena podía sentir los labios de Lucas en la nuca y la presión de sus caderas bajo las sábanas, pero tenía los brazos tan rígidos que le daba la sensación de estar atrapada en una jaula. Trató de girar el rostro hacia él para invitarle a meterse bajo e edredón, junto a ella, pero Lucas se lo impidió.

—¡Estaba llorando porque me siento frustrada! ¿Por qué me haces esto? —susurró a la almohada.

—No podemos, Helena —contestó el chico.

La besó en el cuello y le pidió perdón una y otra vez, pero, por mucho que lo intentara, no le permitiría girarse hacia él. Empezó a sentirse utilizada.

—Por favor, ten paciencia —rogó Lucas mientras le cogía la mano para evitar que le tocara.

Helena procuró incorporarse para echarle de la cama; no estaba dispuesta a sufrir inútilmente por alguien que jugaba todo el tiempo con sus sentimientos. Los dos forcejearon un poco, pero a él se le daba mucho mejor y tenía más fuerza de lo que aparentaba. Con facilidad, Lucas bloqueaba cada intento de Helena para rodearle con los brazos o las piernas.

—¿Me quieres o simplemente crees que es divertido jugar conmigo de esta manera? —preguntó Helena, que se sentía rechazada a la par que humillada—. ¿Ni siquiera me besarías? —soltó al final cuando consiguió verle la cara.

—Si te beso, no pararé —susurró en tono desesperado mientras se apoyaba sobre los codos para mirarle a la cara.

Ella también le miró y, por primera vez en esa noche, le contempló. Su expresión era vulnerable e incierta. Su boca entreabierta expresaba deseo y el cuerpo le temblaba. Toda su ropa estaba húmeda por el sudor que le provocaba la ansiedad. Helena se relajó y volvió a tumbarse en la cama con un suspiro. Por alguna razón que obviamente nada tenía que ver con el deseo, él no accedería a estar con ella.

—No estás burlándote de mí, ¿verdad? —le preguntó con recelo, solo como precaución.

—No. Esto no tiene nada de divertido —respondió. Lucas también cambió de postura y volvió a tumbarse al lado de la chica, con la respiración agitada.

—Pero por alguna razón, nunca estaremos juntos —anunció Helena, mucho más relajada.

—Nunca digas nunca —repuso enseguida Lucas. De inmediato se acomodó sobre ella, utilizando su pesado cuerpo para inmovilizarla en su cama de niña pequeña—. A los dioses les encanta juguetear con las personas que utilizan los absolutos.

Lucas recorrió sus labios por el cuello de Helena y consintió que esta le abrazara, pero eso fue todo. La mantenía sujeta bajo las sábanas, momificada en una castidad mísera, dejándola que le rodeara con los brazos, pero sin permitir que le abrazara del todo.

—¿Te importo? Y no me refiero a importar en el sentido de «tenemos que detener a los Cien Primos y evitar que inicien una guerra con los dioses», lo

cual es un asunto de vida o muerte —dijo como si tal cosa.

Sabía que, en cierto modo, estaba actuando de un modo mezquino e inseguro, pero necesitaba conocer los sentimientos de Lucas hacia ella. El muchacho volvió a apoyarse sobre los codos para mirarla directamente a los ojos.

—Desde luego que me importas —respondió con convicción—. Lo único que no estoy dispuesto a asumir por estar contigo es la muerte de personas inocentes. Es lo único —declaró mientras volvía a tumbarse, pasándose una mano por el cabello—. Pero, al parecer, es suficiente.

Helena sabía que había mucha más información tras aquellas palabras, información que Lucas no quería darle, pero no podía resistirse a hacer más preguntas cuyas respuestas fueran horrendas. Ya le habían sucedido bastantes cosas horripilantes por un día. Se deslizó encima de Lucas y se acomodó en su pecho; estaban en la misma postura que la noche en que ambos se desplomaron desde el cielo.

—Solo para que lo sepas, me gustaría dejar las cosas claras. A mí también me importas. Y si este abrazo es todo lo que puedo tener, lo prefiero sobre cualquier cosa que otra persona vaya a darme.

—Lo dices porque nunca has estado con un hombre —dijo Lucas mientras le besaba en la frente—. Ahora duérmete —ordenó.

Helena sintió ganas de seguir discutiendo, pero se sentía exhausta tras haberse peleado a vida o muerte en dos ocasiones el mismo día y apenas podía pestañear. El abrazo de Lucas le transmitía seguridad y paz, de modo que la joven se relajó por completo. Mientras escuchaba el particular sonido de la respiración de su amado, que ya conocía de sobra, se sumió en un sueño profundo y libre de pesadillas.

13

Oculto entre las sombras y rodeado de una negrura absoluta, Creonte se escondió detrás de la casa de Helena, con los ojos pegados a la ventana de su habitación. Podía escuchar a Héctor a cuatro manzanas de distancia, deslizándose por el jardín de un vecino, acechándole, buscándole. Pero Creonte sabía perfectamente que Héctor no tenía opción. Nadie sobre la faz de la tierra podría encontrar a Creonte por la noche si él no lo deseaba.

Su primo pequeño Lucas estaba allí arriba, en la cama de Helena, abrazándola mientras ella dormía plácidamente. Le recorrió un escalofrío de pies a cabeza, pues la incitante tentación de saltar hacia el cristal y luchar con su primo por la vida de Helena le parecía irresistible. Creonte no sabía qué haría, y esta incertidumbre recién descubierta no le gustaba ni un pelo. Apretó los dientes y se obligó a mantener el control. Si retaba a su primo, sin duda se enzarzarían en una pelea de vida o muerte, no le cabía la menor duda de que él vencería, pero al ganar perdería demasiado. Se convertiría en un paria y la Atlántida continuaría perdida.

La elección estaba clara: inmortalidad o Helena. Entonces, ¿por qué le suponía tanto esfuerzo resistirse? Escuchó a la joven suspirar en sueños y a Lucas cambiar de postura, acercándose aún más a ella. Casi de forma inconsciente, se levantó y avanzó un par de pasos hacia la ventana, inundado en una neblina de lujuria sangrienta.

De repente, su teléfono móvil vibró en el bolsillo.

Sin bajar ni un segundo la guardia, Héctor arrancó a correr a toda a prisa hacia ese ligero sonido. Creonte no tuvo otra oportunidad que huir de allí. No podía enfrentarse a sus dos primos y a Helena. Tendría que regresar en otro momento.

Tardó diez minutos en perder a Héctor en el centro de la isla. Su primo era persistente, pero, al fin, la obscuridad asfixiante de las sombras de Creonte lo desorientaron lo suficiente para que este se pudiera escapar.

Trotando hacia la costa este de la isla, Creonte por fin puedo comprobar quién le había salvado de cometer un error terrible. No se sorprendió al ver que se trataba de su madre. A pesar de que no era un vástago, tenía una misteriosa capacidad de aparecer en el momento apropiado. Le devolvió la llamada y le reveló lo que había descubierto oculto en aquella diminuta isla.

Al principio su madre no le creyó, aunque por las palabras que utilizó, escogidas con sumo cuidado y cautela, advirtió que la incredulidad de Mildred no se debía a que considerara imposible lo que su hijo le había contado; más bien dudaba que la propia Helena fuera la única responsable de los fenómenos que él había presenciado. En alguna ocasión, su madre había oído rumores de un vástago capaz de romper espadas con el mero roce de su piel, e insistió en que le desvelara el nombre de ese vástago a su hijo. En vez de contestarle, le pidió una vez más que describiera a Helena.

—Bueno, seguramente tu puñal estaba defectuoso. Por cómo estás describiendo a Helena, no puede ser su hija —anuncio Mildred enseguida.

Creonte persistía en conocer el nombre del tal vástago mientras ella suspiraba, cansada de tanta insistencia, alzando el tono e incluso maldiciendo. Creonte se sorprendió ante ese comportamiento tan grosero. Una dama jamás se degradaría empleando un lenguaje tan vulgar; hasta ese instante jamás había considerado a su madre capaz de hacerlo. Con buenos modales le pregunto cómo podía estar tan segura de que su puñal estaba defectuoso.

—Porque si esa muchacha realmente es inmune a las armas, entonces también habrías mencionado que es la jovencita más hermosa que jamás habías visto. No podrías ignorarlo, está en tu sangre —respondió de mala gana.

—¿Y si es la jovencita más hermosa que jamás he visto? Entonces, ¿qué? —preguntó Creonte mientras intentaba aplacar una corriente de adrenalina que empezaba a recorrerle todo el cuerpo. Se produjo un largo silencio en la línea telefónica.

—Tienes que venir ahora mismo. Debemos contárselo a tu padre. Esto es mucho más grande de lo que imaginas —ordenó Mildred antes de finalizar la

llamada abruptamente.

A la mañana siguiente, Helena se levantó de un salto, desperezándose de repente al notar una señal de alarma. Rápidamente se llevó la mano al pecho, en concreto al punto donde Creonte le había intentado apuñalar. Tuvo que presionar los dedos en su piel para convencerse de que no había ninguna herida, ni rastro de ella.

Oyó unos suaves murmullos que provenían del otro extremo de la habitación. Al incorporarse, vio a Lucas de pie delante de la ventana, hablando con alguien que debía de estar en el jardín, con un tono de voz que ningún mortal podría percibir. El despertador que tenía junto a la cama indicaba las 5:25 de la mañana y el sol apenas había despuntado.

—Está a salvo, y eso es todo lo que importa —dijo Lucas al otro lado de la ventana.

—No es todo lo que importa —susurró la otra persona.

Helena salió de la cama y se reunió con Lucas junto a la ventana. Bajó la vista y advirtió a Héctor en un rincón de su jardín. El joven alzo la mirada y contemplo a la pareja con una expresión de indignación.

—¿Estás bien? —pregunto Héctor son cierta aspereza.

—Sí, aunque no se puede decir lo mismo de ti —respondió.

Incluso a un piso de altura, podía vislumbrar los ojos de Héctor, enrojecidos por la fatiga y la preocupación. Él hizo una mueca sarcástica ante la expresión de lástima de Helena y enseguida se dirigió a Lucas con una advertencia.

—Permaneced en el cielo hasta que estemos seguros. En el aire estaréis a salvo.

Héctor salió disparado a tal velocidad que Helena tan solo captó un rastro borroso de su silueta. Lucas cerró la ventana y se apoyó sobre ella. Tenía los ojos más abiertos de lo habitual y no pestaña naba.

—¿Qué sucede? —preguntó con una voz casi inaudible. Podía oír la respiración somnolienta de su padre, que dormía profundamente en la otra habitación.

—Mi familia se ha pasado la noche en vela buscando a Creonte —

respondió Lucas—. Creemos que ha tomado un vuelo y ha abandonado la isla, pero todavía no estamos seguros.

—¿Se ha ido? —preguntó Helena, mostrándose esperanzada.

—Quizá. Pero si se ha ido, créeme que no será para siempre.

Lucas miraba a Helena con tal intensidad y fijación que la joven tuvo que alargar el brazo y tocarle para romper la tensión. Dio un paso hacia delante y posó una mano sobre el musculoso pecho de Lucas. Estaba temblando.

De repente el chico se irguió y cruzó la habitación hasta la puerta.

—Abrígate.

—¿Por qué? ¿Dónde vamos? —susurró.

—Arriba.

En cuanto dejaron atrás el estado de gravidez, Lucas pareció relajarse un poco, no mucho. Helena suplicó por una clase de vuelo, en parte porque le apetecía aprender, pero sobe todo para distraerle. Ambos trabajaron sobre el control de la presión aérea durante más de una hora, hasta que recibieron una llamada telefónica de la familia Delos. Cástor había llamado desde el aeropuerto, confirmando al fin que Creonte había abandonado la isla en un avión privado, tal y como habían sospechado, así que no había riesgo alguna en traer a Helena a casa.

Héctor se puso enseguida al teléfono e insistió en que vinieran de inmediato, pues quería que Helena recuperara su entrenamiento de combate esa mañana. Los primos mantuvieron una discusión algo acalorada, pero finalmente Lucas aceptó aterrizar a regañadientes.

—¿Qué pasa? —preguntó Helena. Le confundía que Lucas no se mostrara más contento al saber que Creonte había desaparecido de la isla.

—Héctor desconfía cuando estamos solos aquí arriba, no me aprovecho para… ¡Maldita sea! ¡Tienes que aprender esto! —exclamó mientras se pasaba una mano por el pelo—. Prefiero que te alejes de los problemas volando a que intentes vencer a tu contrincante en una pelea.

—Yo también —replicó ella con entusiasmo, agarrando a Lucas por los hombros para no dejarle planear—. Llama a tus primos y diles que aún no hemos acabado. La idea de pasar el día volando contigo es más tentadora que sudar la camiseta con Héctor.

Lucas miró a Helena con desazón, como si estuviera meditando algo

doloroso.

—Es mejor que vayamos —decidió al fin con una expresión sombría—. Tienes que dominar las dos disciplinas.

Aunque Helena intuía que Lucas estaba preocupado, ella no podía evitar sentirse eufórica tras pasar toda la mañana volando como un pajarito. Le cogió por las manos y la pareja empezó a girar, deslizándose en espiral mientras descendían en el aire como si estuvieran montados en una montaña rusa. La sensación de caer en picado hacía que notara un vacío en el estómago, pero la artimaña había funcionado. Lucas sonrió de oreja a oreja y mordió el anzuelo.

El chico la sujetó entre sus brazos y ambos se zambulleron en el aire como si se hubieran tirado de cabeza en una piscina. Helena comenzó a gritar, justo cuando parecía inminente que chocaran contra el suelo, alzó el vuelo sin soltarla, sujetándola entre sus brazos antes de permitir que flotara junto a él. Los dos se sostuvieron en el aire sobre el jardín de los Delos durante varios segundos, con las manos unidad y desternillándose de modo histérico. Pasaron por alto las miradas de preocupación que les lanzaron el resto de los miembros del clan Delos desde el interior de la casa.

—Ahora, antes de que aterrices, voy a enseñarte otra habilidad —dijo Lucas antes de serpentear tras ella y rodearla con un brazo—. Voy a mostrarte cómo cambiar a un estado sólido, a acceder a la gravedad. La mejor forma de pillarle el truco es hacerlo mientras aterrizas.

—¿Eso fue lo que hiciste cuando te abalanzaste sobre Héctor el otro día, en la pista de tenis? —preguntó Helena—. ¿Y anoche?

Recordó la noche anterior, cuando Lucas y ella forcejaron en la cama antes de hacer las paces y sumirse en un sueño profundo; se sorprendió al notar que el peso del cuerpo de Lucas se hacía casi insoportable. Tuvo que apretar los labios para evitar sonreír.

—Exacto —le contesto Lucas al oído, rozándole la piel con los labios—. Es el tercer estado de gravedad para los voladores y puede salvarte la vida.

La pareja flotaba a unos quince metros de altura. Lucas, cuyo brazo rodeaba la cintura de Helena, le enseñó a cambiar el mundo bajo sus pies.

El muchacho la guió a invertir el impulso que la hacía ingrávida y a imaginar su cuerpo mucho más pesado. Enseguida captó lo básico y cuando

Lucas le indicó que tocara el suelo con los pies, ella se desplomó produciendo un ruido sordo sobre el jardín y dejando dos agujeros fangosos bajos sus talones. Helena se quedó estupefacta y miró a Lucas buscando su visto bueno, pero, por lo visto, aún le quedaba mucho por aprender.

—Ya mejorarás —la animó al mismo al mismo tiempo que aterrizaba en el jardín junto a él. Bajo sus pies dejó dos zanjas profundas.

—¡Qué fanfarrón eres! —exclamo con una amplia sonrisa.

—¡Eh!, tengo que impresionarte mientras pueda. Pronto estarás volando en círculos a mi alrededor —bromeó mientras la cogía de la mano. Como si fueran dos cuerpos inseparables, la pareja se dirigió hacia la casa.

—Lo dudo mucho —replicó Helena sacudiendo la cabeza. Lucas era muy ágil en el aire. Estaba convencida de que jamás podría volar como él.

—Eres más fuerte que yo —afirmó sin un ápice de envidia en su voz, como si fuera un hecho demostrado—. Cuando te des cuenta, podrás hacer cosas que yo solo puedo soñar.

—Si soy tan fuerte como dices, ¿porque siempre necesito que vengas a salvarme? —le preguntó con un tono irónico.

—Porque para luchar no basta con ser fuerte —respondió con tono serio —. Y eso es bueno, porque de lo contrario Héctor podría hacerme papilla en un combate.

—Todavía puedo hacerte papilla en un combate —gritó Héctor desde el interior de la casa.

Lucas sonrió con complicidad a Helena y meneó la cabeza antes de adentrarse en la cocina, aunque no llegaron demasiado lejos.

—¡Ni os atreváis a pisar mi suelo! —exclamó Noel señalando los zapatos de Lucas y Helena, que estaban cubiertos de lodo y fango. De repente, la matriarca se percató de por qué estaban tan sucio y gruño—: ¿Qué le habéis hecho a mi nuevo jardín, salvajes?

—Tuve que hacerlo, mamá. Helena debe aprender —se disculpó Lucas, quien, de inmediato, retrocedió varios pasos y se descalzó.

Helena lo imitó.

—Helena, cariño, ¿tienes hambre? Come algo antes de irte, por favor —sugirió Noel con amabilidad antes de volver a adoptar un semblante de reconvención—. Y sobre el jardín, ya conoces las normas, Luke.

—«Arregla lo que rompes». Si, sí. Sabes de sobra que siempre lo cumplo —dijo con una sonrisa en la cocina para perseguir a su madre, que correteaba por la sala huyendo de la amenaza de cosquillas de su hijo. Intentó sacudirle con un trapo de cocina varias veces, pero no logró ni rozarle.

Mientras Lucas corría hacia el piso de arriba para cambiarse de ropa, Helena se dio cuenta de que estaba pletórico, feliz, y ella también. Sabía que aún corría un grave peligro y, por lo tanto, debería estar aterrorizada, pero observar a Lucas saltar los peldaños de tres en tres hacía que sintiera una felicidad efervescente. Aún no tenía la menor idea de qué había entre ellos dos, pero se sentía feliz.

Al parecer, Helena no era la única. Pandora entró en la cocina con un brillo especial después de su práctica de yoga y tatareando una animada canción. Se había quitado la infinidad de pulseras y brazaletes y mostraba unas muñecas desnudas, aunque mantenía las de los tobillos además de una cadena de lentejuelas alrededor del vientre que tintineaba con alegría con cada paso y vaivén de sus caderas.

—¡Dios mío, me encanta! —exclamó al mismo tiempo que alargaba el brazo para tocar el colgante que Helena siempre llevaba alrededor del cuello —. Siempre digo lo mismo: sí no tiene diamantes incrustados, no es una verdadera joya.

—¿Qué? —preguntó Helena, algo confundida y perpleja, mientras bajaba la mirada para observar el colgante.

Pandora estaba engullendo una botella de agua que había sacado de la nevera y no escuchó a la joven.

—La sala de entrenamiento es toda suya —anunció por encima del hombro a Héctor al salir de la cocina.

Helena manoseó el colgante con forma de corazón y se preguntó por qué Pandora habría dicho lo de los diamantes, pues el colgante no contenía ninguno.

—¿Preparada para el combate, princesa? —preguntó Héctor una vez que entraron en el cuadrilátero.

—¿Tienes que llamarme así? —resopló Helena, que empezaba a dudar de si comportase como un cretino formaba parte de su estrategia o, simplemente, estaba en su personalidad.

—Bueno ahora, sí —contestó con una sonrisa satisfacción, complacido de haber tocado una fibra muy sensible.

—Venga, empezamos antes de que destroce la cocina de tu tía con tu cabeza de chorlito.

—Así me gusta —animó.

Helena no pudo aguantarse una risotada. Héctor podía ser bastante encantador cuando no intentaba matarla.

Héctor y Lucas vigilaron a Helena con atención cuando esta empezó a practicar con el saco de boxeo, pues consideraron que era el lugar idóneo para aprender los movimientos más básicos. Helena no le pillaba el truco. Procuraba acompañar los golpes con sus caderas, tal y como los chicos Delos le habían indicado, pero seguía colocándose de una forma extraña en el último momento y los asaltos perdían toda velocidad y fuerza. Además, no disfrutaba dando puñetazos a objetos. No formaba parte de su naturaleza. Héctor perdía los estribos y pretendía no mirar.

—Tienes los mismos instintos asesinos que una planta de interior —gruñó cubriéndose el rostro con las manos.

—Quizá deberíamos pasar al combate cuerpo a cuerpo. Seguramente le resultará más útil, teniendo en cuenta que todos sus ataques han parecido refriegas de barrio —sugirió Lucas.

Helena estuvo de acuerdo enseguida. Era una luchadora terrible, pero ni siquiera Héctor podía negar que lo intentaba. Los chicos la informaron brevemente del protocolo que debía seguir y la joven entró en el cuadrilátero haciendo una reverencia, tal y como le habían enseñado. Tenía la esperanza de que Lucas fuera su maestro, pero el joven se hizo a un lado y dejó que Héctor entrara con ella.

—Pensaba que esta era la especialidad de Luke —comentó Helena algo vacilante.

—Y lo es. Me supera de lejos en esta arte marcial —respondió Héctor con una sonrisa—. Ahora apoya las manos y las rodillas en el suelo. Ya sabes, como si fueras un perrito.

Pese a que Héctor estaba tratando de forma deliberada que Helena diera marcha atrás, la joven permaneció tranquila y concentrada en las órdenes que recibía. El jiu-jitsu tenía un componente físico que parecía divertido, pero la

mayor parte de tal arte marcial, el verdadero reto, era mental. Le daba la impresión de que intentaba resolver un rompecabezas, desenrollando una especie de nudo humano que Héctor había entrelazado. En algunas ocasiones, el chico se enfurecía, en particular cuando Helena le daba un ataque de risa o de vergüenza cada vez que la obligaba a adoptar una postura sexualmente sugerente; pero él, muy profesional, aguantaba el tipo y continuaba trabajando con ella en lugar de autorizar a que Lucas le sustituyera en la lección.

—¡No y no! —exclamó Héctor en el instante que Lucas hizo el ademán de entrar en el cuadrilátero—. Tú, fuera.

—Héctor, ¡tienes que enseñárselo paso a paso! —protestó el otro desde fuera del cuadrilátero. Jamás osaría romper las normas, pero no dudaría en gritar lo que fuera desde las bandas. Después, añadió—: ¡Ni siquiera sabe mantener la guardia, y es lo primero que debería aprender!

—A ver, machito —replicó Héctor que en esos momentos estaba entre las rodillas de Helena y se levantó—: No voy a dejarte entrar, así que olvídalo —dijo mientras señalaba de modo significativo el cuerpo de Helena, que estaba boca abajo y con las piernas abiertas.

La chica empezó a desternillarse de risa de manera histérica.

—¡No tienes de qué preocuparte, Héctor! —consiguió articular entre risas —. ¡Confía en mí!

El comentario de la joven ruborizó a Lucas. Helena escuchó una risotada familiar desde el exterior del cuadrilátero.

—¿Risitas? ¿Eres tú? —preguntó mientras se incorporaba e ignoraba por completo a Héctor.

—Sí, soy yo. Tengo que decir, Len, que siempre creí que sería difícil que te abrieran las piernas, pero al parecer a Héctor no le ha costado ningún esfuerzo —bromeó Claire.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Helena, que no salía de su asombro.

—Intenté detenerla, pero entró sin permiso y… —empezó Jasón, con un tono crispado y frustrado.

—¡Me moría de ganas de verte hacer tus cosas de semidiosa! —chilló la chica, interrumpiendo a Jasón—. Nunca te había visto poner tus truquitos en práctica a propósito.

—¿Truquitos? ¡No somos monos de circo, Claire! —exclamó Jasón.

Helena miró a Héctor y se encogió de hombros mientras los otros dos continuaban riñendo.

—¿Sabes qué? Creo que disfrutan peleándose —añadió Helena.

—Es tu amiga —dijo Héctor.

—Es tu hermano —replicó Helena.

De repente, todos oyeron un fuerte portazo. Lucas acababa de salir de la sala de entrenamiento. Helena se irguió y le llamó varias veces, pero no podía abandonar el cuadrilátero hasta que Héctor, su maestro durante este día, le permitiera retirarse. La joven se giró hacia él y se lo rogó con la mirada.

—Quizás hoy estés a salvo, pero aún así estás en una situación muy peligrosa, no lo olvides. Sé que no te gusta, pero tienes que entrenar. Y, si aceptas mi consejo, lo mejor sería que le dejaras que empezara a odiarte desde ya, Helena —dijo con tono severo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, sorprendida de que Héctor pudiera llegar a ser tan frío e insensible.

—Corre detrás de él si eso es lo que quieres —soltó, apartando la mirada. Helena hizo otra reverencia y salió corriendo del cuadrilátero—. Pero cada vez será más duro —avisó cuando ella abrió la puerta, antes de salir.

La joven la cerró de golpe, dejando clara su postura respecto al tema…, aunque no sabía con precisión por qué hacía lo que hacía.

Corrió hacia el jardín y oyó un ruido deslizante y veloz que provenía de las pistas de tenis. Empezó a correr y, de repente se percató de que, ¡ups!, podía volar. Brincando a una altura inimaginable, vio a Lucas en la pista de tenis, que había convertido en campo de batalla; arrojaba lanzas a un objetivo. El muchacho se percató de su presencia y alzó el vuelo, para reunirse en ella en el aire.

—Vamos —invitó tomándola de la mano. Después señaló a dos mortales que paseaban por la playa, prácticamente desierta—. Alguien podría vernos.

Ambos se elevaron y tomaron rumbo hacia el faro Great Point, en dirección norte, donde podrían estar a solas. Rozaron la suave arena en dos personas normales al faro y cambiaron de estado, convirtiéndose en dos personas normales y corrientes que paseaban cogidos de la mano por la orilla de la playa. Lucas permaneció en silencio. Helena decidió ser la primera en

hablar.

—Sabes que estábamos de broma ¿verdad? En ningún momento quise herir tus sentimientos. Perdón si lo he hecho —se disculpó.

—No has herido mis sentimientos —negó sacudiendo la cabeza y apretando los puños—. Es mucho más simple que eso. Mucho más básico. Odio ver a Héctor encima de ti. Estoy celoso, Helena.

—Entonces encárgate tú de mi entrenamiento —propuso ella con entusiasmo. De manera inesperada, Lucas dejó de caminar y le dio la espalda con un gruñido salvaje—. Espera, ¿por qué no? —insistió.

—Soy un semidiós, no un santo —puntualizó con una carcajada de autodesaprobación—. No puedo soportarlo todo.

—Exacto. Entonces, ¿hasta dónde puedes soportar? Decide cuál de las opciones te resulta más inaguantable y decántate por la otra. De esa forma da igual lo insufrible que sea tu elección, pues al menos te consolarás sabiendo que estás evitando algo mucho peor —recomendó Helena haciendo gala de su lógica. Lucas la miró de reojo le sonrió.

—Eres muy buena consejera ¿lo sabías?

—A veces sí, a veces no. Depende del día —dijo con una sonrisa juguetona.

—Estás convencida de que escogeré entrenarte, ¿verdad? —preguntó mientras intentaba aguantarse una carcajada.

—Cuento con ello, por supuesto.

Caminaron un rato más, esbozando tímidas sonrisas ante los pensamientos que les cruzaban por la mente. Helena notaba que a Lucas le costaba horrores elegir una de las dos opciones, pero no quiso insistir. Al fin, sintió que él había tomado una decisión y tomó aire profundamente.

—Los gemelos se encargarán de formarte en cuestiones relacionadas con la artillería y con las lanzas. Héctor aún estará a cargo de tu aprendizaje con el boxeo y el combate con espada, pero yo me ocuparé de las disciplinas de lucha cuerpo a cuerpo. Solo una advertencia: mi padre y mi tío pueden vetar esta decisión sin que yo pueda oponerme.

—¿Acaso mi opinión importa un comino? —preguntó Helena, algo molesta—. Cástor y Palas no pueden decir lo que tengo o no tengo que hacer. Si decido que tú me entrenes, ¿por qué no ha de ser así?

—Bueno… lo mejor será que yo me ocupe de mi familia —dijo Lucas. Helena decidió dejar el tema a un lado—. Venga, tenemos que regresar. No me gusta que estemos tan expuestos.

—Todo está tan cerca… —comentó Helena mientras planeaban sobre el jardín de los Delos, aún asombrada por lo rápido y fácil que le resultaba ir de un lado a otro de la isla—. ¿No te cansas de estar encerrado en la isla?

—Estaría harto si estuviera atrapado en Nantucket —contestó con ironía tras aterrizar—, pero justo el otro día estuve en Nueva York.

—¿Qué dices? ¿Para qué?

—*Bagels*. Hay un lugar en Brooklyn que me encanta. A una velocidad supersónica solo tardó unos diez minutos.

Helena se quedó inmóvil al caer en cuenta de lo eso implicaba.

—¿Eso quiere decir que, cualquier día entre semanas, podemos volar hasta Boston, comernos el almuerzo en la plaza de Harvard y estar de vuelta a primera hora de la tarde?

—Claro —comentó encogiéndose de hombros—. Quiero que practiques una semanas más antes de salir de la isla. Enseguida serás bastante fuerte como para ir a cualquier sitio conmigo.

—¡Quiero ver las estatuas de la isla de Pascua! ¡Y visitar el Machu Picchu! ¡Y la gran muralla China! —exclamó Helena completamente emocionada.

Empezó a dar brincos de alegría sobre sus talones sin dejar de avanzar hacia la casa. Lucas la sujetó por las manos para intentar calmar su entusiasmo.

—Tendremos que esperar un poco más antes de cruzar el charco. Apenas puedes mantenerte estable en el aire, y créeme: planear sin un punto de referencia es mucho más complicado, además, las ráfagas de aire oceánicas pueden ser una auténtica pesadilla.

—Pero iré contigo, ¡y tú ya manejas a la perfección todas esas cosas! —gritó. De repente, Helena se detuvo. Se llevó la mano de Lucas hacia su pecho y continuó—: Ahora ya tengo la fuerza suficiente, ¡te lo juro! ¿Por favor? ¡Siempre he soñado con viajar! Lucas, ¡no te haces la menor idea!

Toda mi vida he querido escapar de esta isla.

—Lo sé, ¡y podemos hacerlo pronto! Colgaremos un mapa sobre un corcho e iremos colocando chinchetas sobre todos los lugares que queramos visitar. Fiyi, Finlandia, Florencia, ¡el que sea! —respondió Lucas con indulgencia al mismo tiempo que tiraba de ella para que dejara de dar saltos —. Nosotros juntos podemos ir a comer *sushi* a Tokio cada noche hasta que nos aburramos. Podemos hacer lo que se nos antoje, Helena. Pero tienes que mejorar tu técnica.

—Nosotros juntos podemos hacer todo eso, ¿verdad? —preguntó Helena, que se quedó casi sin aliento, al darse cuenta de que los dos habían utilizado el pronombre «nosotros». De pronto, le vino a la cabeza una idea menos agradable—: Has estado haciendo esto durante bastante tiempo ¿no? Explorar otros continentes para matar los ratos muertos.

—Sí.

—¿Siempre solo? —Si no hay opción, podemos llevar en volandas a alguien, siempre y cuando la distancia sea corta, pero es agotador. Lo más sencillo es ir caminando, aunque tengas que cargar con ellos.

Procuraba parecer alegre y desenfadado, pero su rostro se había oscurecido súbitamente. Helena le miró, intentando adivinar la emoción de transportarse hasta el museo del Louvre en París y contemplar la Mona Lisa, en vez de conformarse con ver el retrato en el libro, pero estaba claro que jamás conocería esa sensación hasta que no la experimentara por sí misma. Adivinó la soledad que hasta entonces había sufrido Lucas. Él no había conocido otro vástago que tuviera el don de volar, lo cual significaba que había estado aislado en muchos sentidos, hasta que la conoció.

—Todavía nos queda mucho tiempo para ver el mundo, pero, por ahora, es mejor que no salgas de esta isla. Y puesto que no puedo pedirte que hagas algo que ni yo mismo estaría dispuesto a hacer, te prometo que no abandonaré la isla sin ti. Lo juro.

—Sí, claro —dijo Helena carcajeándose. La joven trató de soltarse de la mano de Lucas, pero el muchacho no lo permitió.

—Lo digo en serio —insistió acercándose peligrosamente a ella; solo unos milímetros los separaban—. Además, hay otra razón por la que quiero que te quedes en la isla, sobre todo cuando no estoy contigo. Mi familia no

puede protegerte si no puede localizarte. No debes olvidar que esas mujeres aún están por aquí. Y no me cabe la menor duda de que Creonte volverá por ti…

Al mencionar ese nombre, a elle le volvió todo a la memoria. Había intentado asesinarla y estuvo a punto de conseguirlo. La vertiginosa oscuridad ya había sido una experiencia horripilante, pero, para colmo, le había obligado a utilizar su energía eléctrica, lo cual le había devuelto un recuerdo nauseabundo a la memoria.

—¿Helena? —Le rozó la mejilla—. Siento haberle nombrado, pero sabes que tengo que hacerlo.

—Lo sé, Lucas, no es eso —empezó, hizo una breve pausa para recapacitar y preguntó—. ¿Crees que mis rayos son peligrosos?

—Mucho —respondió con seriedad—. Pero solo si no aprendes a usarlos.

—¡No quiero utilizarlos! ¡Quiero olvidarme de ellos otra vez!

—Helena, no tienes que volver a huir de ti nunca más —le aconsejó con el ceño fruncido—. Mira, en parte es por mi culpa. Debería haberte contado lo de la electricidad antes, pero estaba convencido de que evitabas el tema por alguna razón, que lo reprimías. Lo que realmente deseaba es que lo descubrieras por ti misma y que quisieras aprender a desarrollar ese talento, tal y como has hecho con tu capacidad para volar.

—Lucas, yo… —empezó, negando con la cabeza—. Creo que maté a un hombre utilizando mi energía y, aunque estuviera intentando hacerme daño, todavía me aterra.

—No puedes tener miedo de tu poder, Helena —respondió él con amabilidad—. Eres la más fuerte de todos nosotros, pero esa fuerza no servirá para nada hasta que la domines.

—Pero he pasado la vida aterrorizada de utilizarla —respondió Helena con voz asfixiada al recordar los retortijones.

—Soy consiente de que te estoy pidiendo que olvides años de adaptación, y probablemente no ocurra de la noche a la mañana, pero tiene que suceder, y tienes que ser tú la que decida que ocurra. Eres el vástago con más talentos que jamás he conocido —la alabó Lucas mientras meneaba la cabeza, como si no supiera explicarse—. De veras, Helena, no puedes verte con los mismos ojos que yo, pero si pudieras, te quedarías sin palabras. Ha llegado el

momento de que dejes de temer todo aquello que puedes hacer y, sin duda, es el momento de empezar a utilizar tus talentos cada vez que entrenas, en especial tu capacidad de energía.

—¿Cómo se supone que tengo que hacerlo sin freír a alguien? Asumo que no tienes un garaje repleto de pararrayos, ¿verdad? —bromeó, algo aturullada por el cumplido de Lucas. Se percató de que Lucas la consideraba muy poderosa, pero, más importante aún, de que parecía estar encantado.

—Aún no me he ocupado de los detalles —respondió con una amplia sonrisa—, pero ya se me ocurrirá algo.

Cuando llegaron a casa, era la hora de cenar. Helena se alegró muchísimo de que Claire siguiera allí, sentada a la mesa de la cocina a la espera de comer con el resto de la familia. Su mejor amiga charlaba con los mellizos sobre un proyecto que tenían que entregar al día siguiente por la mañana para una de sus clases avanzadas, y solo se calló para saludar efusivamente a Helena cuando esta y Lucas aparecieron por la puerta de la cocina.

Como de costumbre, la cocina esta abarrotada. Palas y Cástor merodeaban cerca de la encimera, hambrientos y abrasándose las lenguas cada vez que sumergían un dedo en una olla para probar los manjares de Noel estaba preparando, pero eso no los detenía. Pandora y Héctor bromeaban junto al fregadero, desternillándose de risa y soltando idénticas carcajadas al intentar comprobar quién era mejor lanzando una uva al aire y pescándola con la boca abierta. La pobre Noel podía apenas moverse sin tropezarse con alguno de sus hijos, invitados, marido, cuñado, sobrina, sobrino. Además, otra vez, al parecer nadie estaba dispuesto a echarle una mano.

—Sabes que soy buena cocinera ¿verdad? ¿Debería ayudar a tu madre? —le preguntó Helena a Lucas con cierta vergüenza.

—¿Estas de broma? A mi madre le encanta todo esto. A veces creo que está esperando a que nos casemos y nos mudemos para montar su propio restaurante —contestó Lucas, aunque Helena no estaba muy convencida—. ¡Te lo digo en serio! El otro día le estaba contando a mi padre que quiere celebrar una cena e invitar a media isla. Está como una cabra.

—Aquí estás querida —saludó Noel a Helena cuando alzó la vista, como

si hubiera estado preocupadísima por su paradero. Después volvió a girarse hacia los hornillos y empezó a hablar para sí—: Necesitará más cantidad. De repente está tan delgada… El padre no tiene la menor idea de quién es su hija, así que no la está alimentando apropiadamente y ¡Kate está tan preocupada! A ver, ¿dónde está Cassie?

Noel estaba farfullando para sí, pero Helena podía escuchar cada palabra. No sabía si la madre de Lucas había perdido un tornillo a causa del estrés, si se había acostumbrado a hablar en voz alta cuando la cocina estaba llena o si quería intencionadamente que Helena escuchara sus palabras. Noel se llenó los pulmones de oxígeno y llamó a gritos a Cassandra.

—¡Empezad sin mí! ¡Estoy ocupada!

Helena y Claire intercambiaron una mirada de asombro que se convirtió en una sonrisa cálida. Las dos habían sido hijas únicas y jamás les habían permitido gritar dentro de la casa. Juntas, habían soñado criar una familia numerosa y vivir e una casa gigantesca donde pasaban cosas cada dos por tres; en ese momento, reconocieron ese recuerdo de la infancia en la mirada de la casa. Los constantes chillidos podían resultar algo agobiantes, pero debían admitir que allí se sentían como en casa.

—Hec… Jas… Cástor ¡Lucas! —llamó Noel mientras miraba fijamente a su hijo incapaz de llamarle por su nombre—. Arrastra a tu hermana hasta aquí. Esta noche tenemos invitados.

Lucas obedeció a su madre sin rechistar y regresó con una Cassandra rezongona sobre el hombro.

—¡Pero los veo todos los días! —protestó la chica cuando Lucas la dejó en el suelo, al lado de Helena.

—Son ordenes de mamá —respondió su hermano mayor que se encogió de hombros, como si se disculpara. Al parecer, no había discusión sobre eso, puesto que Cassandra puso los ojos en blanco y se sentó a la mesa sin decir una palabra más.

—Hola —saludó a Helena un poco ofendida—. ¿Comes mucho ajo?

—No. ¿Por qué? ¿Me huele el aliento? —respondió Helena, algo insegura. Acto seguida se ruborizó al pensar que habría asfixiado a Lucas todo el día con un aliento a tigre.

—En absoluto. Solo intento adivinar por qué eres inmune a las armas —

explicó. Alzó un libro que hasta entonces mantenía entre las manos y lo enseñó a espaldas de Noel—. Estoy intentando resolver un problema, ¿eh? —dijo en voz alta con la evidente intención de que su madre la escuchara. Sin embargo, Noel siguió concentrada en la cocina.

—Yo también he consultado algunas cosas —añadió Héctor, que tenía las manos apoyadas en la nuca; su postura parecía contradecir sus palabras.

—Tú preocúpate de enseñarle a defenderse sola, que yo me ocuparé de las investigaciones —replicó Cassandra con tono resignado mientras abría el libro y empezaba a hojearlo. Héctor esbozó una sonrisita, contento de estar libre de culpa.

Cástor, Palas y Cassandra interrogaron a Helena con el objetivo de averiguar sus diferentes hábitos; tipo de comida, rutinas diarias e incluso las oraciones que su madre le había enseñado a rezar antes de irse a dormir. Ninguna de sus respuestas dejaba entrever una pista, así que cuando Noel sirvió la cena, el trío se rindió.

La cena estaba deliciosa. Muy muy deliciosa. Helena engulló la comida como si hiciera semanas que no probaba bocado, y no dejaba de tragar un vaso de agua detrás de otro. Estaba tan deshidratada que hasta lograba notar el agua fresca dispersarse por su sistema, gota a gota, humedeciendo los tejidos que absorbían el líquido como un trapo seco. En cierto momento se sintió algo culpable por devorar la comida como una glotona, así que se obligó a dejar el tenedor y el cuchillo encima de la mesa; sin embargo, Noel le lanzó una mirada afilada y le preguntó si no le gustaba la comida. Helena farfulló una disculpa y con mucho gusto continuó zampando.

Después de cenar, Lucas la llevó en coche a su casa, lo cual era una pérdida de tiempo, y de gasolina, pero tenían que hacer algo para evitar que Jerry empezara a preguntarse cómo era capaz su hija de viajar alrededor de toda la isla en tan poco tiempo.

—No me gusta dejarte aquí sola —dijo Lucas, escudriñando cada sombra y cada rincón del jardín.

—Estaré bien —mintió Helena. De hecho, ahora que había oscurecido lo último que deseaba era que Lucas se alejara de ella, pero con su padre en casa no le quedaba otra opción que separarse de él.

—Regresaré dentro de una hora, más o menos —anunció el joven cuando

ella se apeó del coche. Helena cerró la puerta de golpe, pero se quedó vacilante delante de la ventanilla—. ¿Qué ocurre? —preguntó Lucas.

—¡Me siento fatal, Lucas! Es otoño y tú y tus primos estáis durmiendo al aire libre en plena noche. Es inaceptable.

—No tenemos elección. No podemos dejarte aquí, desprotegida, hasta que seas capaz de luchar.

—No pienso permitirlo un día más —decidió Helena, deslizándose el pelo detrás de la oreja y cruzándose de brazos con tesón—. Vas a tener que quedarte en mi habitación.

—Porque eso es muy relajante —replicó Lucas con sarcasmo—. Apenas puedo pegar ojo por la noche. Confía en mí, dormiré mejor en tu tejado.

—No —insistió Helena, manteniéndose en sus trece, aunque la idea de que Lucas durmiera en su cama otra vez la ponía muy nerviosa—. O entras, o no pasas la noche por aquí cerca.

Lucas alzó la vista.

—Ya idearemos algo cuando vuelva, ¿de acuerdo?

Helena aceptó a regañadientes y se dirigió hacia su casa.

Después de un larguísimo bostezo, su padre intentó preguntarle sobre su fin de semana, pero tras haber trabajado turnos dobles durante dos días seguidos apenas era capaz de mantener abiertos los ojos, así que Helena le envió a dormir prometiéndole que ella se encargaría del desayuno por la mañana. Jerry roncaba como un lirón antes de que a Helena le hubiera dado tiempo de cepillarse los dientes. Cuando hubo acabado sus quehaceres en el cuarto de baño se vistió con unos calzoncillos de su padre y una camiseta de algodón ancha con cuello V, pensando que Lucas apreciaría su intento de taparse un poquito más. Después se dirigió hacia el armario de la ropa blanca para buscar un colchón inflable que le habían regalado a su padre por su cumpleaños, hacia ya tiempo.

En el fondo del armario descubrió una caja sin estrenar, llena de polvo, y la llevó a su habitación. Helena se sentó en el suelo, la abrió y sacó todo lo que guardaba en su interior. Mientras trataba de encontrar instrucciones, oyó un golpecito muy suave. Sonrió involuntariamente y, con la mano, indicó a Lucas que entrara por la ventana, que no tenía el pestillo echado. Cuando le miró, la joven se maravilló ante el aspecto tan encantador que lucía Lucas

mientras planeaba enfrente de su ventana. No le cabía la menor duda de que ella no desprendía esa elegancia cuando volaba.

—¿Ese quebrantavértebras es para mí? —susurró con una tierna sonrisa señalando el colchón inflable.

—Eh, sí no te gusta siempre puedes dormir conmigo en mi cama —murmuró Helena, haciendo ver que empacaba en la caja.

—No, es perfecto —recapacitó Lucas, quien enseguida le impidió que recogiera el colchón sujetándola por las manos. El muchacho la abrazó como si hubiera pasando cuarenta días sin verse en vez de cuarenta minutos, y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja antes de rozarle la mejilla con su rostro.

—¡Necesitas un afeitado urgente! —exclamó Helena, retorciéndose por el tacto áspero de su barba. Como respuesta, Lucas emitió un chasquido y centró toda su atención en el colchón.

—Pensaba dormir en el sofá del salón —comentó algo titubeante, inseguro de cuál sería la mejor opción.

—Mi padre…

—No podrá bajar las escaleras lo bastante rápido como para pillarme.

—¿Y si no lo oyes y no consiguieras salir a tiempo? Jamás podría darle una explicación creíble —rebatió Helena.

—Mejor eso que la alternativa —contrarrestó el joven echando otro vistazo al colchón—. Mira, estoy a gusto en el tejado, Helena. De veras, no estoy cómodo durmiendo aquí, contigo. Creo que será un error.

A pesar de lo culpable que se sentía por permitir que Lucas durmiera en el tejado, sabía que esta batalla no la iba a ganar. Ambos arrastraron el colchón inflable hasta el mirador y por fin averiguaron cómo funcionaba. No obstante, Lucas tuvo que leer las instrucciones en español, porque el inglés utilizado era casi incomprensible, lo cual resultó bastante cómico.

—«Insertar boca con propósito de inflación» —susurró Helena, citando una de las frases más extrañas de las instrucciones redactadas en inglés mientras cubría el colchón con sábanas limpias.

—«Expulsar pulmón en tubo inflador» —musitó Lucas como respuesta al mismo tiempo que rellenaba una almohada—. Suena muy doloroso.

Al intentar silenciar las risitas solo lograban empeorar las cosas. Se dejaron caer sobre el colchón, sofocando sus carcajadas. De vez en cuando

conseguían controlarse, pero en el instante en que se miraban, estallaban en risotadas y se llevaban las manos a la boca para intentar calmarse. Casi no podían aguantarse la risa. Permanecieron allí, tumbados sobre el colchón y respirando agitadamente, agotados tras reírse a carcajada limpia. Helena notó que Lucas le cogía de la mano y sacudía la cabeza mirando el cielo nocturno.

—¿Qué estoy haciendo? —bisbiseó para sí, pasándose la otra mano por el pelo.

—¿Qué pasa? ¿Acaso ahora tampoco podemos reírnos juntos? —susurró mientras su sonrisa se desvanecía lentamente de los labios.

—No es eso —contestó Lucas, que, se giro para mirarla con ternura—. Pero no es precisamente sano para mí disfrutar tanto de tu compañía, hasta el punto de que algo tan estúpido como hinchar un colchón, me haces reír, o sueltas un comentario ingenioso y me da la sensación de que me estoy perdiendo algo. Creí que estaba preparado, pero esto es muy duro.

—¿Y qué es exactamente esto, Lucas? ¿Por qué prefieres dormir en el tejado que en mi cama? —preguntó Helena. Se dio media vuelta para colocarse frente a él y no dudó en acariciarle el hoyuelo en forma de V que tenía debajo de la nuez.

—Vuelve abajo —ordenó con desesperación, apartándole la mano del pecho—. Por favor, Helena. Ve a tu cama.

Ella sabía perfectamente cómo encandilar a Lucas, sin tener en cuenta si él se mostraba dispuesto a ser seducido o no. Se sentía desconcertada. Al fin, se levantó y se encaminó temblorosamente hasta su cama. Se ponía nerviosa cada vez que se comportaba de un modo agresivo, tan diferente hacia sus sentimientos que llegaba incluso a imponerse.

Mientras se deslizaba bajo las sábanas, oyó a Lucas dar vueltas en el mirador. El joven se levantó con un suspiro y se dirigió hacia la puerta del mirador.

El corazón de la chica empezó a latir con alegría cuando Lucas puso la mano sobre el pomo y lo giró. Helena se incorporó de inmediato.

Ambos percibían la respiración del otro, el flujo de sangre corriendo bajo su piel. Durante un segundo, Helena habría jurado que incluso sentía el calor que desprendía su cuerpo, a pesar de la distancia. Finalmente, Lucas pareció ganar una suerte de batalla, contra sí mismo, subió de nuevo al mirador y se

echó sobre el colchón de aire.

Helena también volvió a recostarse en la cama. Tras controlar el ritmo de sus latidos, se sumió en el sueño plácido y profundo del que, en general, podía disfrutar siempre que Lucas la vigilaba de cerca.

14

Justo antes del alba, Lucas le acarició el rostro para despertarla.

Cuando Helena abrió los ojos, el joven la besó en la frente y le dijo que estaría de regreso dentro de un rato para llevarla hasta el instituto. Después, saltó por la ventana y se alejó volando. Ella decidió que de ningún modo podría volver a conciliar el sueño, así que se levantó y cocinó un desayuno muy elaborado para su padre.

—¿Estás bien? —preguntó Jerry con la boca llena de tortillas, sirope y panceta.

—¿Por? Estoy genial —respondió con sinceridad mientras sorbía café.

—¿Cómo van las cosas entre Lucas y tú? —interrogó con cautela.

—Más raras que un perro verde —respondió con una sonrisa. Después se encogió de hombros y añadió—: Pero ¿qué se le va a hacer?

—Qué se le va a hacer —repitió su padre. De repente, Jerry dejó de masticar, como si una idea le hubiera paralizado sus capacidades motoras.

Helena estaba convencida de que estaba pensando en Kate, pero su instinto le indicó que debería dejarle en paz y no preguntarle nada. Todavía necesitaba algo de tiempo y no le cabía la menor duda de que, cuando estuviera preparado, le hablaría sobre ello.

Lucas la recogió tal y como había prometido; al verse, se sonrojaron de inmediato. El simple hecho de sentarse en el mismo coche ponía a Helena de un humor increíble, y cuando una de sus canciones favoritas sonó por la radio no vaciló en bailar en el asiento convenciendo a Lucas para cantar con ella mientras conducía de camino a la escuela. Más tarde lo negaría hasta la muerte, pero Lucas cantaba la mar de bien, de modo que Helena se detuvo para escucharle con atención, con la boca abierta.

—¡Qué! —exclamó el chico, atónito al percatarse de que estaba cantando a pleno pulmón él solito.

—¡Tienes una voz preciosa! ¿Hay algo que no se te dé bien? —preguntó exasperada mientras le golpeaba el brazo en broma.

—Para tu información, Apolo también es el dios de la música. Ahora deja de quejarte y canta conmigo —explicó al mismo tiempo que subía el volumen de la radio hasta que los bajos retumbaron en las ventanillas del coche.

La voz de Helena no era tan melodiosa como la de Lucas, pero compensó su poco talento con entusiasmo. Acabaron la canción a dúo e incluso se quedaron en el coche después de haber aparcado para escuchar el final instrumental. Lucas fingía tocar la batería sobre el volante y Helena tocaba la guitarra al aire.

—¡Dios, qué sonido tan maravilloso! ¡Mi solo de guitarra ha sido inspirador! —exclamó Helena, entusiasmada, mientras se apeaba del coche de un brinco.

—Deberíamos irnos de gira —comentó Lucas, que la cogía de la mano camino del edificio.

Todo el mundo los observaba, pero a Helena le daba absolutamente igual. Ya no sentía retortijones en el estómago. Ahora que sabía que los malditos pinchazos eran producto del uso de sus poderes delante de mortales y no se debían a llamar la atención, podía relajarse. Empezó a preguntarse cuántos de sus episodios del pasado habían sido reales y cuántos habían sido provocados por el miedo al dolor insoportable. Era todo un alivio saber que tenía algo de control sobre la maldición de su madre y, por primera vez en su vida, Helena sintió que, quizá, ser un poco diferente no estaba tan mal.

—¿Seguimos siendo noticia? —preguntó Helena con un destello astuto en la mirada.

—No lo sé. Déjame que compruebe la CNN —respondió Lucas sacando el teléfono móvil, fingiendo haber abierto el navegador de Internet.

Ella se quedó absorta y soltó un grito ahogado.

—¡Oh, no! ¡Mi teléfono! ¡Olvidé decirle a mi padre que se me ha estropeado otra vez! —Se quedó paralizada en el pasillo al recordar que Héctor le había obligado a darse un chapuzón con el teléfono móvil en el

bolsillo.

—Héctor te comprará otro teléfono. Uno mejor —dijo Lucas. Después la besó en la frente y añadió—: Puedes estar segura.

—Eso suena verdaderamente mal —gruñó ella, pero el timbre del instituto vibró y tuvo que correr para no sufrir la cólera de Hergie.

El resto del día fue casi tan perfecto como puede serlo una jornada de instituto. Helena se sentía plena de energía, Claire era un rayo de sol en cuarenta y cinco kilos de peso y Ariadna también parecía estar de un humor fantástico mientras Matt la ayudaba a mejorar su *swing* de golf en el auditorio, a la hora del almuerzo. Matt era el capitán del equipo de golf y Ariadna se estaba replanteando apuntarse al equipo, aunque primero tendría que aprender las reglas del juego.

—No, todavía sujetas el palo con demasiada fuerza —indicó Matt con amabilidad—. Piensa que es un estoque, no un hacha —aconsejó, sin darse cuenta de que había dado en el clavo. Su *swing* mejoró al instante.

—Cassie, ¿por qué no dejas ese libro y aprendes a jugar al golf? —preguntó Ariadna a su prima.

Como respuesta, Cassandra abrió otro libro.

—Por cierto, ¿qué estás buscando entre tantos libros? —preguntó Matt.

—Hechizos o conjuros de la antigua mitología griega que protege contra las armas —informó mientras se pasaba una mano por el rostro.

A Helena, ese gesto le recordó a Lucas. Si bien a Matt le pareció extravagante la respuesta de Cassandra, intentó disimularlo como pudo y decidió centrarse en la postura de Ariadna.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en pillarnos? —preguntó Claire.

—¿Qué más da? Es una de las mejores ideas que Lennie jamás ha tenido. Deberíamos disfrutarlo mientras podamos, en vez de arruinar el momento preocupándonos por si lo perdemos —respondió Matt con serenidad.

Claire miró a su mejor amiga y ambas asintieron con la cabeza, sorprendidas por la sabia respuesta del chico.

—Por Matt Millis. Amigo. Filósofo. Profesional del golf —anunció Helena, alzando el termo.

—Aquí, aquí —llamó Claire. La jovencita levantó su leche de soja con un poco de pereza para unirse al brindis.

Matt hizo una reverencia muy decorosa y no pudo evitar sonrojarse cuando Ariadna le dedicó una sonrisa.

—Eh, Len, ¿llevas un collar nuevo? —le preguntó Claire alargando el brazo para tocar el colgante que Helena siempre llevaba alrededor del cuello.

—No, es el mismo de siempre. ¿Has perdido otro tornillo, Risitas? —respondió Helena tratando de echar un vistazo a su colgante en forma de corazón.

—Parece una fresa, no un corazón. O quizás es más brillante. Probablemente esté loca.

Los siguientes días fueron maravillosos. Por fin, Helena pudo sentir una paz y tranquilidad que no experimentaba desde que la familia Delos aterrizó en la isla. Era como si alguien hubiera vertido una mezcla de cantárida y Prozac en el agua. Siguió asistiendo a sus clases de entrenamiento personal por las tardes, pero a medida que pasaban los días y no había ni rastro de Creonte en ningún rincón de la isla, Helena pareció olvidarse del peligro. La única persona que aparentaba ser inmune al buen humor que se respiraba en el ambiente era Zach. Continuaba intentando entablar una conversación con Helena a solas, pero ella le evitaba, lo cual resultaba bastante sencillo al estar protegida por una familia de semidioses. Además, cada vez que la joven le eludía sabía que en su interior crecía aún más el rencor y el resentimiento.

Albergaba la esperanza de que si evitaba hablar sobre aquella situación durante un periodo de tiempo largo nadie recordaría el episodio en que ella se derrumbó súbitamente mientras perseguía a un desconocido con el torso desnudo. Creía que si la entretenía con excusas durante un tiempo, Zach olvidaría el asunto. Sin embargo, su actitud cada vez era más insistente. Lo último que Helena quería era contárselo a Lucas para que este no le diera más importancia de la debida. Después del incidente en que Héctor intentó ahogarla y, en el proceso, arruinó su teléfono móvil, Lucas retó a su primo en el nuevo cuadrilátero que sustituía a las pistas de tenis. Satisfecho, Lucas había vencido a su primo, que, una hora más tarde y desdentado, le había entregado a Helena un teléfono nuevo. La joven estaba segura de que aquel aparato tenía la suficiente capacidad de procesamiento como para poner en

órbita a un satélite.

Sin embargo, la actitud de Zach hacía imposible que Helena pudiera protegerle. Cuanto más trataba de arrinconarla para someterla a un interrogatorio, más sospechas levantaba en Lucas, hasta que ocurrió lo inevitable. El miércoles después de las clases, mientras Lucas acompañaba a Helena al entreno, vio a Zach merodeando por los alrededores. Cuando el chico vio a Lucas, cambió de dirección y se dirigió hacia el vestuario masculino, pero su misterioso comportamiento les llamó la atención.

—¿Zach va detrás de ti? —preguntó Lucas con los ojos como platos.

—Oh, qué va. Quiere hablarme de algo, o eso creo —respondió Helena, quitándole hierro al asunto. Cerró la boca para no hablar demasiado.

—Sí, claro —replicó Lucas con aire despectivo. Su mirada azul se tiñó de negro en cuanto percibió la falsedad de sus palabras y después añadió—: ¿Hay alguna razón por la que Zach pueda pensar que no tienes pareja?

—¡No! Espera, ¿qué? —tartamudeó Helena, que no comprendía el enfado de Lucas.

—¿Le has dicho que tú y yo no somos realmente una pareja porque yo no…?

A Lucas se le fue apagando la voz hasta dejar la pregunta incompleta. Se pasó las manos por el cabello y empezó a caminar en círculos.

—¿Se puede saber qué le cuentas a la gente sobre nosotros? —preguntó con cierta agresividad mientras el perfil de su figura empezaba a difuminarse porque dispersaba la luz de su alrededor.

—¡No le he contado nada a nadie! —gritó Helena con un tono de voz tan agudo que no pareció natural.

—¿Estás intentando ponerme celoso o simplemente estás tan frustrada que ya estás buscándote a alguien más? ¿Alguien que sucumba a ti?

Lucas estaba tan furioso que ella apenas podía distinguirle con claridad, pues su silueta era demasiado borrosa. Helena también sentía enfadada, así que no dudó en contestarle.

—¡No estoy buscando a nadie más! —aulló.

Lucas retrocedió un paso involuntariamente y observó con atención el halo de color azul pálido que resplandecía alrededor de la cabeza y las manos de la joven. Por lo visto, la energía eléctrica de Helena no respondía al

control lumínico de Lucas y, cuando él advirtió que las distorsiones que había creado rebotaban en el destello metálico de ella, no tuvo otra opción que protegerse los ojos.

—Oh, oh —dijo entre risitas ahogadas. Helena tenía la impresión de estar ascendiendo a lo más alto de una montaña rusa y que en cualquier momento descendería en picado.

La joven alargó un brazo a un lado para intentar mantener el equilibrio. Lucas dio un paso hacia delante para sujetarla, pero sabiamente se detuvo antes de rozarla y electrocutarse. De repente, el resplandor azulado se apagó, como si alguien hubiera pulsado un interruptor; el cuerpo de Helena se desplomó sobre el suelo como un suflé a medio hornear.

—Me siento fatal —confesó con una expresión de desconcierto y perplejidad.

—¿Estás… estás descargada? —le preguntó tembloroso y preocupado.

Helena desvió la mirada hacia el suelo y empezó a reírse como una loca mientras la corriente de electricidad le hacía cosquillas en el cerebro.

—No. Linóleo —anunció al mimo tiempo que daba una fuerte palmada en el suelo. De pronto, su visión se tornó estática y añadió—. Tenías *rrrazón.* Debería haber aprendido a *uuuutilizar* esto.

Helena tenía que desprenderse de ese flujo de energía.

—*Luccccas, corrrrre* —articuló.

La mandíbula de Helena castañeteaba incontrolablemente, como si el rayo pidiera a gritos ser liberado. La joven lo había mantenido en su interior demasiado tiempo.

Él jamás la abandonaría, pero Helena sabía que podía matarle si no lo hacía bien. Se estrujó el cerebro, repleto de electricidad, y afortunadamente recordó una clase de ciencias de cuarto curso. Desesperada por liberar al monstruo que ella misma había invocado, se deslizó sobre sus rodillas hacia la puerta de salida, al final del pasillo, y golpeó el hombro contra ella.

En el mismo instante en que entró en contacto con la barra metálica que atravesaba la puerta, la palanca se iluminó de naranja por el calor y empezó a fundirse. No logró moverse lo suficiente rápido para abrirla antes de que toda la puerta se convirtiera en un bloque sólido de metal ardiente. Desplomándose sobre la escalinata que conducía al exterior y arrastrándose

sobre las rodillas, Helena se propulsó hacia delante con las manos extendidas. Con un suspiro de bienvenida, la joven descargó el rayo en el único lugar que podía hacerlo, el suelo.

Tras unos segundos, sintió que alguien la recogía y la llevaba en volandas.

—¿Estás herida? —preguntó Lucas, ansioso.

—Solo alucinadamente exhausta —suspiró, algo sorprendida por haber utilizado tal expresión, pero estaba demasiado cansada como para preocuparse por ello—. De verdad, bájame —pidió al ver que Lucas no respondía.

El joven se detuvo y la ayudó a mantenerse en pie. Helena se pasó la lengua por los dientes y el paladar.

—Vaya, ¡tengo mucha sed! ¡Y creo saber por qué! Es como un relámpago, ¿verdad? ¡Eso significa que estoy generando elc…, erlec…, electricidad a partir del agua de mi cuerpo! Eso encaja a la perfección —explicó como si fuera una animadora que acabara de descubrir de qué estaban compuestos los pompones.

—¿Helena? Me estás asustando. Siéntate aquí, por favor. ¿Necesitas algo? —preguntó Lucas, que la obligó a mirarle a los ojos.

—Ya que lo mencionas, sí —contestó mientras trataba de controlar su dicción y sus pensamientos borrosos como buenamente podía—. Necesito contarte lo que está sucediendo para que no nos matemos sin querer, por un malentendido absurdo, y necesito que me prometas que, si te lo cuento, no vas a golpear a nadie.

—Creo que no me gusta ese trato —opinó algo dubitativo.

—Pues te fastidias.

Él aceptó asintiendo con la cabeza. Helena miró a su alrededor durante unos instantes y al fin decidió sentarse sobre el último peldaño de la escalera exterior para evitar caerse.

—Zach me vio persiguiendo a Creonte. Me dejó caer alguna cosa el otro día en clase, sobre mí, sobre vosotros y sobre lo extraordinariamente rápidos y fuertes que somos. Ahora no deja de intentar pillarme a solas para charlar conmigo y creo que quiere chantajearme, o algo así. Le he estado evitando todo este tiempo porque…

—Cuando más esperes, más probable es que todo se convierta en una anécdota y, además, nadie cree los rumores que esparce Zach —finalizó Lucas, mostrando así su compresión hacia ella.

—Exacto. Eres muy listo —se maravilló Helena.

—Y tu cerebro está frito —respondió Lucas con una sonrisa indulgente que enseguida se desvaneció—. Y todo por mi culpa. Soy un idiota —masculló mientras retorcía las manos.

—Corrección, eres un celoso idiota, y eso tiene que cambiar ya —replicó Helena con semblante serio; aún se sentía algo mareada—. No tienes ningún motivo para estar celoso. Te dije que no quería a nadie, excepto a ti. Nunca he querido a nadie como a ti.

—No te has movido de esta isla en toda tu vida y aún no sabes que significa «nadie» —suspiro—. Y no tienes ni idea de lo… atractiva que eres…, aunque esa palabra no es la apropiada. No describe el efecto que provocas en los hombres, en mí. Mira, Helena, no soy una persona celosa, de veras. Todas las otras chicas con las que he salido…

Lucas se detuvo de repente, tomó aliento y organizó sus ideas antes de reanudar otra vez su discurso.

—¿Sabes?, nunca he creído en la historia de «El rostro que hizo zarpar un millar de barcos». De hecho, solía odiar ese capítulo de la *Ilíada.* Incluso me reía cuando leía esa parte —dijo. Después hizo una pausa y sacudió la cabeza con arrepentimiento antes de alzar las cejas y contemplar el cielo por unos instantes, como si estuviera golpeándose mentalmente contra un muro. Tras unos segundos de silencio mutuo, continuó—: Si lo piensas, es ridículo. ¿Una guerra de diez años por un cobarde egoísta que huyó de la mano de una mujer infiel? Me enfurecía y detestaba a Paris y a Helena por haber sido tan débiles. Entonces hice algo muy muy estúpido. Juré que jamás tomaría las mismas decisiones que ellos, que sería más fuerte. Dos semanas después, vi tu rostro por primera vez.

—Espera —interrumpió Helena, que parpadeó por la sed, el cansancio y el asombro—. Yo no soy Helena de Troya. Soy Helena Hamilton de Nantucket y nadie está zarpando para venir a buscarme. Creo que estás confundido.

—Ojalá lo estuviera —replicó como si hubiera perdido la esperanza.

—¡Hamilton! —gritó la entrenadora Tar agarrando su tabla sujetapapeles y avanzando hacia la pareja con los ojos desorbitados—. ¿Estás quemándote?

Helena desvió la mirada hacia donde señalaba la entrenadora y se percató de que el suelo que la rodeaba estaba chamuscado y negruzco. Aquello parecía más un cuadro de Dalí que cualquier otra cosa.

Afortunadamente, Lucas era un mentiroso fantástico. Mientras un puñado de profesores se apresuraban por los pasillos para ofrecer su ayuda, el joven Delos explicó que se había producido algún tipo de chispazo eléctrico en la parte superior de la puerta, donde ponía «salida», un cortocircuito. Él y Helena habían corrido al exterior para pisotear las chispas que habían rociado el césped. Al ver cómo Lucas entretejía su historia, Helena se asombró de lo sincero y convincente que sonaba. Ella se dedicó a asentir con la cabeza cada vez que la miraba, a sabiendas de que tenía que mantener el pico cerrado si no quería arruinar toda la historia. Puesto que el fuego había sido obviamente de origen eléctrico y la única fuente posible era el cartelito de salida, todo el mundo le creyó.

Helena y Lucas afirmaron varias veces que estaban bien, pero por precaución los obligaron a acudir a la enfermería para someterse a una revisión rápida. Justo antes de que Lucas la guiara hacia la sala de la enfermera, Helena distinguió a Zach, que los observaba fijamente entre la multitud, con una mirada asustada y rencorosa. Sabía que el fuego lo habían provocado ellos. Helena rozó el hombro de Lucas y señaló a Zach, quien asintió de inmediato, pues entendió a la perfección el mensaje de Helena.

—Demasiada información como para dejar que amaine la tormenta —susurró Helena con cierto pesar.

—Lo discutiremos esta noche con mi familia. Cassie sabrá lo que hay que hacer —musitó, tomándole su mano cubierta de hollín para ir a casa, o a su clase de entrenamiento.

Sin embargo, la enfermera decidió darles una charla absurda acerca de pasear debajo de trampas mortales eléctricas.

Entonces la mujer se fijó en el collar de Helena y sonrió con dulzura.

—Siempre me han encantado las mariposas —bisbiseó tocando el colgante. De forma repentina, su humor cambió y les echó de su oficina con aire severo pero sin perder los modales.

Helena y Lucas esquivaron a todos los Delos con quien se toparon. Querían tener unos momentos de tranquilidad antes de iniciar lo que Helena llamaba «lecciones para superhéroes». En la cocina cogieron otra botella de agua para Helena y decidieron dar un pequeño paseo por el aire.

—Jase y Héctor nos llamarán cuando lleguen a casa, después del entreno, así que todavía tenemos una hora, más o menos —informó Lucas con confianza cuando aterrizaron en las dunas.

Caminaron por la arena húmeda, que era suave a la vez que firme, lo cual era perfecto para dar un paseo.

—Se supone que tenemos nuestra primera carrera de atletismo el próximo fin de semana —anunció ella de repente, mordiéndose el labio, preocupada —. No sé si la entrenadora me dejará competir después de haberme saltado tantos entrenamientos.

—Ah, sí, sobre eso… —dijo Lucas suspirando y obligándola a detenerse —. Tienes que dejar el atletismo.

Helena le miró fijamente durante unos instantes.

—¿Dejar el atletismo? ¿Estás chiflado? ¿Cómo voy a ganarme entonces una beca?

—Eso ya da igual —respondió Lucas, meneando la cabeza.

—¿Qué da igual? Lucas, es mi vida.

—Exacto. Te han atacado…, ¿cuántas veces hasta ahora? Y aún no sabemos quiénes son esas mujeres. Y, si quieres que sea sincero, creo que no te das cuenta de la amenaza que supone Creonte incluso conmigo a tu lado, protegiéndote, así que imagínate cuando merodeas a tus anchas y sola por la isla. Es tu vida la que está en juego, no solo una beca deportiva —comentó sin alterar la voz, con sosiego—. Quiero que dejes el atletismo, al menos por ahora.

—Estás de broma —insistió Helena, inexpresiva.

—No lo estoy. Deja el atletismo. Hasta que encontremos la forma de frenar y controlar a Creonte. Es demasiado peligroso.

—¿Y por qué no te aplicas el cuento y dejas tú el fútbol? —le preguntó con cierto sarcasmo.

—Hecho —respondió alzando las manos en un gesto apaciguador—. Te lo dije una vez, y lo decía en serio: jamás te pediría que hicieras algo que yo

no haría. Estamos juntos en esto.

—Tú… Esto es… ¡No me puedo creer que yo tenga que cargar con esta responsabilidad! —gritó señalándole con el dedo en un gesto infantil. La joven empezó a caminar en círculos, pisoteando con fuerza la arena, pateándola y tratando de adivinar por qué estaba tan molesta.

—¡No tienes que cargar con la responsabilidad tú solita! ¡Los dos estamos en esto! Es lo que he estado intentando decirte… —contestó, alzando un poco la voz.

—Siempre me he sentido atrapada en esta isla y me convencí de que el atletismo sería la única forma de salir de aquí. Ahora me estás pidiendo que abandone todos mis planes, ¡como si fuera lo más sencillo del mundo!

—¡Es más sencillo que morir! —gritó, aunque su voz desprendió un tono humorístico y enseguida dibujó una sonrisa en sus labios—. No sé si te has dado cuenta, pero puedes volar. ¡Nunca más volverás a estar atrapada en ningún lugar!

Helena no quería reírse. De hecho, debía invertir muchos esfuerzos en lanzarle miradas penetrantes, pero, por mucho que lo intentara, no lograba mantener un rostro inexpresivo.

Emitió un sonido horrible, un resoplido más típico de un cerdo, y Lucas se destornilló de risa, soltando tales carcajadas que tuvo que apoyar las manos en las rodillas para no perder el equilibro. Mientras ella se cubría el rostro con las manos y se tronchaba de risa, notó que Lucas la rodeaba con los brazos.

Se abrazaron durante un rato. En ese preciso instante, Helena empezó a comprender cómo funcionaban las cosas entre ellos. Tenían que hacer esto juntos, compartir las pesadas cargas que arrastraban por obra y gracia del destino; de lo contrario, morirían aplastados. Lucas rozó con los labios la mejilla de Helena mientras le recorría su espalda con la mano y le acariciaba la nuca. La joven notó que le tensaban los músculos de los hombros. Lucas colocó la rodilla entre sus muslos. Helena dejó escapar un grito ahogado y barajó sus opciones: o bien le arrastraba al suelo de forma que él quedara encima de ella, tal y como deseaba, o le apartaba de un empujón, tal y como él ansiaba. Sin embargo, no tuvo la oportunidad de decidirse. Con la misma rapidez que se había mostrado cariñoso, se alejó de ella con una sonrisa

tristona y brincó hacia el aire.

—¿Sabes?, no necesitas el atletismo para conseguir entrar en una buena universidad. Vas a sacar una notaza en el SAT —comentó alegremente, aunque todavía se podía apreciar un temblor en su voz.

—Lo mismo opina Hergie —contestó Helena, que se sentía algo aturdida y temblorosa. Se reunió con Lucas en el aire y continuó—: Lo que ocurre es que no quería convertirme en ese tipo de chica, ¿sabes? La que hace todo lo que su novio le dice que haga porque quiere que alguien tome las decisiones difíciles por ella.

—Odio ese tipo de chica —declaró Lucas arrugando la nariz mientras volaban de la mano hacia su casa.

—Todo el mundo lo desprecia. Por eso no puedo acatar todo lo que me pides de forma automática, aunque sea lo más sensato. Tengo mi orgullo —bromeó ella cuando aterrizaron en el jardín pero Lucas no esbozó ni una sonrisita. La joven le apretó la mano antes de preguntarle—: ¿Qué ocurre?

—El orgullo es algo muy peligroso para los vástagos. Somos propensos a él y, por regla general, es nuestra perdición. Sé que estabas bromeando, pero ten cuidado, ¿de acuerdo? —dijo con ternura.

—Ah, sí, claro. *Hibris.* Lo inamisible en la antigua Grecia —anunció Helena mientras asentía. Lucas la miró sorprendido y ella preguntó—: ¿Qué? He estado haciendo mis deberes, leyendo sobre mitología. De hecho, supongo que son los deberes de mi propia historia ¿cierto?

—Cierto. Historia familiar.

Caminaron abrazados hasta el cuadrilátero de combate; se separaron para cambiarse de ropa y se reunieron de nuevo sobre la esterilla de entrenamiento. Helena esperaba que, después del «desliz» de Lucas en el faro de Great Point, hubiera cierta tensión entre ellos, pero, al parecer, esa momentánea pérdida de autocontrol solo sirvió para que Lucas se concentrara todavía más en el entrenamiento. Por lo general, en algún momento u otro de la clase, uno de los dos se percataba de las posturas íntimas que adoptaban cuando Helena trataba de aprender las bases del jiu-jitsu, pero esa tarde no ocurrió. Lucas parecía concentrado plenamente en su tarea.

—Acabo de advertir que llevamos peleándonos todo el día —dijo Helena mientras intentaba romperle el brazo de hierro por décima vez—. Y no

consigo ganar.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó, como si de repente sintiera la curiosidad de averiguar algo que ella no entendió de inmediato. Lucas estiró el cuello y observó el reloj de la pared antes de volver a mirar a Helena y preguntarle—: ¿Has recuperado tus relámpagos?

Ella se comunicó con aquel extraño sentido en su estómago y sintió una chispa. Asintió con la cabeza. Lucas estaba asombrado, la tomó y la ayudó a ponerse en pie.

—Entonces probémoslo —propuso con una amplia sonrisa mientras la guiaba hacia la puerta de salida del gimnasio.

—Espera —dijo Helena algo dubitativa; le frenó agarrándole por el brazo —. Mi electricidad casi te mata esta tarde.

—Porque aún no sabes cómo controlarla —respondió Lucas apoyando las manos sobre los hombros de ella—. Tienes que aceptarlo. Sé que te asusta, pero debes superar ese miedo lo antes posible, por mucho que te cueste. Forma parte de ti, Helena, y a mí no me atemorizas. Así que tampoco debería asustarte a ti.

Helena alzó la mirada para observar a Lucas. Sus ojos desprendían seguridad, convicción.

—¿Sabes qué? —anunció Helena, irguiéndose—. Quiero aprender a controlar mi electricidad.

—¡Claro que sí! —exclamó.

Cuando salieron al jardín, avistaron a Héctor, que estaba aparcando el todoterreno en el garaje y al resto del clan Delos, que se amontonaban en el exterior de la casa.

—¡Vamos a poner a prueba sus rayos! —los informó Lucas.

Jasón y Héctor se miraron entre sí con los ojos abiertos de par en par e *ipso facto* corrieron hacia la pareja.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —chilló Héctor, que trotaba a toda velocidad hacia ellos.

—Una hora y cuarenta y cinco minutos —respondió Lucas—. Se ha bebido casi diez litros de agua.

—Y todavía tengo algo de sed —admitió Helena.

—¡Ve a buscar más agua, Lucas! —ordenó Cassandra al mismo tiempo

que ella, junto con Ariadna, los alcanzaba—. ¿Cómo se supone que va a crear rayos sin oxigeno?

—Tienes razón —dijo Lucas.

El joven dio un salto hacia el aire, voló hacia su casa; al cabo de veinte segundo, ya estaba de vuelta.

—¿Por qué no me has dicho que tenías sed? —le preguntó a Helena mientras le entregaba una botella de agua fría que había sacado de la nevera.

—No lo sé. Supongo que tengo que empezar a prestar más atención a eso —farfulló ella para sí, algo avergonzada.

—Tienes que prestar atención a todo aquello que te hace más poderosa. Y tus rayos te hacen muy pero que muy poderosa —comentó Héctor con una sonrisa felina.

Helena destapó la botella y se la bebió de un trago.

—¡Lo de la puerta fue una locura! —exclamó Jasón. Al recordarlo, el joven se pasó una mano por el rostro, un gesto que Helena sabía era típico de los Delos—. Fue como si hubieras utilizado una soldadora industrial.

—¿Cuántos voltios crees que has almacenado hasta el momento? —preguntó Cassandra.

En ese instante todos se adentraron en el cuadrilátero.

—Ni idea —contestó Helena encogiéndose de hombros. Trató de concentrarse en la carga energética y calcularla, pero no fue capaz de describirlo—. Es una sensación, no un aparato digital, Cass.

—¡Oh, entonces espera! —contestó ella levantando las manos—. Quizá pueda idear una forma para medir tu energía.

—Cassie, ¡deja tus experimentos para luego! Nos morimos por verlo ahora mismo —protestó Héctor.

—¡Está bien! Lo siento, Helena. Cuando quieras —aceptó a regañadientes.

Se colocaron detrás de Helena, dejándole muchísimo espacio para lanzar su descarga sobre la arena dieléctrica del cuadrilátero. La joven alzó la mano derecha. A pesar de ser diestra, no se sintió del todo cómoda, así que prefirió cambiar y levantar la izquierda. Entonces invocó la energía de forma deliberada por vez primera.

Un rayo de electricidad brotó de su mano. No fue electricidad estática, ni

tampoco un chispazo patético, sino un relámpago de verdad. Emergió de la mano de Helena y formó un arco brillante y cegador que produjo un sonido metálico, como si fuera una orquestra de látigos de cuero azotando simultáneamente. Durante un instante, la atmósfera se iluminó de una luz color azul pálido que cegó a todos los presentes y, tras un parpadeo, el cuadrilátero quedó cubierto por una gruesa capa de cristal ámbar.

Todos los presentes se quedaron mudos durante varios segundos.

—Cágate, lorito —soltó Héctor en voz baja.

Helena se relamió el paladar y se abalanzó hacia la botella de agua que Lucas le había ofrecido de manera automática. Se tragó el litro entero en cinco sorbos.

—Quizás eso ha sido demasiado —soltó Helena inclinándose hacia Lucas.

—Podrías haber freído a cincuenta personas —murmuró Ariadna con aire distraído, observando a Helena y a la capa de cristal irregular.

—No quiero freír a cincuenta personas de golpe. ¿Cincuenta patatas fritas? Eso es otro cantar. ¿Quién no desearía cincuenta patatas fritas? Delicioso —afirmó Helena, que enseguida esbozó una sonrisa tontorrona.

—La electricidad la confunde un poco —explico Lucas al resto de su familia con tono abochornado—. Espero que no sea perjudicial para ella.

—No es por el voltaje, Lucas. ¡Es deshidratación severa! —reprendió Cassandra—. Su cuerpo está preparado para soportar la electricidad. La energía absorbe los fluidos de sus tejidos y eso la hace parecer una cabeza de chorlito. Y no es ni permanente ni perjudicial, así que deja de preocuparte.

Una vez que estuvieron en la cocina, Helena se apresuró a poner la boca debajo del grifo. Todos esperaron pacientemente a que bebiera el agua suficiente para recuperarse mientras la observaban desde detrás. Helena podía sentir su miedo. Por ese preciso motivo siempre había evitado utilizar ese talento. El poder era tan intenso, tan destructivo, que era que alguien pudiera confiar en él.

Helena cerró el grifo y se giró para mirarlos frente a frente.

—¿Alguien se ha quedado alucinado? —preguntó con tono jovial.

—Sí —respondió Lucas con el rostro totalmente inexpresivo.

La garganta de Helena se cerró de repente y su cuerpo se quedó inmóvil. Clavó los ojos en Lucas y se mantuvo a la espera de que alguien de los Delos la condenara por llegar tan lejos. Al fin, Lucas alzó la mirada y le dedicó una sonrisa. Le sonrió como si estuviera orgulloso de ella.

—Pero ese es nuestro problema, no el tuyo —respondió con firmeza—. Utilizar tus dones no debe suponer uno para ti; tú no tienes ningún problema.

—Además, me apostaría algo a que eres una experta en preparar ese postre típico de galletas, nubes de golosina tostadas y chocolate —añadió Ariadna.

—Pero la cuestión principal es: ¿podría hacerlos sin fundir el chocolate? —preguntó Jasón, como si fuera una especie de gurú de este postre.

Helena los miró y no pudo sentir más que gratitud al comprobar la aceptación y compasión en todos los miembros de la familia Delos.

Después de mencionar las patatas fritas y las galletas de nubes y chocolate, todos tenían en la cabeza la idea de comida basura, así que se encaminaron a una hamburguesería familiar que había al lado de la playa. Cuando Helena y Lucas se dirigieron al mostrador, la cajera alargó el brazo para tocar el colgante de Helena.

—¡Es un caballito de mar! Me encantan —dijo la mujer con entusiasmo, dejando caer el colgante, un tanto avergonzada.

Helena le agradeció el cumplido, puesto que le parecía grosero lo contrario. Hizo su pedido con Lucas y ambos se acomodaron en una de las casetas, donde se miraron algo confusos.

—Tu collar no es un caballito de mar, es un corazón —discrepó Lucas con vehemencia.

—¿De qué estás hablando, Luke? —interrumpió Héctor con un tono desdeñoso—. El colgante que lleva Helena es una concha de mar. Siempre lo ha sido, aunque no me había fijado hasta hoy. Qué raro —dijo arrugando el rostro por confusión.

—Qué va —añadió Jasón con una mueca de desaprobación—. Es una fresa. Esta misma mañana me he dado cuenta.

—Un corazón —insistió Lucas.

—¿Acaso todo el mundo ha perdido la chaveta? Lleva una llave dorada

con rubíes ensartados en la parte superior —intervino Ariadna, que alargó la mano para tocarlo—. Y, por cierto, me parece precioso.

Helena, que aún sufría los efectos de la deshidratación, se levantó y se dirigió hacia una pareja de completos desconocidos sentados en la caseta de al lado. Sonrió a los dos turistas, que se quedaron atónitos, señaló su colgante y preguntó al tipo que tenía más cerca a qué le recordaba el collar.

—Una rosa, desde luego —dijo con una sonrisa esperanzadora. Su amigo se inclinó ligeramente para echarle un segundo vistazo.

—Es un relicario —anunció con una mirada lejana—. Igualito al que mi madre solía llevar.

—Gracias —dijo Helena, que de inmediato regresó hacia su mesa encogiéndose de hombros—. Todos estáis equivocados, excepto Lucas. Mi madre me regaló este colgante cuando no era más que un bebé. Es un corazón y lo he llevado desde…, no sé, desde siempre.

—¡Es lo que yo veo! —exclamó Cassandra como si acabara de resolver un misterio—. No tenía ni idea de qué estabais hablando.

Helena se sentó junto a Lucas.

—Personalmente, creo que veis lo que queréis ver.

Cassandra se quedó con la boca abierta.

—¡Oh Dios mío! ¡Está proyectando! ¡Por eso todo el mundo está de tan buen humor y, sin razón aparente, saltan los unos sobre los otros como si fuera temporada de apareamiento en el zoológico! —gritó con los ojos como platos. Después miro a Héctor y añadió—: Necesito ir a casa ahora mismo.

—Pero… nuestras hamburguesas —se quejó Héctor, un tanto desolado, pero a la vez consciente de que, al final, acabaría acatando las órdenes de Cassandra.

—Todo para llevar —le dijo Cassandra al encargado de la cocina. Después se giró hacia Helena y anunció—: Creo que he resuelto el enigma, pero todavía necesito hacer algunas pruebas.

Se dirigieron a toda prisa hacia la casa de los Delos e irrumpieron con demasiado alboroto en la biblioteca, molestando así a Cástor y Palas. Cassandra arrastró una de las escaleras hacia una estantería e indicó a Lucas que sujetara la escalinata para que pudiera encaramarse con seguridad. Mientras ascendía peldaño a peldaño pidió a su padre y a su tío que

observaran el collar de Helena y describieran lo que veían.

—Se parece a… Es imposible —declaró Palas, a quien, de repente, se le endureció la mirada de cólera y, de forma involuntaria, retrocedió un paso.

—¿Qué ves? —preguntó con cautela Cástor a su hermano.

—Le regalé eso a Aileen —respondió Palas, señalando el colgante de Helena como si la acusara de haberlo robado.

—¿Cass? —dijo Lucas, algo preocupado.

—Su collar se parece a aquello que atraería a la persona que lo mira. Esa habilidad solo está relacionada con una diosa y una reliquia —explicó Cassandra, que seguía buscando algo en la estantería—: El cesto de Afrodita.

—No puede ser —negó Palas, incrédulo, sacudiendo la cabeza—. Sería como afirmar que tiene la égida de Zeus. O, ya que estamos, que existe el monstruo del lago Ness. Es folclore, no existe.

—¿Qué es eso del cesto? —preguntó Helena en voz baja, por si fuera una pregunta tan ridícula y estúpida que todos pudieran fingir no haberla oído.

—El Cesto es el cinturón de Afrodita —respondió Lucas de inmediato lanzando una mirada a Cassandra y a Palas antes de hundir los ojos en Helena —. Es un objeto mitológico que convierte en inmune ante cualquier arma a todo aquel que lo lleva.

—Y es imposible resistirse —añadió Cástor arrojando una mirada de preocupación a su hijo.

—¿Y se supone que llevo eso encima? Bueno, detesto ser yo quien te dé esta noticia, pero me he quedado sin cinturones mitológicos —bromeó Helena con una risotada sarcástica, pero nadie se rió.

—Déjame ver ese collar que tu madre te regaló —pidió Cassandra mientras descendía la escalinata con un libro sujeto bajo el brazo. Al llegar al suelo alargó la mano.

—¿Cuánto tiempo vas a quedártelo? —quiso saber Helena jugueteando con el colgante con cierta inquietud. Detestaba quitárselo fuera cual fuera la circunstancia, aunque, en este caso, el motivo parecía muy importante.

—Te lo devolveré. Lo prometo —juró Cassandra sin apartar los ojos de Helena.

—Claro, por supuesto —replicó Helena, que se sintió tonta por haberse mostrado tan reacia. Sin rechistar, se desató el cierre del collar y la sensación

de pánico que siempre acompañaba la idea de desprenderse de él la abrumó. Al fin, se lo quitó y lo entregó. En cuanto lo colocó sobre la mano extendida de Cassandra notó una sensación abrasadora en el antebrazo.

—Cassandra, ¿te has vuelto loca? —vociferó Lucas.

De inmediato, el joven arrebató una pequeña navaja a su hermana. Helena notó que alguien se acercaba por detrás y le ponía una mano sobre el hombro y, por el peso y el tamaño, adivinó que se trataba de Héctor, que le mostraba su apoyo y protección.

—Lo siento, Helena, pero era la única manera de demostrarlo —afirmó Cassandra, que se mordía el labio inferior y que, al alzar la mirada, adoptó un semblante defensivo.

—Está bien —murmuró Helena, que todavía no entendía lo que acababa de suceder.

Todos observaban atentamente su antebrazo, así que la joven bajó la mirada y descubrió un diminuto corte rojo que goteaba sangre sobre la alfombra.

—Pero solo es un collar —repitió Helena mientras deslizaba el colgante por la cadenita y observaba su antebrazo. El corte ya se había curado.

—Se convierte en aquello que necesites; forma parte de su magia —explicó Cassandra, desesperada por hacerle entender a Helena el encanto de su colgante—. Por eso se muestra diferente dependiendo de la persona que lo mire. Eso ocurre porque no existe el adorno más hermoso, o la cosa más hermosa si me apuras. ¿Cómo puedo explicártelo?

—Lo que yo considero hermoso puede diferir mucho respecto a lo que incluso mi hermano gemelo piense que es lo más bello, porque a todos nos atraen cosas distintas —ilustró Ariadna sin rodeos.

—Eso es —acordó Cassandra.

—Pero ¿por qué un cinturón? —insistió Helena.

—No debes olvidar que, hace unos miles de años, los cinturones eran considerados un adorno atractivo, además de una forma de protección. Algunos incluso lucían láminas de bronce o de hueso, como si fueran una armadura liviana —aclaró Cástor. Sin embargo, había adoptado un semblante

remoto y lejano, desprendiéndose de su yo afable y bondadoso—. Pero el cesto estaba compuesto por dos partes. El cinturón en sí y sus adornos. Eran precisamente esos ornamentos los que hacían a la diosa irresistible a cualquier hombre que deseara seducir, e incluso tenían el poder de cambiar de forma para adaptarse a los gustos de todo aquel que los observara. El tiempo pasó y los cinturones dejaron de estar de moda, pero la magia transformadora del cesto permanece intacta. Puede convertirse en aquello que tú desees para parecer más atractiva, Helena. Durante todos estos años solo has necesitado que sea un collar y punto.

—Me fascinó desde el primer momento en que lo vi —admitió Lucas en voz baja—. El modo en que se posa sobre tu cuello —añadió rozando la zona donde se apoyaba el colgante durante un instante—. Es perfecto.

Lucas se sonrojó, pero decidió mantener los ojos clavados en el colgante, consciente de que todos los observaban preocupados, con el ceño fruncido. En especial, Cástor parecía tan desolado que cualquiera podría haber afirmado que se hallaba en un funeral.

—Lo que no acabo de entender es por qué no nos habíamos fijado en el colgante hasta ahora. Es como si su hechizo de amor no hubiera surtido efecto hasta hace unos días —reflexiono Jasón sin dirigirse a nadie en particular, entonces se le ocurrió una idea y miró a Helena y a Lucas.

—Como si se hubiera activado —dijo Ariadna, que también echó un vistazo a la pareja, compartiendo la misma idea que su hermano gemelo.

—¿Qué sucedería si quisiera que fuera otra cosa? —preguntó Helena con un aire emocionado—. ¡Primero me lo quitaría! Nunca sabes lo que puede suceder —añadió enseguida.

Se desabrochó el collar y procuró pensar en cosas lujuriosas, aunque no se le ocurrió nada. Tras unos instantes se percató que daba igual lo que ella considerara sensual, pues lo importante era lo que los demás pensaran que era atractivo. Necesitaba un conejillo de indias y se concentró en Héctor. Centró toda su atención únicamente en él y enseguida notó que su colgante cambiaba de forma en su mano.

—¡Helena! —gritó Héctor.

Ella bajó la vista y advirtió que estaba sujetando un pedacito de tela que, que de cerca, se asemejaba más a un hilo dental con diamantes incrustados

que unos calzoncillos. Todos los presentes se destornillaron de la risa, señalando a Héctor con el dedo y burlándose de su pésimo gusto. Entonces la muchacha miró a Lucas, se concentró, y el colgante volvió a su forma original. Él sonrió de oreja a oreja.

—Te lo dije. Me encanta ese collar —dijo sin rodeos. La mirada de Lucas era tan cálida y tierna que Helena sintió que debía hacer algo para distraer la atención de los demás, que no dejaban de observarlos. Miró a su alrededor, buscando deliberadamente a una nueva víctima, pero todos decidieron escabullirse con prudencia.

—¡Ni se te ocurra! —chilló Ariadna antes de huir de la biblioteca a toda prisa para que su amiga no se concentrara en ella.

—¡Venga ya! ¡No es justo! —se quejó Jasón, que se alejó de Helena mientras se tapaba los ojos con las manos para impedir que centrara su atención en él.

—¡De acuerdo! ¡Calmaos, por favor! —dijo ella, que enseguida volvió a ponerse la joya alrededor del cuello mientras se carcajeaba. Sin embargo, no quedaba nadie en la biblioteca para atestiguar su misericordia, excepto Lucas y Cassandra—. Así es como más me gusta.

—Bien —dijo el chico, desviando la mirada y tratando de disimular su bochorno.

—¿Por qué no has salido corriendo como los demás? —le preguntó Helena a Cassandra en broma; no obstante, cuando se percató de la mirada sombría de la pequeña supo que lo que acababa de decir era terrible.

—Eso jamás funcionará conmigo —afirmó Cassandra con voz distante y categórica antes de salir de la sala rozando a Helena con el hombro.

—Lo siento —se disculpó la chica al mismo tiempo que Cassandra salía airada de la biblioteca. Posó la mano sobre el hombro de Lucas y le obligó a mirarla—. No lo entiendo, Lucas. ¿Qué he dicho?

—El poder de Afrodita solo surte efecto en adultos, en individuos sexualmente maduros —respondió con tono áspero, como si se le hubiera secado la garganta.

—Oh. No tenía ni idea, pero no es algo por lo que deba avergonzarse. Solo tiene trece años. Aún no ha florecido…

Lucas la interrumpió de manera tajante y brusca.

—Mi hermana jamás florecerá. Pertenece a las Hadas. —¿Y eso qué significa?

—Significa que pese a lo que desea, aunque sienta lo mismo que otra mujer, jamás podrá enamorarse o tener descendencia. Nunca podrá mantener el tipo de relación física sin importancia con la que Héctor, por ejemplo, disfruta una vez a la semana. Como las relaciones que yo solía tener antes de conocerte —admitió Lucas—. Es una sacrosanta para las Tres Hadas, que no están dispuestas a compartir a su hija.

—Pero si siente como una mujer ¿por qué no puede actuar como tal? ¿A quién le importa lo que digan tres viejas y polvorientas solteronas? —preguntó de forma persuasiva, pero solo sirvió para que Lucas se entristeciera aún más.

—No estás entendiéndolo, Helena. Estamos hablando de las Hadas, no de unos padres excesivamente protectores con miedo a que su hija pierda la virginidad. Nadie puede evitar a las moiras y mucho menos tratar de engañarlas. Cassandra no puede salir a hurtadillas por la ventana de su habitación y mantener relaciones sexuales con un chico atractivo que ha conocido en una fiesta —explicó sin dejar de caminar por la biblioteca—. Aunque fuera un hombre que de verdad la respetara, alguien que pudiera llegar a amar, las Hadas no dudarían en separarlos. El propio destino se aseguraría de que Cassandra jamás se fijara en ese hombre.

—Qué crueldad —declaró Helena, horrorizada.

—Y algún día ellas la separarán de nosotros, de su propia familia. Aunque ahora no puedas imaginarlo, solíamos estar muy unidos. Cuando era más pequeña siempre me cogía de la mano y dábamos largos paseos, pero eso ya forma parte del pasado —continuó con voz entrecortada—. Era la hermana pequeña más dulce, te lo juro. Un corazón enorme y compasivo junto con una mente brillante y única en el cuerpecito más pequeño que jamás hayas visto. Ahora cada vez se parece más a «ellas». Fría, meticulosa, implacable.

Helena posó las manos sobre las caderas de Lucas y esperó en silencio hasta que él la rodeó entre sus brazos y se relajó. Permanecieron abrazados varios minutos, hasta que Ariadna irrumpió en la biblioteca para decirle a Helena que se dirigiera de inmediato a la cocina.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Lucas.

—Tu madre acaba de enterarse de todo el tema del cesto de Afrodita y está montando una escena en la cocina, Luke —dijo Ariadna con gran pesar mientras observaba a la pareja con compasión—. La tía Noel ha solicitado una reunión con Helena.

Dio la impresión de que el aire abandonara la biblioteca, como si los pulmones de Lucas hubieran absorbido todo el oxígeno de la sala. Ariadna se dio media vuelta sobre los talones y Lucas tomó a Helena de la mano.

—¿Es malo? —preguntó casi sin aliento mientras Lucas la arrastraba por la casa, siguiendo los pasos de Ariadna.

—Sí —susurró—. Escucha, tienes que prometerme algo.

—¿Qué?

—Júrame que diga lo que diga mi madre, esta no será la última vez que hablas conmigo —anunció Lucas obligándola a pararse para mirarle a los ojos. El joven Delos la sujetó por los hombros y acercó a los labios a la frente de Helena—: Prométeme que hablarás conmigo. Aunque solo sea una vez.

—Lo prometo —balbuceó, insegura de si esto le estaba ocurriendo de verdad o si se trataba de un sueño extravagante.

La pareja entró en la cocina cogida de la mano, como si fuera la última vez que pudieran hacerlo. Noel miró de reojo a Cástor y le hizo un gesto, como si fueran la «prueba A» de su juicio.

—Luke, ve arriba —ordenó Cástor, incapaz de mirarle directamente a los ojos.

—Creo que tengo derecho a escuchar esto —respondió con tranquilidad.

Helena presionó con más firmeza la mano de Lucas y miró a su alrededor, contemplando las expresiones solemnes de todos los presentes. Algo no iba bien. Empezó a respirar tan rápido que, por primera vez en su vida, creyó que estaba a punto de hiperventilar.

—Quiero a todo el mundo fuera de aquí. Es mi hogar, y me acojo a mí derecho sagrado por Hestia —anunció Noel con firmeza, como si estuviera invocando un antiguo ritual y acordándose de la diosa de la cocina, la arquitectura y el hogar—. Esto es entre Helena y yo.

Tras unos momentos de silencio absoluto, Jasón fue el primero en salir de allí. Al advertir la mirada de Noel, se dirigió hacia Lucas y separó físicamente su mano de la de Helena. La joven Hamilton estaba convencida

de que si hubiera habido alguien más, Lucas se habría enzarzado en una pelea, pero esta vez dejó que Jasón lo acompañara hasta el piso de arriba. El resto de la familia se marchó de la cocina con semblante triste y apagado. Todos, excepto Palas. Helena se dio cuenta de que parecía satisfecho. Incluso petulante.

—Siéntate —la invitó Noel mientras colocaba una silla enfrente de Helena—. No entiendes lo que está ocurriendo, ¿verdad?

Helena rechazó la invitación con un gesto de cabeza negativo y tragó saliva. Noel le hizo otra pregunta:

—Ariadna te ha hablado de la Tregua, ¿verdad?

—Mencionó que las castas deben mantenerse separadas o que, de lo contrario, los dioses regresarán para reiniciar la guerra de Troya otra vez —respondió con voz ronca.

—De acuerdo. ¿Qué crees que significa eso? ¿Cuál sería la forma más sencilla para que las castas se unieran? —interrogó Noel con brusquedad. Helena volvió a sacudir la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra—. Pueden casarse entre ellos. En general, en el caso de los vástagos es imposible, porque las furias se encargan de que se odien entre sí, pero ese no es un problema para ti y para Lucas.

Helena suspiró aliviada.

—¿Eso es todo? —preguntó—. ¡Nadie está pensando en el matrimonio! ¡Lucas y yo somos demasiado jóvenes! Y no somos tan estúpidos.

Noel negó con la cabeza, como si Helena no hubiera captado el mensaje.

—¿Sabes cómo se definía el matrimonio en la antigua Grecia? —preguntó Noel con tono más calmado—. Es muy sencillo. Una chica virgen iba a casa del hombre que deseaba y la familia se reunía para atestiguar los hechos. La virgen y el hombre compartían un fuego, una comida y una cama. Si la muchacha no seguía siendo virgen a la mañana siguiente, la pareja se consideraba unida en matrimonio. Así de simple. Eso era todo. Sigues siendo virgen, ¿verdad?

Helena se enrojeció de repente y se quedo boquiabierta.

—Sí. ¡Pero eso es asunto mío y de nadie más!

—Te equivocas. Es asunto de todos nosotros. Porque Lucas y tú ya habéis compartido casi todo lo demás de la lista y lo único que os queda es la

consumación del matrimonio. Si eso ocurre, por lo que respecta a los dioses, tú te habrás convertido en la esposa de Lucas. Y, como mujer de Lucas, unirás a las dos castas finales. Y ya sabes lo que eso significa.

—Guerra —anunció Helena, completamente aturdida. Su cerebro pensaba a contrarreloj para encontrar un erro en el argumento de Noel, un fallo que desmoronara su razonamiento, pero no se le ocurrió nada. Al fin, declaró—: Es imposible.

—No, es irónico. La primera guerra de Troya empezó porque dos adolescentes se enamoraron y huyeron juntos; ahora, muchos años después, Lucas y tú estáis dispuestos a cometer el mismo error —dijo Noel. Su lástima y su compasión desaparecieron para dar paso a su furia.

—¿Y Lucas sabía todo esto? ¿Desde el principio? —quiso saber Helena, que se había quedado paralizada.

—Desde el primer momento en que te vio —respondió Noel.

—Eso explica muchas cosas —murmuró Helena, que todavía estaba uniendo cabos en su cabeza—. Pensé que era un chico chapado a la antigua o algo por el estilo.

—¿Lucas? Qué va. —Noel se rió, meneando la cabeza ante aquella idea —. Pero es honorable, así que confié en él. Le permití que siguiera con esto porque creía que sería capaz de controlarse y no cometería un error del que pudiera arrepentirse. Pero el cesto cambia las cosas.

—¿Por qué? —preguntó Helena, que, de repente, parecía más despierta —. Siempre lo he llevado y Lucas nunca ha perdido el control de la situación. Y no es que se lo haya puesto fácil, si quieres que te sea sincera —añadió con cierta pesadumbre—. Prometo que a partir de ahora no le presionaré. Así podremos seguir juntos, ¿verdad?

—¿Y después qué? —alegó Noel con amabilidad. Al percibir el cariño que sentía Helena por su hijo y lo preocupada que estaba, la ira se esfumó y desapareció por completo—. Siempre podéis ser fieles a vuestra palabra y no tocaros, pero, con el tiempo, ¿cómo crees que te afectará? ¿Y a Lucas? Noel hizo una pausa y observó sus manos, sobre el regazo.

—Será difícil, pero somos conscientes de lo que está en juego… — empezó Helena en un intento de negociación.

—Ya me han asegurado que mi hija enloquecerá y la perderé para

siempre. No puedo permitirme perder también a mi hijo —interrumpió Noel con una mirada temerosa—. Por favor, Helena. Te lo suplico. Aléjate de Lucas. Si conseguís distanciaros un poco, quizás él pueda olvidarse de ti antes de que sea demasiado tarde.

—Hablas como si fuera a volverle loco o algo así —dijo Helena, frustrada.

Noel le lanzó una mirada penetrante para avisarle de que no debía menospreciar la situación.

—El cesto no es una estúpida poción de amor que puedes adquirir en una feria del condado. Es una reliquia de la mismísima diosa del amor, y si crees que es imposible que alguien enloquezca por amor es porque aún no lo has sentido en tus entrañas.

—Entonces me quitaré el collar…

—No lo harás —ordenó Noel—. Seguramente el cesto te ha salvado más veces la vida de las que imaginas. ¿Tengo que recordarte otra vez lo importante que es tu vida?

Las dos se quedaron sentadas, mirándose fijamente durante unos segundos mientras Helena trataba de luchar con sus pensamientos. Había leído la *Ilíada* y odiaba a Paris y Helena tanto como Lucas. Los consideraba codiciosos. Fueron tan egoístas que incluso estuvieron dispuestos a dejar que una ciudad entera se convirtiera en cenizas para estar juntos. Pero ¿Helena Hamilton sería mejor que Helena de Troya si no se alejaba del hombre al que amaba cuando se le exigía?

—¿Por qué nadie me ha contado esto antes? —espetó Helena.

—Lucas lo prohibió. Dijo que quería algo más de tiempo y un poco de intimidad, y lo cierto es que nadie le culpa por ello. Las relaciones personales son privadas.

—Pero no se nos permite mantener una relación, ¿verdad? —dijo mientras las lágrimas le humedecían los ojos—. No es justo.

—Sé que no lo es —confirmó Noel mientras le recogía un mechón de pelo tras el hombro para poderle ver el rostro.

—¿Acaso ninguno de nosotros tenemos derecho a escoger? —preguntó Helena, pesando en Cassandra y en su sufrimiento. Su cuerpo entero estaba húmedo y pegajoso por el sudor nervioso y, de repente, empezó a tiritar.

¿Cómo podía alejarse de Lucas?

—Cástor y yo intentamos escoger diferente —anunció Noel con tono triste—. Tratamos de escapar justo antes de que Lucas naciera. Queríamos empezar de nuevo y teníamos tantas ganas de romper con todo que incluso lo bautizamos con un nombre que no era griego.

—¿Y qué sucedió? —quiso saber Helena, desesperada porque Noel siguiera hablando y, de ese modo, quizás averiguar algo que le diera esperanzas.

—Lo que siempre sucede —respondió la mujer con una sonrisa cómplice —. Familia.

Las dos se quedaron inmóviles durante unos momentos, reticentes a levantarse por miedo a dar por acabada la conversación y, por tanto, acordar que Helena ya no era bienvenida al hogar de los Delos. Tras comprobar la obediente reacción del resto de la familia, Helena sabía lo que Noel decía en su cocina era una ley que todos debían cumplir. La joven siempre había creído que Noel era la más débil, la persona que necesitaba más protección, pero ahora empezaba a darse cuenta de que Noel tenía un poder propio. Cuando se trataba de a quién se aceptaba en la familia y a quién se le negaba la hospitalidad, ella tenía la última palabra y todos los que vivían bajo su techo debían acatar su decisión. Ni siquiera Lucas podría incumplirla, pues, de lo contrario, se vería obligado a dejar atrás a toda su familia. Helena no había conseguido la aprobación de Noel, así que este era el final.

Se levantó algo tambaleante y se dirigió hacia la puerta, pero al llegar, se detuvo.

—¿Puedo hacerte una última pregunta? —dijo, siguiendo un impulso. Esperó educadamente a que Noel dijera que sí antes de continuar—: ¿Cómo habrías llamado a Lucas si hubieras decidido ponerle un nombre griego?

—Según la tradición le habríamos llamado con el nombre del padre de Cástor —respondió Noel.

—¿Y cómo se llamaba? —preguntó Helena, aunque ya se imaginaba cuál iba a ser la respuesta.

—Paris —contestó Noel, incapaz de mirar a Helena a los ojos.

15

El prado se extendía hasta el infinito. Tan solo una especie de flor crecía en ese lugar, una diminuta y tan pálida que incluso parecía transparente. Ninguna abeja zumbaba alrededor de las flores y ninguna alteraba su camino preciso, a menos que Helena las rozara. Eran seres infértiles sin esencia, incapaces de preservar otras vidas con su néctar. Jamás darían fruto alguno.

El terreno por el que andaba con paso lento y pesado ya no era abrupto ni escabroso, y el ambiente ya no era ni cálido ni frío. Pese a no haber piedras afiladas o arbustos con espinas que le rasgaran las piernas, aquel lugar era insufrible. Helena podía quedarse de pie en un lugar al azar de aquel prado durante semanas, observando fijamente la misma aburrida flor y respirando el mismo aire viciado, y no ocurriría nada. El territorio que la rodeaba era inalterable, monótono, y cuanto más tiempo merodeaba por allí, más paralizada se hallaba.

Era un prado de sufrimiento.

Helena se despertó sin saber ni el día que era. ¿Acaso importaba?, se preguntó, pero entonces recordó que si fuera sábado no tendría que ir al instituto, lo cual significaba que no debería enfrentarse a un interrogatorio plegado de preguntas incómodas al cual solía someterle un grupito de niñas ansiosas por determinar si todavía seguía saliendo con Lucas. Las buitres planeaban en círculo, pintándose los labios o estirando los músculos, pero todas ellas tenían la esperanza de ser las primeras en aterrizar sobre su cadáver.

Si fuera sábado, Helena no tendría que afrontar a toparse con Lucas, ni a verle de lejos entre clase y clase. No tendría que reconocer la curva elegante de su hombro o la curiosa inclinación de cabeza asomándose por encima de la muchedumbre. Si fuera sábado podría ir a casa de los Delos a sabiendas de que él no estaría allí durante su entrenamiento. Pero si fuera sábado, significaría que Helena se pasaría las próximas dieciséis o diecisiete horas tostándose el cerebro pensando dónde estaría Lucas, y todo para evitar encontrárselo.

Dio media vuelta en el colchón y echó un vistazo al reloj: era sábado. Habían pasado nueve días y medio desde que Noel le había prohibido acercarse a Lucas. Helena todavía esperaba sentir algo, pero lo único que notaba era aturdimiento. Oyó a Ariadna moverse y después escabullirse hacia los pies de su cama para comprobar algo mientras Helena se fijaba en el colchón inflable donde la prima de Lucas había pasado la noche.

—Buenos días —saludó Ariadna con una sonrisa lánguida—. ¿Cómo has dormido?

Como respuesta, Helena se limitó a destaparse, empujando las sábanas para dejar al descubierto los cascabeles intactos atados alrededor de los tobillos. Estaban en el mismo lugar que cuando se fueron a dormir, pero, más allá de los cascabeles, los pies de Helena estaban sucios, hinchados y ensangrentados, como si hubiera estado caminando descalza durante semanas.

—¿Otra vez? —preguntó Ariadna, consternada—. No hay otra explicación posible que no sea salir flotando por la ventana, porque te juro que no he oído nada, ¡y esta noche apenas he pegado ojo!

—No es culpa tuya —comentó Helena, meneando la cabeza y desatando el cordón de cascabeles.

Por un momento, consideró la idea de revelarle a Ariadna las vívidas pesadillas que sufría por las noches. Toda la familia estaba enterada, pero Helena no se había atrevido a compartir sus sueños con nadie desde el día en que se los explicó a Kate. Respiró hondamente, con la intención de dar un voto de confianza a Ariadna, pero, de repente, se detuvo. ¿Pensaría Ari que estaba tan chiflada como Cassandra? Al fin, Helena decidió no hablar sobre el tema.

—¿Sabes? Creo que no tiene ningún sentido que pases todas las noches a mi lado para comprobar si salgo volando por la ventana en cuanto te quedas dormida.

—No empieces otra vez con eso, porque te aseguro que no va a pasar —rebatió Ariadna con tono malhumorado. Ella también se destapó y se levantó para anunciar—: Lucas me mataría si se enterara —farfulló mientras se dirigía al cuarto de baño.

—¡Oh, vaya! ¡Lo siento! —tartamudeó Jerry, sorprendido, tras toparse con una Ariadna ligerita de ropa en el pasillo.

—Hola —gruñó Ariadna a Jerry antes de cerrar de golpe la puerta del baño. Helena arrojó los ridículos cascabeles debajo de la cama y alzó la mirada para saludar a su padre, que, en ese instante, se asomaba con cierta timidez por la puerta de su habitación.

—No sabía que Ariadna había dormido aquí. Otra vez —comentó.

—Sí —replicó Helena, como si fuera obvio.

—De acuerdo —dijo vacilando en el umbral, inseguro de si debía entrar o no—. Supongo entonces que pasarás todo el día en su casa, ¿verdad? Todavía seguís trabajando en ese proyecto para el instituto, ¿no?

—Sí.

—De acuerdo —comentó, algo confuso y con la frente arrugada—. Ah… ¿Feliz cumpleaños?

—Gracias —respondió Helena asintiendo con la cabeza. Se quedó mirando a su padre fijamente hasta que este decidió marcharse.

—¿He oído a tu padre felicitándote por tu cumpleaños? —preguntó Ariadna con los ojos como platos cuando regresó a la habitación.

—Ajá —contestó Helena—. Ni una palabra a nadie. Lo único que quiero es asistir a mi entrenamiento y después volver a casa e irme a dormir.

—¡No! ¡Deberíamos hacer algo! ¡Tendríamos que tomarnos el día libre e ir de compras y, si te apetece, salir a cenar!

—Lo siento, Ari, pero no tengo fuerzas. Me acabo de levantar y ya estoy agotada —explicó Helena con tono tristón—. Entrenamiento y volver a la cama. Es todo lo que quiero para mi cumpleaños.

Ariadna meneó la cabeza con tristeza y, sin apartar la vista de Helena, recogió el colchón hinchable mientras insistía en que se quedaría a dormir allí

cada noche. La chica reconoció las ganas de discutir de Ariadna; la joven Delos estaba empeñada en que al menos Helena intentara pasárselo bien el día de su cumpleaños, pero, por suerte, Ariadna desistió.

Helena apenas era capaz de mantener los ojos abiertos y estaba muerta de hambre. Se preguntó una vez más si de verdad había caminado durante días, tal y como andaba en su sueño, o si todo formaba parte de un trastorno mental severo. De manera inesperada, las palabras de Noel empezaron a hostigarla. El amor puede enloquecer a cualquier persona. ¿Acaso sus pesadillas, tan vívidas que se confundían con la realidad, eran a lo que se refería? Llegados a este punto, creyó que sería un consuelo saber que estaba loca de remate.

Creonte amarró el yate privado que su padre les había proporcionado. El periplo por el Atlántico, desde España hasta la isla de Nantucket, había sido largo y tedioso, pero necesario. Necesitaban ciertas herramientas que jamás hubieran pasado las aduanas del aeropuerto y, de todas formas, incluso en el avión privado de su padre nunca habrían conseguido traer de vuelta a su presa. Eso habría sido insensato y estúpido. Necesitaban tomar ciertas medidas de seguridad para afianzar su futuro trofeo, así que las molestias causadas quedaban en un segundo plano.

Su padre se lo había explicado todo; el propio Tántalo había tenido la oportunidad de matarla una vez, pero cayó en el embrujo de su rostro, del Rostro. Creonte se sorprendió al descubrir que su padre había sido más débil que él, pero eso, también, era una señal que vaticinaba el regreso de la Atlántida. Cada generación de vástagos era más fuerte que la anterior, estaba dotada con más talentos que sus predecesores, así que ese ciclo acabaría con el nacimiento de una generación de semidioses capaz de derrotar a los mismos dioses. El desafortunado momento de debilidad de su padre, en realidad, tenía sus beneficios, pues en aquel preciso instante, Tántalo había reconocido su fobia al agua. La presa de Creonte temía y detestaba el océano, lo cual era una ventaja para los Cien Primos. Al utilizar un barco para desplazarse y, posteriormente, transportarla, la joven estaría encarcelada por un elemento que no podía controlar y, teniendo en cuenta lo poderosa que

era, precisaban de una cárcel de máxima seguridad.

Mientras desembarcaban, Creonte se giró para ordenar a los miembros de su tripulación que se quedaran en el yate y esperaran su regreso. Quería dejarles claro quién estaba al mando y para ello prefería mantenerlos lo más alejados posible de la acción. Cualquiera de sus primos podría sentir la tentación de aprovechar la oportunidad para entrar en los anales de la historia de los vástagos robándole su triunfo. Y no iba a permitir que eso ocurriera, ni siquiera por casualidad. Después de los riesgos que había tomado, después de toda la paciencia invertida, él sería el elegido para traer a su casta la gloria que se merecía. Estaba destinado a alcanzar el honor de los grandes héroes del pasado, como Hércules o Perseo. Era posible que incluso su reputación fuera mayor, ya que él no arrebataría la vida a una hidra o a una gorgona, sino que iría más allá, mucho más allá. Se convertiría en el portador de la inmortalidad a su familia, a su padre.

Tan solo una vida entorpecía su camino. Él, como hijo y heredero, debía entregársela a Tántalo, jefe de la casta de Tebas y futuro gobernante de la Atlántida; así recibiría los honores por su captura. Y quizá también le harían entrega de un premio arrebatadoramente hermoso que sin duda se merecía: la hija de su presa.

Ariadna y Helena no hablaron ni una palabra en el coche. Cuando se pararon en un semáforo, Ariadna se percató de que el coche de enfrente lo conducía Matt y le saludó con la mano. Las dos chicas advirtieron la mirada de preocupación y el ceño fruncido del muchacho mientras observaba a Helena a través del espejo retrovisor.

—Sé que estás triste, pero no deberías ignorar a Matt de esta forma —aconsejó Ariadna con vehemencia—. Es una de las mejores personas que he conocido, y le estás haciendo daño.

—Tienes razón. Estoy siendo muy egoísta —respondió Helena, aunque lo único que sentía era un vacío enorme en su interior—. Soy consciente de ello. Créeme, no me gusta la situación, pero no puedo evitarlo.

—No me refiero a eso —farfulló Ariadna, como si intentara disculparse, con la vista clavada en la carretera—. Sé que estás haciendo un gran

sacrificio y no ignoro cuál es el motivo. Pero ¿quieres que te diga algo? Creo que necesitas llorar, aunque sea solo una vez. Quizás así puedas desahogarte y sentirte algo mejor.

Helena había tratado de llorar, pero no logró derramar ni una sola lágrima. Lo único que sentía era una nada que reptaba por sus entrañas. Sabía que no debía ignorar los sentimientos de Matt, pero ni siquiera se preocupaba por sus propios sentimientos, y su vida le importaba un comino cada vez que se enzarzaba en un combate a vida o muerte en el cuadrilátero con Héctor. Sus ejercicios se habían convertido en breves y brutales. Ahora que Helena se había desprendido de su bloqueo emocional para utilizar su energía eléctrica, había aprendido a utilizarla y a lanzarla en pequeñas dosis. Solo una persona dispuesta a morir frita se atrevería a luchar con ella cuerpo a cuerpo. Ahora, junto con el poder que le otorgaba el cesto, que la hacía inmune a cualquier arma, Helena se había convertido en una combatiente casi invencible.

Cuando el final de su sesión de ese día se acercaba, Héctor intentó hacerle una llave y Helena lo electrocutó por tercera vez. El descomunal cuerpo del muchacho se desplomó inconsciente sobre la esterilla. Tras unos instantes, la joven se acercó a él y le dio unos golpecitos con los dedos de los pies.

—¿Ya hemos acabado? —le preguntó levantando las cejas cuando él se levantó.

—Todavía no sabes luchar —masculló mientras se limpiaba la sangre de sus labios.

—Te has mordido la lengua —informó Helena, sin alterar la voz—. Deberías descansar un rato.

La chica se dirigió hacía un rincón para beber un poco de agua. Vio que Claire, Jasón, Cassandra y Ariadna la observaban desde fuera del cuadrilátero. Jasón fue el primero en moverse. Tras dos zancadas, pegó un brinco muy ágil para saltar la valla metálica y aterrizó justo al lado de su hermano, que seguía temblando.

—Creo que es suficiente, Héctor —dijo Jasón—. No necesita más entrenamiento.

—¡No sabe ni encajar un puñetazo! —se quejó Héctor, arrastrando las palabras.

—No lo necesita —sentenció Cassandra—. No precisa aprender a encajar

un puñetazo, ni a empuñar una espada, ni a disparar una flecha para defenderse. Ya es diez veces más letal que tú, Héctor, y si continúas intentando encontrar una forma de derrotarla al final acabarás con el cerebro frito. Estas sesiones han acabado.

Cassandra se levantó y caminó hacia el *dojo.*

—¡Aún es vulnerable! —gritó Héctor ante la figura de Cassandra—. Si su rival descubre una manera de esquivar sus rayos, ¡habrá un millón de maneras de derrotarla!

—Basta, Héctor —le frenó Jasón con amabilidad—. Cassandra tiene razón. Averigua sus debilidades y enséñale a manejarlas, pero los entrenamientos en el *dojo* han acabado. El combate cuerpo a cuerpo no es algo que Helena deba temer.

—¿Así que se acabaron las visitas? —preguntó Helena, apartando la mirada de la botella de agua vacía.

Los Delos se miraron entre sí, encogiéndose de hombros.

—Eso parece —concluyó finalmente Héctor—. Al menos hasta que Cassandra presienta una amenaza. Entonces me dará igual lo letal que seas, uno de nosotros estará contigo en todo momento otra vez.

—Así pues, ¿puedo irme? —pidió Helena, mirando a Héctor y esperando educadamente su permiso. Él dijo que sí con la cabeza y Helena realizó una reverencia antes de dar un salto y salir del cuadrilátero.

—¡Espera, Lennie! —gritó Claire—. Íbamos a prepararte una fiesta para tu cumpleaños. ¡Kate te ha hecho un pastel!

Helena vio a su mejor amiga y enseguida notó su preocupación, pero no podía hacer lo que le pedía. No podía fingir estar contenta y alegre. Ni siquiera durante las pocas horas que duraría la fiesta, ni tan solo durante media hora, para dejarles al menos cantarle el *Cumpleaños Feliz* y engullir la tarta de Kate, ni siquiera durante los míseros cinco minutos que tardaría en explicarle a Claire por qué no podía hacer ninguna de estas cosas.

—Te quiero —le dijo a su amiga de la infancia antes de alzar el vuelo y desaparecer. En el aire, Helena creyó escuchar a Jasón decir algo parecido a «Lucas está igual», mientras abría la puerta, pero quizá solo fue producto de su imaginación.

No tenía un destino fijo, ni tampoco un límite de tiempo; lo único que

sabía es que no podía salir de la isla. Se lo había prometido a Lucas y no estaba dispuesta a faltar a su palabra ahora. Helena necesitaba con tal desesperación que sus promesas fueran verdaderas que lo último que quería era romperlas. Quizá nunca pudiera visitar la Patagonia con él, pero lo mínimo que podía hacer para conservar la fe en ellos era no cruzar el océano hasta que él se lo permitiera.

Sin embargo, si podía volar hasta la playa. Había evitado el faro Great Point durante toda la semana anterior, no porque fuera a derrumbarse y rompiera a llorar si iba hasta allí, sino porque le inquietaba precisamente que tal cosa no ocurriera. Empezaba a aterrorizarle la idea de que jamás volvería a sentir algo en su interior, de convertirse en algo estéril e inerte, como una de esas flores pálidas que había visto en su pesadilla. Aún le quedaba algo de sentido común para preguntarse por qué reaccionaba así, pero le faltaba claridad para hallar la respuesta. Hasta que vislumbró a Lucas sentado en la cima del faro.

Estaba justo en el borde de la pasarela que rodeaba la cúpula de cristal, contemplando los últimos rayos de sol que se arrastraban tras la línea del horizonte. Una tormenta se estaba formando sobre el mar y la infinidad de colores cálidos que bañaban las aguas serpenteaban entre los nubarrones. El tenue resplandor del crepúsculo teñía la piel de Lucas de color ámbar y estaba, como siempre, guapísimo.

Al acercarse hacia el faro, el joven Delos la avisó y se puso en pie de inmediato. Helena no aterrizó sobre la pasarela, sino que se quedó suspendida delante de él reivindicando el elemento como propio. Durante un instante la pareja se quedó mirándose fijamente; los dos estaban demasiado abrumados para romper el silencio.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Lucas al fin, con los ojos hundidos. Helena ignoró por completo su estúpida pregunta y soltó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Por qué no me lo contaste? —exigió; estaba enfadada, dolida e insegura de querer escuchar la respuesta—. Desde el principio. ¿Por qué no pudiste al menos explicarme el motivo por el cuál no podíamos estar juntos?

—Si querías saberlo, ¿por qué no me respondiste el teléfono alguna de las mil veces que te llamé la semana pasada? —exigió a cambio, tan furioso y

afligido como ella.

—¡Para ya! ¡Deja de hacerme preguntas cuando eres tú el que tiene todas las respuestas! —rugió Helena al mismo tiempo que sentía unas ganas terribles de echarse a llorar.

El dique de contención estaba a punto de desplomarse; intuía que iba a acabar sollozando como una niña pequeña. Tenía que alejarse de Lucas tanto como pudiera. Invocó unas ráfagas de viento turbulentas para que arrastraran su cuerpo a la deriva, pero Lucas presintió su imprudencia y acto seguido se lanzó hacia el aire para cogerla antes de que la tormenta que había subestimado se la tragara. En cuanto la tuvo entre sus brazos, sana y salva, el chico no resistió más y la besó.

Helena estaba tan atónita que dejó de llorar y a punto estuvo de perder el equilibrio y caerse desde el aire. Mejor volador que ella, Lucas la sujetó y la sostuvo con firmeza mientras el viento les hacía girar en el aire, dando tumbos y volteretas de todo tipo. Ambos se abrazaban con pasión, sin dejar de besarse. Al fin, regresaron a la pasarela, donde podían estar a salvo. Cuando sus pies rozaron el suelo, la luz del faro se encendió y proyectó la sombra de sus figuras unidas en un caluroso abrazo en las bravas olas del océano.

—No puedo perderte —confesó Lucas alejando ligeramente sus labios de los de Helena—. Por eso nunca conté toda la verdad. Pensé que si sabías cómo estaban las cosas, te alejarías de mí. Y no quiero que te rindas ni que pierdas la esperanza. No puedo hacer esto si te das por vencida.

—No quiero darme por vencida —lloriqueó Helena—, pero nunca podremos estar juntos, Lucas. Deberías habérmelo dicho.

—Nunca digas nunca. —Hundió su rostro en el cuello de Helena y dejó de besarla, aunque era incapaz de soltarla—. Nada es para siempre y los absolutos no existen. Encontraremos la forma de estar juntos.

—Lucas —dijo Helena, frunciendo el ceño y presionándole el pecho hasta que él la soltó. La muchacha se sentó en la pasarela e invitó a Lucas a que se sentara a su lado para charlar—. Nos odiaríamos por hacerlo. Y, al final, acabaríamos odiándonos el uno al otro.

—¡Lo sé! —aceptó él, alzando su tono desesperado—. ¡No estoy diciendo que nos escapemos juntos y hagamos lo que nos plazca!

—Entonces, ¿qué? —preguntó Helena en voz baja, intentando calmarle —. ¿Qué se supone que debemos hacer?

—Todavía no lo sé —admitió. Se apoyó en la pared de cristal del faro y acercó a Helena a su pecho antes de añadir—: Pero no quiero pasar otra semana como esta.

—Yo tampoco —confesó ella, que no puso reparos en descansar sobre él, relajándose por completo por primera vez desde hacía varios días—. Da igual lo que nos cueste estar juntos, no puede haber nada peor que estar separados.

—¿Qué fue lo que me dijiste una vez? ¿Piensa en lo que no eres capaz de soportar y escoge otra opción? —preguntó él con una sonrisa divertida, acercando sus labios a la frente de Helena—. Al menos sabemos que no podemos estar separados.

—Ha sido como estar muerta —reveló con temor, como si mencionar el aturdimiento que la había embargado aquellos días provocaría su regreso.

—Para mí también —acordó Lucas con un tono extraño, como ahogado.

—¿Y qué pasará con tu madre? Ella no permitirá que estemos juntos.

—Tendremos que hablar con ella. Y con toda mi familia.

—¿Y si aún así quieren que nos separemos?

—Entonces huiremos —respondió sin alterar la voz.

Ninguno de los dos pronunció palabra alguna durante un buen rato. Simplemente se dedicaron a contemplar el destello de luz intermitente que iluminaba las olas de un océano sobre el que estaba a punto de descargar la tormenta. Helena podía escuchar los fuertes latidos del corazón de Lucas, quien la abrazaba con más fuerza todavía, como si estuviera preparándose para una batalla que tendría que vencer para no separarse de ella.

—Nos perseguirán —susurró—. Creerán que hemos empezado la guerra.

—Lo sé —murmuró él—, pero no haremos estallar la guerra. Seremos fieles a la Tregua, aunque ellos no nos crean capaces.

—No tenemos que cometer los mismos errores que ellos —afirmó Helena con aire desafiante—. Me enfurece que todos estén tan seguros de que actuaremos del mismo modo estúpido, a sabiendas de las consecuencias que eso puede acarrear.

Lucas soltó una carcajada, pero no había nada de divertido en aquel sonido.

—Es como si nos tuviéramos que privar de vivir nuestras vidas o de tener sentimientos porque alguien ya nos ha dicho cómo acabará la historia —dijo con cierta amargura. Helena percibía su indignación, pero, de pronto, una idea le cruzó la mente y, con seriedad, preguntó—: ¿De veras estás dispuesta a hacer esto? ¿Sabes que significaría abandonar a tu padre para siempre?

—Lo sé —reconoció.

No le cabía duda de que le rompería el corazón a su padre y que le dejaría aún más hundido que cuando su madre le abandonó sin darle ninguna explicación, pero también era consciente de que lo hacía por Lucas, por los dos.

—Entendería si no quisieras hacerlo… —empezó, pero Helena enseguida le interrumpió.

—Si no nos permiten estar juntos, no tendremos otra opción. Deberemos huir.

—No será para siempre —respondió Lucas, procurando consolarla—. Solo hasta que ideemos la manera de salir de esta. Y la encontraremos. Tiene que haber una forma.

—Yo he pensado en algo —anunció Helena, que permaneció inmóvil mientras Lucas se ponía en tensión.

—Creo que sé en qué estás pensando y no quiero ni escucharlo —dijo con tono inseguro.

—¿Y si no fuera virgen? —dijo rápidamente Helena, ansiosa por sacar el tema.

—No pienso compartirte, Helena —respondió él de inmediato—. Además no funcionaría.

—Lo digo en serio; deberíamos meditarlo —insistió la joven, retorciéndose entre sus brazos hasta que él aflojó el abrazo lo suficiente para que ella pudiera incorporarse y mirarle a los ojos—. Dime la verdad: ¿dejarías de quererme si estuviera con alguien más primero?

—Por supuesto que no —contestó Lucas con una tierna sonrisa—. Y no solo te quiero, Helena. Te amo. Es muy distinto.

—De acuerdo, mira. La idea me resulta repugnante, pero lo haré —prometió Helena al mismo tiempo que Lucas sacudía la cabeza con ímpetu—. Yo también te amo así que haré lo que sea necesario para estar juntos. ¿Qué?

¿Por qué meneas la cabeza? No eres el único que tiene que tomar esta decisión, ¿lo sabes?

—Estos trucos no funcionarán a menos que lo que desees sea físico. ¿Eso es lo que quieres de mí? ¿Sexo? —bromeó.

—¡Claro que no! ¡Y lo sabes! —exclamó Helena, algo frustrada—. ¡Acabo de decirte que te amo!

—Precisamente por eso no funcionará —explicó. Lucas la cogió de las manos y tiró de ella—. Si tú y yo deseamos estar juntos como queremos, o al menos como yo quiero… —empezó algo vacilante.

—¿Y qué es lo que quieres exactamente? —le interrumpió Helena.

—Todo. Quiero todo lo que hemos hablado. Deseo que vayamos juntos a la universidad, que aprendamos una docena de idiomas, que viajemos por todo el mundo. Pero, sobre todo, lo que más quiero es que estemos juntos.

—¡Yo también! —gritó Helena, entusiasmada, como si hubiera encontrado la puerta de salida—. ¡Y podemos hacer de todo eso sin habernos casado!

—Lo compartiríamos todo —añadió él, negando con la cabeza, como si Helena no hubiera captado el mensaje—. Y por eso, a ojos de los dioses, seríamos considerados como una pareja unida en matrimonio, aunque hubieras perdido tu virginidad con otra persona. Quiero una vida entera a tu lado, y eso precisamente te convertiría en mi esposa. Ni siquiera puedo fingir que me conformaría con menos.

—¿Estás diciendo que nuestra entrega nos definiría como matrimonio ante los dioses, aunque no hubiera vestido blanco ni alianzas? —preguntó Helena, aunque conocía de sobra la respuesta.

—Exacto —respondió. De repente, el joven soltó una carcajada al ocurrírsele una idea—. Además, sería un poco complicado estar juntos si yo estuviera encarcelado.

—¿De qué estás hablando? —interrogó Helena, súbitamente alarmada—. ¿Por qué irías a prisión?

—Por asesinar al tipo que te arrebató la virginidad —replicó—. A ti te perdonaría, pero a ese tipo… Sería hombre muerto.

Helena le dedicó una sonrisa, como si no le creyera, pero se calló.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —suspiró después de volver a apoyarse

sobre el pecho de Lucas—. No podemos estar juntos, pero mucho menos, separados.

—Nos mantendremos unidos y jugaremos siguiendo las normas hasta que podamos reescribirlas. Encontraremos la forma de hacer que esto funcione. Te lo prometo.

—¿Esto no es solo *hibris*? —preguntó Helena alzando la vista—. ¿Podríamos vencer a las Hadas?

—Me da igual lo que sea. Necesito esperanza —respondió antes de darle un beso.

Helena se dejó llevar y disfrutó de esa cálida sensación, esta vez sin el aturdimiento que la había embargado en su inesperado primer beso. Esta vez pudo prestarle atención, sintiendo como él respondía a sus caricias, a sus besos. Antes de lo que hubiera deseado, Lucas se apartó y apretó los ojos, como si sintiera un terrible dolor y, con sumo cuidado, rehuyó los mimos de Helena.

—Tienes que parar.

El chico se obligó a soltar una carcajada, pero lo único que consiguió emitir fue una risa temblorosa y nerviosa.

—Lo siento. No sé lo que estoy haciendo —dijo Helena, que aún sentía un hormigueo en los labios.

—Podrías haberme confundido —farfulló mientras se ponía en pie y, tomando a Helena de las manos, la invitó a levantarse—. Creo que nos iría bien tomar algo de aire fresco.

—¿Dónde? ¿En Venecia? —preguntó Helena con una sonrisa pícara.

—Claro. Es justo lo que necesitamos, un escenario aún más romántico —replicó con sarcasmo—. Lo siento, Chispas, pero te acompañaré a tu casa antes de que hagamos estallar una guerra.

El muchacho saltó hacia el aire y le ofreció la mano a Helena, como si vivieran en una película en blanco y negro y él estuviera invitándola a bailar. Ella gruñó al comprobar, una vez más, lo encantador que era y se reunió con él con una sonrisa de oreja a oreja, aceptando su mano y dejándose llevar por los remolinos juguetones que Lucas había invocado para ella.

Unos segundos más tarde, la pareja aterrizó en el jardín de Helena y ambos caminaron cogidos de la mano hasta la puerta principal. Justo cuando

la joven iba a entrar en casa, Lucas la detuvo.

—¿En serio pensabas que me había olvidado? —le preguntó con tono incrédulo—. Feliz cumpleaños.

—¡Se me había pasado por completo! —exclamó Helena, perpleja.

—Pues a mí no —respondió, dándole un beso. El joven miró la casa, cuyo interior estaba iluminado, y ambos percibieron brevemente el parte meteorológico de alerta resonando en los altavoces del televisor—. Tu padre está esperando. Será mejor que entres en casa.

—Sí. Kate me ha preparado una tarta —añadió Helena, que esbozó una mueca, pues se sentía culpable por cómo había tratado a su familia durante la semana anterior.

—Mañana, en cuanto me levante, vendré a verte —prometió rozando sus labios con los de Helena—. Después iremos a mi casa y se lo explicaremos todo a mi familia. Juntos.

—De acuerdo. Todavía tenemos que defender nuestra causa —añadió Helena.

Abrazándose, la pareja se besó durante unos instantes, aprovechando cada segundo antes de que la tormenta descargara sobre la isla. Al final, Lucas se apartó. Escudriñó cada sombra que le pareció sospechosa y le dijo a Helena que se apresurara hacia la casa. La oscuridad nocturna reinaba en el ambiente y el muchacho no estaba dispuesto a dejarla desprotegida ni un solo momento. Corrió hacia el interior y cerró la puerta principal tras ella, asomándose por la ventana justo a tiempo para ver a Lucas alzar el vuelo. Al entrar en el comedor, la joven llamó a su padre.

—Jerry no está aquí, Helena —anunció una voz femenina detrás de ella.

Se dio media vuelta, invocando un relámpago simultáneamente, pero la desconocida la sujetó con firmeza por las muñecas y sacudió la cabeza.

—Eso no funcionará conmigo —dijo.

Una suerte de líneas de electricidad estática danzaban delante de su rostro impecable y perfecto, alborotándole su cabellera rubia y larga y dibujando unos círculos en las pupilas de sus ojos cálidos y marrones.

—Oh, Dios mío —dijo Helena al distinguir un collar idéntico al suyo, con el mismo colgante en forma de corazón posándose en la diminuta concavidad bajo la garganta de su atacante.

La desconocida arrebató el collar a Helena con una mano y, con la otra, le clavó una aguja en el cuello. La jovencita notó cómo sus músculos se debilitaban y dejaban de responder a sus órdenes. El mundo entero se desvaneció a sus pies, convirtiéndose en una neblina grisácea y pálida. Aunque se esforzaba por distinguir las siluetas de los objetos que la rodeaban, lo único que veía eran garabatos luminosos que serpenteaban tras sus párpados. Estaba perdiendo la conciencia a una velocidad estratosférica, de modo que Helena enseguida reconoció que se trataba de alguna sustancia muy poderosa, o incluso letal. Antes de sumirse en un sueño profundo, sintió como su atacante lograba sostener su cuerpo cuando se desmayó. Helena no podía moverse, ni ver, pero durante un instante pudo escuchar.

—Mi dulce pequeña —susurró la desconocida.

Entonces Helena no sintió nada más, ni siquiera pesadillas.

Lucas estaba a medio camino de su casa cuando una ráfaga de viento intentó aplastarlo contra el suelo al mismo tiempo que el cielo empezaba a destellar con los primeros relámpagos. De inmediato, aterrizó en tierra firme y continúo el resto del camino a pie, puesto que si seguía en el aire corría el peligro de morir electrocutado o aplastado. Se preguntaba si Helena era capaz de volar entre relámpagos y, aún mejor, si podía controlarlos para que él pudiera planear con ella en una tormenta, en caso de que la situación se produjera. «Volar entre nubes iluminadas por rayos sería precioso», pensó mientras cruzaba el garaje para adentrarse en la cocina.

En cuanto abrió la puerta se detuvo en seco en el umbral, pues tuvo la sensación de que algo andaba mal.

—¿No has traído a Helena contigo? —preguntó con nerviosismo Cassandra. Él se quedó petrificado junto a la puerta—. Habría jurado que los había visto juntos hoy.

Lucas miró a su alrededor y distinguió a Jerry y a Kate junto al prometido pastel de cumpleaños, con sus velas sin encender. Vio a Claire, que estaba sentada junto a Jasón con los ojos como platos.

—Acabo de dejarla en casa. Pensaba que vosotros estabais esperándola —anunció dirigiéndose a Kate y a Jerry.

Lucas salió raudo de la cocina, serpenteó entre la multitud de coches aparcados en el garaje y arrancó la puerta exterior, desprendiéndola de sus bisagras, antes de saltar hacia el cielo enfurecido. Jasón dio un brinco de varios metros de altura y abordó a su primo en el aire para arrastrarle al suelo. No le resultó complicado inmovilizar el cuerpo ingrávido de Lucas en tierra firme.

—Lo siento, pero la tormenta es demasiado peligrosa. Esta noche viajaremos en coche —dijo Jasón.

—¡Había alguien esperándola dentro de casa! —gritó Lucas, que enseguida adoptó su estado sólido para empujar a Jasón.

—¡Ya lo sabemos, idiota! Esta tarde, mientras tenías tu teléfono apagado, Cassie vaticinó que Creonte regresaría a la isla —informó Jasón, pegándose a su primo para asegurarse de que no volvía a cambiar de estado y se escapaba volando—. ¡Pero Creonte no es el que está en su casa!

—Entonces, ¿quién es? —preguntó visiblemente más calmado.

Lucas y Jasón se levantaron del suelo y esperaron a que Héctor arrancara su todoterreno.

—Cassandra lleva todo el día viendo imágenes borrosas, pero no ha logrado darles sentido. Una de las cosas que ha visto es una mujer que seguía muy de cerca a Creonte al llegar a la isla. Tiene la extraña costumbre de colocarse el cabello detrás de la oreja con el dedo meñique —empezó Jasón.

Héctor puso en marcha el vehículo. Lucas y Jasón subieron de un salto. En cuanto el todoterreno aceleró, inmiscuyéndose entre ráfagas de viento y lluvia torrencial, ambos se acomodaron en el asiento trasero del coche.

—Entonces Cass empezó a distinguir pequeñas imágenes de varias mujeres distintas una y otra vez —continúo Jasón—. No entendíamos por qué estaba teniendo visiones de mujeres que no reconocía y que, por lo visto, no guardaban ningún tipo de relación entre ellas. Tardó un poco, pero al final Cass cayó en la cuenta de que todas se recogían el cabello de la misma forma, como si se tratara de un tic nervioso. Gracias a ese detalle, tu hermana se percató de que todas eran la misma persona, y la visión más persistente que se le aparecía era la de esa mujer esperando a Helena en su casa, como si realmente viviera allí.

—La desconocida entró en casa de Helena con su propia llave, sin forzar

ninguna cerradura, y encendió el televisor como si lo hubiera hecho un millón de veces, así que, en un principio, Cass no creyó que supusiera peligro alguno. Pensábamos que, seguramente, sería algún familiar que Helena nunca había mencionado, ¿sabes? —continuó Héctor—. Sin embargo, cuando tu hermana te vio aparecer por la puerta de casa a solas, ató todos los cabos sueltos y adivinó que la persona que había visto durante todo el día era la que había atacado a Helena. Intentamos contactar contigo por teléfono…

—Pero tenía el teléfono apagado —acabó Lucas, como si fuera una maldición—. ¿Qué aspecto tenía la mujer que esperaba a Helena? —preguntó con cierta urgencia, para componer una imagen mental de la amenaza—. ¿Es la morena? ¿O la anciana que atacó a Kate?

—Ninguna de las dos. Cassandra dijo que era increíblemente hermosa. Como Helena —contestó Jasón.

—No solo tan hermosa como Helena; lo estás explicando mal, tonto —interrumpió Héctor, que zigzagueaba entre el tráfico como un loco, saltándose los semáforos en rojo y adelantando en línea continua—. Cassie comentó que esta mujer se parecía muchísimo a Helena. Pero sea quien sea, Cass está segura de que no está del lado de Creonte. De hecho, él no sabe que le están siguiendo, lo cual no sé si es bueno para nosotros.

—¿Por qué diablos nadie estaba vigilando la casa? —gritó Lucas desesperado, demasiado molesto como para pensar en el significado de la visión de Cassandra.

—Es culpa mía —admitió Héctor y, antes de que su hermano pequeño pudiera rebatirle, continuó—: Cierra el pico, Jase. Yo fui el que la dejó irse a casa sola después del entrenamiento. Esa fue mi decisión y la tomé aunque algo me decía que me estaba equivocando.

Lucas quería arrancarle de cuajo la cara a Héctor por asumir la culpa cuando él sabía perfectamente de quién era. Tendría que haber revisado el teléfono, debería haber comprobado que la casa estaba en orden, tendría que haberse preocupado más por la seguridad de Helena en vez de fijarse en lo suave que era su piel. Se frotó el rostro con ambas manos y se obligó a respirar profundamente varias veces. No tenía otra opción que confiar en que Héctor llegaría a casa de los Hamilton a tiempo. Una vez allí, Lucas tenía que estar concentrado y preparado para combatir lo que se encontraran. Si quería

resultar útil, lo mejor que podía hacer era cerrar el pico y procurar tranquilizarse.

Cuando llegaron, la televisión y las luces estaban apagadas y la puerta principal estaba cerrada con llave. Lucas planeó hasta la ventana de la habitación de Helena, ya que sabía que ella siempre olvidaba echarle el pestillo. Una vez dentro, corrió escaleras abajo para abrir la puerta y permitir así que los demás pudieran entrar. Todo estaba en su lugar, como si no hubiera sucedido nada extraño, como si Helena no hubiera opuesto resistencia.

—Seguramente conocía a la mujer y se fue con ella por propia voluntad —propuso Héctor, haciendo revolotear las manos—. Es la única razón que explica que esta casa no se haya derretido.

—A menos que la persona que la haya secuestrado sea tan poderosa como ella —añadió Jasón.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Héctor con sorna—. Helena está hecha un monstruo. Me da lo mismo lo malvada que sea su hermana gemela, nadie es tan poderosa como ella.

—Hermana gemela —repitió Lucas, meditabundo—. Podría ser así de sencillo. Los mismos talentos, la misma fuerza y mucha más experiencia.

Los hermanos Delos le miraron extrañados cuando Lucas decidió arrodillarse para inspeccionar el suelo del vestíbulo. Alargó el brazo bajo una mesita auxiliar colocada junto al sofá y recogió una aguja hipodérmica vacía.

—Esto descarta la posibilidad de que Helena se fuera por su propia voluntad. Fuera quien fuera, venía preparada. Y debía de estar informada de lo del cesto, puesto que, de lo contrario, jamás podría haber penetrado la piel de Helena —aclaró Lucas, que apenas podía respirar.

Entregó la aguja a Jasón y volvió a agacharse para revisar el suelo una vez más, por si no había visto algo. Cuando al fin se aseguró de que no quedaba ningún otro objeto sospechoso allí, alzó la mirada, pero sin dirigirla a sus primos, y se quedó pensativo unos instantes. Entonces se acercó a los ventanales del comedor y contempló la tormenta embravecida que caía sobre la isla. Lucas distinguió un riachuelo de lodo que chapoteaba desde el jardín hasta la alcantarilla de la calle. En ese instante cayó en la cuenta de que cualquier rastro que hubiera podido dejar Helena a estas alturas ya habría

desaparecido.

—¿Había algo más en la visión de Cassandra? —preguntó Lucas, esperanzado.

—Lo último que vaticinó fue que Helena estaría a salvo al menos hasta mañana por la mañana —respondió Jasón, que meneó la cabeza algo indeciso —. Cassandra tuvo la fugaz percepción de ver a Helena detrás de una ventana de lo que parecía algún tipo de hotel en Nantucket, pero no estaba del todo segura.

—Es posible que Cass haya visto algo más —dijo Héctor con todo el optimismo que pudo. Extrajo su teléfono y trató de marcar un número, pero la señal de «sin cobertura» parpadeaba en su pantalla—. Comprobad vuestros teléfonos —ordenó a sus primos.

Tampoco sus teléfonos estaban operativos.

Lucas corrió hacia la cocina y revisó la línea telefónica: no daba señal. Cuando volvió a reunirse con sus primos en el vestíbulo, todas las luces se apagaron de golpe. Jasón se asomó por la ventana y escudriñó todas las casas del vecindario.

—Toda la calle está sin luz —informó—. Y los rayos se acercan peligrosamente, así que supongo que estaremos aquí atrapados durante un buen rato.

—Vosotros dos quedaos aquí por si Helena consigue escaparse y regresa a casa —dijo Lucas, que caminó hacia la puerta.

—¿Dónde demonios crees que vas? —exigió Héctor, agarrando a Lucas por el hombro e intentando frenarle.

—No lo hagas —avisó Lucas en voz baja. Ambos se quedaban mirándose con aire desafiante hasta que Héctor cedió y apartó la mano del hombro de su primo.

—Por favor, mantente alejado del cielo —le advirtió—. No le servirás de nada si estás muerto.

Lucas caminó a zancadas por el jardín y avanzó bajo la oscura tormenta sin articular una respuesta. Se sentía frustrado por no poder volar, y además no sabía por dónde empezar a buscar. Si pudiera alcanzar el estado ingrávido, podría ver el panorama desde una perspectiva más amplia, orientarse con más facilidad y buscar algo sospechoso, pero la tormenta le obligaba a mantenerse

en tierra firme. De repente se le ocurrió algo: si él hubiera drogado a una chica a la que la mayoría de los residentes de una diminuta isla conocían, por lo menos, de vista, lo primero que hubiera hecho sería salir de esa isla lo antes posible; sin embargo, por otro lado, que él no pudiera alzar el vuelo, implicaba que el espacio aéreo Nantucket isla estaba cerrado. La única forma de sacar a Helena de esta isla sería por barco y, aún así, era arriesgado. Zarpar en estas condiciones sería un suicidio.

Corrió a toda prisa hasta el muelle, donde se enteró de que el último transbordador había zarpado una hora antes y que el guardacostas había suspendido de manera oficial todos los viajes de la isla, tanto por mar como por cielo, hasta que la tormenta amainara. Nueva Inglaterra iba a sufrir la furia de una tempestad esa noche y, por lo visto, el infranqueable temporal duraría al menos hasta el día siguiente. Lucas se relajó un poco al escucharlo. Había dejado a Helena en su casa hacía menos de una hora, después de que el transbordador ya hubiera zarpado, así que las posibilidades de que ella estuviera en la isla eran muy altas. Con un poco de suerte estaría en un hotel y relativamente a salvo.

Lucas pasó varias horas en vano merodeando por las callejuelas de la isla, entrando en cada hotel, en cada pensión y hostal que había cerca del transbordador preguntando si dos mujeres se habían registrado en su recepción. Desafortunadamente, aunque muchos turistas se habían quedado encallados en Nantucket y llenaban las habitaciones de los hoteles por la tormenta, ninguno de ellos encajaba con la descripción de Helena. Lucas sabía que era inútil. Ningún vástago era tan estúpido de registrarse en un hotel con una chica inconsciente a su lado. La persona que se había llevado a Helena podía haber irrumpido en cualquier lugar, o incluso sobornar al recepcionista, pero jamás hubiera dejado un rastro tan claro. Daba vueltas en vano, pero, sin embargo, no era capaz de rendirse. Al fin, volvió a casa y, tras enterarse de la última visión de Cassandra, volvió a correr hacia la tormenta antes de que su padre pudiera discutirle la decisión.

El viento tenía tanta fuerza que incluso derribaba árboles y tumbaba partes de la recia arquitectura de Nantucket. Incluso Lucas, con lo fuerte que era, tenía que adoptar su estado más sólido para permanecer anclado al suelo. Al mismo tiempo, la pintura de las casas se desconchaba y salía volando por

la calle. Los escombros que arrastraba el viento le rozaban y le rasgaban el rostro, y la lluvia, que caía de lado, se le clavaba en los ojos. Deambuló por todos los hoteles, posadas y tabernas que se le ocurrían, escudriñando cada ventana con su visión de águila, capaz de ver incluso con el resplandor más tenue.

Sabía perfectamente que no la encontraría. Cassandra le había dicho que Helena estaría de pie tras la ventana de un hotel al día siguiente, pero por alguna razón no podía parar de buscarla. Si milagrosamente la encontraba, conseguía sacarla de ese hotel y regresaba a casa con ella de la mano, podía demostrarle a Cassandra que estaba equivocada. Lo único que necesitaba era vencer al destino una vez para demostrar que él era su propio dueño; su vida no era una historia ya escrita que volvía a releerse de vez en cuando para divertir al cosmos, sino una pizarra en blanco sobre la que solo él podía escribir su futuro. Si pudiera encontrar a Helena esa noche y llevarla de vuelta a casa, sabría que algún día podría vencer al destino y estar juntos.

Caminó toda la noche.

Un terrible dolor de cabeza aporreaba las sienes de Helena, que, de repente, sintió un sabor amargo y calcáreo sobre la lengua, como si hubiera masticado una aspirina sin haber ingerido una gota de agua. Notaba los ojos hinchados y la tez húmeda y calurosa, pero no se sentía deshidratada, lo cual era habitual durante sus visitas al páramo. Esta vez era distinto. De repente recordó que una mujer la había drogado. Una mujer que era exactamente igual a ella, pero un poco mayor.

—Bebe un poco —dijo una voz al mismo tiempo que Helena notaba el tacto de una pajita entre sus labios. Parpadeó varias veces y, al abrir los ojos, vio a la extraña mujer, inclinada hacia ella y con un vaso de agua en la mano.

—¿Quién eres? —preguntó Helena con la voz entrecortada.

Alejó la boca del sospechoso vaso de agua y se percató de que tenía los brazos inmovilizados. La desconocida la había atado a la cama. Todavía muy débil por la droga que había tomado, sabía que tardaría unos minutos en recuperar la fuerza para liberarse de las cuerdas que la mantenían sujeta al cabezal. Miró a su alrededor, desesperada. Estaba en la habitación de un hotel

iluminada solo por velas. Todavía era de noche y podía oír las ráfagas de viento y lluvia golpeando el cristal de la ventana, tapado por la cortina.

—¡Mírame, Helena! ¿Quién crees que soy? —le preguntó la desconocida con energía—. Aquí tienes. Sé que necesitas pruebas, así que toma.

La mujer sacó un sobre repleto de fotografías. Eran fotografías de su juventud, de cuando no era más que una adolescente. En una instantánea la mujer acunaba a un bebé. En otra estaba sentada charlando con una joven señora Aoki mientras dos crías, una rubia y otra morena, jugueteaban sobre la alfombra. En otra besaba a Jerry, que estaba tumbado sobre su tripa embarazada.

—Beth —susurró Helena observando las fotografías que había buscado durante toda su infancia.

—Mi verdadero nombre es Dafne. Dafne Atreo. Supongo que sería mucho pedir que me llamaras «mamá», ¿verdad? —dijo con una sonrisa irónica.

Helena señaló sus muñecas.

—Supones bien —replicó enfadada—. ¿Quieres decirme por qué me has dejado inconsciente y me has atado a la cama?

—Porque no tenemos mucho tiempo y, si fuera tú, me odiaría tanto que ni siquiera me daría un segundo para explicarme —respondió Dafne con una expresión cariñosa—. A menos que me hubieran dejado inconsciente y me hubieran atado a la cama primero.

Helena la fulminó con la mirada, furiosa y aún atontada por la droga que le había inyectado.

—¿Qué quieres de mí?

De pronto, el cuerpo y el rostro de Dafne empezaron a deformarse, cambiando por completo su forma y silueta. Helena estaba observando una imagen de sí misma con varios años más y, de repente, esa imagen se distorsionó y Dafne se convirtió en una mujer que rondaba los setenta, con el cabello canoso. Antes de que la joven pudiera apreciar con todo detalle el cambio, la mujer sin elegancia ni estilo desapareció para ser sustituida por una morena cuarentona. De pronto, esa mujer se desvaneció y Helena reconoció a su madre otra vez. Dafne alzó el colgante en forma de corazón que llevaba puesto y acarició el collar idéntico de Helena con la otra.

—Hay muchas cosas que debo contarte sobre quién eres y de dónde vienes. Algunas van a herirte —dijo Dafne en un tono directo, casi brutal—, pero no tengo elección. Creonte está en la isla en estos momentos y viene a por ti.

16

Alrededor de las ocho de la mañana, Lucas al fin aceptó que se había quedado sin tiempo. Había amanecido. Era el día siguiente y, probablemente, Helena ya estaba de pie detrás de una ventana de algún hotel de la isla, cumpliendo así la profecía de Cassandra. Sabía que lo mejor sería dejarlo correr, irse a casa y esperar a que su hermana pequeña vaticinara algo más, pero le mataba admitirlo. No había vencido al destino. Una vez más.

Lucas advirtió que el *Cerdo* seguía aparcado delante de su casa y entró a hurtadillas. Al parecer, Jerry, Kate y Claire se habían visto obligados a pasar la noche en el hogar de los Delos hasta que amainara el temporal, y eso significaba que Jerry y Kate todavía no sabían que Helena había desaparecido. Según tenían entendido, Helena estaba a salvo en casa, al otro lado de la isla, acompañada por los tres jóvenes Delos. Lucas era consciente de que la mentira no podía alargarse mucho más, pero decidió que fuera otra persona la encargada de inventar una nueva historia para Jerry. Lucas no podía controlar sus emociones cuando se trataba de Helena, así que no lograría convencer a nadie de que estaba a salvo, y menos todavía a su padre.

Voló hasta su ventana y se pasó una hora entera dando vueltas por la habitación. Ni siquiera cayó en la cuenta de que lo más sensato sería comer algo, o descansar, o ingerir algún líquido, pues lo único en que podía pensar era en Helena. Si estuviera herida, Cassandra lo intuiría, ¿o no?

Los huéspedes se despertaron y bajaron a la cocina. Lucas escuchó vibrar el teléfono móvil de Claire con cada mensaje que recibía, lo cual significaba que la línea telefónica estaba restablecida. Desde su habitación escuchó a Jerry y a Kate llamar por teléfono a Helena. Al ver que no contestaba ni al móvil ni al fijo, empezaron a inquietarse y decidieron irse a casa para

comprobar si estaba allí. Las calles de la isla estaban destrozadas, lo cual dificultaba la conducción, pero Lucas sabía que solo le quedaban unas horas para encontrar a Helena antes de que su padre se percatara de que la chica había desaparecido y llamara a la Policía. En cuanto Jerry y Kate se fueron de casa, Lucas se reunió con sus primos, Héctor y Jasón, en las escaleras. Los tres salieron de sus habitaciones, donde habían permanecido ocultos hasta el momento, al mismo tiempo.

—Tío, ¡ponte al menos una camiseta limpia! —le reprendió Héctor en cuanto vio a Lucas.

—Déjalo —farfulló Lucas, sacudiendo la cabeza y tratando de pasar entre sus primos, pero Jasón le bloqueó el paso.

—¿No crees que tu madre ya está lo bastante preocupada? Date una ducha y cámbiate de ropa antes de bajar a la cocina —aconsejó Jasón sin alterar la voz.

Era un chantaje emocional, ni más ni menos, pero Jasón tenía razón. Lucas asintió con la cabeza y se quitó la camiseta de camino al baño. Se duchó, se vistió y se reunió con el resto de la familia en la cocina. Aun así, todos se quedaron mirándole, perplejos, cuando cruzó el umbral, como si hubieran visto un fantasma. Lucas se fijó en su silueta y se dio cuenta de que estaba borrándose. Su madre siempre se entristecía cuando él hacía eso, porque eso significaba que su hijo estaba desconsolado. Hizo un esfuerzo consciente para dejar que la luz le iluminara con claridad y se sentó en un rincón, clavando la mirada en su hermana pequeña, Cassandra. El familiar sonido de una discusión le hizo darse cuenta de que Claire seguía allí.

—¿Qué estás haciendo todavía aquí? —refunfuñó Jasón con voz consternada—. ¿Por qué no has vuelto con ellos?

—No pienso irme a ningún sitio hasta que encontremos a Lennie —resopló la chica.

—¿Encontremos? —espetó Jasón, pero Claire alzó una mano imperiosa y sacó su teléfono móvil del bolsillo trasero de sus pantalones, que no dejaba de vibrar.

—¿Chicos? —musitó Claire al comprobar el número de teléfono que la llamaba—. Es Helena.

—Déjame hablar con ella —exigió Lucas al mismo tiempo que se

levantaba de un brinco de la silla y extendía la mano para que le entregaran el aparato.

—Me ha llamado a mí, no a ti —respondió Claire con tono amable.

En cuanto pulsó el botón verde, Claire arrojó multitud de preguntas seguidas a su mejor amiga, sin darle tiempo a contestar. Entonces se calmó y puso el altavoz para que todos pudieran escuchar la conversación.

—De acuerdo, Len, todos te estamos oyendo. ¿Qué sucede? —preguntó mirando a su alrededor, buscando la complicidad de toda la familia, pero evitando cualquier tipo de contacto visual con Lucas.

—Estoy con mi madre Dafne, mi única y verdadera madre. Ningún individuo, familia o casta nos ha coaccionado —anunció Helena con voz monótona, como si fuera una grabación—. Mi madre y yo nos estamos preparando para abandonar la isla juntas y os pedimos que no os entrometáis, que dejéis que nos vayamos en paz. No corro peligro. Todos sabéis que esto es verdad, porque vuestro descubrementiras lo percibe en mi voz. Adiós. Os echaré de menos.

La línea telefónica se cortó. Lucas tenía la mirada clavada en el teléfono cuando Claire pulsó el botón para desactivar el altavoz. La joven se llevó el aparato al oído y repitió el nombre de Helena varias veces.

—No era ella —insistió Lucas, meneando la cabeza. Sentía que algo no encajaba, como si hubiera un engaño merodeando en algún lugar. Helena no le abandonaría así. Nunca—. Ella jamás me llamaría «descubrementiras» así.

—Lucas era ella —rebatió Claire a los ojos con expresión triste y desolada—. Sé que su voz sonaba extraña, pero era Helena. Y lo sabes.

—¿Estaba mintiendo? —preguntó Cástor.

—No —respondió Lucas de inmediato, aunque no quería aceptarlo del todo—. No nos ha engañado.

—Entonces Dafne está viva —suspiró Palas, atónito ante tal noticia.

—Todavía no sabemos si «Dafne» es Dafne Atreo —tranquilizó Cástor, impidiendo que su hermano saliera de la cocina.

—Basta ya, Cástor. Déjalo de una vez —dijo Palas con desánimo—. ¡Cuando vi a Helena por primera vez la confundí con la zorra de Atreo!

—¡Y Héctor es el vivo retrato de Creonte, y Lucas se parece a uno de los hijos de Poseidón, de la casa de Atenas! —vociferó Cástor, que había perdido

la paciencia—. Mucho más a menudo de lo que pensamos nuestra apariencia no está relacionada con nuestra familia más cercana. ¡Y tú lo sabes mejor que nadie! La madre de Helena podría ser cualquiera de las cinco Dafne que, según los rumores que nos llegaron, fueron asesinadas en la masacre, hace dieciocho años.

—Harías cualquier cosa por mantener la paz, ¿verdad? Incluso dejar escapar a esa arpía —amenazó Palas, que empujó a Cástor para salir de la cocina y apartó con desprecio la mano de su hijo.

De manera casi automática, Lucas dios un paso hacia delante para alcanzar a su primo. Héctor podía llegar a controlar a su padre con cierta facilidad si la situación lo exigía, pero Lucas no quería que se peleara. Una discusión solo serviría para retrasar aún más la búsqueda de Helena, y tenía que verla, aunque fuera por última vez. No estaba desinteresado a vivir separados y Lucas no podía deshacerse de la sensación de que algo iba muy mal.

—¿Adónde vas, papá? —preguntó Héctor con todo cansado.

—A encontrar a la mujer que asesinó a mi hermano —respondió Palas con los dientes apretados mientras se dirigía hacía la puerta dando zancadas.

—No irás —dijo Cassandra.

Al escuchar el sonido de su voz, todos se quedaron paralizados. Resonaban varias voces, como si personas distintas hablaran al mismo tiempo. Las voces eran ancianas, jóvenes adultas y todas hablaban en armonía. Lucas se fijó en Claire, que instintivamente retrocedió unos pasos, acercándose a Jasón, aterrorizada. La boca de Cassandra brillaba y sus cabellos se arremolinaban en el aire, como si los mechones fueran serpientes que se arrastraran por la atmósfera.

—Lucas, hijo del sol, es el único que puede ver el rostro que busca —predijo—. Encontrarás a las hijas de Zeus, las amadas por Afrodita, y les ofrecerá refugio en la casta real de Tebas. ¡Oh! ¡Cuidado! ¡Traición! —finalizó con incertidumbre.

El resplandor se desvaneció y la niña empezó a temblar. Parecía asustada, pero ni siquiera Lucas se atrevió a acercarse a ella.

—¿Estás bien? —tanteó en voz baja desde el otro extremo de la cocina, rompiendo así el extraño silencio.

Ella dijo que sí con la cabeza y se frotó los hombros con las manos. De repente, pareció más niñas de lo habitual.

—Tendrás que llevarte a Héctor y a los gemelos contigo —informó—. Creo que se va a haber pelea.

—Yo también iré —anunció Cástor, pero Cassandra meneó la cabeza en forma negativa.

—Si Dafne os ve a ti o a Palas, huirá —afirmó Cassandra, que se encogió de hombros, como si quisiera disculparse.

—Entonces, ¿nuestros hijos tienen que enfrentarse a ella solos? De ningún modo. Dafne es demasiado peligrosa. No podemos permitirles que ni siquiera se acerquen a ella —objetó Palas, cuyo enfado se había transformado ahora en miedo—. ¡Sedujo a Áyax y le asesinó!

—¡Eso no lo sabemos! —gritó Cástor con frustración.

Durante un breve instante, todos creyeron que Cástor iba a golpear a su hermano, pero Héctor se entrometió entre ambos. Lucas soltó un grito desesperado, preguntándose cómo era posible que los vástagos hubieran sobrevivido tantos años. Estaban continuamente a la defensiva, esperando la mínima amenaza para atacar al otro y, para colmo, toda esta discusión no ayudaba en absoluto a encontrar a Helena.

—¡Calmaos todos! Tío. Padre —dijo Héctor, mirándolos con confianza —. Podemos ocuparnos de esto.

De repente se produjo un sollozo ahogado, un sonido amargo que captó la atención de todos los presentes. Cuando Lucas se giró descubrió a Pandora tapándose la boca con una mano y con los ojos vidriosos por las lágrimas. Miraba con ternura a su sobrino, y no dudó en hablar con él sin apartarse la mano de la boca.

—Eres idéntico a él, ¿lo sabías? —murmuró con una extraña sonrisa—. Igual que Áyax. Es como si estuviera empezando otro ciclo.

—No hay ningún ciclo esperándome, tía Pandora. Estaré bien —aseguró Héctor con una expresión chulesca—. Volveremos a casa dentro de un par de horas, con Helena y Dafne, todos sanos y salvos.

—¿Dónde está? —preguntó Lucas a su hermana, aliviado de poder hacer algo al respecto una vez.

—Helena y su madre están en algún lugar cerca del muelle pero están

moviéndose de un lado a otro, así que no puedo precisar dónde —respondió.

Lucas notó que todos sus primos le seguían los pasos cuando se giró y se dirigió hacia la puerta.

—¡Esperad! Voy con vosotros —insistió Claire mientras salía disparada para alcanzar a los veloces vástagos—. Lennie me necesita.

—¿Tú estás loca de remate, verdad? —dijo Jasón con desdén, pero Lucas enseguida distinguió admiración detrás de ese enfado falso—. Te quedarás aquí.

—¡Pero yo puedo hablar con ella! Ella me escuchará —razonó Claire, que en ese momento alzó las manos y aparto a Jasón para impedirle que le bloqueara el paso. Miró a Lucas con cara de lástima y le suplicó que la apoyara en esto, pero el joven no podía hacerlo.

—No puedes venir, Plataformas —la aconsejó Héctor, poniendo punto final a la discusión—. Si se produce una pelea, tú serás el primer objetivo, y no quiero que nadie resulte malherido por intentar protegerte —dijo mirando de reojo a su hermano.

—No te preocupes. La traeré de vuelta —aseguró Lucas a la mortal. Siguió a sus primos y de un salto se acomodó en el asiento del todoterreno—. Por favor, quédate aquí, a salvo.

—Desde luego —replicó Claire con aire respetuoso. No hacía falta que Lucas fuera un descubrementiras para darse cuenta de que la jovencita estaba mintiendo.

Esperaba que Claire no hiciera algo estúpido, pero no podía entretenerse intentando descubrir lo que estaba maquinando. Helena estaba a punto de abandonar la isla. Y, aunque tal vez él no tuviera el talento de su hermana para predecir el futuro estaba convencido de que si eso sucedía, la perdería para siempre.

17

Creonte permanecía inmóvil cerca de la casa de los Delos, escondido entre sombras, esperando a que sus primos arrancaran el todoterreno negro para perseguirlos. No le suponía ningún esfuerzos seguir la velocidad del vehículo y, siempre y cuando se mantuviera oculto entre una nube de penumbra, podía acudir al clima lóbrego y sombrío para seguir invisible. Ningún otro vástago superaba su dominio de la luz y ni siquiera otro hijo de Apolo podría distinguirle en un día nublado.

Creonte había seguido a Héctor y a Jasón hasta su casa cuando abandonaron el hogar de Helena por la mañana. Al no tener otra pista a seguir, decidió que lo mejor que podía hacer era escuchar a hurtadillas a su familia. Su padre ya le había hablado de las cualidades del cesto, como la de cambiar de forma, y sabía que no tenía otra opción que esperar a que su presa se revelara tal como era. Supuso que, en algún momento, se pondrían en contacto con los traidores, y había dado en el clavo. Ahora, todo lo que tenía que hacer era seguirlos y confiar en que sus primos le condujeran directamente hacia ella.

Helena miró a través de la ventana del hotel, escudriñando la calle apenas transitada, pero no veía a Lucas por ningún lado. Albergaba la esperanza de verlo por última vez antes de irse, a pesar de que él no pudiera verla. No le parecía pedir demasiado, pero por lo visto, estaba equivocada. Lucas se había ido, la tormenta había amainado y pronto su madre y ella serían las primeras en embarcar en el primer transbordador que zarpara de la isla.

—Helena —llamó Dafne desde detrás—. Estás mostrando tu rostro.

Tienes que ser sistemática, o nos descubrirán.

Helena se giró y se concentró en proyectar la imagen de la chica morena que, entre las dos, habían decidido que se convertiría para escapar de la isla.

—Mucho mejor —dijo Dafne, satisfecha—. Aún no puedo creerme que nunca descubrieras este talento, por casualidad.

Helena no tenía una respuesta para eso. Estaba tan abrumada a la vez que perturbada tras haberse reencontrado con su verdadera madre que no sabía si el comentario de Dafne era un cumplido o un insulto. Se dirigió al tocador de la habitación para contemplar a la extraña que se reflejaba en el espejo. El cesto podía transformarla en cualquier mujer del mundo, pero solo había tenido unas pocas horas para practicar. Su madre le había jurado y perjurado que le enseñaría a convertirse en personas de cualquier edad, raza o sexo en el futuro. Aunque el disfraz era sencillo, Helena estaba irreconocible. Ahora lo único que tenía que hacer era mantener la ilusión.

—No tienes por qué mantener la mitad de tu cesto si no quieres. Me refiero al colgante en forma de corazón —comentó su madre, que estaba justo detrás de ella, mirándola a través del espejo.

—Ya, ya lo sé. A eso, por lo menos, sí llego —contestó Helena con una voz distinta.

El collar de Helena era el verdadero cinturón de Afrodita, la mitad protectora que le hacía inmune a cualquier arma. La otra mitad, la que lucía Dafne, correspondía a los adornos de Afrodita y, aunque no era capaz de detener una espada o una bomba con el mero hecho de rozarlas, lo que era potencialmente más aterrador. Dafne era irresistible para todo aquel a quien decidiera seducir.

—Bueno, me alegro. Siempre he llevado mi mitad, y tenía la esperanza de que tú hubieras hecho lo mismo —susurró Dafne con timidez—. Supongo que crees que no tengo ningún derecho a estar nostálgica, pero no puedo evitarlo.

Dafne jugueteó con su colgante y abrió la boca para añadir algo más, pero decidió callárselo. Después se dirigió hacia la otra habitación para revisar el equipaje por décima vez. Una parte de Helena deseaba correr detrás de su madre y decirle que desde pequeña soñaba con que ese collar fuera un vínculo entre ellas dos; pero otra parte de ella ansiaba arrancarse el collar y

arrojárselo a la cara de su madre.

No estaba segura del alcance del poder de persuasión de Dafne. Provenía del cesto, de forma que su madre resultaba irresistible solo en el plano sexual; sin embargo, a Helena le inquietaba lo rápido que había accedido a abandonar a su hogar y las personas que más quería, sin poner impedimento alguno. Se había arriesgado a seguir los pasos de una mujer que no recordaba hacia un lugar desconocido y había tomado la decisión en menos de una hora.

La joven reflexionó en todo lo que había aprendido esa noche, buscando desesperadamente una pista que le indicara que su madre la estaba controlando, pero al reunir todas las pruebas, descubrió que no necesitaba que le lavaran el cerebro para querer huir de Nantucket.

Después de lo que Dafne le había contado, Helena estaba tan indignada y asqueada consigo misma que habría escapado de esa isla a toda costa.

—¿Tienes hambre? —preguntó Dafne.

Helena, absorta en sus pensamientos, se espantó al oír el ruido y de un brinco se alejó de la ventana. Con cierta culpabilidad, corrió las cortinas. Había estado buscando a Lucas otra vez.

—No —respondió, incapaz de despegar los ojos de la alfombra.

—Bueno, aún así tienes que comer algo y deberías ensayar tu rostro antes de subir al transbordador —dijo Dafne con una mueca—. Vamos a desayunar a alguna cafetería antes de adentrarnos en ese océano maldito.

Helena trató de discutir, señalando lo ridículo que le parecía poner a prueba la capacidad de mantener su nueva figura con tan poca práctica, pero Dafne se encogió de hombros y aseguró que sería más fácil hacerlo en tierra firme que balanceándose sobre el oleaje del océano. Al parecer, el pánico que la propia Helena le tenía al mar le venía de familia. Dafne lo detestaba y, tras recordar que Héctor le había asegurado que su miedo al océano venía dado por su incapacidad de controlarlo, Helena asumió que su madre tenía que ser una histérica del control. Tras revisar rápidamente su indumentaria para asegurarse de de que ninguna llevaba ropa que pudiera delatarlas, Dafne arrastró a Helena hasta la calle prometiéndole que sería divertido.

La tempestad había aplastado todas las hojas otoñales y las había convertido en una especie de puré rojo y marrón que cubría las calles adoquinadas y atascaba las alcantarillas. La lluvia cada vez era más débil y el

vendaval había amainado, pero las nubes seguían siendo de un color oscuro y púrpura, y decenas de riachuelos espontáneos fluían por las aceras desembocando en el mar. Había ramas caídas por todas partes, desprovistas de hojas, y los troncos de los árboles parecían tener como copa un alfiletero de astillas. Helena percibía el natural aroma de la savia, puesto que los únicos árboles que se alzaban en la isla se habían desangrado tras perder su guerra con el viento. No podía quitarse de la cabeza la imagen de cientos de soldados de madera sin vida y de caballos enormes también de madera muertos en las calles, así que lo último que le apetecía era comer.

—Ninguna cafetería estará abierta —protestó Helena, aunque sabía que no era verdad.

—Yo viví aquí, ¿sabes? Y si algo aprendí… —rebatió Dafne mientras avanzaba pisando fuerte, con confianza, frente a la hilera de ventanas cerradas a cal y a canto de los negociantes de arte; giraron la esquina, donde se toparon con una cola larguísima de gente que esperaba para entrar a la cafetería Overeasy—. Aprendí que a los balleneros no hay nada que les guste más que una buena tormenta —acabó con alivio.

Tenía razón. Los habitantes de Nantucket estaban orgullosos de sobrevivir a todo aquello que la Madre Naturaleza arrojaba sobre ellos. Era una forma de sentirse más machos, pero también una excusa para quedarse siempre allí. Compartían risas bajo vendavales huracanados, heladas insufribles, tormentas de nieve o aguaceros eternos mientras buscaban sus gatos histéricos y rescataban los adornos de sus jardines.

No había electricidad en toda la manzana y la gente todavía barría los pedazos de cristales rotos. Sin embargo, a Helena no le sorprendió que la cafetería estuviera abarrotada. De hecho, sabía perfectamente que en ese preciso instante su padre y Kate estarían a seis manzanas de allí, en su tienda, revisando los daños causados por la tormenta. También sabía que si la gente empezaba a merodear por el centro, con ganas de desayunar algo, Jerry y Kate no dudarían en abrir las puertas de su negocio para servir cafés y tartas. Dado que las neveras no estaban en funcionamiento, la comida perecedera tendría que comerse de inmediato o tirarse a la basura y, desde luego, Kate preferiría regalar la comida a sus vecinos que verla pudrirse.

Por un segundo Helena pensó que debería estar allí con ellos,

ayudándolos, pero entonces vislumbró su propio reflejo en el cristal de una ventana de la cafetería que había logrado sobrevivir a la tormenta. No era Helena. Era una morena muy bella que estaba de vacaciones en la isla con su madre, algo hortera y con cara de caballo. Un par de turistas que no le debían nada a nadie.

Se sentó, coloco la servilleta sobre su regazo y pidió cualquier cosa que pudiera prepararse en una cocina de gas, como huevos fritos o panceta, y un café molido a mano. Mientras empujaba la comida en el plato, Matt entro en la cafetería. Helena abrió los ojos de par en par cuando él la miró y, por inercia, abrió la boca para saludarle, pero el joven apartó la mirada enseguida.

Era obvio que había venido hasta la cafetería porque la estaba buscando. Helena emitió un gruñido y se frotó los ojos cansados con las manos. Sin ninguna duda, Claire le habría informado de que Helena había desaparecido. La joven se preguntó que más sabía sobre ella. Conociendo a Matt, y sabiendo lo inteligente y astuto que era, estaba segura de que el muchacho habría adivinado su secreto, al igual que Claire.

Por un instante deseó que la encontrara, pero Matt rastreaba el interior de la cafetería buscando la cabellera rubia y brillante de Helena. Al no distinguirla de inmediato, se rindió. Helena se contuvo para no lanzarle la servilleta a Matt y gritarle que estaba sentada a cuatro metros de él, pero enseguida cayó en la cuenta de que era absurdo culparle por no reconocerla. No obstante, sintió un pinchazo en el corazón al ver como un amigo de la infancia no era capaz de reconocerla. Mientras observaba a Matt salir de la cafetería, no pudo evitar sentirse anónima, sola y tan insustancial como un fantasma.

—Es lo mejor para él —dijo Dafne procurando consolarla mientras alargaba la mano por encima de la mesa para acariciar la de su hija—. Los mortales que nos quieren nunca viven muchos años. Los vástagos atraen la tragedia como un imán. Es más seguro dejarles atrás cuando se acerca una reyerta. Precisamente por esa razón no le di a Jerry más tiempo…

—Tú jamás quisiste a mi padre. Nunca amaste a Jerry —interrumpió Helena con voz amarga. Apartó bruscamente la mano de su madre.

—Es verdad, nunca le amé. No tengo la intención de mentirte para parecerte más compasiva o mejor persona —rebatió Dafne, que trasladó la

mano rechazada a la mejilla de su hija—. Desearía no haberle hecho ningún daño a ese hombre. No olvides que fue la persona a quien le confié mi hija. ¿Me odias por no haber amado a Jerry? De acuerdo. Pero lo mínimo que puedes hacer es respetarme por comprender lo especial que era y entregarte el regalo de pensar que era tu padre.

—Jerry es mi padre en todos los sentidos —refutó Helena, que de inmediato se levantó de la silla y dejó sola a su madre.

La joven esperó en la barra, dándole la espalda a su madre, que enseguida se apresuró a pagar el desayuno. De camino al hotel para recoger sus trastos, Helena avistó a Héctor. El muchacho la miro durante un segundo y después pasó de largo, igual que había hecho Matt. Los gemelos estaban con él, merodeando por el muelle. Helena oyó que Ariadna llamaba a Matt. Por su voz, intuyó que se había sorprendido de verle, pero Dafne la empujó hacia el interior del hotel antes de poder averiguar lo que se estaban diciendo. Helena oyó mencionar el nombre de Claire justo antes de que su madre cerrara la puerta de golpe, impidiéndole así enterarse de que hablaban.

Lucas estaba en el vestíbulo del hotel. Helena no le vio la cara, pero tampoco fue necesario. Aunque le hubiera visto de reojo y doblando una esquina a doscientos metros de distancia, le habría reconocido. Acto seguido se giró porque sabía que si le miraba perdería la concentración y permitiría que su máscara se desvaneciera. A toda prisa subió las escaleras del hotel detrás de su madre, con la esperanza y el temor de que Lucas gritara su nombre, pero, por supuesto, no lo hizo.

De vuelta a la habitación, recogió las cuatro bolsas que tenía y las colocó frente a la puerta. Procuró que su madre no advirtiera su mirada vidriosa ni su nariz enrojecida. Intentó cubrirse el rostro con la cabellera oscura, pero desafortunadamente su disfraz tenía flequillo. Cuando su madre revisó las habitaciones por última vez antes de dirigirse hacia el muelle, Helena soltó una risotada incongruente al recordar, de repente, la última vez que había cogido el transbordador. Fue cuando Claire le contó toda la historia de una nueva familia que se mudaba a la gigantesca finca de Sconset. Su amiga había asegurado que cada una de ellas se enamoraría perdidamente de un chico Delos; en aquel momento, le había parecido una idea ridícula. Le dio tan poca importancia que incluso se preguntó en voz alta si debía cortarse el

pelo.

—Bueno, Claire tenía toda la razón —se dijo Helena a sí misma, riéndose entre lágrimas—. Odio llevar flequillo.

Intentado recuperar el aliento entre risitas de nerviosismo, abrió de golpe la puerta de la habitación y se topó de frente con Lucas. En cuestión de segundos, el muchacho detectó las lágrimas de Helena y se fijó en la expresión de perplejidad de la extraña mujer que había a su lado. Lucas agarró a Helena por el brazo y la apartó de aquella desconocida, interponiéndose entre ambas.

—¿Qué le has hecho? —dijo, amenazando a Dafne.

—¿Y quién eres tú? —rebatió Dafne con acento sureño.

Lucas miró a la desconocida con desconfianza y después se giró hacia Helena.

—Helena, ¿quién es esta mujer? —preguntó.

—Entrad —invitó Dafne, que enseguida hizo desaparecer su extraño acento—. Venga, Helena. Nos han descubierto. Él puede ver tu verdadero rostro.

—¿Cómo? —quiso saber, observando unas manos que no eran suyas, contemplando un cuerpo que no le pertenecía. Siguió a Lucas hacia el interior de la habitación del hotel.

—Porque te ama —respondió Dafne tras cerrar dando un portazo—. El cesto no puede ocultar el rostro al ser amado, sólo revelárselo. No puedes fingir ser otra persona ante él porque te ama tal y como eres.

Dafne se frotó las sienes, desesperada ante el nuevo e inesperado cariz que estaban tomando los acontecimientos. Se volvió hacia Lucas e hizo desaparecer su disfraz. El joven, asombrado, dejó escapar un grito ahogado.

—Tú «eres» todas esas mujeres —dijo Lucas, al recordar la visión de Cassandra—. Helena, esta es la mujer que ha estado atacándote, no es su verdadero rostro…

—Ya lo sé. También sé que ella fue quien hirió a Kate en el callejón —añadió Helena, que tragó saliva con una mueca de dolor—. Pensé que había sido culpa mía, que había electrocutado a Kate por accidente.

—Helena, no debes sentirte culpable —murmuro Dafne, que, de repente, se mostró algo molesta ante tal idea.

—Mi madre quería secuestrarme para distanciarme de tu familia, para evitar que descubrieras quién era de verdad —continuó, ignorando por completo el comentario de Dafne—. Estaba convencida de que no confiaría en ella, así que no tuvo otra opción que atarme, literalmente, a la cama para conseguir que la escuchara. Y no dudó en hacerlo. Lucas, ella es mi madre y este es su rostro. Es nuestro rostro.

—Es imposible —negó Lucas, mirando a madre e hija—. Ningún vástago se parece tanto a otro.

—Los portadores del cesto se asemejan al primer vástago que lo poseyó —explicó Dafne.

—Helena de Troya —musitó Lucas.

Helena asintió y, sin apartar la mirada de su madre, quiso aclarar el asunto.

—Afrodita y Helena eran hermanastras y, a decir verdad se querían muchísimo. Cuando se inició el asedio a la ciudad de Troya, Afrodita le entregó el cesto a Helena para asegurarse de que estuviera protegida. Desde entonces, ha ido pasando de madre a hija, junto con el famoso rostro.

—¿El rostro? —repitió Lucas.

—El que hizo zarpar a un millar de barcos —finalizó Dafne de forma automática, citando textualmente una frase de la Ilíada—. Es nuestra maldición.

—Helena de Troya pertenecía a la casta de Atreo —balbuceó Lucas al mismo tiempo que se desplomaba sobre una silla con respaldo recto que decoraba el vestíbulo—. Así que Palas tenía razón. Tú eres Dafne Atreo.

—Supongo que Palas debía tener razón en algo… —soltó Dafne, antes de serenarse y suavizar el tono—. Sé que es tu tío pero entre él y yo las cosas son un poco complicadas. Tu padre, en cambio, era muy distinto. Siempre fue muy amable conmigo, o por lo menos intentaba serlo. Las furias convierten la amabilidad en algo muy relativo.

—Las furias —murmuró Lucas cuando una idea le cruzó el pensamiento —. ¿Por qué no las veo cuando estoy cercas de ti?

—Por la misma razón por la que tu familia tampoco las ve cuando está cerca de Helena. Vosotros arriesgasteis la vida por el otro, y eso los liberó de vuestra deuda familiar. Hace mucho tiempo, pasé por algo semejante con otro

miembro de la casta de Tebas. Pero no tengo tiempo para explicarte toda la historia ahora —dijo Dafne, sin mala intención—. Helena y yo debemos marcharnos de aquí, y tenemos que hacerlo ahora.

—No —se interpuso Lucas, mirando a Helena—. Venid conmigo, las dos.

Mi familia…

—Tu familia me quiere muerta —le interrumpió con frialdad—. Y Creonte ha desembarcado en la isla para capturar a Helena. Tengo que sacarla de aquí lo antes posible; si la amas del modo en que sé que lo haces, me ayudarás.

—Puedo proteger a Helena de Creonte —afirmó Lucas algo desafiante, esperando a que la joven le mirara a los ojos, pero esta no se atrevió.

—¿Cómo? ¿Estás dispuesto a convertirte en un asesino? ¿En un paria? —preguntó Dafne con dureza.

Lucas apartó la mirada de Dafne de golpe, pues la mera alusión a ese término le aborrecía. Por un momento la odió con todas sus fuerzas, pero solo porque tenía razón.

—No puedes defender a Helena contra tu propia familia, al menos no a muerte. Soy la única persona capaz de protegerla —continuó Dafne. Su tono de voz reflejaba su genuina compasión por el muchacho—. Y la mejor forma de hacerlo es alejándola de Creonte.

—No permitiré que se acerque a ella. Me da igual en lo que pueda convertirme —afirmó Lucas, preocupado por la seguridad de Helena. Le inquietaba de sobremanera el modo en que ella le esquivaba. El joven se arrodilló junto a ella y la cogió de las manos.

—Lucas. Deja que me vaya —rogó Helena en voz baja, apartándole las manos. Él se quedó en silencio durante unos segundos, con el presentimiento de que algo horrible estaba a punto de suceder. Otra vez—. Si me amas, déjame ir. ¿Me amas? —preguntó con voz débil y entrecortada.

—Sabes que sí —respondió, algo confuso—. Si estás asustada, huye conmigo. Tal y como habíamos planeado. Sabes que estamos destinados a estar juntos; sé que puedes sentirlo, como yo.

—Quiero que me dejes ir —respondió mirándole por fin a los ojos, sin agachar más la mirada.

Helena no prestó atención a la reacción de Lucas, que se sentía aturdido y triste. Su corazón le parecía una tina a punto de rebosar de agua. Todas las sensaciones y los sentimientos que había experimentado a lo largo de su vida, tanto las buenas como las malas, eran una especie de regalices de colores que teñían el agua, y aquella hermosa mezcla de tonalidades se arremolinaba en el fondo de la bañera, colándose por el desagüe. Lo único que tenía que hacer era esperar unos segundos más hasta que la tina se vaciara por completo.

—Sabes que no te estoy mintiendo, ¿verdad? —continuó, sin piedad—. Quiero que me dejes ir.

Lucas contuvo el aliento durante varios segundos, asimilando que Helena no le estaba engañando. Entonces asintió con la cabeza, con el rostro impasible, y suspiró.

—Te creo. Sé que deseas alejarte de mí ahora mismo, pero también sé lo que va a ocurrir, independientemente de lo que cada uno desee —añadió.

—¡El Oráculo! —exclamó Dafne para sí tras comprender el significado de las palabras de Lucas—. ¿Sobrevivió a su primera profecía? ¿Sigue estando cuerda?

A esas preguntas tan insensibles, él contestó que sí con un leve movimiento de cabeza.

Dafne empezó a dar tumbos como una loca, como si un millón de pensamientos le inundaran el cerebro. De repente, dejó de moverse y lanzó sobre Lucas una mirada penetrante.

—¿Qué ha vaticinado sobre nosotras?

—Que las amadas de Afrodita encontrarán refugio en la casta de Tebas —replicó Lucas sin mostrar emoción alguna—. Ya lo veis, volveréis conmigo a casa.

—Desde luego —accedió Dafne—. Helena, coge tus cosas.

Ella se quedó boquiabierta, observando a su madre con incredulidad. Después de todo lo que Dafne le había revelado para distanciarla de la casta de Tebas, este cambio no tenía ningún sentido.

—Pero… perderemos el transbordador… —tartamudeó Helena, todavía insegura.

—El Oráculo ha hablado —sentenció Dafne, que se colgó el bolso del hombro y le lanzó una mirada ávida.

No tenía ni idea de lo que su madre se traía entre manos, pero al no contar con un argumento sólido para oponerse a tal decisión, decidió obedecer. Helena y Dafne se transformaron en desconocidas y los tres bajaron al vestíbulo del hotel. Cuando llegaron a la puerta principal, Lucas les pidió que esperaran un segundo. Extrajo su teléfono móvil y llamó a Héctor para ordenarle que trajera el coche hasta el aparcamiento del hotel.

—Quedaos aquí —dijo con firmeza—. Dejad que compruebe la calle antes de salir. Héctor me ha dicho que Creonte nos sigue muy de cerca.

—No será necesario, Lucas. Siempre y cuando mantengas las distancias, nosotras pasaremos desapercibidas —le aseguró Dafne.

Acto seguido, salió decidida del hotel con su lujosa maleta de piel rodando tras ella. Mientras Helena observaba atónita a su madre salir por la puerta, desvió la mirada hacia la calle. Creonte estaba en la otra acera, escudriñando cada ventana del edificio con su visión de superhéroe. Al advertir la figura de Dafne saliendo del hotel, la mirada de Creonte se clavó en ella. Se fijó en su maleta y, concentrado entrecerró los ojos para enfocar mejor.

Helena revivió las sensaciones que experimentó en su primer encuentro con él. Aún podía notar su aliento húmedo en la nuca, susurrándole «preciosa» al oído antes de apuñalarla. Pero, en particular, recordaba la asfixiante oscuridad que la abrumó hasta el punto de sentirse totalmente perdida en el espacio y vulnerable. Presa del pánico, Helena olvidó por un momento que tanto ella como su madre estaban protegidas por sus disfraces.

—¡Mamá! ¡Para! —gritó siguiendo su instinto mientras corría hacia su madre para arrastrarla de nuevo hacia el hotel.

Tras escuchar aquellos chillidos, Creonte hundió su mirada en la extraña. Vio a su primo Lucas, quien en ese instante avanzaba a zancadas para agarrar a la jovencita con desesperación. Se abrazaron de manera protectora. Volvió a fijarse en la mujer chabacana que portaba un lujoso equipaje y sonrió. Cruzó la calle al trote, con la cabeza agachada y los hombros tensos, como si fuera un toro.

—¡Dafne! ¡Nos ha descubierto! —gritó Lucas, que ocultó a Helena tras de sí y se movió increíblemente rápido para interceptar a Creonte.

Los dos primos colisionaron en el centro de la calle, y aprovecharon el

impulso para sacudirse los primeros puñetazos. Sin embargo, Lucas hizo algo que Creonte no esperaba. En el último instante dejó que la gravedad se apoderara más de su cuerpo, adoptando así un estado sólido con el que empujó a su aturdido oponente hasta el asfalto con tal fuerza que incluso agrietó la superficie del pavimento.

Una décima de segundo más tarde, Lucas levantó la mirada y advirtió el rostro de un Matt aterrorizado a través del parabrisas de su coche mientras apretaba de golpe el pedal del freno. El chico procuró detener el vehículo, pero ya era demasiado tarde. Atropelló a las dos figuras que habían aparecido de la nada en mitad de la calle; el coche quedó completamente abollado, como si hubiera chocado contra una pared de ladrillo.

—¡Lucas! —gritó Helena mientras forcejeaba con su madre, que la retenía.

Dafne sujetó a Helena y la contuvo hasta que el gigantesco todoterreno de Héctor frenó ante ellas con unos chirridos ensordecedores. Quedó de tal forma que impidió a la chica acercarse al accidente. Ariadna saltó del asiento del acompañante incluso antes de que Héctor hubiera detenido el coche por completo y arrancó a correr hacia el lugar del atropello.

—¡Súbete al coche! —le bramó Héctor a Dafne en cuanto se apeó del asiento del conductor para dirigirse dando pisotones hacia el coche de Matt, cuyo motor no dejaba de humear.

Helena estiraba el cuello con desesperación, pues le era imposible ver lo que estaba ocurriendo. Seguía vociferando el nombre de Lucas cuando Jasón y Dafne la empujaron sin miramientos hacia el todoterreno.

—¡Lucas está bien! —afirmó Jasón con los dientes apretados al mismo tiempo que luchaba con ella para meterla en el coche—. ¡Helena, por favor! Ya estamos llamando bastante la atención, no empeores las cosas.

Al recordar dónde estaba, la chica procuró calmarse y obedientemente se acomodó en el asiento trasero del coche. Se deslizó hacia una de las ventanillas polarizadas y suspiró aliviada cuando reconoció a Lucas, que estaba de pie delante del coche destrozado de Matt. No tenía ni un rasguño y parecía aferrarse a Héctor, como si quisiera impedirle que echara a correr hacia algún sitio. Creonte había desaparecido, y parecía que Héctor quería seguirle. Por un momento, dio la sensación de que Lucas estaba a punto de

golpearle, pero entonces le susurró algo al oído que pareció convencerle; de golpe, Héctor se serenó y asintió con la cabeza.

—Es igualito a Áyax —murmuró Dafne con la mirada clavada en Héctor.

Helena miró de reojo a su madre y después se giró hacia el accidente. Ariadna estaba ayudando a Matt a salir del coche. El chico se tambaleaba y de su cabeza manaba un hilo de sangre. Estaba pálido de perplejo, pero, por lo visto, no había sufrido graves heridas.

—Deberíamos llevarte al hospital —insistió Cassandra mientras le examinaba las pupilas.

—No —respondió él con vehemencia—. No hay forma humana de explicar esto. La gente normal no se levanta como si nada después de un bestial atropello.

Todos sabían que tenía razón. Incluso conmocionado, Matt era rápido en sus pensamientos.

—Te has dado un golpe en la cabeza —avisó Jasón mientras el grupo de vástagos se lanzaba miradas inciertas.

—Pero sé perfectamente lo que he visto. Mirad, no tenéis que preocuparos por mí. Jamás delataría a un amigo y tenemos que irnos de aquí ya —persistió Matt—. Antes de que la policía inunde la zona.

—¿Ari? —preguntó Jasón, que cruzo una mirada con su hermana gemela —. ¿Crees que supone un gran riesgo?

Ariadna deslizó las manos sobre la cabeza de Matt y un tenue resplandor iluminó sus palmas.

—Se pondrá bien —afirmó tras un breve momento. Guió a Matt hacia el todoterreno, pero el muchacho empezó a reírse tontamente y se quedó inmóvil en mitad de la acera.

—Vaya. ¿Qué me has hecho? —preguntó con una sonrisa bobalicona.

—Te he curado. Ese es mi talento —contestó una Ariadna sonriente, aunque de forma inesperada había adoptado un semblante cansado.

—Gracias —murmuró Matt, que reanudó su camino hacia el todoterreno de Héctor—. Esperad. ¿Dónde está Claire?

Helena no dudó en salir escopeteada del vehículo, sin tan siquiera darle tiempo a su madre de retenerla.

—¿Qué quieres decir con «dónde está Claire»? —exigió Helena,

apretando los puños con tal fuerza que los brazos empezaron a temblarle—. ¿Dónde la has visto por última vez?

—En el asiento del copiloto —respondió Matt con voz débil, señalando su coche.

De golpe, el cuerpo de Jasón se puso en tensión, rígido. Al moverse con suma velocidad, su silueta se difuminó, tornándose una sombra borrosa. La figura se trasladó hasta el coche de Matt y arrancó la puerta de cuajo con una sola mano mientras, con la otra, recogía con ternura a Claire de la parte inferior del cuadro de manos. La jovencita estaba inconsciente, sangrando y tan débil y frágil que parecía una muñequita de algodón.

—No —musitó Jasón—. Se suponía que debías mantenerte alejada de mí.

Jasón se inclinó hacia Claire, acercándose a ella, casi rozándola con los labios, y durante unos segundos se quedó quieto, como una estatua.

—¿Cómo está? —preguntó enseguida Ariadna.

—Respira —dijo tras unos instantes, con voz quebrantada.

Alzó la vista para mirar a su hermana gemela a los ojos.

—¿Puedes curarla? —preguntó esforzándose por mantener la calma. Los gemelos se habían preparado concienzudamente para una situación como esta.

Jasón apretó la mandíbula y asintió con la cabeza, pero no articuló ni una sola palabra. Acto seguido, trasladó el diminuto cuerpo de Claire hasta el asiento trasero del todoterreno, sosteniéndola con dulzura sobre su regazo mientras el resto se organizaba.

—Deja que yo me ocupe del coche de Matt. Vosotros esperadme en casa —le dijo Lucas a Héctor, que en ese preciso instante ya estaba oscureciendo las abolladuras más destacadas manipulando la luz.

—Espera —pidió Dafne, que levanto la mano como si quisiera parar a un taxi con los ojos cerrados—. Esto llamará menos la atención —anunció.

Unas espirales de neblina gris perla emergieron de los charcos y riachuelos que fluían por la calle; ante la sorpresa de todos, los hilillos pegajosos se dirigieron hacia los delicados dedos de Dafne, como si se sintieran atraídos por un imán.

—Gran Zeus, Congregador de Nubes —murmuró Héctor mientras veía con sus propios ojos cómo la escena del accidente desaparecía entre la niebla.

Entonces se giró hacia Lucas y le preguntó—: ¿Dónde vas a esconder el coche?

—En el océano. Ya lo limpiaremos después del anochecer —respondió Lucas antes de zambullirse en el espesor de la bruma para empujar el carro de metal retorcido de Matt, dejando tras de sí una estela de toxinas sobre el muelle.

El resto se apretó en el interior del todoterreno de Héctor. Todo el incidente, desde el ataque de Creonte en mitad de su huida, había ocurrido en cuestión de minutos; ahora, a tan solo cuatro manzanas de la escena, podían escuchar la primera sirena zumbando a través de la densa niebla.

En el interior del vehículo reinaba un silencio absoluto. Avanzaban rápidamente, aunque sin exceder el límite de velocidad permitido, hacia Siasconset. Cada uno de ellos parecía sumido en sus reflexiones, conmocionados a la par que sorprendidos. Durante el viaje, Helena no pudo apartar la mirada de Jasón y Claire. El joven había empezado a deslizar sus manos por encima del cuerpo de su mejor amiga, emitiendo un resplandor desde sus palmas, tal y como su hermana había hecho para curar a Matt. Le susurró algo al oído antes de lanzar unos soplos suaves y centelleantes que acariciaron los ojos cerrados de la joven, como si estuviera exhalando energía a través de sus sueños inconscientes.

Fuera lo que fuera lo que le estaba haciendo, estaba ayudando a Claire, aunque también le estaba provocando un dolor atroz. Un sudor frío e intenso le había empapado toda la piel, que había perdido su color habitual para teñirse de un color grisáceo pálido. Al mismo tiempo, la chica pareció mejorar, pues se acomodó entre sus brazos y sus mejillas recuperaron algo de color. Cuando al fin aparcaron delante del hogar de los Delos, Jasón estaba tan agotado que Helena, sin pedirle permiso, cogió a Claire de su regazo y la llevó hasta el interior de la casa.

—A mi habitación. Rápido —dijo Jasón con voz ronca mientras Helena atravesaba la abarrotada cocina portando a Claire.

Ante los rostros atónitos de la familia Delos, sostuvo a su mejor amiga contra el pecho para protegerla de las miradas entrometidas; Jasón le abría el camino para deslizarse hasta las escaleras. Tras haber subido varios peldaños, Helena notó el peso de la mano de Jasón sobre su hombro, que buscaba

desesperado su apoyo. Estaba tan débil que apenas lograba arrastrar los pies, pero al fin consiguió subir el resto de las escaleras.

—¿Cómo puedo ayudarte? —le preguntó Helena a Jasón cuando dejó con sumo cuidado a su mejor amiga sobre la cama.

—No puedes —contestó él mientras se tumbaba junto a Claire—. He hecho mi elección, y mientras ella no se haya recuperado, estaremos unidos. Es como el último cartucho de un curandero. Llegados a este punto, cruzaremos ese desierto o pereceremos en el intento.

—Oh, perfecto —suspiró Helena, que había recuperado la esperanza—. Claire nunca dejaría morir sin más a alguien que le importa, sobre todo a sabiendas de que le ha salvado la vida.

Helena advirtió la risita de Jasón mientras asentía con una sonrisa cómica. Por muy desesperada y grave que fuera su situación, al menos había decidido unir su fuerza vital con una genuina y auténtica luchadora.

—Hice cuanto estuvo en mis manos para mantenerla alejada de todo esto, para protegerla de nuestra familia —susurró mirando a Helena a los ojos.

—Sí, ya lo sé. Vuestras constantes discusiones os delatan. Es obvio que estáis hechos el uno para el otro —comentó Helena, sintiéndose algo culpable. Jasón había procurado aislarse de Claire para protegerla; sin embargo, ella jamás lo había intentado—. Ahora lo entiendo todo.

—Tienes otros asuntos de los que ocuparte —balbuceó entrecerrando los ojos—. Vete. Yo la guiaré por el páramo.

—Si os perdéis, yo os seguiré —prometió Helena, que, en ese mismo instante, percibió el enardecido aire de la tierra árida, que filtraba toda la humedad de la atmósfera.

De pronto, adivinó donde estaba ese desierto y por qué siempre le había aterrado conocer la verdad, a pesar de tenerla delante de sus narices. El páramo por el que merodeaba mientras dormía, la tierra árida que Jasón tenía que atravesar para salvar a Claire, era la tierra de los muertos. Durante una milésima de segundo, vislumbró la imagen de su mejor amiga, confusa, asustada y diciendo quedamente el nombre de Jasón. Helena desterró ese pensamiento tan perturbador y se inclinó hacia el chico para susurrarle al oído.

—Conozco el camino por los escombros y las ruinas, y te prometo que si

no consigues hacerlo solo, iré a buscaros y os traeré de vuelta.

Jasón abrió los ojos de golpe, aturdido, pero su alma ya seguía a la de Claire y, aunque intentaba luchar contra ello, sus ojos volvieron a cerrarse cuando se sumergió en un sueño tan profundo como un coma. Helena decidió salir de la habitación, pues confiaba plenamente en que Jasón conseguiría curar a Claire. Además, sabía que tenía que acudir a la batalla que le esperaba en el salón Delos.

Estaba bajando las escaleras cuando reconoció la voz de su madre, que gritaba a pleno pulmón. Aunque la conocía desde hacía tan solo unas horas, aquello le resultaba inquietantemente familiar. La voz de Dafne podía confundirse con la de su hija y, de hecho, a Helena le daba la sensación de estar escuchando su propia voz grabada en un contestador automático de calidad pésima. Detestaba aquella sensación; no odiaba el sonido en sí, sino la idea de estar atascada en el error de alguien, condenada a adoptar las peores cualidades de las personas a las que, supuestamente, más quería.

Helena se detuvo unos segundos para armarse de valor antes de entrar en el salón. En los breves minutos que había permanecido junto a Jasón y Claire se había iniciado una pelea.

—¿Qué yo soy la culpable? —gritó Dafne a Palas, reaccionando a un comentario que este acababa de hacerle—. Si os hubieras quedado en Cádiz, alejados de Helena, ¡nada de esto habría sucedido!

—Fue culpa mía —admitió Héctor, procurando calmar a todo el mundo —. Nos vimos obligados a abandonar Europa porque estuve a punto de asesinar a alguien de mi familia.

—No serías el primero en hacerlo —dijo Dafne.

—¿Qué se supone que significa eso? —espetó Palas, indignado.

—¿Al fin estás dispuesto a hablar del elefante rosa que hay en la habitación? —preguntó Dafne, implacable—. Yo no maté a Áyax, sino que Tántalo.

—¡Eres una mentirosa! —la acusó Palas, que en ese instante dio un paso amenazador hacia ella.

—¿Cómo crees si no que sigo con vida? Tántalo os aseguró a todos que me había matado, ¿verdad?

Palas la observaba con inquina.

—Respóndeme una única pregunta: si yo asesiné a tu hermano Áyax, ¿por qué no ves a las furias en este momento? —preguntó Dafne, extendiendo los brazos, como si quisiera demostrar que no escondía a las tres hermanas.

Todos intercambiaron miradas, como si esperaran que en cualquier momento alguien diera una explicación, pero nadie abrió la boca.

—Palas, ¿recuerdas como nos detestábamos tu hermano y yo, un odio que ni siquiera las furias podían justificar, pero que al mismo tiempo no permitíamos que nadie se interpusiera entre nosotros? ¿Te acuerdas de cómo solíamos buscarnos, como si no pudiéramos resistir la idea de estar separados ni un segundo? —preguntó Dafne con un tono más tranquilo.

—Tú eras su obsesión —respondió Palas sombrío, que lanzó una mirada a Lucas por un segundo.

—Y él la mía. Al fin nos enzarzamos en un combate a vida o muerte, pero, en el último momento, hubo un terrible accidente y acabamos salvándonos la vida. Al hacerlo, pagamos nuestra deuda individual con la casta del otro. Áyax podía estar con mi familia sin incitar a las furias, y yo con la suya. ¿Cómo te explicas si no que pueda estar aquí, delante de ti? —Después señalo a Helena y a Lucas—: Habéis sido testigo de un episodio idéntico, lo habéis visto con vuestros propios ojos. Ya conocéis el resultado. Una vez que las furias desaparecieron, Áyax y yo nos enamoramos.

—¡Embustera! —exclamó Pandora.

—No —intervino Lucas, meneando la cabeza con una expresión desolada, casi aterrorizada—. Está diciendo la verdad.

—¡Toqué su cuerpo con mis propias manos! —gritó Pandora, que no pudo aguantar más las lágrimas, que recorrían su rostro de duendecilla—. ¡Estaba muerto!

—Creo que los dos estuvimos muertos durante unos segundos —reconoció Dafne con tono compasivo. Intentaba que Pandora la escuchara, pero su esfuerzo fue en vano. Pandora sacudía la cabeza ante cada frase que intentaba decirle—. Áyax y yo jamás comprendimos lo que ocurrió exactamente, pero te lo juro, yo no lo maté.

Pandora se dio media vuelta, dándole la espalda a Dafne y sin dejar de negar con la cabeza, rechazando cualquier comentario. Ariadna se dirigió

hacia ella para mostrarle su apoyo y la cogió de la mano, pero Pandora no aceptaba la compasión de nadie. Apartó la mano de Ariadna y cruzó los brazos sobre el pecho, como si sintiera un pinchazo en las entrañas.

—¡Oh, que típico! La casta de Tebas cree saberlo todo porque es la casta del Oráculo —protestó Dafne a la espalda de Pandora, casi rogándole—. Y lo irónico del asunto es que gracias a esa seguridad, las demás castas han podido ocultaros tantas cosas. Hemos podido encubrir nuestros vestigios, como el cesto, e incluso nuestra propia existencia. Creíais que la casta de Atreo había desaparecido, pero aquí estoy. ¡Abrid los ojos! Lo creas o no, Pandora, Áyax y yo nos salvamos la vida aquella noche y en ese momento nos enamoramos perdidamente.

—¿Y entonces os fugasteis juntos? —preguntó Cástor, sorprendiendo a todos con su tono compasivo.

—No teníamos otra elección. Aunque había pagado mi deuda con la casta de Tebas y, por lo tanto, podía acercarme a cualquiera de vosotros sin incitar a las furias, todos me queríais muerta —replicó Dafne de hombros—. Áyax propuso explicarle lo sucedido a Tántalo para que se pusiera de nuestro lado. Confiaba en que tu hermano nos ayudaría, éramos demasiado jóvenes, solo teníamos diecisiete años.

Una poderosa emoción se adueñó por completo de Dafne y, de repente, la mujer apretó los puños y los dientes, como si se negara a llorar.

—Acaba tu historia —propuso Lucas sin alterar la voz.

—Áyax y yo vivíamos en un velero, escondidos en el mar. Tántalo remó hasta nuestro hogar porque temíamos que, si nos reuníamos en tierra firme, alguien pudiera tendernos una emboscada. En cuanto Tántalo vio mi rostro, se volvió loco. Áyax y Tántalo se enfrentaron por mí en el bote. Yo no soy capaz de nadar, lo juro, no fui capaz de llegar hasta ellos. Áyax perdió —dijo Dafne penetrando a Lucas con la mirada—. Tántalo reivindicó que me había asesinado aquel día, pero resulta más que evidente que es una mentira. Desde entonces me persigue en todo momento, quizá porque me quiere para él solo o quizá porque desea matarme y no quiere que nadie me cace y le arrebate el triunfo. Ya no sé qué quiere.

—No te creo, y me da igual lo que tú digas, Lucas —comentó Palas, meneando la cabeza de forma negativa—. Tántalo adoraba a Áyax.

—Tienes razón. Quería a su hermano, y después lo asesinó —insistió Dafne, tan desesperada que rozaba la crueldad—. Ahora, tras asesinar a alguien de su propia familia, se ha convertido en un paria, un exiliado, y no puede mantener ningún tipo de contacto con la casta de Tebas sin que las furias os revelen su pecado.

—Palas —dijo Cástor con amabilidad—, ¿nunca te ha llamado la atención que tu hermano permaneciera oculto incluso cuando no quedaba otra casta con la que combatir?

—¡Pero había otras castas, y todavía las hay! —gritó Palas, señalando a Helena y a su madre—. Sin duda, él sabía que Dafne seguía viva, que podía seducir a cualquiera si se lo proponía, para que le ayudara a atraparlo.

—No he utilizado el cesto contigo, Palas. Ni siquiera para conseguir que me creas —dijo Dafne con tono cansado—. Quiero que os deis cuenta de quién mató a Áyax, dejaros guiar por vuestro corazón. Necesito que sepáis que no fui yo quien mato a mi marido.

—Todo lo que dice es verdad —aseguró Lucas, fijando la mirada en Helena—. No ha utilizado el cesto. Y se casaron.

Helena apartó la mirada, aunque podía notar como él la observaba.

—Las Hadas han hecho esto muchas veces —recitó Cassandra. Súbitamente, su mirada se iluminó del resplandor del Oráculo y su voz se tornó más aguda a través del velo—. Los amantes predestinados están en la urdimbre y la trama del patrón, y mis madres están obligadas a repetirlo una y otra vez. La simetría debe mantenerse o la tela del universo se deshilachará. Las cuatro castas se han preservado así.

—¿Las cuatro? —repitió Lucas, buscando a Helena con la mirada. Un rayo de esperanza le reavivó, pero Helena no se contagió de ese júbilo repentino, sino que mantuvo el rostro pálido e inexpresivo.

—Cuatro castas en tres herederos —canturrearon las distintas voces—. Los amantes predestinados han preservado las líneas sucesorias. Y los tres alzarán la Atlántida.

Un extraño silencio invadió el salón, como si imitara la pausa que precede al inevitable y a la vez ensordecedor rugido de la tormenta tras el destello de un relámpago.

—¡Sibila! —exclamó Dafne de repente, dirigiéndose a Cassandra con el

título más antiguo de su oficio—. ¡Te suplico que me conteste! ¿Cómo es posible que los vástagos se deshagan de las furias?

—¡Aún no puede dominarlas! —susurró Cástor a Dafne, cuya expresión se había tornado codiciosa y desesperada.

De pronto, Helena recordó la repentina decisión de su madre, aceptando enseguida acudir hasta la casta de Tebas con Lucas. Entonces se dio cuenta de lo que Dafne había querido desde el principio.

Cástor agarró a Dafne del brazo e intentó alejarla de su hija, pero ya era demasiado tarde. Las Tres Hadas, los Tres Destinos, habían sido invocadas de manera oficial en el cuerpo del Oráculo para responder a una pregunta directa, y nadie podía detenerlas ahora. La boca de la pequeña se iluminó, su cabello empezó a erizarse y, tras un chasquido, su cabeza se inclinó hacia atrás. Unas súbitas cataratas le llenaron las cuencas de los ojos de legañas y toda su piel se arrugó. Una anciana se abría camino por la fuerza entre el esqueleto de la pequeña, como si estuviera rasgando un velo. Sin dejar de convulsionarse, la anciana se convirtió en otra mujer y después se transformó en una tercera mientras las distintas voces resonaban al mismo tiempo en su interior.

—El Descendiente debe ser bien acogido por aquellos que se muestran reacios a perdonar, por aquellos que no pueden olvidar. El Descendiente liberará a los Tres de su sufrimiento y redimirá a las castas del ciclo de sangre por sangre —dijo.

Después se produjo otro momento de silencio. Cassandra alzó la cabeza y, acto seguido, las arrugas se suavizaron al mismo tiempo que su mirada volvía a la normalidad, pero las espeluznantes presencias seguían latiendo en su interior. Dafne se soltó de Cástor y se aproximó al Oráculo con los brazos cruzados y las palmas apoyadas sobre el pecho, a modo de respeto y veneración.

—La casta de Atreo tiene una deuda contigo, Sibila —agradeció Dafne tras una extravagante reverencia, completando así su parte del ritual.

—Y la casta de Atreo la pagará cuando se le exija —replicó el Oráculo justo antes de que el brillo se desvaneciera por completo y Cassandra volviera en sí, tras varios parpadeos y una exhalación.

Todos observaban fijamente a Dafne con una mezcla de conmoción y

furia.

—Lo siento, pero tenía que hacerlo —susurró.

—Podrías haberla matado —dijo Lucas, apretando los puños—. Aún es muy joven.

—Si el ciclo de la venganza no se rompe, tampoco tiene futuro. Ninguno de nosotros, de hecho —farfulló Dafne, incapaz de mirar al joven a los ojos.

Varios de los presentes alzaron la voz para iniciar una acalorada discusión, pero Cassandra los calló.

—Dafne tiene razón. Las cosas cambiarán, se ha hecho una profecía y, os guste o no, soy el Oráculo. No puedo seguir escondiéndome.

—Quizá —dijo Cástor con tono sombrío—, pero la próxima vez decidiremos por unanimidad qué preguntas hacerle y el momento propicio para formularlas. —Entonces se giró hacia Dafne y la señaló con un dedo acusador—. Otro truco como este y me aseguraré de que no vivas lo suficiente para escuchar la respuesta de Sibila.

Dafne asintió con un rostro pasivo que, al parecer, apaciguó a Cástor, aunque no tuvo el mismo efecto en Lucas. Había apreciado esa misma expresión en Helena antes, y sabía que era falsa. Lucas miró de reojo a la chica, que también se había percatado del engaño, y compartieron una mirada ansiosa. Cassandra afirmó estar cansada y Pandora la acompañó hasta su habitación para que descansara un rato. Ariadna se fue a la cocina para comprobar cómo andaba Matt, que procuraba desinflamar los chichones y aliviar los moretones con bolsas de hielo mientras Noel le daba un curso intensivo sobre semidioses. Lucas hizo un gesto con la cabeza, indicándole así a Helena que se reuniera con él en la habitación contigua. La joven negó con la cabeza, pero él ya se había dado media vuelta, encaminándose hacia la puerta, así que no tuvo más remedio que seguirle.

Lucas la guió hasta una parte desconocida y poco familiar de la casa, situada en el ala opuesta de la oficina de su padre. Mientras deambulaban por pasillos vacíos y despejados, pasando por delante de habitaciones deshabitadas, Helena se percató de que de vez en cuando Lucas inclinaba la cabeza sobre el hombro, como si comprobara que ella le seguía.

Caminando detrás de él, a tan solo unos pasos de distancia, advirtió que Lucas se ponía algo tenso y que su respiración se aceleraba. Observó el

contoneo de su espalda, moviéndose bajo la camiseta con cada respiración, y tuvo que entrelazarse las manos para impedirse tocarlo. Al fin, se encaminó hacia una terraza ubicada en el extremo este de la finca y se giró hacia Helena. La muchacha abrió la boca para protestar y Lucas aprovechó esa ocasión para besarla. Un segundo más tarde, notó que la empujaba suavemente hacia el suelo y, sin apenas darse cuenta, la pareja ya estaba a punto de entregarse por completo.

Una oleada de náuseas le subió desde el estómago y Helena se tapó la boca con ambas manos mientras apartaba la cabeza de Lucas. El joven se retiró con cuidado, pensando que le había hecho daño. Ella apoyó los codos en el suelo de mármol y le empujó.

—Para —rogó.

Él se apartó de Helena de inmediato, alzando las manos en un gesto conciliador. Los dos se incorporaron, colocándose uno enfrente del otro; Lucas parecía tan confuso, tan herido, que Helena no pudo contener más las lágrimas, pese a haberse prometido a sí misma la noche anterior que no volvería a llorar.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras trataba de buscar su mirada y la cogía de las manos—. Helena, somos libres. Quedan dos castas para preservar la Tregua. Podemos estar juntos.

—No podemos hacerlo —repitió apretando los puños para que Lucas no pudiera entrelazar sus manos.

—¿Por qué? —quiso saber Lucas, que sentía la sinceridad de Helena, pero no lograba comprender su reacción—. ¿Tanto han cambiado tus sentimientos hacia mí en solo una noche? ¿Has dejado de quererme?

—No es eso —respondió, angustiada—. Ojalá no te quisiera.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Lucas, aliviado al comprobar que, por lo menos, Helena seguía sintiendo lo mismo por él—. Soy consciente de todo lo que has vivido hoy, y quizá no estás preparada. Está bien, esperemos el tiempo que necesites…

—¡Somos primos hermanos! —gritó desesperada, incapaz de controlar unos sollozos que le sacudían los hombros—. Jerry no era mi padre, Lucas. Era Áyax.

El joven se quedó completamente paralizado por el miedo y, durante el

largo silencio que se produjo después, lo único que Helena podía percibir era el suave sonido de la lluvia golpeando el tejado de cristal.

—Eso es imposible —murmuró, aunque en el fondo sabía que Helena no le estaba mintiendo, pero se negaba a aceptarlo—. No. Vimos a las furias cuando nos conocimos. No podemos estar emparentados.

—Sí, sí podemos —refutó Helena, secándose las lágrimas de las mejillas en vano, pues no conseguía detener esa procesión de lágrimas que le humedecían el rostro—. Los herederos mestizos, descendientes de un linaje heterogéneo, solo pueden pertenecer a una casta, y la casta de Atreo me reclamó. Este tipo de cosas llevan sucediendo desde siempre.

—¿Desde siempre? —repitió Lucas al recordar la declaración anterior de su hermana pequeña—. Los amantes predestinados se repiten una y otra vez. ¿Cuántos vástagos más de linajes heterogéneos andan por ahí escondidos?

Helena se sorbió la nariz y le miró con una sonrisa apenas perceptible. Lucas era tan sensible, tan rápido en captar cada detalle que se le hacía imposible no adorarlo. Había infinitas razones por las que admiraba a Lucas Delos y, precisamente por eso, había infinitas razones por las que le amaba. La muchacha se percató de que para olvidar a Lucas no bastaba con pasar página, con superar una ruptura desde luego dolorosa; tendría que olvidar cada razón que la empujaba a amarle con locura. El peso de todos esos futuros desconsuelos derrumbaron a Helena, que no tuvo más remedio que agachar la cabeza, pues le resultaba imposible mirarle a los ojos mientras contestaba a su pregunta.

—Dafne nos llama granujas, y sí, hay varios como nosotros —contestó en voz baja—. Nadie conoce el número exacto, pero mi madre ha localizado a veinte por lo menos.

—Entonces, si estos herederos solo pueden pertenecer a una casta, pero sus padres forman parte de castas enemigas, un padre puede encargarse de criar a su granuja y el otro…

—Las furias se encargan de cegar de rabia al otro progenitor, que intentará asesinar a su propio bebé en cuanto nazca. Solo una casta, un padre, puede reclamar el bebé; el otro no puede ni siquiera acercarse —finalizó Helena, con aire triste—. No hay modo de saber de antemano si la casta que reclame al bebé pertenece a la madre o al padre, pero una de ellas siempre

intenta matarlo, de forma que cuando el bebé nace, los padres tienen que estar ahí… para enfrentarse a un duelo a muerte por la vida de su hijo.

—Es repugnante —suspiró Lucas. Helena estaba de acuerdo.

—Tienes razón, es repugnante. Los bebés no deberían formar parte de las disputas familiares. Dafne juró que se desharía de las furias para que bebés granuja, como yo, pudieran estar con sus dos padres, para que nadie más tuviera que sufrir el horror de querer asesinar a su propio hijo nunca más. De hecho, Dafne ha convertido la liberación de los vástagos en su misión vital.

Lucas asintió, comprendiéndolo todo por fin. Empezó a caminar por la terraza, como si no pudiera permanecer en la misma postura más de un segundo; decenas de pensamientos le atormentaban.

—¿Qué hacemos? No podemos estar lejos el uno del otro —comentó mirando a Helena, que seguía sentada y abatida sobre el suelo.

—Lo sé, pero tampoco puedo estar cerca de ti —dijo. La joven se levantó con un suspiro de agotamiento.

Lucas gruñó y se cubrió el rostro con las manos. Ninguno de los dos se atrevía a mirar al otro; sin abrir los ojos, se unieron en un abrazo, para consolarse el uno al otro.

—Mi madre y yo teníamos pensado irnos hoy —susurró Helena.

—No me dejes —suplicó Lucas, estrechándola aún más entre sus brazos.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró Helena con desesperación, aunque sabía perfectamente que él no tenía una respuesta para esa pregunta.

—No creo sea capaz de pasar otra vez por esto —reconoció Helena, que enseguida se apartó de él y se retiró el cabello de la frente—. No puedo volver a explicarlo.

—Yo lo haré —afirmó Lucas, buscando instintivamente la mano de Helena, aunque se controló y la retiró.

Héctor llegó a la puerta en el mismo instante en que Lucas la abrió. Su rostro era una máscara de preocupación y su agitada respiración le hacía jadear. Tras mirar varias veces a Lucas y a Helena, que parecían devastados y asolados, Héctor asumió que estaban bien.

—Estáis… vivos. Eso es bueno —dijo más aliviado.

—Deberíamos volver —propuso Lucas con un rostro carente de expresión.

Sin decir palabra, el joven empezó a caminar por el pasillo, arrastrando los pies.

—Dafne nos lo ha contado todo —le dijo Héctor a Helena sin rodeos—. Lo siento, prima.

La chica asintió varias veces con la cabeza, sin atreverse a decir una palabra, y empezó a avanzar por el pasillo. Para su sorpresa, Héctor la alcanzó y la rodeó con un brazo mientras caminaban. Durante un segundo, la estrechó con más fuerza y la besó en la cabeza. Tras un momento, ella se percató de que estaba apoyándose en el pecho de Héctor, buscando su consuelo.

18

Esperar oculto entre las sombras en el jardín de la casa de los Hamilton era una apuesta arriesgada, pero Creonte no tenía otra opción. No podía aproximarse a la finca de los Delos después de haberles mostrado cuáles eran sus intenciones; aquello los habia puesto a la defensiva. Había estado tan cerca…, pero haber subestimado a su primo le había salido caro. Lucas era más fuerte de lo que pensaba. Jamás volvería a cometer ese error: ese desliz podía convertir a Creonte en una vergüenza más que en un salvador.

Ahora que su objetivo estaba protegido por su propia familia, no tenía más opción que esperar y rogar que Helena fuera lo bastante estúpida como para salir solita por ahí. Albergaba la esperanza de que tal vez fuera hasta el lugar que una vez fue su hogar.

Aunque no era muy probable, era todo lo que tenía en este momento. No podía regresar al yate y enfrentarse a sus primos con las manos vacías. Tenía que aparecer con algo, una pista, una oportunidad, algo, antes de involucrar a cualquiera de los Cien Primos. Independientemente de cómo resultara todo este asunto, su padre jamás conocería su error en el hotel. La mera idea le resultaba humillante.

Al fin Tántalo le había confiado la verdad; por primera vez en diecisiete años, le habían permitido escuchar la verdadera voz de su padre. No le habían dejado compartir la misma habitación, ni ver su rostro porque aquella mujer lo había deformado de un modo tan monstruoso que mirarlo podría resultar mortal. Sin embargo, por primera vez en muchísimo tiempo, Creonte había podido hablar con su padre y conocer la pesada carga que llevaba.

Su padre lo elogió por haber sido tan fuerte y fiel durante tantos años. Le explicó a su hijo lo sucedido en aquel bote de remos, cómo sus pensamientos

y su voluntad se habían retorcido de tal forma que se vio empujado a cometer un pecado que le marcaría de por vida, como a Medusa. Tántalo admitió sus errores, de los cuales se arrepentía, y le desveló que arrostraba las consecuencias desde entonces. Había jurado extirpar el mal femenino del cesto del mundo para que todos, vástagos y mortales, pudieran al fin controlar su lujuria. Entonces decidió confiarle a su hijo la misma misión sagrada.

Y Creonte había fracasado.

El joven notó la vibración del teléfono móvil en el bolsillo por quinta vez. Lo había ignorado por completo y ni siquiera quería saber quién trataba de contactar con él. Sin embargo, esta vez sacó el aparato para echar un vistazo a la pantalla. Era su madre. Consideró durante un momento contestar la llamada, pero al final cedió.

—¿Dónde estás? —preguntó Mildred en voz baja.

—De caza —respondió Creonte con ambigüedad al percibir que su madre estaba siendo vigilada, o incluso escuchada. Ya había ocurrido en ocasiones anteriores.

—Uno de los traidores acaba de llamarme —susurró—. Me ha contado tu descalabro delante del hotel y quiere cambiar de bando. Desea liberar a sus hombres del cesto…

Creonte escuchó unas interferencias en la línea telefónica. Enseguida adivinó que algo, seguramente una tela, rozaba el micrófono, como si su madre se hubiera guardado el teléfono en el bolsillo. Pasaron varios segundos en los que Creonte solo oyó el ruido rítmico de la tela, como si su madre caminara hacia algún sitio.

—¿Sigues ahí? —preguntó cuando llegó a un hogar relativamente seguro.

—Sí. Madre, ¿qué está pasando?

—Chis. Solo escúchame. Los Cien Primos empiezan a dudar de ti. No puedo hacerles saber que estamos en contacto —le informó con urgencia—. ¿Dónde estás? La traidora quiere reunirse contigo ahora mismo para tramar un plan.

Helena se pasó un cuarto de hora charlando con su padre, intentando

calmarle. Había estado a punto de ir a la comisaría y exigía saber dónde había pasado toda la noche pero no tenía una respuesta coherente para eso. Jerry estaba furioso. De hecho, nunca le había visto tan enfadado. Le reclamaba que fuera a casa de inmediato. Incluso alzó la voz, lo cual no había hecho desde que era una niña. Ella no solía desobedecerle, pero ahora no podía decirle nada más aparte de que estaba sana y salva y de que no iría a casa por el momento. Colgó el teléfono mientras su padre aún parloteaba.

Era consciente de que estaba comportándose de manera injusta con él, pero no sabía qué más podía hacer. Aún no había decidido si le contaría a su padre el regreso de Dafne y si le revelaría que se marcharía de la isla con ella, pues dudaba si lo mejor sería desaparecer de su vida sin más. Dafne insistió en que una ruptura limpia sería lo mejor para todos, incluso para Jerry, pero Helena se negaba a aceptarlo. Aunque fuera mejor para su seguridad, su padre se derrumbaría. Ninguna de las salidas parecía ser de su agrado. Tomara la resolución que tomara, su padre tendría que soportar un dolor que no se merecía padecer. Al final, Noel interrumpió sus meditaciones para hacerle saber que Jasón y Claire se habían despertado.

Helena corrió escaleras arriba, hacia la habitación de Jasón, y entreabrió la puerta. Avistó a Dafne sentada en el borde de la cama, junto a Claire sosteniendo la mano de la jovencita contemplándola con una ternura inquietante. La había querido mucho cuando no era más que una niña. La noche anterior, Dafne le había explicado a Helena que siempre le había preocupado su seguridad por crecer con un vástago como mejor amiga. En el hotel, mientras la tormenta descargaba sobre la diminuta isla, Dafne había retirado la maldición de Helena. Además, le había desvelado que Claire no podía provocarle retortijones porque, aunque eso pudiera exponer a Helena, quizás algún día necesitaría su protección. Helena le agradeció su compasión, aunque debía reconocer que era lo único por lo que le estaba agradecida a su madre.

—¿Has arreglado las cosas con Lucas? —le preguntó Dafne en cuanto la vio asomada por la puerta.

Helena se estremeció al escuchar su nombre, asintió a toda prisa y centró su atención en Claire.

—Eh, Risitas. Me has asustado de verdad —admitió mientras se acercaba

a la cama donde reposaba su mejor amiga.

—Me he asustado a mí misma. —Con un gesto le indicó que se sentara junto a ella; al percatarse de su rostro hinchado, le preguntó—: ¿Estás bien?

—No tiene importancia —respondió Helena, que se sentó junto a su madre—. ¿Cómo estáis?

—Fue más fácil de lo que creía —contestó Jasón—. Nunca llegamos a las ruinas, sino que escalamos las colinas desérticas.

—Bien —dijo Helena, sonriendo aliviada—. Las colinas lejos del río.

—Ya lo sé. —Le dedicó una sonrisa a Helena antes de mirar a Claire—. Es muy fuerte.

—¿Qué río? ¿Qué ruinas? —intervino Dafne, mirando a Helena y a Jasón, pero Claire se anticipó:

—¿Eso era real? —espetó abriendo sus ojos negros de par en par aterrorizada.

—Sí y no —contestó Jasón en voz baja, acariciando la frente de Claire con los labios antes de incorporarse para ayudar a la jovencita a sentarse—. Es un lugar real, pero no hemos estado físicamente allí.

—Pero yo estaba muerta de hambre. Y de sed —susurró, asustada.

Hundió el rostro en el cuello de Jasón y este la estrechó entre sus brazos. Al parecer, el vínculo que habían forjado en el páramo seguía uniéndolos y a Helena le daba la impresión de que Jasón no estaba dispuesto a permitir que ese lazo se desatara.

—No tengas miedo, hemos caminado por el borde, nunca nos hemos adentrado. Ni siquiera los mejores curanderos pueden atravesar ese desierto y sobrevivir —aseguró Jasón. El joven cruzó una mirada con Helena, pidiéndole en silencio que le ayudara a explicárselo.

—El lugar donde has estado está más allá de los sueños. No debes tenerle miedo —dijo Helena, acariciándole la espalda en un intento de consolarla—. Considéralo un sueño profundo si te resulta más fácil, porque la sensación es casi idéntica.

—Una pesadilla se parece más —añadió Claire apartando el rostro de Jasón y manteniendo el equilibrio.

—Bueno, has estado al borde de la muerte —dijo Helena encogiéndose de hombros—. Y eso no es divertido.

—¿Helena? —llamó Dafne, que empezaba a comprenderlo todo—. ¿Cuántas veces has estado en ese lugar?

—Ya he perdido la cuenta —respondió en voz baja, meneando la cabeza.

Dafne se quedó mirando a su hija, atónita. En ese instante alguien llamó a la puerta. Matt asomó la cabeza con cierta timidez.

—Siento interrumpir —se disculpó con una ligera mueca—. Hola, Claire. ¿Estás bien?

—Pasa —lo invitó mientras procuraba sentarse un poco más recta. Alargó el brazo para apoyase en Helena y añadió—: Me alegro de que sigas de una pieza.

—Sí, yo también, pero aún queda un detalle del que deberíamos ocuparnos. Vi que algunas personas nos miraban cuando…, eh…

—¿Atropellaste a Lucas con el coche? —acabó Jasón por él con un destello humorístico en la mirada.

—Exacto. Me encargaré de arreglarlo antes de que se descontrole —asumió Matt con cierta incomodidad—. Cuanto más tiempo me quede aquí, más rápido correrán los rumores. Si desmiento todos los comentarios, negando el accidente, demostrando que estoy perfectamente…

—Entonces no habrá noticia —acabó Dafne por él—. ¿De veras estás dispuesto a engañar a los de tu especie por nosotros? —preguntó con frialdad.

—Yo no lo veo como tu especie o mi especie. Solo veo a mis amigos, que necesitan mi ayuda —respondió.

Matt miró de reojo a Helena, con cierto recelo, como si quisiera preguntarle si confiaba en su «nueva madre».

—Te llevaré donde necesites —anunció Helena poniéndose en pie—. De todas formas tengo que ir a casa a hablar con mi padre, así que puedo dejarte donde quieras.

—Tú no vas a ir a ningún sitio —espetó Dafne, sorprendida ante la mera sugerencia de Helena—. Es demasiado peligroso.

—No puedo abandonar a mi padre sin darle una explicación —protestó —. Eso fue lo que tú hiciste y he pasado toda mi vida sufriendo las consecuencias. Si he aprendido algo, es que no quiero repetir tus errores. Ni ahora ni nunca.

—Bueno, lo cierto es que no puedo atarte a la cama cada vez que no nos

pongamos de acuerdo, pero déjame decirte que tengas cuidado, Helena —la aconsejó Dafne, cuya mirada se suavizó—. Los dioses conocen la eternidad y les encanta juguetear con mortales que utilizan absolutos.

Tras darse media vuelta, Helena se tropezó con la puerta, pues se había quedado algo traspuesta al escuchar el eco de las palabras de Lucas en su madre y, por un segundo, perdió el equilibrio.

—Te tengo —susurró Matt sujetando a Helena por el codo. Le ayudó a cruzar el umbral, guiándola para que no golpeara el marco con el hombro—. Tu madre es bastante peculiar —dijo con un tono temeroso una vez que estuvieron fuera del salón.

—Lo cierto es que no sé si me está contando toda la verdad o si me oculta algo —dijo Helena con sinceridad.

—Todos tenemos la misma duda con nuestras madres —dijo Matt poniendo los ojos en blanco y con una tierna sonrisa—. El caso es que ninguna madre es cien por cien lo uno o lo otro.

Helena le dedicó una sonrisa cómplice a Matt, con la esperanza de que tuviera razón, y ambos bajaron las escaleras. Al entrar en la cocina, en busca de alguien que les prestara un coche, tan solo se encontraron con Pandora, que venía precisamente del garaje.

—Helena —dijo Pandora, sorprendida—. No te vas, ¿verdad?

—Matt necesita volver a casa y yo… —empezó Helena, pero Pandora negó con la cabeza.

—No puedo permitir que salgas de esta casa. Lo sabes —repuso de un modo convincente.

—Entonces, ¿le podrías llevar tú a casa? —preguntó Helena.

—Lo siento, pero ahora mismo no puedo —contestó ella, agachando la mirada y fijándose en sus manos, sin adorno ni brazalete alguno—. ¿Por qué no se lo pides a Ariadna? Está en la biblioteca.

Pandora sonrió a la pareja de adolescentes y, en silencio, casi a hurtadillas, se dirigió hacia el cuadrilátero de combate. Helena tardó unos momentos en darse cuenta que la mujer había desaparecido como si nada.

Se percató de que Pandora no lucía alhajas, pulseras ni joyería. Helena guió a Matt hasta la biblioteca en cuyo centro se hallaba la pequeña de la familia, Cástor, Palas, Héctor, Ariadna, Cassandra y Lucas charlaban en

círculo. La conversación se interrumpió en cuanto Helena entró por la puerta.

—Matt necesita ir a casa —anunció Helena con cierto nerviosismo. Procuraba no mirar a Lucas, pero por alguna razón inexplicable no podía evitar que sus ojos se deslizaran hacia él.

—Yo lo llevaré —se ofreció Ariadna, que de inmediato se dirigió hacia ellos y, con un gesto, les indicó que salieran de la estancia.

—¿Qué está pasando? —preguntó Helena, exagerando los movimientos de la boca pero sin emitir sonido alguno.

Su amiga la cogió de la mano y la arrastró hacia fuera. Cuando se hubieron alejado unos pasos de la biblioteca, le contestó:

—Estamos intentando averiguar qué se trae entre manos Creonte.

—¿Y por qué me habéis excluido? —preguntó ella, ofendida.

—Vamos, Helena —respondió, como si la estuviera reprendiendo—. Lucas no puede soportar estar en la misma habitación que tú y, sin ánimo de ofender, él es mucho mejor soldado que tú. Necesitamos a Lucas a la hora de tomar decisiones. Y le necesitamos centrado.

Matt le lanzó una mirada confusa, pero, al menos, no formuló pregunta alguna al respecto. De todas formas, qué importaba. Helena desaparecería de aquella isla y jamás volvería a ver a ningún miembro de la familia Delos en su vida. Al cabo de unas horas, se arrastraría hacia una cama desconocida, sintiéndose extraña, sumiéndose en un sueño del que poco le importaba si se despertaba o no. Pero no era el momento de pensar en eso. Antes tenía que asegurarse de que las personas a las que quería estaban bien.

Cuando llegaron a la cocina, Ariadna agarró su bolso, colgado del respaldo de una silla, y rebuscó las llaves en el bolsillo interior mientras miraba a su alrededor, como si hubiera perdido algo. Escudriñó el garaje, contó los coches y registró otra vez la cocina, susurrándose «¿Ha vuelto?» a sí misma. Antes de que Helena pudiera preguntarle qué ocurría, se despidió y apuró a Matt para que subiera al coche.

Helena siguió con la mirada el recorrido del pequeño coche de Ariadna, hasta que este desapareció tras tomar una curva. Entonces se deslizó a hurtadillas hasta el jardín. Todavía no había anochecido, pero notaba que las sombras de los arbustos se arrastraban por el suelo, deslizándose como serpientes para tocarla. Tras asegurarse de que todo estaba despejado, dio un

tremendo salto, frenética por subir hasta el cielo, el único lugar donde, sin duda, Creonte jamás lograría alcanzarla. Cuando cambió de estado, desprendiéndose de la gravedad, se serenó y voló hacia su casa. Planeó en círculos durante unos momentos para asegurarse de que no había ningún vecino a la vista y después descendió en picado, rápida como un rayo para evitar que la vieran. Al poner un pie en el jardín trasero de su casa, percibió los sonidos habituales de su padre y, por lo que podía escuchar, no estaba solo. Kate estaba en casa.

Charlaban en voz baja y, de vez en cuando, soltaban una carcajada o se quedaban en silencio, buscando las palabras apropiadas. Helena miró a través de la ventana y los vio acomodados en el sofá, sentados el uno junto al otro, con el televisor apagado y manteniendo una conversación que, al parecer, era importante. Sabía que, si se concentraba probablemente adivinaría qué estaban diciéndose, pero no quería entrometerse en un momento tan privado entre dos personas que estaban enamorándose.

La joven rozó el colgante en forma de corazón y les deseó una felicidad perfecta. No sabía si el cesto funcionaba así, pero lo único que le importaba en ese momento era que Jerry tuviera a alguien que le cuidara cuando ella se fuera. Se percató de que si se iba ahora, sin enfrentarse a él, sin darle ninguna explicación, jamás sabría que Dafne había regresado a la isla y, si esa herida no se abría, la nueva y frágil relación entre él y Kate podría tener alguna posibilidad.

Permaneció detrás de la ventana durante un momento, indecisa, sin saber qué camino escoger, hasta que, de repente, notó un rápido descenso de la temperatura ambiente y observó que las nubes se teñían de un color anaranjado, lo cual significaba que no le quedaba más tiempo. Voló hasta su ventana, se sentó en su escritorio y le escribió una carta de despedida a su padre. En ella le decía que le quería, que estaba a salvo y que jamás regresaría a Nantucket. Prefirió dejarle una nota breve para no verse obligada a llenarla con mentiras. Jerry había sido un buen padre y, si bien no podía ser completamente sincera con él, lo mínimo que podía hacer era mentir lo menos posible.

Después de poner el punto final a su carta, alzó el vuelo desde su ventana y regresó al hogar de los Delos. Le consolaba saber que su padre seguiría

ajeno a todo mientras ella se escabullía de la isla, lo cual sucedería más tarde. Con un poco de suerte, por el bien de todos, Kate estaría con Jerry por la mañana, cuando descubriera la nota. Al pensarlo, Helena voló hacia el este de la isla con una sensación parecida a la paz interior.

Antes incluso de aterrizar, Cástor salió a toda prisa de la casa para reunirse con ella en el jardín, haciendo aspavientos con los brazos, indicándole que se diera prisa. Gritaba algo sobre su madre.

Dafne tuvo que esperar hasta que la pequeña sesión de estrategia se hubo disuelto para poder entrar a hurtadillas en la biblioteca y registrarla. Todo lo que necesitaba era la dirección del remitente de las pocas cartas que Tántalo habría enviado a la facción de la casta de Tebas que vivía en Nantucket. Al fin, después de tantos años, podría averiguar el patrón de movimiento de Tántalo.

Solo le faltaba conocer ciertas cosas, como el nombre de una ciudad, y a partir de ahí sabría adónde ir. Entonces encontraría a Tántalo y le mataría de la misma forma en que él había asesinado a su dulce Áyax. Dafne se había imaginado la escena un millón de veces. En cuanto él se acercara a la puerta, le rebanaría la cabeza enfrente de su esposa. Si se vengaba de Tántalo, quizá cuando Átropos, una de las tres moiras, cortara su hebra, Áyax estaría esperándola en la otra orilla del río. Aún le quedaba mucho camino por delante y mucho por hacer para conseguir que eso ocurriera. Necesitaba averiguar el nombre de la ciudad.

Dafne empezó a leer los sellos de las cartas esparcidas sobre el escritorio de Cástor, pero tras un rápido vistazo se dio cuenta de que lo que estaba buscando no estaría allí. Conocía la letra de Tántalo al dedillo y no la reconoció en aquellos sobres. Entonces cayó en la cuenta de que, pese a que Cástor era el más brillante y valiente del clan Delos, también era el último de la lista de Tántalo. Cruzó la biblioteca e inició otra búsqueda en un escritorio distinto.

Descubrió una caja fuerte bajo el otro escritorio, posó la mano sobre la esfera de la cerradura y deseó que no estuviera diseñada por un vástago. Tras varios minutos agachada, con la oreja pegada en la caja fuerte para descifrar

la combinación, su búsqueda finalizó de repente. Dafne sintió el abrupto pinchazo de una inyección que le invadía una vena en el cuello. Dejó escapar un grito ahogado tras reconocer el cóctel de estupefacientes que ella misma había utilizado en otros vástagos. En ese instante recordó con cierta vaguedad que, tras drogar a su hija, había dejado una jeringuilla de más en su bolso, cargada y preparada, por si acaso. En cuestión de segundos, su campo de visión se oscureció.

Cuando Dafne se despertó enseguida notó unos grilletes metálicos alrededor de sus muñecas, como si la hubieran encadenado. Con los ojos legañosos, trató de enfocar la vista. Entonces descubrió que se hallaba en una playa oscura. Oyó el tintineo de las cadenas al mover las manos y se percató de que tenía las muñecas llenas de rasguños por el roce de las esposas. Tenía cortes profundos en ambos antebrazos, por donde había manado mucha sangre antes de cicatrizar. Tras la gran pérdida de sangre se sentía sedienta, pero ignoraba que había invocado un rayo.

Los esposas se calentaron hasta que se iluminaron con tal resplandor que Dafne no tuvo más remedio que cerrar los ojos o la luz le cegaría de por vida. La claridad era casi insoportable, pero las esposas no se derritieron, ni siquiera cuando consumió sus últimos voltios de energía. Había muy pocas sustancias capaces de resistir tanto calor en una presión atmosférica normal sin evaporarse o fundirse.

—Tungsteno —susurró con los labios secos y agrietados. Dafne se enfureció consigo misma por actuar sin pensar.

Los engarces de aquel metal casi indestructible se convirtieron en un pararrayos que arrojaba su energía directamente al suelo. No solo se hallaba inmovilizada, sino que cualquier intento de lanzar un rayo a un enemigo sería en vano, pues acabaría disipándose en la fría arena.

—No pensé que te quedara más energía —dijo una voz femenina desde la orilla. La figura, que hasta entonces había permanecido agachada frente al mar, se alzó y caminó hacia Dafne—. Te he extraído mucha sangre para deshidratarte, pero al parecer no es suficiente.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Dafne en voz baja—. No eres una

asesina, Pandora.

—Ya lo sé —admitió ella agachando la cabeza, algo humillada—. Intenté matarte cuando estabas inconsciente, pero no fui capaz.

—Entonces deja que me vaya —rogó Dafne con una sonrisa triste—. Sé por qué lo haces. El rechazo es un sentimiento muy poderoso, y el dolor puede transformar a una buena persona en alguien malvado —dijo poniéndose de rodillas—. Pero ¿por qué no me crees? O, si no a mí, ¿por qué no a Lucas, tu propio sobrino? Él es un descubrementiras.

—Lucas tiene muchísimas razones para querer que tu versión de la historia sea verdadera —siseó Pandora, empujando la arena con cada paso—. El amor por Helena le ha cegado y está dispuesto a hacer cualquier cosa para aferrarse a ella. Quizás incluso a mentir a su propia familia.

—Lo primero: Lucas nunca podrá tener a Helena —afirmó Dafne con misterio—; lo segundo: sabes que hay maneras más fáciles de comprobar si estoy diciendo la verdad sobre quién mató a Áyax que secuestrándome. ¿Alguna vez le has preguntado por qué sigue escondido?

—¡Probablemente porque sabe que puedes modificar tu imagen y tu voz a tu antojo! —gritó Pandora, furiosa—. Lo único que no puedes hacer es falsificar la caligrafía de alguien. Por eso solo se comunica por carta, para protegerse, ¡porque sabe que le quieres muerto!

—¿Y por qué crees que le quiero muerto? —chilló Dafne—. Si mi objetivo fuera alcanzar un triunfo, ¿por qué crees que no maté alguna de las ratas de tu familia de Tebas en cuanto os vi? ¿Por qué crees que busco a Tántalo, y solo a Tántalo, si no fuera porque me arrebató algo muy valioso? —preguntó con voz entrecortada.

Pandora contempló cómo Dafne se recostaba otra vez sobre la arena, dándole la espalda al océano que tanto despreciaba y fijando la mirada en sus pies. Pandora se distanció y se cruzó de brazos mientras ladeaba la cabeza para sentir la brisa marina. Le costaba respirar y recorría el oscuro horizonte de izquierda a derecha, como si quisiera avistar una señal. De repente, recuperó la atención y se dirigió hacia Dafne.

—Eres una serpiente —anunció mirando fijamente a la mujer encadenada con una rabia turbadora—. Creonte ya me había dicho que eras astuta, pero esto va mucho más allá. ¡Te crees tus propias mentiras! Por eso Lucas no

conseguía apreciar el engaño en tus palabras. Después de tantos años escondiéndote tras máscaras ajenas te has convertido en una mentira gigante. Por eso tengo que alejarte de Cástor y de Palas, de todos los seres a los que quiero. Mi corazón me dice que utilizaste el cesto para embaucar a mi hermano Áyax. Nunca le amaste y él jamás pudo enamorarse de ti. —Sus palabras eran duras e hirientes, pero su tono dejaba entrever dudas—. Áyax era demasiado bueno, demasiado puro…

—Y demasiado noble, y tierno, y generoso y valiente —añadió Dafne, alzando la voz para hablar por encima de Pandora.

Dafne pestañeó varias veces mientras apretaba los ojos, como si quisiera llorar, pero no logró derramar una lágrima. Aunque todo su cuerpo se lamentaba, la deshidratación le impedía llorar.

—Desde que Áyax abandonó este mundo, hace ya diecinueve años, no he encontrado bondad —susurró Dafne.

—¿Y Helena? Ella es buena. Al menos tiene una parte de Áyax…

La mirada de Dafne enmudeció a Pandora.

—Ayer fue el cumpleaños de Helena, su decimoséptimo cumpleaños —susurró Pandora, asombrada—. Pero ¿por qué? ¿Por qué querrías hacerle creer que Lucas es su…?

Pandora rehuyó su mirada meneando la cabeza, como si sintiera una profunda pena. No lograba comprender cómo Dafne…, cómo una madre era capaz de hacer tanto daño a su propia hija. Sin embargo, el tiempo se agotaba. Creonte avanzaba por la orilla de la playa desierta, asomándose tras la espalda de Pandora. Dafne había procurado convencerla y, a decir verdad, creyó por un momento que incluso la hermana de Áyax le perdonaría, pero sus esperanzas eran vanas. Lo único que le quedaba era rezar para que Áyax la perdonara en el Infierno.

—Tienes razón, Pandora, Helena no es su hija. No tengo nada de Áyax, así que no me queda nada en este mundo que me importe. Incluso tú, la hermanita pequeña a la que tanto quería, a quien me hizo prometer que protegería, incluso tú te has contaminado más de lo que esperaba. Deja que te diga que si Áyax levantara la cabeza, volvería derecho a la tumba.

—¡Ni te atrevas a nombrar a mi hermano! —chilló Pandora mientras algo se quebraba en su interior, tal y como Dafne habia predicho.

Se abalanzó sobre ella, con los dedos rígidos emulando unas afiladas zarpas e intentó arrancarle los ojos. Dafne rodó por la arena hasta quedarse bajo el cuerpo de Pandora, quien a duras penas lograba protegerse mientras su rival la encadenaba a los grilletes metálicos. Dafne sabía que solo tenía un segundo para llevar a cabo su plan.

—¡No la toques! ¡Podría descargar más relámpagos! —gritó Creonte agarrando a Pandora desde atrás, alejándola de Dafne a rastras.

Dafne dio la espalda a Creonte y a Pandora que, en esos instantes, forcejeaban. Se cubrió el rostro con los brazos y, fingiendo que se encogía de miedo, transformó su esbelta figura.

—¡Áyax jamás se hubiera enamorado de ella! —gritó Pandora, sumergida en su dolor mientras se oponía a la fuerza de Creonte—. ¡Mi hermano la habría despreciado, lo sé!

Pandora se retorcía entre los brazos musculosos de Creonte, pero el joven aplacaba cada uno de sus intentos de liberarse de él. Dafne no podría haber soñado con una distracción mejor.

—¡No dejes que te confunda, prima! Es una de las elegidas de Afrodita y no es necesario ser un hombre para caer en su influencia. Puede jugar con el corazón de cualquiera con tan solo una mirada —anunció Creonte cuando al fin logró serenar a Pandora.

Creonte guió a su tía hacia la orilla, distanciándola de su preciada captura para mantener una pequeña charla. Cuando los dos estuvieron lo bastante lejos, Dafne aprovechó la oportunidad para completar su metamorfosis y se convirtió en una copia exacta de Pandora, sin que ellos se percataran. Entonces se dio un puñetazo en el ojo y otro en los labios y empezó a rezongar.

—¡Creonte! —llamó Dafne disfrazada de Pandora con voz ronca—. ¿Qué estás haciendo? ¡Aléjate de ella! ¡Es Dafne! ¡Nos ha engañado! ¡No la escuches!

Dafne chilló y aulló hasta que vio a Creonte titubear. De inmediato, el joven agarró a Pandora por el brazo y la condujo de vuelta a la playa, donde Dafne estaba arrodillada.

—¡Mientras rodábamos sobre el suelo! —sollozó Dafne señalando a Pandora con el dedo y haciendo uso de la influencia del cesto—. Se quitó las

esposas y me las puso a mí. Es muy fuerte, ¡no tenía ni idea!

—Está mintiendo —tartamudeó Pandora, que trató de soltarse de Creonte, que le apretaba la muñeca con fuerza. Pandora echó un vistazo a su sobrino y a Dafne. Estaba tan atónita y aturdida que no sabía que hacer.

—¡No creas ni una palabra de lo que dice! —exclamó Dafne. Clavó la mirada en Creonte mientras intentaba doblegar su voluntad—. ¡Quiere que la llevemos hasta tu padre, pero no como Dafne, sino enmascarada como Pandora, para estar más cerca de él y así asesinarle! ¡Lleva planeando esto desde el principio y yo he caído de lleno en sus redes! Lo siento mucho, primo. ¡No me imaginaba que fuera tan astuta!

Creonte miró a Pandora con un odio indescriptible. El joven no dudó en dislocarle el brazo y la mujer se derrumbó sobre el suelo entre gritos y dolor. Con una mirada inexpresiva, Creonte extrajo un cuchillo de bronce de su cinturón y degolló a Pandora, rajándole el cuello tan profundamente que a punto estuvo de cortarle la cabeza de cuajo. Murió antes de que la sangre empapara la arena de la playa.

Helena planeaba varios metros por encima de Héctor mientras este salía disparado por la puerta para empezar una búsqueda por toda la isla. Había anochecido y la oscuridad se había tornado increíblemente tenebrosa, sobre todo porque la mayor parte de Nantucket no había recuperado aún la electricidad. Además hacía frío. Todos los habitantes estarían encerrados en sus casas, acurrucados frente a la chimenea o encendiendo los generadores eléctricos de emergencia. Los demás estaban convencidos de que Creonte aprovecharía que las calles estaban desérticas para mover el cuerpo de Dafne por toda la isla. Cassandra estaba agotada, incapaz de mostrar una visión; así pues, solo les quedaba la opción de adivinar qué podría estar haciendo. Tras una larga y acalorada discusión, todos intuyeron que Creonte abandonaría la isla en helicóptero o avión privado. Lucas protegía a Cástor y a Palas desde el cielo mientras los hermanos cubrían el aeropuerto ubicado en la costa oeste de la isla; Ariadna era la encargada de vigilar el muelle, en la parte noroeste, por si Creonte intentaba escabullirse con Dafne en barco. Héctor optó por algo inesperado. Escogió ir a trote por la costa norte y por la este, un margen

de la isla completamente desierto y oscuro; parecía una empresa descabellada y una pérdida de tiempo.

Helena se ofreció voluntaria de inmediato para planear sobre él. Si había aprendido algo en las pocas semanas de entrenamiento era la capacidad de Héctor de meterse en la cabeza de su adversario y adivinar con precisión sus movimientos. Por muy lógica que fuera la estrategia familiar de los Delos, ella confiaba más en el instinto de Héctor, en sus presentimientos acerca de Creonte, que en cualquier plan, por muy bien tramado que estuviera. A la hora de decidir si Helena debía salir de la finca, discutieron acaloradamente, pero, al final, ninguno de los miembros de la casta de Tebas podía negar a una heredera su derecho a buscar a su madre, la cabeza de la casta de Atreo. También ayudó el hecho de saber que Helena volaría en un cielo oscuro como la boca del lobo, de forma que estaría a salvo, a pesar de planear por la parte más peligrosa de la isla. Bajo sus pies, Helena observó a Héctor zambullirse en las olas varias veces. La joven le miraba perpleja. En cada ocasión, Héctor se detenía, extendía las manos y las sumergía en el océano. De repente, salía del agua con aspecto frustrado, incluso decepcionado. Helena sabía que el joven poseía un talento vástago relacionado con el océano. Y, por la forma en que examinaba las olas, como si se comunicara con ellas, supuso que estaba buscando algo en ese océano tan oscuro. De pronto, Helena averiguó por qué había ido a escoger esta ruta dejada de la mano de Dios: buscaba algo dentro del agua, probablemente una embarcación submarina. ¿Para qué molestase en dejar un rastro en el aeropuerto o en el transbordador estás en una isla? Sumergido en la oscuridad nocturna, todo lo que se necesitaba era un bote de remos o un barco diminuto anclado en las aguas más profundas para desplazarse de una costa a otra sin la obligación de declarar absolutamente nada a las autoridades. Incluso podía trasladar a una mujer secuestrada sin levantar sospechas.

A Helena le dio un brinco el corazón y empezó a escudriñar las tenebrosas aguas del océano en busca de algún barco aparentemente abandonado. No podía quitarse de la cabeza la mirada salvaje y brutal de Creonte mientras intentaba clavarle el cuchillo en el corazón. Helena no quería a su madre, apenas la conocía, pero no le deseaba aquello a nadie. Había un demonio dentro de Creonte y ella sospechaba que solo había visto

una diminuta fracción de lo que era capaz de hacer en su breve y única refriega.

Súbitamente, la figura de Héctor salió escopeteada, como si una ráfaga de velocidad lo hubiera propulsado. La vista de Helena no era tan aguda en una luz tan tenue como la de Héctor, de forma que tuvo que entrecerrar los ojos para avistar lo que el joven había distinguido. En cuanto reconoció lo que sus ojos veían, la joven se tambaleó y casi se desploma desde el cielo.

Había varias figuras sobre la playa. No había ni una hoguera ni linternas que iluminaran la escena, de modo que resultaba muy complicado adivinar con exactitud cuántas personas eran. Aceleró el vuelo, alcanzando a Héctor desde el aire y, sin poder hacer nada, fue testigo de cómo un hombre descomunal obligaba a una mujer a arrodillarse. Helena oyó a la extraña gritar y, de repente, aquel chillido se silenció con un balbuceo. Volando incluso más rápido que antes, Helena descendió en picado y se acercó lo bastante como para reconocer el cuerpo de Pandora desplomándose sin vida sobre los pies de Creonte mientras otra Pandora, encadenada y clavada en el suelo tras ella, titilaba y adoptaba la silueta de Dafne.

Un segundo más tarde, Héctor emitió un rugido bestial al ver el cuerpo inerte sobre la arena. El joven empezó a sacudirse con una rabia impropia de este mundo y un dolor sobrehumano y, en ese instante, Helena supo que las furias se habían apoderado de él. Todavía lejos de la escena, saltó por la arena húmeda con la mirada clavada en Creonte, que contemplaba incrédulo a Dafne. El chico estrechó el cuchillo ensangrentado y avanzó con aire asesino hacia Dafne.

—¡Aléjate! —le ordenó Helena a Creonte tras aterrizar en la arena, junto a su madre encadenada.

Los puños de Helena se iluminaron de un resplandor azul, lo cual significaba que estaba reuniendo energía en su mano. Consciente de que le triplicaban en número y en armamento, Creonte se dio media vuelta de inmediato y corrió hacia el interior de la isla. A tan solo unos segundos de distancia de su objetivo, Héctor gruñó y cambio de dirección, siguiendo los pasos de Creonte.

—¡Héctor, espera! ¡No vayas solo! —gritó Helena, que se sentía incapaz de dejar a su madre allí, atada y malherida.

Sin embargo, Héctor no le hizo caso. Los dos jóvenes corrían a toda velocidad. Se parecían tanto que incluso podían ser hermanos gemelos y, a ojos de cualquier mortal, parecía que Héctor estuviera persiguiendo una versión algo borrosa de sí mismo.

Helena se giró hacia su madre y se apresuró a arrancarle las esposas y los grilletes.

—¿Qué has hecho, madre? —le preguntó apretando los dientes.

—¡Desde luego, esto no! —exclamó Dafne apenas sin aliento señalando el cuerpo de Pandora.

—¡Te he visto disfrazada de Pandora desde el aire! —repuso Helena, que se pasó la mano por el pelo mientras caminaba en círculos, tratando de asimilar lo ocurrido.

—Lo hice para confundir a Creonte… ¡No sabía que la mataría!

—¿Y no utilizaste el cesto para influir en él? —preguntó Helena, algo escéptica.

—¡Nunca le hubiera influido para asesinar! —afirmó Dafne con vehemencia mientras se incorporaba y se colocaba delante de su hija—. Solo intentaba ganar algo de tiempo, entretenerle todo lo que pudiera. ¡Jamás pensé que haría eso!

—De acuerdo. Da igual —dijo Helena que, de repente, dio por acabada la conversación. Se quitó la chaqueta y cubrió el horripilante cadáver. «Es el cadáver de Pandora», pensó antes de girarse hacia su madre y preguntar—: ¿Estás herida?

—Estaré bien. Tienes que parar a Héctor —advirtió Dafne cambiando de tema—. Ve. Yo llevaré a Pandora con su familia. Después nos encontraremos.

Helena asintió con la cabeza, acatando así las indicaciones de su madre. Sabía que Dafne no le había contado toda la verdad, pero era consciente de que eso tendría que esperar. Saltó hacia el cielo y se dirigió hacia el oeste, planeando muy cerca del suelo para localizar a Héctor y a Creonte que, sin duda, avanzaban por el tenebroso interior de la isla a una velocidad estratosférica. Helena no podía manipular la luz como los hijos de Apolo; en tal oscuridad, ella era la que estaba en desventaja. Deseaba que Lucas estuviera allí en esos momentos. Él podría ver perfectamente incluso en las

tinieblas del páramo. Además, también sabría dónde buscarlos. Pero, sobre todo, Helena ansiaba que Lucas estuviera allí para no tener que enfrentarse a Héctor y a Creonte ella sola.

Tras desechar ese pensamiento voló de una punta a otra de la isla, rastreando cada rincón sin poder localizarlos. Dio marcha atrás, a sabiendas de que su adversario no era lo bastante estúpido como para seguir corriendo hasta el océano. Creonte estaba atrapado en la isla, a menos que intentara llegar a algún lugar desde donde poder escapar. Helena giró bruscamente y voló en dirección norte, hacia el transbordador.

Era tarde, demasiado tarde para embarcarse en el último transbordador, pero quizá Creonte no conocía esa información.

Un segundo después, Helena se estaba aproximando a la zona más poblada de la isla, al centro del pueblo; solo tenía dos opciones: o volar más alto para evitar que alguien la viera, o aterrizar e ir a pie el resto del camino. Decidió que avanzaría por tierra firme, puesto que era muy probable que alguien la viera. Empezó a correr hacia el transbordador, atenta a cada movimiento, a cada ruido. Al cruzar por la calle India, percibió los golpes y los ruidos sordos típicos de un combate cuerpo a cuerpo. Sus pies aporreaban las aceras mientras trotaba por la calle en aquella dirección, consciente del lugar hacia donde se dirigía, donde las Hadas habrían organizado todo esto: el ateneo de Nantucket.

Helena dobló una esquina y se dio cuenta de que una capa de humo borraba por completo el extremo de la calle. Incluso en una habitación a oscuras es posible detectar otros objetos a tu alrededor, pero las sombras de Creonte eran tan densas que no solo cegaban la visión de Helena, sino que mutilaban todos sus sentidos. Entonces, comprendió por qué se había ganado el apodo de Maestro de las Sombras. No solo manipulaba la luz, sino que creaba la misma oscuridad que reina en las escaleras hacia el sótano, o en el fondo del armario, ese tipo de ambiente tenebroso absoluto que se relaciona con asesinos en serie y con monstruos. Helena tuvo que reprimir un grito cuando se adentró en esa negrura.

En algún lugar dentro de ese agujero negro, oía la pelea de Creonte con Héctor, ambos cegados de rabia. Estaba desconcertada. Esa nada que Creonte había engendrado era capaz de anular a cualquiera, y no lograba empujar sus

pies hacia allí. Llamó a gritos a Héctor e hizo crujir los dedos, frustrada; de repente, sus manos empezaron a brillar con el fulgor azuloso de la electricidad. Entonces se le ocurrió una idea.

Cuando luchó por su vida contra Creonte en el vestíbulo de su casa, una sola chispa había iluminado la estancia. Aunque Creonte podía controlar y manipular otros tipos de luz, su energía tenía que ser diferente. Alzó las manos e invocó un destello de luz muy brillante. Acto seguido, una chispa danzaba entre las palmas de sus manos, iluminando toda la escena.

Héctor estaba boca arriba: su primo, encima de él, le golpeaba la cabeza sin parar, sobre los escalones de mármol de la biblioteca. El tenue resplandor se iluminó de repente, desprendiendo una claridad mucho más intensa alrededor de las manos de Helena. Héctor giró sus ojos hinchados hacia ese punto de luz tan brillante. El joven sonrió. Tras liberarse de las desconcertantes sombras de Creonte, pudo oponer resistencia y forcejear con su primo hasta levantarse y enfrentarse a él.

Ambos se abalanzaron el uno sobre el otro incluso antes de que Helena pudiera dar otro paso. Se golpearon las caras contra los peldaños de mármol. Se arrastraron hasta las columnas dóricas mientras trataban de arrancarse la piel, de romperse los huesos. Helena empezó a correr, gritándoles que pararan, pero ya era demasiado tarde. Cuando estaba a media manzana de distancia, Héctor se las arregló para ponerse detrás de Creonte, se lanzó con violencia sobre él y le partió el cuello.

Helena se paró en seco y se quedó paralizada en la mitad de la calle, estupefacta e inmóvil, observando el cuerpo sin vida de Creonte desplomado sobre los escalones. Héctor echó un vistazo al cadáver y después levantó la vista hacia Helena. Por un instante, se liberó de las furias, poseído por completo por su propia rabia. Helena intuyó enseguida que Héctor entendía que lo que acababa de hacer era algo impensable. Había asesinado a su propio primo.

Un cometa oscuro descendió desde el cielo y, un segundo más tarde, se estrelló contra el cuerpo distraído de Héctor, que salió disparado y golpeó las tres columnas, resquebrajando así los cimientos del templo falso.

—¡Lucas, para! —gritó Helena, cuya voz parecía agrietarse de dolor.

Pero el chico no podía escucharla. Las furias se habían apoderado de él,

de forma que lo único que podía oír eran sus órdenes, exigiéndole que matara al asesino de su primo. Lucas golpeaba a Héctor sin parar, tratando de matarlo a violentos porrazos.

Helena voló para llegar junto a ellos. Se lanzó hacia el aire con todas sus fuerzas y cayó sobre Héctor y Lucas con toda la gravedad que pudo reunir. Empujando a los dos jóvenes hasta los escombros en que se habían convertido los peldaños de la biblioteca, Helena alzó los brazos, colocándolos en forma de V sobre su cabeza, e invocó dos relámpagos idénticos, uno en cada mano. Antes de que Lucas o Héctor pudieran detenerla, la muchacha arrojó los rayos sobre sus cabezas y los dejó inconscientes *ipso facto*. Un segundo más tarde, oyó unos pasos veloces tras ella. El resto de la familia Delos estaba allí.

—¡Atrás! —gritó Helena casi afónica mientras se daba media vuelta, topándose con Ariadna y Palas, que venían de calles opuestas.

Héctor estaba inconsciente, pero aún podía incitar las furias en su familia. Su pecado era tan reciente que el impulso de matarle era insistente y cegador, incluso para aquellos que más le querían. Helena había hecho las paces con la casta de Tebas, pero no se había convertido en parte de ella, de modo que, afortunadamente, no sentía la tentación de matar a Héctor, transformado en una paria. En ese momento solo pudo reunir una diminuta y decepcionante chispa. Había estado corriendo durante demasiado tiempo sin beber ni un sorbo de agua.

Miró otra vez a Héctor y a Lucas para asegurarse de que los dos respiraban y después se levantó y caminó por la calle, poniéndose entre el cuerpo inconsciente de Héctor y su familia, que estaba furiosa y ansiosa por matarle.

—Ni un paso más —avisó Helena. Descargó todo el voltaje que le quedaba en las yemas de sus dedos en una falsa demostración de poder.

La chica mostro sus manos, iluminadas por ese familiar brillo azul pálido. Bajó por los peldaños en ruinas del edificio. Miró a Ariadna, que la observaba con ojos maliciosos, y a Palas que le mostraba los dientes en un gesto amenazador. Ya no eran Ariadna ni Palas, sino instrumentos de las furias. Tras descender el último escalón, alzó las manos iluminadas para advertirlos que no continuaran. Al reconocer la electricidad de Helena, ambos

retrocedieron dos pasos, pero justo cuando estaban a punto de desistir, Cástor dobló una esquina, siguiendo los susurros de las furias. Ante ellos, Helena se hallaba ridículamente en minoría. No tenía la menor idea de hasta dónde tendría que llegar para proteger a Héctor de su propia familia. No podía matarlos, pero tampoco estaba dispuesta a permitir que asesinaran al chico. Si no mordían el anzuelo, no tenía muchas opciones. Nunca se había sentido tan sola en toda su vida.

—¡Helena, tengo a Héctor! Quédate entre nosotros mientras me lo llevo de aquí —dijo Dafne, desde detrás—. ¡Hagas lo que hagas, no dejes que le miren o perderemos esta batalla!

Helena suspiró al oír la voz de su madre, aliviada al saber que tenía a alguien a su lado con la fuerza necesaria para ayudarla a proteger a Héctor.

Le daba igual si agotaba la última gota de agua de su cuerpo. Lo único que ahora le importaba era impedir el ciclo de venganza antes de que este devorara a la familia que tanto apreciaba. Extendió los brazos por completo y con un último esfuerzo hizo que la electricidad bailara alrededor de su cuerpo en círculos casi hipnotizadores. Ariadna, Palas y Cástor se refugiaron tras sus brazos, protegiéndose la vista de un tipo de luz sobre la cual no tenían control alguno.

El halo de luz de Helena desprendía más calor que la superficie del astro rey. Fundió la acera sobre la que Helena se apoyaba, disolviéndola en lava y calentó el aire que la rodeaba hasta el punto de que la atmósfera empezó a zumbar literalmente. El clan Delos se alejó de un salto de aquel calor y brillo insoportables, pero, más importante, se alejaron de Dafne mientras esta se escabullía hacia un rincón oscuro con el cuerpo inconsciente de Héctor colgado sobre el hombro.

El dolor era insoportable. Helena no se veía capaz de sostener la bola de electricidad durante más segundos. En cuanto percibió los pasos de Dafne adentrándose en la oscuridad, se apagó como si de una bombilla se tratara y, tambaleante, trató de zafarse del asfalto líquido que acumulaba bajo sus pies, que le abrasaban y asfixiaban con gases nocivos. A duras penas logró gatear hasta Ariadna, Cástor y Palas, quienes mostraban una única expresión de agonía, pues de repente cayeron en la cuenta de lo que habían estado a punto de hacer. Pero Helena no podía dejar que se derrumbaran, al menos por el

momento.

—¡Lucas necesita ayuda! —urgió, señalando los peldaños hechos añicos del Ateneo.

—Ariadna —llamó Cástor con voz quebradiza—. Ve a buscar a Lucas. Helena, ¿puedes caminar?

—No —admitió, sacudiendo la cabeza.

—Los mortales vendrán enseguida —dijo Cástor mientras ayudaba a Helena a ponerse en pie. Enseguida la cogió en volandas, pero se detuvo al darse cuenta de que su hermano no le seguía—. ¡Palas! ¡Tenemos que irnos de aquí!

—Mi hijo —murmuró Palas, que no podía ni moverse.

—¡Papá, venga! ¡Tienes que recoger el cuerpo de Creonte! —siseó Ariadna desde la escalinata del Ateneo. La joven cargó el cuerpo de Lucas sobre sus hombros y con un rápido vistazo comprobó si había algún testigo.

El sonido de la voz de su hija distrajo a Palas, quien obedeció a Ariadna y, tras recoger a Creonte, siguió los pasos de su hermano. El clan Delos se marchó del centro del pueblo y desapareció en el páramo.

19

Helena observaba con suma atención el vaso de agua que tenía enfrente, contemplando la humedad condensada que empapaba la mesa de la cocina. Le daba la sensación de haberse bebido una bañera repleta de agua; a decir verdad, no tenía más sed, pero decidió conservar este último vaso para mirar algo distinto a los rostros desamparados que la rodeaban.

—Toda su vida es esta familia. Esta casa —dijo Ariadna, que tenía los ojos enrojecidos, abiertos de par en par y, por lo visto, era incapaz de pestañear, como si hubiera estado demasiadas horas sin dormir.

De hecho, toda la familia tenía el mismo aspecto, como si acabaran de despertarse en la otra punta del planeta.

—¿Cómo es posible que Héctor sea un paria de la casta de Tebas?

—Podría haberle parado —dijo Jasón con adusta seguridad.

—Apenas puedes mantenerte erguido en la silla ahora mismo, Jase —rebatió Ariadna, meneando la cabeza. Jasón no acudió al muelle porque aún no se había recuperado de la sanación de Claire y, además, su hermana jamás le hubiera permitido responsabilizarse de algo que no había visto—. Yo estaba allí. Yo debería haberlo parado.

—Tú no estabas en la calle India cuando Héctor mató a Creonte, Ari —dijo Helena sin apartar la vista del vaso de agua—. Yo sí.

—Ya basta, Helena —añadió Lucas—. Tú y tu madre habéis salvado a esta familia o, al menos, a lo que quedaba de ella.

Las palabras de Lucas provocaron un raudal de lágrimas por la muerte de Pandora. Tras varios minutos de lloros y lamentos, todos se sumieron en un silencio absoluto. Estaban pensando lo mismo: si hubieran hecho algo diferente ese día, habrían podido evitar todo el dolor que en esos momentos

sufrían. Cassandra había repetido una y otra vez que no había forma de predecir lo que iba a ocurrir, pero el mero hecho de reconocer ese acto le hacía cargar con todo el peso de la culpabilidad. Parecía estar encerrada en su propia cabeza, incapaz de ignorar el hecho de que ella, entre toda su familia, debería haber sido la encargada de proteger su linaje.

—Llama a tu madre —ordenó de repente Noel a Helena, rompiendo el silencio, dispersando los pensamientos torturadores—. Soy la única que puede resistir estar cerca de Héctor ahora, y quiero ver a mi sobrino. Él me necesita.

Helena asintió con la cabeza y sacó el teléfono móvil. Era el mismo aparato que Héctor le había regalado después de que Lucas le diera una buena paliza, dejándole casi sin dientes y con las manos amoratadas. Helena decidió enterrar ese recuerdo y marcó el número de su madre. Mientras se establecía la llamada, la joven se levantó de la silla y salió de la cocina hacia el jardín delantero, una zona que solía estar más tranquila.

Escuchó dos tonos al mismo tiempo, uno por el auricular de su teléfono y otro en algún lugar de la casa. Helena registró su alrededor y descubrió el bolso de su madre colgado en un gancho del vestíbulo. Dafne había sido secuestrada, así que era más que evidente que no se había llevado ningún objeto personal. Helena pulsó el botón para colgar y escuchó cómo el teléfono del bolso dejaba de sonar. Clavó la mirada en el bolso de su madre y, de pronto, un impulso irresistible la superó. Justo en el instante en que Helena rebuscaba el teléfono en el bolso, oyó unos golpes en la puerta principal, a pocos metros de distancia.

Helena escudriñó el bolso a toda prisa y sacó el teléfono móvil de su madre. Rápidamente revisó la lista de las últimas llamadas mientras unos pasos se acercaban desde la cocina. Concentrada en la pantalla, distinguió una serie de números privados, además de una llamada realizada a un tal Dédalo. Acto seguido guardó el teléfono de nuevo en el bolso.

Ariadna salió al vestíbulo para abrir la puerta y, un segundo más tarde, Cástor y Palas aparecieron tras ella. Estaban en tensión y, muy probablemente, esperaban encontrarse a algún agente de la Policía o a algún miembro de los Cien Primos. Tras una pausa, asintieron a Ariadna, indicándole así que podía abrir la puerta. Al hacerlo, descubrieron que Dafne

estaba en el umbral.

—Quiero convocar una reunión entre la casta de Atreo y la casta de Tebas —anunció Dafne mientras cruzaba los brazos formando una X sobre su pecho e inclinaba el torso hacia delante, un gesto que sugería una leve reverencia.

Cástor y Palas intercambiaron varías miradas. Ambos sabían que, en esos momentos, debían dejar a un lado el odio que sentían hacia aquella mujer.

Palas tragó saliva y, al fin, dijo que sí con la cabeza.

—Eres bienvenida a esta casta y cuentas con nuestra hospitalidad —ofreció Cástor en un tono formal mientras la saludaba también con una reverencia. Después, la invitó a cruzar el umbral como su invitada más sagrada.

Celebraron la reunión oficial entre las castas en la biblioteca, donde todos los presentes se acomodaron alrededor de la silla de Cassandra. Helena ocupó su lugar al lado de su madre, en el sofá, y procuró no mirar a Lucas, aunque él estaba sentado justo delante de ella.

—Antes que nada, me gustaría reparar el agravio de haber violado tu seguridad mientras te hospedabas en mi casa… —empezó Cástor mostrando su humildad, pero Dafne le interrumpió antes de que él pudiera finalizar su frase.

—Pandora estaba consternada. Ella y Áyax tenían una relación muy especial y precisamente por ese motivo jamás podré guardarle rencor por intentar vengarse, sobre todo ahora, que no está con nosotros —dijo menando una mano en el aire, como si quisiera desterrar esa idea—. Por lo que a mí respecta, las leyes de la hospitalidad no fueron violadas.

Al pronunciar estas últimas palabras, Helena se dio cuenta de que Lucas abría los ojos como platos, como si hubiera percibido la mentira en la voz de Dafne, pero el joven decidió pasar por alto ese detalle por el bien de todos.

—He solicitado esta reunión para tratar dos temas muy importantes que afectan a ambas castas —continuó Dafne con voz suave—. El primer asunto está relacionado con Héctor y su futuro; el segundo, con mi hija y su papel en la profecía.

Helena volteó la cabeza para mirar a su madre cara a cara.

—¿Qué? —preguntó la joven, que no entendía nada.

Helena no era la única en la biblioteca de los Delos que no había

entendido el comentario de Dafne. Cástor y Palas miraron a su alrededor, confundidos, e incluso Cassandra se encogió de hombros, admitiendo que no tenía ni idea de a qué se refería Dafne.

Jasón se levantó y dio un paso hacia delante algo rígido.

—Helena es la Descendiente que el Oráculo mencionó en su profecía, la que afirma que el Descendiente liberará a las castas del ciclo de la venganza —explicó desde detrás del asiento de su padre—. No tenía la menor idea hasta esta tarde, cuando Helena describió el páramo con tantos detalles; entonces supe que había estado allí. Al principio me confundió, porque sé que no es una curandera. Entonces me dijo que bajaría y nos arrastraría a Claire y a mí de ese desierto si no tenía la fuerza suficiente de hacer el viaje yo solo. Me lo dijo con tal confianza y seguridad que enseguida supe que lo decía en serio, así que empecé a sospechar que había estado allí, físicamente, más de una vez.

—¡El polvo de tus pies! —exclamó Ariadna al recordar los pies mugrientos de Helena y el misterio de los cascabeles.

—¿Y qué? —preguntó Helena, mirando los rostros inmóviles del resto.

—El Descendiente no solo sueña sobre el Infierno, sino que literalmente desciende hasta él en cuerpo y alma —respondió Ariadna, atónita—. ¿Físicamente bajabas hasta el Infierno cada noche?

—Las pesadillas —añadió Lucas que empezaba a atar todos los cabos sueltos.

—Tú estabas conmigo en una de esas pesadillas —respondió Helena con voz confusa—. La noche en que nos caímos, antes de despertarnos en la playa, bajé a buscarte, ¿te acuerdas? Estabas perdido y ciego, y yo te ayudé a levantarte y a cruzar el páramo. Te obligué a seguirme…

Helena se quedó muda de repente. Obligar a Lucas a atravesar el Infierno había sido como operar a un animal sin anestesia. El chico no comprendía que Helena lo hacía por su propio bien, solo sabía que le estaba sometiendo a un dolor insoportable.

—¿Eso fue real? —musitó Lucas.

Helena afirmó con un gesto de cabeza y alargó el brazo para tomarle de la mano, pues necesitaba asegurarse de que Lucas ya no la temía. Sin embargo, Dafne le agarró la mano en el aire y la apartó, sacudiendo la cabeza en

desaprobación.

—Tú lo sabías —dijo Lucas, dirigiéndose a Dafne.

—Al igual que Jasón, descubrí el talento de Helena esta tarde —replicó —. Esa es una de las razones por las que he pedido esta reunión.

—¿Y cuáles son las otras razones? —preguntó Cassandra frívolamente mientras destellos de su aura empezaban a iluminar la silueta de su rostro.

Dafne hizo una reverencia a las múltiples presencias que se congregaron en la figura de la niña.

—Como Eneas, mi hija necesitará la ayuda de Sibila en el Infierno —dijo Dafne en tono formal—. Solicito que la casta de Tebas cuide a su prima, Helena, heredera de la casta de Atreo, mientras cumple su destino en el Infierno. A cambio yo, Dafne, cabeza de la casta de Atreo, garantizaré el refugio y la protección a Héctor Delos, paria de la casta de Tebas.

Todos se lanzaron miradas entre sí, sorprendidos tanto por la petición como por la oferta que Dafne había puesto encima de la mesa. La sala quedó sumida en el silencio mientras calibraban sus palabras.

—¿Por qué estás dispuesta a hacer esto por mi hijo? —preguntó Palas levantándose de la silla, dividido entre el agradecimiento y la indignación.

—Porque es uno de los vástagos más poderosos que jamás he visto, pero también uno de los más orgullosos. Haber perdido su lugar en esta casta le cambiará, y sin un guía se podría convertir en un peligro para todos. No sería la primera vez que viera algo así —dijo Dafne sin alterar la voz. Entonces se giró hacia Lucas y le miró a los ojos para que el joven reconociera su verdad —: Somos parte de la misma familia, y ha llegado el momento en que empecemos a actuar como tal.

—No hay ni un ápice de falsedad en lo que dice —afirmó Lucas mirando a Palas, quien asintió aliviado. Él, en cambio, parecía devastado. Había escuchado la verdad de la boca de Dafne: Helena era parte de su familia.

Cástor y Palas intercambiaron miradas, mostrando su acuerdo y después miraron de reojo a Cassandra, buscando su consentimiento final. La pequeña asintió con la cabeza y, de repente, se levantó y salió de la biblioteca sin decir otra palabra.

—Una última cosa —continuó Dafne, ignorando con diplomacia la grosera salida de Cassandra—. Héctor quiere saber qué ha ocurrido con el

cuerpo de Creonte.

—Nos pondremos en contacto con Mildred para que venga hasta aquí y recupere a su hijo —explicó Cástor mirándose las manos—. Querrá llevárselo hasta su padre, para que pueda estar presente en el funeral.

—Desde luego —dijo Dafne con tono triste—. ¿Me avisarás cuando esté por aquí? Héctor mencionó algo sobre presentarse ante ella para pedirle perdón… —Su voz perdió intensidad y seguridad, como si no se fiara de que Héctor estuviera dispuesto a hacer eso.

—Te llamaré —prometió Palas con frialdad. Después, salió escopeteado de la biblioteca, sin dar más explicaciones.

Dafne se quedó en la estancia un poco más para convencer al resto de la familia de que Héctor físicamente se recuperaría, aunque fue tajante y no se anduvo con rodeos al asegurarles que emocionalmente era otro cantar. Después de prometerles que le expresaría todo el amor de su familia, se fue a toda prisa, con la excusa de haber dejado a Héctor a solas demasiado tiempo. Helena la acompañó hasta la puerta.

—¿Héctor te vio como Pandora en la playa? —le preguntó a su madre en voz baja cuando llegaron a la puerta principal.

—No, y nunca puede enterarse —respondió ella, mirando fijamente a su hija—. Tú y yo somos ahora la única familia que tiene, y Héctor necesita confiar en mí. Como tú.

Helena sabía que su madre había arriesgado la vida para ayudar a Héctor, pero, tal y como ella lo veía, la confianza era algo que se ganaba, no algo que una persona pudiera exigir a otra, aunque fuera tu propia madre.

—Me pondré en contacto contigo durante los próximos días para informarte sobre el plan —prometió Dafne antes da coger su bolso del gancho y abrir la puerta.

—Una última cosa —añadió Helena, que mantenía la puerta abierta—. No diré una palabra de lo que vi en la playa si aceptas liberar a Jerry de la influencia del cesto. Tú jamás le quisiste, pero Kate le adora, y creo que ha llegado el momento de que dejes que alguien de tu entorno sea feliz, ¿no crees?

Dafne observó a Helena, sorprendida de que su hija al fin hubiera expresado un pensamiento propio. Después apartó la mirada distraídamente,

como si estuviera oyendo un sonido muy lejano.

—Hecho —dijo con voz enérgica, saliendo de golpe de su trance momentáneo—. No puedo prometerte que la relación con Kate funcione a las mil maravillas, pero el corazón de Jerry vuelve a ser libre.

—Ya era hora —refutó Helena con tono glacial.

—Todo el dolor y el sufrimiento que causé fue para protegerte. Y funcionó. Así que no me arrepiento de nada —puntualizó Dafne, dedicándole una sonrisa triste a su hija antes de dar media vuelta y marcharse.

Helena cerró la puerta y deambuló por la casa con la frente arrugada, sumida en sus reflexiones. En cuanto entró en el salón, Lucas volteó la cabeza para mirarla. Con un gesto la invitó a que entrara. Aunque sabía que era lo último que debía hacer, lo cierto era que le apetecía más que nada en el mundo.

—Tengo que irme a casa —le dijo en cuanto se sentó a su lado, procurando controlar el temblor en su voz—. Dejé una nota de despedida para mi padre sobre mi escritorio cuando pensé que… —La joven tuvo que parar para tomar aire. Después, continuó—: Así que tengo que deshacerme de ella antes de que se despierte y la encuentre. Jerry ya ha sufrido demasiado.

Lucas apretó el puño de la mano derecha y lo introdujo en el bolsillo. Helena jamás le había visto hacer ese gesto antes; se estaba reprimiendo para no cogerla de la mano.

—Vamos a tu casa, entonces —dijo Lucas apartando la mirada de Helena.

—Pero pensé que nos alejaríamos… —titubeó Helena.

Lucas sacudió la cabeza con decisión.

—Creonte obligó a Pandora a arrastrar a Dafne a esa playa porque tenía la intención de llevársela de la isla en barco, lo cual significa que seguramente iba a reunirse con alguien en el mar. Cuando se den cuenta de que Creonte ha desaparecido, van a venir a buscarle, y cuando no le encuentren, removerán cielo y tierra para dar con Dafne y contigo. Corres un grave peligro, y me da igual si nos resulta duro o insoportable. No estoy dispuesto a quitarte el ojo de encima ni un segundo.

—Bueno, ¿y qué se supone que debemos hacer? —dijo casi entre sollozos, alzando las manos, como si se rindiera. Esto sobrepasaba todos sus límites, física y emocionalmente.

—Vamos —dijo Lucas cogiéndola de la mano para sacarla del salón. Todos se giraron para mirarlos, pero estaban tan afligidos que apenas prestaron atención al arrebato emocional de Helena.

—Voy a llevarla a casa y me quedaré allí para vigilarla —le dijo Lucas a Ariadna, que lloraba en silencio en una silla.

En cuanto cruzaron el umbral, saltaron al mismo tiempo hacia la bóveda nocturna.

La bocanada de aire fresco hizo que Helena enseguida se desprendiera de su confusión, y se diera cuenta de que si bien para ella había sido un día muy duro, para Lucas había sido mucho peor que eso. Era el momento de dejar de compadecerse de sí misma y prestarle toda la atención a él.

Al cabo de un instante, la pareja aterrizó sobre el mirador de Helena. Lucas, tras soltarla de la mano, se giró hacia ella con una expresión vacía.

—Entra. Yo estaré bien aquí arriba —murmuró.

Helena dio un paso hacia delante, acercándose a él, pero el joven negó con la cabeza.

—No puedo entrar —musitó—. Ya he perdido demasiado hoy. No tengo fuerzas.

—Lo sé —admitió Helena—. Lo siento mucho, Lucas.

Helena le rodeó con los brazos con el único deseo de consolarle. Se abrazó a él, sirviéndole como punto de apoyo y no le soltó hasta estar segura de que podía mantenerse de pie por sí solo otra vez. Él se apartó con una tímida sonrisa, haciéndole saber que estaba mucho mejor.

—Espera aquí un segundo. Tengo que decirle a mi padre que estoy en casa.

—No voy a ir a ningún sitio —prometió Lucas.

Helena voló hasta el jardín delantero y advirtió que el coche de Kate seguía aparcado en la entrada de la casa. Aterrizó y se dirigió hasta la puerta principal, aunque no tenía la menor idea de qué diría o qué haría. Encontró a su padre durmiendo en el sofá del salón y decidió sentarse junto a él. Después le sacudió con ternura para despertarle. Jerry pareció aliviado durante dos segundos, pero en cuanto se incorporó soltó un suspiro, mostrando así su decepción.

—No sabes por lo que me has hecho pasar, ¿verdad? —le preguntó con el

corazón roto. Helena se sentía tan culpable que no podía ni mirarle a los ojos, así que tan solo asintió con la cabeza—. Ya puedes empezar a explicarme qué ha sucedido.

Helena pensó en todas las personas de su vida que ya habían averiguado quién era realmente y, por un momento, consideró la idea de revelarle a su padre toda la verdad. Pero si abría la caja de Pandora también tendría que desvelarle que Dafne había regresado y no tenía fuerzas para contárselo. No después de haberle liberado al fin de su vínculo antinatural con su madre. Por primera vez desde hacía casi dos décadas, a Jerry se le presentaba la oportunidad de tener una vida real, de compartirla con una mujer que de verdad le amaba. Helena no podía estropear todo eso.

—No puedo, papá. Al menos no por ahora. Supongo que podría inventarme una excusa, pero eso sería mentirte —reconoció Helena mientras se frotaba la cara con las manos—. Y no quiero engañarte.

—¿Así van a ser las cosas entre nosotros a partir de ahora? ¿Sin confianza, sin comunicación, sin respeto?

—No papá, no digas eso —rogó Helena sacudiendo la cabeza con agotamiento y, por primera vez, mirando a su padre a los ojos.

—Ya sabes que he pasado por esto antes —dijo Jerry en voz baja—. He pasado noches en vela esperando, aquí, en este sofá, a que alguien volviera a casa. Y ella nunca regresó. No estoy dispuesto a volverlo a hacer, Helena.

—De acuerdo —le contestó la chica, tras distinguir una chispa en su padre que nunca había visto antes—. No quiero que malgastes ni un segundo más de tu vida esperando a alguien, ni siquiera a mí. Mi vida es una locura ahora mismo y no puedo prometerte que no volveré a desaparecer sin más, pero te juro que siempre volveré. No voy a abandonarte, papá. Nunca.

—Sé que no lo harás —confesó Jerry, como si acabara de darse cuenta de ello. Respiró hondamente y se quedó sentado en silencio, taciturno—. Bueno, siempre supe que eras diferente y que, un día u otro, te darías cuenta. Supongo que esa es la única explicación que puedes darme, ¿verdad?

—Por ahora sí —confirmó Helena con una cálida sonrisa. Sin duda, era el mejor padre que podría tener.

—¿Serviría de algo castigarte? —preguntó con un brillo cómico mientras se levantaba y se desperezaba.

—Seguramente no —se rió Helena.

La joven se levantó y abrazó a su padre. Él le correspondió el abrazo y la perdonó. Quería demostrarle que la aceptaba tal y como era, con su insomnio y sus demás rarezas. Subieron las escaleras juntos. De repente, a Helena se le pasó una idea muy feliz por la cabeza.

—¿Te vas a la cama? —preguntó mirándole por encima del hombro con una expresión traviesa. Él asintió con la cabeza y Helena continuó—: He visto el coche de Kate aparcado fuera. ¿Está en tu habitación?

—Así es —dijo entrecerrando los ojos y frunciendo la boca—. Por eso estaba durmiendo en el sofá.

—Tú hoy no duermes en el sofá —observó Helena con aire inocente.

Jerry se detuvo delante de la puerta de su habitación y se giró hacia su hija, como si quisiera decirle algo serio.

—¿Te importa?

Helena sabía que si decía que sí, su padre se daría media vuelta y pasaría el resto de la noche solo.

—Papá. Estoy más que encantada, de verdad —confesó. Después se dirigió hacia su habitación y cerró la puerta para hacerle saber que contaba con toda la privacidad que quisiera.

Helena oyó que su padre despertaba a Kate para decirle que todo estaba bien. Cogió la nota que le había dejado sobre el escritorio y la rompió. Salió por la ventana y voló hasta el mirador para reunirse con Lucas.

—¿Lo has oído? —le preguntó al percatarse de la expresión compasiva de Lucas.

—¿Te molesta? —quiso saber mientras sacaba el saco de dormir y lo expandía sobre las tablas de madera para que los dos pudieran sentarse.

—En absoluto —reconoció—. Te lo habría dicho de todas formas. En cierto modo, me da la sensación que todo lo que me pasa no sucede hasta que tú lo sabes.

—Sé a lo que te refieres —murmuró Lucas.

Se sentaron en el borde del mirador, con las piernas colocadas entre las barras de la verja y los pies colgando por debajo.

—Es lunes. El instituto empieza dentro de un rato —dijo Helena—. Supongo que si nos quedamos todos en casa sería un poco sospechoso, ¿no

crees?

—Muy sospechoso —puntualizó Lucas—. Además, es más seguro que estés en un sitio público. Los Cien Primos no te atacarán delante de testigos mortales.

—¿Y a ti? —preguntó Helena sin apartar la vista de sus manos—. ¿Van a venir a por ti y a por tu familia?

—No lo sé —contestó Lucas con aire cansado—, pero, hagan lo que hagan, saben perfectamente que si matan a alguien de su familia se convertirán en parias, y cuantos más parias haya, más lejos estarán de alcanzar la Atlántida. Creo que centrarán todos sus esfuerzos en Dafne… y en ti.

Helena asintió con la cabeza y consideró la idea de seguir haciendo más preguntas o no.

—Y mañana… ¿Qué tengo que decir si alguien me pregunta por Héctor? ¿O por Pandora? —dijo Helena, a sabiendas de que cada vez que pronunciaba sus nombres hería un poco más a Lucas.

—Pandora volvió a Europa para estudiar Arte en París —informó Lucas entre murmullos—. Y Héctor está en casa, recuperándose de una gripe horrible. Diremos eso hasta que podamos coordinar un plan con tu madre.

—No me fío de mi madre —reveló Helena mientras contemplaba el amanecer.

—Cassandra tampoco —replicó Lucas sin mirarla—. Intuye que Dafne esconde algo.

—¿Crees que es peligrosa?

—Opino que está cien por cien comprometida con una causa: liberar a los granujas y a los parias —respondió escogiendo las palabras con sumo cuidado—. Mientras no olvidemos ese detalle, no creo que haya razones para desconfiar de ella. Desde luego, no ha mentido.

Helena asintió, aceptando la interpretación de Lucas.

—Tengo demasiados problemas y no puedo pensar con claridad.

—Eso es lo curioso de ser un vástago —añadió Lucas, sonriendo al alba, que mostraba un abanico de colores cálidos—: Nuestras peleas pueden hacer tambalear los cimientos del mundo, pero, a nuestro parecer, son solo disputas familiares. Y nadie actúa con sensatez cuando se trata de su familia.

Helena le devolvió la sonrisa, atónita una vez más por lo perspicaz que era. En ese instante tuvo que controlarse, pues recordó la importancia de mantener las distancias con Lucas. Apartó la mirada y se obligó a ponerse en pie.

—¿Estarás bien? —le preguntó Helena.

Lucas no respondió, sino que se limitó a dedicarle una sonrisa mientras asentía con la cabeza. Después desvió la mirada de nuevo hacia el horizonte.

—Buenos días, Lucas —dijo con un tono suave y triste mientras se alejaba del mirador.

—Buenos días, Helena —respondió, conteniéndose las ganas de girarse para contemplarla.

Helena, predilecta de la diosa del amor, bajó las escaleras para deslizarse en su cama vacía, mientras Lucas, hijo del Sol, se recostaba sobre los codos para observar al astro dios iluminar las tablas vacías del mirador de su amada.



JOSEPHINE ANGELINI (Massachusetts, EEUU, 2013). Es la menor de ocho hermanos e hija de un granjero. Se graduó en la facultad Tisch de Artes Escénicas de la Universidad de Nueva York, donde se especializó en los clásicos. Ahora vive en Los Ángeles con su marido guionista y sigue siendo capaz de conducir un tractor.

Notas

[1] En EEUU, el primer día de septiembre. <<